

**PSICOANÁLISIS DE LAS RELACIONES DE PAREJA**

**JORGE SÁNCHEZ ESCÁRCEGA**

**México, D. F.**

**2008**

*A Lety, naturalmente*

## **PSICOANÁLISIS DE LAS RELACIONES DE PAREJA**

*Índice, 3*

*Agradecimientos, 5*

*Introducción, 6*

### **I. PAREJAS Y RELACIONES, 12**

1. *Drácula* de Bram Stoker y las parejas vampiro, 13
2. Un ejemplo de elección de pareja: Sigmund Freud-Martha Bernays (con Leticia Oviedo Estrada), 37
3. *Hombres, hombres* (Doris Dörrie, 1985). Los mecanismos de una infidelidad, 51
4. *Betty Blue. 37°2 le matin* (Jean-Jacques Beineix, 1986). Algunos mecanismos defensivos del nivel de pareja, 61
5. La pareja perversa. Un caso clínico (con Anabell Pagaza Arroyo), 70

### **II. VICISITUDES DEL ESPACIO PSÍQUICO DE LA PAREJA, 83**

6. El espacio psíquico de la pareja (I). El entrecruzamiento de dos *yos* y la preocupación por el otro, 84
7. El espacio psíquico de la pareja (II). Identidad, memoria y self de pareja, 97
8. El self de pareja, 110
9. Self de pareja, espacio psíquico y organizaciones colusivas vinculares, 125

### **III. TÓPICOS Y PROBLEMÁTICAS ESPECIALES EN LAS RELACIONES DE PAREJA, 138**

10. Disfunciones sexuales. Una interpretación psicoanalítica a través del análisis de los sueños postcoitales, 139

11. La dependencia emocional en las parejas (con Aurora Avendaño Barroeta), 152
12. Aportaciones a la psicodinamia y psicogénesis de los celos patológicos (con Ana Berenice Alarcón Tinoco, Karla Dinorah Alonso Silva, Susana De La Fuente Payró, Claudia Elizabeth Gómez Acevedo, Norma Olivia Guzmán Lerma y Alejandrina Martínez Bordón), 162
13. El proceso de convertirse en padres. Una visión psicoanalítica (con Leticia Oviedo Estrada), 176

#### **IV. LA PAREJA HUMANA: ENTRE LO SOCIAL Y LO INTRAPSÍQUICO, 185**

14. El proceso de desidealización y el trabajo de duelo en la evolución de una pareja (con Norma Brown Parra), 186
15. La elección de pareja. Diversos niveles de vinculación (con Leticia Oviedo Estrada), 196
16. *“Dios los hace y...”*. Mecanismos defensivos básicos en la formación y consolidación de una relación de pareja, 205
17. *Enodiamento*, violencia y agresión en el vínculo de pareja. Aportes desde la teoría de la colusión, 215
18. Apuntes para la comprensión y el tratamiento psicoanalítico de parejas, 225
19. El estilo de pareja. Algunos factores relacionados con el nivel de desempeño de una relación amorosa (con Ericka Abascal, Olivia Armendáriz, Paola Colunga, Adriana Espinosa, Irma Espinosa, Elisa Espinosa, Renata Legorreta, Fabiola Mendoza, Deborah Meza, Cristina Ramos y Claudia Winckelmann), 255
20. *“Y vivieron felices para siempre...”*. ¿Prevención en pareja?, 116
21. A manera de conclusión, 282

## AGRADECIMIENTOS

Varias instituciones e incontables personas han contribuido directa o indirectamente –no sólo recientemente, sino a lo largo de muchos años– al desarrollo de esta investigación. Entre las primeras, debo especial gratitud a la Universidad Intercontinental, particularmente a su Facultad de Psicología, por la posibilidad de trabajar con total libertad durante más de quince años en este proyecto. Del segundo grupo, el de las personas a quienes debo un agradecimiento especial, quisiera mencionar a los doctores Gabriela Martínez Iturribarría, Rocío Willcox, José Eduardo Tappan, Salvador Castro y Beatriz Vázquez quienes siempre apoyaron el proyecto *Psicoanálisis de las relaciones de pareja*. Asimismo, a mis colegas Norma Brown, Cristina Oñate, Anabell Pagaza, Aurora Avendaño, Alejandro Tarragó, Mario Campuzano y José Ángel Aguilar, con quienes sostuve fructíferas e invaluable discusiones sobre el tema, leyeron manuscritos o enriquecieron mi visión sobre algún tópico –a veces sin saberlo– con sus propias investigaciones o con indicaciones que yo desconocía. Por otro lado, a José Luis Salinas le debo el mejor modelo, clínico y humanista, de lo que debe ser y hacer un psicoanalista de parejas.

Muchos de los ensayos que a continuación se presentan al lector han aparecido como fragmentos o versiones previas en diversos espacios editoriales (que son indicados en cada capítulo en la primera nota al pie de página). Agradezco a todos y cada uno de los editores su autorización para reproducir los textos.

Un tema como el de la pareja por fuerza toca aspectos personales del investigador. Agradezco a Leticia Oviedo, compañera en la vida, porque en el más amplio sentido de la palabra ella ha sido origen y consecuencia de mi interés en el tema. Al mismo tiempo, como colega, muchas veces me ha proporcionado puntos de vista y opiniones que han determinado el curso de mi investigación.

Deseo también agradecer, aunque sea de manera general, a los más de ciento cincuenta alumnos del seminario *Psicoanálisis de las relaciones de pareja* de la Universidad Intercontinental, quienes a lo largo de casi quince años han contribuido con su interés, opiniones y energía al desarrollo de estas ideas.

Por último, deseo agradecer a mis pacientes, en particular a las parejas que alguna vez me han consultado, por lo que he podido aprender de ellos. Quisiera que este trabajo quedara como testimonio y recuerdo del tiempo que compartimos juntos.

Jorge Sánchez Escárcega

Septiembre de 2008

## INTRODUCCIÓN

El presente volumen se articula en torno a las relaciones de pareja desde la óptica del psicoanálisis. Es también el resultado de un proyecto de investigación inaugurado en agosto de 1994 en la Universidad Intercontinental: *Psicoanálisis de las relaciones de pareja*. La obra se divide en cuatro partes.

En la primera (“Parejas y relaciones”), se presentan una serie de ilustraciones clínicas de diversos personajes: el propio Freud en su relación de pareja con Martha Bernays; el análisis de algunos personajes del arte: la pareja central de la película *Betty Blue*, *37°2 le matin*, los rivales en un triángulo infiel en *Hombres, hombres*, o el personaje literario e histórico *Drácula*; igualmente, relatamos un caso de perversión tomado de la consulta clínica. En todos los ejemplos intentamos mostrar los mecanismos de vinculación amorosa que hemos estudiado, comenzando por la escisión, la identificación proyectiva y la “materialización del deseo” (como una forma particular de simbolización conjunta).

En la segunda parte de este trabajo (“Las vicisitudes del espacio psíquico de la pareja”) se desarrolla un concepto teórico-clínico aplicable al entendimiento de los fenómenos psicodinámicos de una relación amorosa: el *espacio psíquico de la pareja*. Se establece ahí la idea de que los vínculos amorosos se constituyen a partir de tres psicologías: las dos de los compañeros amorosos y la de la pareja como tal, que no puede ser reconducida estrictamente a las otras dos individuales. Se intentará establecer la hipótesis de que este espacio psíquico tiene las características y propiedades para constituir el equivalente a un self de pareja, y que éste puede ser aislado e identificado (se señalará, por ejemplo, que este espacio psíquico posee límites, una “identidad” propia, una “memoria” cambiante, y algunas otras propiedades relativas al self individual). Por último, en esta sección se hace una revisión teórica del concepto de colusión y, de manera muy breve, se señalan algunos puntos a ser tomados en cuenta en el tratamiento psicoanalítico de parejas.

En la tercera parte (“Tópicos y problemáticas especiales en las relaciones de pareja”) nos ocupamos de algunos hechos o fenómenos particulares de los vínculos amorosos. En este sentido, nos interesamos por el tema de las disfunciones sexuales, con particular énfasis en su tratamiento mediante el uso de la interpretación psicoanalítica de sueños postcoitales; estudiamos los mecanismos de la dependencia emocional de las parejas, e hicimos una actualización de los conceptos psicodinámicos y psicogenéticos relacionados con los celos a la luz de algunas teorías psicoanalíticas posfreudianas; por último, presentaremos algunas ideas sobre los procesos intrapsíquicos involucrados en la adquisición de la capacidad de paternaje (el proceso psicológico que permite a una pareja convertirse en padres).

Por último, en la cuarta parte (“La pareja humana: entre lo social y lo intrapsíquico”), nos ocupamos precisamente de investigar el lugar de la pareja como formación intermedia que surge en la confluencia de dos zonas: la que corresponde a factores, usos y costumbres de orden social, y la que corresponde a las necesidades pulsionales y objetales intrapsíquicas de cada individuo<sup>1</sup>. Así, en esta sección mencionamos algunos fenómenos que se presentan en la formación y consolidación de una relación, tales como los procesos de desidealización, duelo y mecanismos defensivos; tratamos las diversas posibilidades de elección de pareja y sus vicisitudes; consideramos las características de los vínculos destructivo-agresivos (que aquí denominaremos como “enodiamiento”, para utilizar un neologismo que enfatice la relación contraria al “enamoramiento”, por su unión basada en el odio y no en el amor), y también presentaremos algunas ideas iniciales acerca de la *colusión* sobre la que están formadas estas relaciones; también hablamos de factores que hemos identificado y que se consideran relacionados con el nivel de desempeño de un vínculo de este tipo; por último, en esta sección hacemos algunos comentarios sobre la posibilidad de establecer una labor profiláctica en el área de las relaciones amorosas.

Esta obra puede resumirse en una idea central: *el proceso de cambio desde una psicología individual (“psicología de uno”) a una psicología dual (“psicología de dos”) y eventualmente a una psicología de la intersubjetividad (“psicología de tres: la pareja y el vínculo): de una psicología monádica a una dilemática y luego a una binaria.*

Controversial y antiguo como es, el tema de la pareja no deja de ser apasionante.<sup>2</sup> Desde la cuna hasta la tumba siempre estamos en relación a otro, y a partir de un momento determinado de la vida, a una pareja amorosa: unidos por el amor, por el odio, los celos, la fantasía, el anhelo, la resignación, el deseo, la enfermedad. Unidos incluso por la muerte, la de los compañeros o la de la pareja. Siempre una pareja, siempre un otro que ocupa ese lugar.

¿Qué es lo que hace que la mayoría de los individuos decidan en un momento de su vida establecer una relación privilegiada de esta naturaleza con otro ser humano? ¿No dedica el humano una buena parte de su tiempo a estos asuntos amorosos?

Generalmente es en el terreno de las relaciones de pareja donde la gente conoce lo mejor de sí y del otro, o por el contrario, un dolor intenso y diferente pero infernal. Por su carácter regresivo, la pareja resulta el terreno ideal para establecer cualquier tipo de proyecciones. Ahí se transportan los deseos más primitivos y los temores más insospechados. Dos personas lo hacen al mismo tiempo. Los dos regresan –o intentan regresar o evitan regresar– a la primera unión, la unión con el objeto ideal; más correctamente, con un pedazo de la madre: el pecho, la piel, una mirada, la voz. En algún punto estas dos personas tienen que lidiar con el otro como otro yo, no como extensión

---

<sup>1</sup> Habría, sin embargo, una zona más: la que se desarrolla alrededor del vínculo, de la alteridad.

<sup>2</sup> Partes del siguiente texto aparecieron publicadas en Sánchez-Escárcega, J. (1995). Introducción: La relación de pareja. Definiciones y paradojas. *Psicología Iberoamericana*, 3 (4), 9-11.

del objeto interno, por más que esta sea la tendencia natural. Este es el terreno de los vínculos, de la intersubjetividad.

Mientras tanto, se somete al otro a esperanzas y a exigencias de todo tipo, reprimidas o no, moduladas o no, pero que poseen este sello: *el afecto por encima de la razón*. La lógica de los afectos es la lógica del deseo, de la impulsividad, de la necesidad inaplazable. Así, la formulación vía la identificación proyectiva es “Sé mi madre, sé mi padre, sé todo aquello que necesito que seas; sé unos ojos que me miran, un apéndice mío: deja que sea un apéndice de ti”. Como se trata de dos personas haciendo lo mismo, inevitablemente surge *el malentendido* (¿o el *mal entendido*?) como elemento potencialmente presente en todo vínculo de amor.

Nuestro ECRO es el del psicoanálisis. No sólo en la teoría, también en la praxis. Por lo pronto un cambio: el paciente siempre ha sido uno, ahora son dos. La pareja es *el paciente*.<sup>3</sup> Nos ocupamos de una estructura vincular, como la familia, sólo que esta última está ligada al parentesco consanguíneo; la pareja amorosa no. Lo que la une son lazos invisibles de la necesidad, del deseo, de la fantasía, de los objetos internos actualizados. Inicia incluso antes del nacimiento: cada nuevo ser está ya –en la obligatoriedad cultural– destinado a ocupar el lugar de compañero amoroso de un otro todavía desconocido.

La pareja, en cada uno de nosotros, funciona como defensa contra el desamparo, funciona como protección contra la muerte psicológica. Si *tánatos* es desunión, *pareja* es unión y re-unión.

### **Definición de términos**

En un terreno tan resbaladizo como los vínculos amorosos, es necesario delimitar algunos conceptos. ¿A qué tipo de relación nos estamos refiriendo cuando hablamos de las “relaciones de pareja”? Para responder, recurrimos a la investigación de Berenstein y Puget (1989), quienes sostienen que en el espectro de las relaciones de *pareja heterosexual* se pueden considerar tres posibilidades: pareja de esposos, pareja de amigos y pareja de amantes. Cada una de estas parejas puede ser estudiada a partir de cuatro parámetros definitorios que designan el encuadre, su sentido y los significados circulantes en la díada.

#### *a) Cotidianidad*

En la *pareja de esposos*, este parámetro hace referencia a un tipo de estabilidad basada en una unidad tiempo-espacio caracterizada por los intercambios diarios. Implica una cierta fijeza de modalidades de relación vincular que van más allá de lo estrictamente temporal. Es la proyección en el espacio de aquellas relaciones ya establecidas y sin necesidad de redefinir día a día. La cotidianidad surge como resultado del encuentro y pacto entre dos “yo soy así”. Bajo la tutela de Eros, la cotidianidad se transforma en marco que da identidad, estabilidad y sostén para el crecimiento y abordaje de situaciones

---

<sup>3</sup> Hablar de “el paciente”, en singular, implica ya una postura teórico-técnica determinada.



nuevas. Impregnada de Tánatos se transforma en muerte y estabilidad cercenante vividas como tedio y aburrimiento que pueden dar lugar a *actuaciones impulsivas*, generalmente de corto alcance, como intentos maniacos de salir sin resolver la situación asfixiante. Algunas parejas se quejan de su estabilidad, del ritmo de la cotidianidad, y otras de la inestabilidad. Ambas, en tanto queja o reproche, remiten a una organización invadida de muerte.

La *pareja de amigos* resulta de dos modalidades de transferencia: *fraterna* (complicidad, solidaridad, compañerismo y simetría) y *edípica* (protección-desprotección, desamparo-amparo, incondicionalidad, asimetría). El parámetro espacio-temporal está caracterizado por *frecuentación*, correspondiente a *cotidianidad* en el vínculo matrimonial. Es un tipo de regularidad limitada (de vez en cuando, una vez al mes, etcétera). La pareja de amigos soporta el reconocimiento de zonas no compartidas sin entrar en conflicto; de hecho soporta y se basa en la idea de un “tiempo libre” que excluye al otro. Además, la pareja de amigos excluye la idea de *objeto único*.

La *pareja de amantes* corresponde a la relación amorosa exogámica entre dos personas, con exclusión o negación de la unión matrimonial.<sup>4</sup> En cuanto a la dimensión espacio-temporal, lo correspondiente a la pareja de amantes es la *habitualidad*, en donde la concepción del tiempo es la de un comienzo y una terminación, aun cuando pudiera ser renovable. La denominación “pareja de amantes” no se refiere solamente a aquellas parejas instaladas en una relación extramatrimonial, sino también a aquellas en las que por diversas situaciones psíquicas internas no toleran una vinculación matrimonial.

#### *b) Proyecto vital compartido*

Es la acción de reunir representaciones de realizaciones o logros en el futuro. El primer proyecto vital de la pareja es compartir un espacio-tiempo vincular, y después, adquirir un lenguaje con significado compartido. En la *pareja de esposos* el proyecto vital compartido está íntimamente ligado a la *cotidianidad*. El trayecto hacia adelante que planea la *pareja matrimonial* incluye la creación de hijos, reales o simbólicos. El proyecto de la pareja siempre requiere de un encuadre que es dado justamente por el contrato matrimonial.

En la *pareja de amigos* el proyecto vital compartido consiste en conservar el espacio-tiempo del encuentro no cotidiano durante toda la vida. Ilusoriamente es un vínculo libre de conflictos con alguna marca de incondicionalidad.

En los *amantes*, la pareja mantiene su relación a partir de la aceptación de que no es posible acordar sobre proyectos futuros, particularmente en lo referente a procrear

---

<sup>4</sup> Aquí debemos interpretar que *unión matrimonial*, en este sentido, no significa por supuesto la unión legalizada sino la convicción de que la relación durará “hasta que la muerte nos separe” y la aceptación de un proyecto vital que incluye la presencia de un tercero (hijo) real o *simbólico*. Por otro lado, la pareja de esposos que rechaza la idea de tener hijos no se considera pareja de amantes porque mantiene el encuadre de la *unión matrimonial* que justamente es característico de la relación entre esposos y que falta entre amantes.

hijos; de hecho, la pareja excluye toda idea acerca de una planeación o responsabilidad compartida sobre los hijos. Esto significa que si los hay, son considerados como de uno solo de los miembros de la pareja.

#### *c) Relaciones sexuales*

Quedan determinadas intensamente por el modelo socio-cultural en el que se inserta la pareja. Este modelo incluye relaciones sexuales matrimoniales prescritas, relaciones sexuales anormales (prohibidas), relaciones matrimoniales normales (no prohibidas) y relaciones sexuales matrimoniales no prescritas. Cada sociedad organiza a su manera este universo. La *relación de esposos* incluye por lo tanto una serie de supuestos socio-culturales acerca de las relaciones sexuales. Por ejemplo, el modelo, en ciertas culturas, puede suponer que la unión sexual prescrita es la coital monogámica con exclusión de ciertas prácticas (incesto, homosexualidad), pero tolerando posiblemente como *normal-no prohibido* el adulterio masculino y como relación *no matrimonial-no prescrita* el adulterio de la mujer.

En la *pareja de amigos* la relación sexual queda por definición excluida del encuadre. Su inclusión formaría una *pareja de amantes*. En ésta, la relación sexual intenta recrear ilusoriamente una vivencia de incondicionalidad. La *pareja de amantes* tiene como parámetros la inclusión de la relación coital y la exclusión del compromiso matrimonial.

#### *d) Tendencia monogámica*

Definida como “ligamen matrimonial con un solo cónyuge” (Berenstein y Puget, 1989), la tendencia monogámica se orienta de menor a mayor complejidad, desde un único objeto ilusorio primario hasta un objeto amoroso unificado. El primero es más propio de la etapa de enamoramiento y el segundo de una relación de pareja más compleja.

En la *pareja de amigos* hay cierta exigencia al objeto considerado como amigo, en cuanto a que esté siempre en el lugar imaginario exclusivo y privilegiado que se le ha asignado por encima de los demás, y que responda y se comporte de acuerdo a ello. El yo acepta no sólo tener diferentes amigos (aunque generalmente es uno el privilegiado), sino también ser para el otro un amigo más entre varios.

En el *vínculo de amantes* se acepta la idea de que ambos se han elegido, pero se rechaza el encuadre matrimonial y la exclusividad monogámica que le es inherente. La relación de amantes supone un fin, una terminación; niega, en otras palabras, la “eternidad” de la pareja, de lo cual se sigue que la relación acepta o tolera la posibilidad de que haya, en la actualidad o en el futuro, más personas en la vida del otro.

Por último, en un sentido amplio, entendemos también por *pareja* la relación profunda que se da libremente entre dos personas, basada en un sentimiento amoroso, y que tiene intención de duración en el tiempo (Bueno Belloch y Rubí Cid, 2004).

Una cosa es cierta: cada intento por delimitar un concepto de *pareja* acaba por tener que eliminar de la definición o la clasificación partes del fenómeno que son *de facto* esenciales para su existencia (los complejos sentimientos profundos, las fantasías imparables, el torbellino de emociones experimentadas en el cuerpo, en la percepción de la vida, etcétera), según lo puede atestiguar cada persona que ha estado enamorada.

## BIBLIOGRAFÍA

- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Bueno Belloch, M. y Rubí Cid, M. L. (2004). Terapia psicoanalítica de pareja y familia: Modelos teóricos y técnicas de tratamiento. La problemática del género en la psicoterapia. En A. Ávila Espada, B. Rojí Menchaca y L. A. Saúl Gutiérrez (coords.). *Introducción a los tratamientos psicodinámicos*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

I

## **PAREJAS Y RELACIONES**

## 1. DRÁCULA DE BRAM STOKER Y LAS PAREJAS VAMPIRO<sup>5</sup>

### Introducción

Abraham Stoker, nacido en Clontarf, cerca de Dublín en noviembre de 1847, debía de convertirse en funcionario público siguiendo los designios de su padre, un modesto empleado de la oficina del Secretario Mayor en el castillo de Dublín. No se puede decir que Bram (como se le conoce) no lo hubiera intentado, y durante varios años ocupó diligentemente su puesto de burócrata. Pero a este hombre también le gustaba el teatro. En sus ratos libres escribía para el *Dublin Mail*, sin paga, reseñas de las obras a las que asistía. Se le consideraba un crítico serio, honesto y agudo. Después de tratar de llevar durante un buen tiempo esta doble vida, no soportó más y abandona el camino trazado por el padre, justo a tiempo y antes de que éste acabara por chuparle la sangre.

Huye gracias al auxilio que le presta el gran actor Henry Irving<sup>6</sup>, quien lo contrata como regidor de su *Lyceum Theater*, compañía para la que trabajará durante los siguientes 37 años hasta su quiebra en 1903. A ese fracaso económico le seguiría dos años después la muerte de Irving, quien para entonces ya se había convertido, además de jefe, en su amigo, confidente y –algunos dicen– su amo. En 1897 Stoker publica la novela *Drácula* después de haber intentado con algunos relatos menores. Nunca se imaginó el éxito. Obligado a retirarse por la quiebra, comienza entonces a escribir profesionalmente. Publica todavía algunas novelas más, pero ninguna de sus obras igualó jamás a la que ideó mientras trabajaba en el teatro. Murió de sífilis en abril de 1912.

Stoker fue el tercero de siete hermanos, y un niño enfermizo desde el principio. No pudo mantenerse de pie hasta pasados los siete años, pero se recuperó totalmente a base de tenacidad, convirtiéndose en un joven vigoroso y atlético, gran montañista, graduado con honores en matemáticas en el *Trinity College* de Dublín. Ahí leyó *Carmilla* de Sheridan Le Fanu, que años después le sería de tanta utilidad para escribir *Drácula*. Buena parte de su vida estuvo ligada al teatro, entre otras cosas, dedicando su vida a una empresa de espectáculos y a una extraña amistad con un actor al que sirvió, literalmente, tras bambalinas.

Sin embargo, existieron otras razones adicionales e íntimas para aceptar la oferta de Irving en la época en que Stoker todavía intentaba ser funcionario. La principal es que acababa de contraer matrimonio con Florence Balcombe –quien había sido amante de Oscar Wilde– y que a la sazón se encontraba esperando al primogénito Stoker, Noel. El joven enamorado y futuro padre se debatía entre seguir los pasos de su propio padre o

---

<sup>5</sup> Este capítulo apareció originalmente publicado en: Sánchez Escárcega, J. (2003). *Drácula de Bram Stoker y las parejas vampiro*. *Revista de Psicoanálisis y Grupos*, 1 (1), 85-114.

<sup>6</sup> Henry Irving se convertiría en 1895 en el primer actor nombrado caballero por la reina.

dar rienda suelta a su pasión por los escenarios. Los años que había pasado inválido habían fortalecido su imaginación y su voluntad, pero también su necesidad de un apoyo. Infancia es destino, y Stoker consiguió el empleo que le ofrecían en Londres, y se marchó para allá, pero al mismo tiempo estableció una relación de dependencia con Irving, ocupándose totalmente de su persona y de su teatro. El tiempo que le quedaba libre lo ocupaba en la literatura. Particularmente sentía interés por los temas ocultos y extraños, y él mismo perteneció a una sociedad secreta llamada *British Hermetic Order of the Golden Dawn* (Orden Hermética del Alba de Oro), dedicada a la enseñanza y práctica de la prestidigitación, que se atribuía a Hermes, y de la cual también formaron parte Robert Stevenson, Arthur Conan Doyle, W. B. Yeats, Arthur Machen y Aleister Crowley, entre otros.

Para escribir *Drácula*, Stoker se documentó minuciosamente. Los paisajes, costumbres y parajes de Transilvania que se describen en la novela pudo haberlos recogido de guías de viajes y libros de relatos folclóricos en la región de Transilvania y los Cárpatos. También pudo haber utilizado para el personaje de Drácula algunos manuscritos turcos referidos al príncipe Vlad Tepes. En su novela, Stoker reunió los temas del vampirismo, la necromancia y los sistemas mágicos ocultistas para representar el ciclo vida-muerte-vida, es decir, el proceso de la reencarnación. La novela también despliega un extraño erotismo y roza el tema del racionalismo y la ciencia (en sus límites más paranormales) en contra de la superstición y los poderes ocultos.

La novela de inmediato gozó de gran éxito, incluso Oscar Wilde afirmó que era una de las mejores novelas escritas de todos los tiempos. En breve se realizaría una adaptación de la novela al teatro que sería interpretada, por supuesto, por el mismo Irving. La obra teatral gozaría también de gran fama. Después del gran éxito de *Drácula*, Stoker siguió escribiendo algunos cuentos de terror, aunque estos ya no serían de tanta calidad. Se dice que *Drácula* es la novela más leída después de la *Biblia*.

Bram Stoker murió en Londres a los 65 años, su vejez ensombrecida nueve años antes por la quiebra del teatro –su vida–.

### **Situación histórica**

1897, el año de publicación de *Drácula*, es también el año en que un joven médico vienés, acostumbrado a cartearse con su íntimo amigo, Wilhem Fliess, le escribe una de sus más importantes conclusiones, aquella que dará origen al psicoanálisis:

“Y enseguida quiero confiarte el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en la últimas semanas. Ya no creo más en mi ‘neurótica’”.

Entre otras, una de las más fuertes razones para abandonar su teoría era el hecho de que “en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres)...” (Freud, 1950 [1892-99]).

No se trataba de hechos reales, sino de eventos fantaseados. La fantasía inconsciente se volvía, así, el centro de la joven ciencia, abandonando su etiología traumática. Se trataba, sí, de un trauma, pero de otra clase. Se producía en el choque de las mociones inconscientes de deseo contra la conciencia, la cual volvía inaccesible su contacto con la realidad a través de la represión.

Esta situación, producto del conservadurismo sexual de la era victoriana, ocurría a la par que se llevaba a cabo la Revolución Industrial en toda Europa. Es en este mismo contexto que Stoker creó a su famoso personaje. *Drácula* vino a revivir o a continuar el género de la novela gótica, típicamente ambientada en escenarios lúgubres y desolados, por lo general un tétrico castillo o una abadía en ruinas, y dominada por el misterio y el terror, las habitaciones encantadas, los pasajes subterráneos, las escaleras secretas, etcétera. *Frankenstein* de Marie W. Shelley había sido escrita casi 80 años antes.

El género gótico, considerado un género menor, es producto y expresión de un periodo histórico (reflejo de componentes estructurales importantes de este periodo), y expresa, a través de sus personajes deformados física y moralmente, niveles dobles de significación:

“Así pues, los personajes en Ann Radcliffe (*The Mysteries of Udolpho* y *The Italian*, 1794 y 1797), Mathew Lewis (*The Monk*, 1796), Charles Maturin (*Melmoth the Wanderer*, 1820) y los productos más conocidos de la famosa velada veraniega de Lord Byron en Ginebra en 1816 (*Frankenstein* de Mary Shelley, 1818, y *The Vampire* de John Polidori, 1819), significan el inconsciente individual del escritor, pero significan también un miedo que recoge un preconsciente ideológico colectivo específico de ese periodo histórico. (...) Ese periodo histórico marca la transición entre el *Ancien Régime*, la Revolución Francesa y la Declaración de Independencia de las colonias británicas en América. Es decir, el periodo que ve la agonía de una sociedad basada en una composición teológica de la realidad en la jerarquía Dios-Iglesia-Rey-Aristocracia, y la aparición de otra concepción, laica y revolucionaria, del hombre y de la naturaleza. El paso de una sociedad agraria, todavía feudal, a la emergencia de la Revolución Industrial y el desarrollo del capitalismo. Emergencia de una sociedad nueva sobre las ruinas del viejo orden. (...) Las imágenes axiomáticas en la novela gótica describen paisajes en ruinas, castillos viejos, cementerios. Vemos aquí los símbolos del viejo orden destruidos y muertos por las revoluciones (filosófica, científica, política y social). Podemos detectar en ellas, más que una crítica pre-marxista, un elemento de nostalgia y un miedo al nuevo orden. El capitalismo laico y científico crea monstruos” (Simo, 1984)

Desde un punto de vista sociopolítico, el viaje del conde de Transilvania a Londres está cargado de significados. *Drácula* proviene de un viejo país de un viejo continente y de una vieja aristocracia que poco a poco van muriendo. Londres es, por el contrario, la sangre joven, la ciudad de vida palpitante, la cuna del nuevo orden económico, y con éste, el capitalismo, la nueva clase burguesa —herencia del Siglo de las Luces y las Revoluciones

francesa y norteamericana—, así como las aspiraciones igualitarias de la nueva democracia. Drácula, por el contrario, carga para sí el resultado de una típica escisión colectiva, ésa en la que se colocan las peores cualidades de este nuevo régimen económico y social: la avaricia, la insensibilidad y la explotación. La metáfora bien podría extenderse a la actualidad como analizador institucional de relaciones de poder político-económicas (anemia social, transfusiones de nuevos endeudamientos, novedosas financiaciones y amortizaciones eternas, succión de vidas y futuros, etcétera) (Grande, 1999).<sup>7</sup>

### La novela

No cabe duda que la obra tiene momentos extraordinarios desde un punto de vista técnico (y por supuesto desde la misma trama), aunque ciertamente una cuidadosa lectura pone al descubierto sus varios defectos, incongruencias, exageraciones y contrasentidos; sin embargo, esto no quita la brillantez de ciertos pasajes, como por ejemplo el capítulo 14 —donde se sigue la historia inmediatamente posterior a la muerte y entierro de Lucy Westenra— y que me parece francamente memorable: además de una amplia disquisición sobre la ciencia (muy progresiva, por cierto, con mención a los descubrimientos de Charcot), precedida por una escena bastante cursi donde Van Helsing conoce y “cura” a Jonathan con tan sólo creer su historia después de leer sus diarios, y otra donde el profesor obliga al doctor Seward a abrir su mente a lo inexplicable, el capítulo concluye con una nota periodística de *The Westminster Gazette* donde se reportan las extrañas desapariciones de niños pequeños que fueron encontrados con dos perforaciones en la garganta. Seward, todavía escéptico y confundido, intenta seguir a Van Helsing en lo que parece una lógica imposible de aceptar, y más por inercia que por convencimiento, afirma que posiblemente se traten de ataques del propio Drácula. Pero el viejo profesor, en un diálogo lleno de exaltación y apasionamiento, lo confronta una y otra vez con sus preconcepciones, con su dificultad para trascender lo que sabe como médico, lo que le ha enseñado la ciencia oficial, para finalmente declararle, desesperado y en un estado de abatimiento extremo:

—¡Esos niños han sido víctimas de la pobre Lucy!

¿Quién lo hubiera imaginado? Lucy no está muerta, o en realidad sí lo está, pero ciertamente no permanece en su tumba. El efecto es absolutamente dramático. No por nada se dice que la obra tiene exactamente la misma composición que una puesta en escena teatral. Su autor, que como antes se dijo, fue un profundo hombre de teatro, concibió la novela en tres actos no explicitados: Una entrada donde aparecen todos los personajes y se conoce su papel en el drama, un desarrollo lleno de intrigas donde el

---

<sup>7</sup> En nuestro medio, Alfredo Alcántar ha utilizado el fenómeno mítico de *El chupacabras* como analizador social de un periodo específico de la historia reciente de México. Pone el acento en la identificación proyectiva a través de las cuales se colocan fuera las ansiedades orales más primitivas, identificándolas con las instituciones de vigilancia-castigo, finanzas, gobierno y política. C. f. Alcántar C., A. (1996) *El Chupacabras y el hambre. Episteme* (FEZ-Zaragoza, UNAM), 1 (No. 1): 29-33.



conde Drácula amenaza con salir vencedor, y un desenlace triunfal, con persecuciones intercontinentales y todo lo demás, y que culmina con la muerte del conde. Por último, un pequeño epílogo que más bien sale sobrando.

Stoker se documentó ampliamente para escribir su obra y pasó días enteros estudiando en la biblioteca del *British Museum*. Al parecer utilizó, además de los libros que ya se mencionaron, *The Land Beyond the Forest*, de Emily Gerard, escrito alrededor de 1888, y donde obtuvo detalles del folklore y la vida cotidiana en Transilvania, región de Rumania central rodeada por los montes Cárpatos y que sucesivamente ha pertenecido a Hungría, Turquía, Austria, Rumania, y en el siglo XX, nuevamente a Hungría y a Rumania.

Leer hoy *Drácula* es bastante difícil por la carga de preconcepciones e información sobre lo que en las páginas del libro va a encontrarse.

“Drácula es ya una franquicia, un personaje carcomido por la sobreexposición al sol de la industria cinematográfica, de los comics, del *merchandising*, un icono infantil en ocasiones, patético más que trágico, meloso en lugar de salvaje. Sin embargo, el Drácula literario y la historia que de él se da cuenta son algo muy diferente, en ocasiones no necesariamente superior a las sucesivas capas de maquillaje que el correr de las décadas le ha ido prestando” (Marín, s/f).

La estructura narrativa está formada por una colección de diarios, grabaciones, cartas, notas periodísticas y telegramas ordenados cronológicamente, donde todos los personajes participan con su “voz” literaria, excepto el propio conde Drácula y Renfield, el loco, lo que acentúa el carácter del no-vivo, en el caso del primero, y de alienado, en el del segundo. Drácula aparece así como un personaje hábilmente disfrazado y misterioso (no se conocen nunca sus motivaciones, por ejemplo), y a la vez como el personaje central y el de mayor fuerza y definición dramática.

La novela comienza con el diario de Jonathan Harker, joven y ambicioso pasante de notario, quien es enviado a Transilvania a cerrar un trato con un tal conde Drácula, quien a través del despacho en el que trabaja Harker intenta comprar una propiedad en Londres, donde supuestamente piensa retirarse el resto de sus días. Harker se encuentra comprometido con la inteligente Mina Murray y espera poder contraer matrimonio después de este viaje. Sin embargo, al poco tiempo comienza a darse cuenta del terrorífico secreto de su anfitrión: el conde Drácula es un muerto viviente, un Nosferatu, un vampiro que sale de noche de su ataúd para saciar su sangre de sed humana, convirtiendo a su vez a sus víctimas en nuevos vampiros. La noche es un símbolo casi universal de muerte (y también de lado oculto de la mente, el inconsciente), por lo que la imagen del conde va adquiriendo todas las características de lo siniestro. Con dos colmillos afilados penetra en las arterias del cuello de sus víctimas y bebe la sangre hasta que la persona muere. Mientras esto ocurre, las víctimas parecen sentirse tan fascinadas o aterrorizadas que no oponen resistencia. El conde, sorprendentemente, conserva vivo a Harker en tanto logra que éste le enseñe todo lo referente a las costumbres inglesas, además de copiar su

imagen varias veces. Drácula tiene bajo sus órdenes a tres sensuales y bellas vampiras, quienes únicamente aguardan su indicación para comenzar a alimentarse de Jonathan.

El conde, cargado con 50 gigantescas cajas que contienen tierra de su madre patria, viaja en barco a la costa inglesa (Whitby), dejando un rastro de muerte a su paso (mata a la tripulación del barco y posiblemente a algún lugareño). El valeroso joven Harker sigue el rastro de los crímenes de su anfitrión, y la lucha entre el Bien y el Mal se desencadena. Ya en Inglaterra, Drácula da muerte a la joven Lucy Westenra, íntima amiga de Mina Murray, quien se encuentra comprometida con el aristócrata Arthur Holmwood. Lucy, por cierto, tiene otros dos enamorados, el americano Quincey P. Morris y el Dr. John Seward, quienes jugarán papeles centrales en la obra. Después del ataque a Lucy, ésta se convierte también en vampiro. La figura clave representante del Bien y la ciencia es el Dr. Abraham Van Helsing, antiguo profesor del Dr. Seward, y quien es llamado para auxiliarle ante los incomprensibles sucesos. Van Helsing, doctor en Medicina, Psicología, Filosofía, Derecho y Literatura, es, según Seward, “uno de los más grandes sabios de nuestra época. Y su espíritu está abierto a todas las posibilidades. Además, sus nervios son de acero, su temperamento de hierro forjado; con su voluntad resuelta consigue siempre el fin que se propone; es admirable el dominio que tiene sobre sí mismo y su bondad no tiene límites: tales son sus cualidades que siempre pone en práctica cuando se ocupa del bien de la Humanidad” (Stoker, 1897, p. 155). Semejante genio metafísico va a encabezar la lucha contra Drácula, persiguiéndolo hasta su antiguo castillo en Transilvania, y con ayuda de todo el resto del grupo (incluida Mina, a quien en algún momento el conde ataca y seduce), lograrán vencerlo atravesando su corazón con el puñal de Morris, tras lo cual Drácula se convierte en polvo y Mina queda liberada del maleficio.

### **El vampiro Drácula**

El personaje de Drácula en la novela de Stoker presenta todas las características del vampiro tradicional: no se refleja, teme al ajo y a los símbolos del cristianismo, puede adoptar a voluntad apariencia animal, no vive más que de noche y se alimenta exclusivamente de sangre. Además de estas leyendas, Stoker utilizó para dar vida a su personaje a un modelo real, al más famoso vampiro de todos los tiempos, el conde transilvano Vlad IV, quien vivió de 1431 a 1476, y fue *voivoda* (Regidor) de Valaquia (actualmente Rumania)<sup>8</sup>.

Apodado *Tepes* (*El Empalador*) por la ligereza con que aplicada este cruel castigo a quienes se oponían a él o a los enemigos vencidos en batalla —lo que le hizo ganar otro sobrenombre aún más tenebroso, nombre que susurraban los aldeanos cuando estaban

---

<sup>8</sup> Marín (s/f), al igual que muchos otros autores, sostiene que Stoker se basó en los rasgos físicos de su patrón Henry Irving para describir las facciones y complexión de Drácula. También hace notar el hecho de que Abraham Van Helsing lleve el propio nombre de pila de Stoker, así como el de su padre.

seguros de que nadie los oía: *Vlad Drakul, el Demonio*—,<sup>9</sup> de él se decía que acostumbraba beber sangre humana, que disfrutaba de ejecuciones y torturas como quien lo hace de un concierto u obra de teatro, o que invitaba a sus enemigos a cenas en el transcurso de las cuales los mandaba asesinar. A la par de un sanguinario tirano, fue considerado también un héroe nacional por la valentía con que luchó contra la invasión de los otomanos. Bram Stoker recogió este personaje y toda su leyenda negra y lo convirtió en el vampiro que vive eternamente y se alimenta de la sangre de seres humanos, la prototípica criatura de la noche.

Aun cuando el mito de la sangre se remonta a los inicios de la humanidad, las primeras imágenes que muestran a un hombre apresado por un ser monstruoso que intenta chuparle la sangre se encuentran en Persia y China antes del siglo VI a. C. Entre los aztecas existían leyendas similares. Algunos puntos importantes a considerar en la formación del mito son (Marigny, 1999):

- La sangre es vida. En la *Odisea*, por ejemplo, Ulises, su madre y el divino Tiresias recobran momentáneamente fuerza y vigor después de haber bebido sangre de cordero.
- En casi todos los mitos la sangre parece representar el alma de la persona. En el *Levítico* (6: 26-27 y 17: 10-14) se explica por qué los hijos de Israel no deberán comer la sangre de carne alguna: “Porque el alma de toda clase de carne es su sangre”. El cristianismo equipara beber el vino con beber la sangre de Jesucristo, y por lo tanto compartir su sacrificio.
- Intervienen aquí también las concepciones religiosas universales acerca de una vida “más allá”. De ahí procede la creencia de que algunas almas permanecen “en pena”, suspendidas, pues no pertenecen a este mundo ni al otro. Los aparecidos y los vampiros son de esta clase, pero con la diferencia de que los primeros son inofensivos porque carecen de continente carnal, mientras que los segundos son cuerpos indebidamente habitados por el alma que regresa del purgatorio.
- Desde el siglo XII aparecen relatos relacionados con difuntos, generalmente excomulgados, que regresan a vengarse de sus enemigos o sus familiares. El muerto viviente, secuaz de Satanás, fue asunto que ocupó a teólogos y pontífices.
- Además de la leyenda siniestra de Vlad IV, es digno de mencionarse el caso de *la Condesa Sangrienta*, es decir, el proceso penal llevado a cabo en contra de la condesa Erzsébet Báthory, en 1611. Se le acusó de haber dado muerte a varias jóvenes desgraciadas (se dice que fueron 80, 300, ó 650) para bañarse en su sangre y también beberla. El castillo de la condesa se

---

<sup>9</sup> Se dice que mandó a empalar a cerca de 30,000 enemigos y que además aplicaba otras torturas como la mutilación de pechos y órganos sexuales.

encontraba situado en la región montañosa de Hungría cercana a los Cárpatos. Abandonada por su marido Ferencz Nadasky, se dedicó a la magia negra y las ciencias ocultas. Después de ser hecha prisionera, fue salvada de la pena capital por su parentesco con la casa real, y permaneció cautiva hasta su muerte en una habitación tapiada, con tan sólo una pequeña ranura a través de la cual se le alimentaba. Sus cómplices fueron ejecutados enseguida y el castillo abandonado después de la muerte de la condesa (c. f. Monzón, 1994).

- El mito del vampiro hereda buena parte de la leyenda referida a los hombres-lobo que aparecen en la demonología medieval de Europa a partir del siglo XVI.
- En 1732 se utiliza por primera vez la palabra *vampyre* en Francia e Inglaterra y se reportan frecuentes casos de muertos vivientes que atacan a personas para beber su sangre. Se escriben disertaciones científicas sobre el tema.
- La era industrial y post-industrial trae una objetivación del mito: Drácula se encuentra dentro de nosotros mismos, en el fondo del inconsciente, y sale de él en cuanto nuestra inteligencia lógica desaparece. Para el hombre moderno, los vampiros no son aterradores porque existan, sino porque concretizan sus temores y sus deseos más secretos.

Según Marigny (op. cit., p. 53), es a partir del siglo XVIII que se reúnen por fin las tres características que otorgan al vampiro su especificidad: a) el vampiro es un espectro corpóreo y no un fantasma etéreo ni un demonio, b) sale de noche de su tumba para chupar la sangre de los mortales con el fin de prolongar su existencia póstuma, y c) sus víctimas se convierten también en vampiros una vez muertas.

Para terminar este apartado, mencionaré dos obras de la literatura que antecedieron a *Drácula*, y que tienen importancia, una, por lo anecdótico, y la otra, por su relación con la interpretación psicoanalítica del mito. Ambas obras fueron conocidas por Stoker.

La primera es *The Vampyre*, de John William Polidori, quien fue una especie de secretario y médico personal de Lord Byron. Se dice que éste, a raíz de una especie de apuesta en Ginebra en 1816, inicia la redacción de una novela en la cual Darvell, el personaje principal, es un vampiro. Sin embargo, Byron revela la trama a Polidori, quien aborrecía a su patrón. Después de separarse de él vuelve a Inglaterra y comienza a escribir una novela inspirada en el relato inacabado de Byron, aunque con otros personajes. El cuento se publica en 1819 y el director de la revista atribuye fraudulentamente la paternidad a Byron. Gracias a la popularidad de éste, el relato de Polidori (quien muere acorralado por las deudas) desata la moda de los vampiros en Europa y suscita numerosas imitaciones. Me llama la atención el hecho de que un hombre que odiaba a su patrón, pero al mismo tiempo estaba obligado a servirle, decida escribir

una novela con este tema apenas se separa de aquel, por cierto robando su idea (misma que luego le sería robada al propio Polidori), como si necesitara resarcirse del sentimiento de haber sido vaciado, saqueado por Byron. Diríamos entonces que, junto con la del propio Stoker y su padre (y quizás después Henry Irving), la historia de Polidori y su patrón Byron sería el segundo caso ostensible de escritores vampirizados por figuras masculinas de poder.

La segunda obra que nos interesa mencionar es *Carmilla*, de Joseph Sheridan Le Fanu, publicada en 1871. La novela trata de la más notoria mujer vampiro en la literatura, la condesa Millarca von Karnstein, alias Carmilla (inspirada evidentemente en la condesa Báthory), una criatura sensual que muestra con habilidad la dimensión sexual del vampirismo. Carmilla sólo elige víctimas de su propio sexo y representa la encarnación del Mal desde la óptica de la moral victoriana, la cual consideraba la homosexualidad como un crimen. Los elementos de oralidad sádica y retaliativa representados por Carmilla hacen pensar en la figura temprana materna y las fantasías de vaciamiento y devoración de su interior que experimenta el infante, así como las ansiedades de castración vinculadas a la sexualidad de la madre (el simbolismo de los colmillos fálicos y la penetración sádica).

### **Mito y psicoanálisis**

Freud (1913 [1912-13]) plantea que el horror casi universal a los muertos, representado por infinitud de mitos relacionados con el temor a su venganza, significa en realidad el miedo retaliativo generado por la proyección de los sentimientos hostiles universales sobre la persona de quien fallece, sea enemigo o amado. Es el temor a lo que uno ha deseado inconscientemente, puesto ahora en el otro, y que amenaza desde allá con ejecutar el mandato de la ley del talión (“El muerto ahora me quiere matar”). Freud cita, por cierto, al vampirismo como un ejemplo claro de los mitos que reflejan estos mecanismos (p. 65).

Al hablar de sentimientos *universales* hacia los muertos, parece poner más el acento en la parte filogenética de la pulsión y el deseo. Pero no quedan suficientemente claros los motivos desde el propio individuo, desde su psiquismo personal (ontogenia). Cuando se incorpora esta dimensión, el énfasis se traslada a la experiencia de vida, a *la relación con los objetos satisfactores o frustrantes*.

Por otro lado, Freud menciona al vampiro como ejemplo del temor a la venganza de los muertos, pero no parece sacar una conclusión mayor de las características particulares del vampirismo, *su simbolismo inconsciente*.

Melanie Klein intentó resolver en su teoría ambas objeciones (la de la relación objetal y la del simbolismo inconsciente). Pensaba que en determinada época de nuestra infancia, todos hemos experimentado deseos canibalísticos hacia el pecho de la madre. Siguiendo a Abraham, planteó que simultáneamente con la primera dentición surgen en el niño deseos sádicos de morder y masticar el pecho, que se ligan a las tendencias

cariñosas. Tomar alimentos, tanto la leche materna como otros distintos, significa para él comerse a su madre, y este mismo acto adquiere dos simbolismos opuestos. Incorpora a su madre porque, por su amor hacia ella, quiere llevarla dentro de sí mismo, pero la destruye con sus dientes porque la odia y le teme, proyectando en ella su propia agresividad. Esas tendencias agresivas se ven reforzadas con cada experiencia dolorosa para el niño, y por todas las frustraciones sufridas y causadas por su madre. Es decir que la vivencia de frustración, de satisfacción largamente demorada, de anhelo incumplido, provocan en el niño de muy corta edad el surgimiento de intensos afectos negativos, principalmente enojo y rabia, los cuales son identificados con –y atribuidos a– el pecho de la madre, el cual, al recibir el conjunto de amor y rabia, deseo y frustración, envidia y esperanza, voracidad y temor, es percibido como egoísta, guardando para sí toda la satisfacción que el infante le atribuye. El niño pequeño proyecta su hambre sobre la madre y la experimenta como si ella lo comiera y destruyera desde adentro: como una agresión deliberada que ella le inflige y como un castigo por su propia voracidad. (c. f. Klein, 1957).

Por su parte, Hinshelwood (1989) plantea que la voracidad...

“(...) se basa en una forma de introyección realizada con ira. La violencia de la incorporación oral, que supone morder, conduce en la fantasía a la destrucción del objeto. El estado final es que no hay satisfacción oral, puesto que el objeto introyectado carece de valor; o peor, se ha convertido en un perseguidor retorsivo como reacción al ataque sádico perpetrado en el proceso de incorporación. (...) En la posición esquizo-paranoide, el mundo interno puede acumular cada vez más objetos persecutorios y retorsivos que amenazan al sujeto; esto da origen a un hambre cada vez mayor de objetos ‘buenos’ que alivien el estado interno de dominación de objetos ‘malos’ e impulsos odiosos y destructivos. (...) El hambre en el contexto de la angustia persecutoria conduce, en la fantasía, a formas violentas de introyección y al miedo de los objetos destruidos adentro: destruidos por los objetos malos y los impulsos ‘malos’ que se han movilizado.” (p. 572)

Así que el temor a los muertos supone la proyección de los deseos inconscientes hostiles sobre el objeto real o su representación simbólica, así como la introyección o incorporación de una figura objetal destruida, dañada o vaciada con sadismo, sobre todo cuando el que predomina es de tipo oral. Esta figura es vivida ahora como amenazante, y se teme que retaliativamente también devore o vacíe; en ocasiones es vivida como formando parte de la propia persona (el bebé), amenazando “desde adentro” con estados de angustia y dolor *impensables*.

Discutiremos a continuación tres elementos esenciales del vampiro.

#### A) Oralidad

El primero de ellos, su componente oral, condensa todas las ansiedades persecutorias tempranas vinculadas con la proyección e introyección de los deseos y

fantasías voraces, tal como ha sido descrito en los párrafos anteriores. Drácula es la figura succionadora por excelencia. Representa las fantasías terroríficas de vaciamiento llevadas a su máxima expresión: ser robado del líquido precioso que es la sangre, es decir, el robo de la vida, del alma. El componente sadomasoquista es esencial aquí, y Drácula goza tanto bebiendo sangre como dándosela a beber a otros (por ejemplo, Mina). Él es el vacío, carece de vida, es la nada, y como tal, desea la vida de otros, le es esencial para no morir verdaderamente.<sup>10</sup> Drácula mata para ser inmortal; dejar de hacerlo equivaldría a una especie de suicidio, si es que esto es posible en él. Para robar la vida tiene que seducir, ser invitado, y sin embargo no puede amar, ya que carece de sangre propia. El mito condensa escenas primarias en términos de lactación y deseos hostiles hacia el pecho, como ya se mencionó. *El deseo de comer, ser comido y dormir* (la tríada oral de Lewin) intervendría en estos procesos.

### B) *El erotismo*

Una de las características más intrigantes del vampiro es el erotismo que emana constantemente de sus actos. El libro presenta una serie de alegorías de actos hetero y homosexuales, felaciones, *menage-a-trois*, etcétera, pudorosamente encubiertos para no malquistarse con la moral victoriana. Pero no es ahí donde se encuentra su verdadero poder sensual, sino en la entrega total al otro, la unión corporal, la penetración coital simbolizada en los colmillos fálicos. La oscuridad, símbolo del inconsciente y por lo tanto de toda clase de pasiones, es el medio del vampiro, en la oscuridad toma a sus víctimas, las hace suyas, las vacía hasta saciarse. Varios triángulos se forman entre los personajes: Mina-Jonathan-conde; Arthur-Lucy-y cada uno de los otros tres pretendientes. Marín (s/f) piensa incluso en una escena precursora del *gang-bang* porno en la transfusión que los cuatro hombres le hacen a Lucy. El vampiro seduce constantemente a sus víctimas, ellas son las que se le ofrecen a pesar de su aspecto aparentemente repulsivo.<sup>11</sup>

Pero curiosamente nunca conoceremos los motivos del conde. No sabemos para qué o por qué viajó a Londres, por qué elige o se encapricha con Lucy y luego con Mina, por qué huye de regreso a Transilvania (si bien podía haberse ocultado un tiempo en Londres alimentándose de otras víctimas), por qué deja vivo a Jonathan Harker en el castillo (¿se alimenta sólo de mujeres y desprecia a los hombres, esos se los deja a sus “ayudantas”? ¿Vampirizó a los marineros del *Demeter*?), etcétera.

El libro es esencialmente moral en términos de sexualidad, ciencia, lucha y muerte. Se trata de la gran concesión de Stoker a la idiosincrasia profundamente conservadora y el intenso nacionalismo del siglo XIX. Al final triunfa la virtud, Dios, el amor y la fe. Jonathan y Mina permanecen juntos y son felices. Los muertos no pesan tanto porque, al

---

<sup>10</sup> Para un ensayo sobre el ser y la nada en esta obra, consúltese: Delgado, J. (2000) Drácula entre el ser y la nada. En *Otro campo. Estudio sobre cine*, 4: [En línea]. Disponible: <http://www.otrocampo.com/festivales/pnegra2000/serynada.html> [2003, junio 27].

<sup>11</sup> Recuérdese que una de sus características es que no puede entrar a una morada a la que en la primera visita no ha sido invitado a pasar.

menos dos de los importantes (Drácula y Quincey), son extranjeros (sólo Lucy, entre los fallecidos, es claramente inglesa).

Por otro lado, la novela está cargada de excitación sexual y sin embargo no hay ninguna mención abierta a la sexualidad de ningún personaje (a pesar de todo, en sus constantes representaciones alegóricas y metafóricas, son inevitables las escenas de sexo sin culpa, sin responsabilidad y sin amor).

Las escenas simbólicas de *Drácula* parecen condensar las imágenes altamente persecutorias de una figura combinada, una mezcla de madre fálica y boca voraz,<sup>12</sup> violador sádico y respetable caballero. También: la presencia más “viva” de la obra y al mismo tiempo el personaje más enigmático y fantasmal (¿sin “existencia” pero con “presencia”?).

El conde sintetiza también la dualidad eros-tánatos, y la dualidad sexualidad-agresión, en una fusión psicótica de sexualidad y muerte con sadismo extremo (y cuyo efecto ansiógeno sobre diversos grupos poblacionales seguramente ha sido la causa de que el mito prevalezca a través de los diferentes siglos y regiones, así como de que la novela hubiera alcanzado tal éxito, a pesar de sus varios defectos narrativos).<sup>13</sup>

Finalmente, no debemos olvidar que *Drácula* sintetiza el contexto socio-político en el que el autor escribió la obra, y que refleja a la sociedad victoriana toda. Y sin embargo, a quien Stoker más sintetiza es a él mismo. En efecto, *Drácula* supone los miedos de Stoker, y también sus anhelos y admiraciones, la mezcla de influencias contrarias que marcaron su vida: la atracción por lo prohibido, la prohibición de lo atractivo, la sumisión mental, la insuficiencia física, la impotencia vital.

“Las obsesiones enfermizas de Stoker, su gusto por las situaciones morbosas o puramente absurdas, sus tabúes personales y sus filias ideológicas e incluso sexuales, sus envidias, encuentran eco en el desorden aparentemente estilizado de sus páginas, porque también el novelista se desdobla, psicoanalizándose sin saberlo o sin proponérselo...” (Marín, s/f).<sup>14</sup>

### C) *El narcisismo.*

Drácula es la forma *más pura* de narcisismo, según Simo (1984), por dos razones simbolizadas en el hecho de que: a) no puede amar y b) no refleja una imagen en el espejo, a diferencia de Narciso, que sí puede realizar ambas.

---

<sup>12</sup> Recuérdese la novela precursora *Carmilla*, de Joseph Sheridan Le Fanu, publicada en 1871.

<sup>13</sup> También debe considerarse el gran número de veces que el mito, en cualquiera de sus variantes, ha sido llevado al cine.

<sup>14</sup> ¿Cómo es que el autor de una novela como *Drácula* escribe, como primera obra publicada, una que lleva por título *The Duties of Clerks of Petty Sessions in Ireland* (“Las obligaciones de los escribanos en los Tribunales de Primera Instancia de Irlanda”)?



Si se piensa en la imagen mitológica de Narciso, se puede ver que él se enamora de la imagen que de sí mismo se refleja en el agua del estanque. Narciso mirando su propia imagen sería, a su vez, una imagen axiomática que puede oponerse a otra: Drácula, el narcisista puro. El mito de Narciso aparece incorporado a la terminología psicoanalítica en un momento específico del siglo XIX en el que: a) El clasicismo en las ciencias mandaba buscar imágenes prototípicas en el pensamiento y la mitología de la Antigua Grecia, b) las condiciones sociales y económicas imperantes, el nuevo pensamiento burgués, la nueva democracia resultado de las revoluciones francesa y americana, inauguraban un tipo de obsesión subjetiva: la preocupación por el hombre amenazado por la organización social y económica en un capitalismo laico y científico, y 3) la apertura de una fisura, de un espacio en la infraestructura edípica de la teoría psicoanalítica, para dar cabida a uno de los pocos elementos preedípicos que consideró Freud: el narcisismo como proceso y como patología, en especial sus componentes orales. Simo (1984) piensa incluso que, discursivamente, Narciso es hijo de Edipo (un ciego) y su esposa Yocasta (una suicida). Así que sin un padre y una madre que puedan decirle quién es, el Narciso de Freud tiene que mirarse en un espejo para tener una imagen de sí mismo.

Drácula, por el contrario, sería el ejemplo de un narcisismo anterior, situado entre el autoerotismo y el amor de objeto (lo que por otro lado coincidiría completamente con las primeras formulaciones de Freud acerca del punto de anclaje del narcisismo)<sup>15</sup>. El narcisista patológico, igual que Drácula, se apropia de lo que contiene el espacio que lo rodea, lo vacía de su contenido vital ya que él es el centro y único sujeto del mundo. Las imágenes de amor y comida en la obra señalan una interdependencia del narcisismo y la oralidad en una relación indiferenciada del self y el objeto.

Simo (1984) plantea tres características del narcisismo contenido en el mito del vampiro:

1. *El vampiro como el muerto-vivo*. Drácula existe en un lugar intermedio entre la vida y la muerte, además, “vive” mientras los demás duermen, y sueña sus sueños de grandeza y poder mientras los demás trabajan<sup>16</sup>. Es alejado principalmente por símbolos de la naturaleza (ajos, luz, rama de rosal silvestre) y de la religión (la antítesis del narcisismo de Drácula: el crucifijo con la imagen de Jesucristo, símbolo en la religión cristiana de la entrega de la propia vida por amor al otro).
2. *El vampiro como caníbal*. Sabemos que la finalidad del canibalismo es la incorporar las virtudes y la fuerza del sujeto al que se come, generalmente un enemigo. Los hermanos de la horda totémica actúan así cuando devoran al padre, y lo mismo ocurre en la comunión cristiana. Sin embargo, la forma de

---

<sup>15</sup> Laplanche y Pontalis parecen también coincidir con la idea de que el narcisismo primario es posterior a una fase anárquica y autoerótica de las pulsiones (c. f. Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1968) *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1979).

<sup>16</sup> En este sentido, Drácula viene siendo una especie de “carácter sociopático”.

incorporación tan violenta en el mito del vampiro sugiere un nivel de canibalismo hostil bastante primitivo, que en términos de Abraham correspondería a la segunda fase de la oralidad y cuya finalidad sería la destrucción del objeto después de vaciarlo. En Drácula, las necesidades instintuales y los deseos grandiosos son procesados por un superyó arcaico, voraz y sádico que vacía al otro hasta dejarlo sin esencia, sin vida, transformándolo entonces en el propio vampiro. No existe una percepción del objeto como otro sujeto (del otro como otro yo), principalmente porque esto requiere una diferenciación previa entre el yo y el no-yo, tal como lo condiciona el proceso de separación-individuación mahleriano.

3. *El vampiro como sujeto sin objeto, y objeto sin imagen.* Una persona se hace vampiro cuando es atacada y “contaminada” por otro vampiro. Hay un carácter hereditario en esto, un superyó transmitido a través de las relaciones de objeto. El vampiro no presenta una capacidad para discriminar entre sus necesidades y las del otro, entre su vida y la otra. Sabemos que esta indiferenciación impide la capacidad de simbolizar. En el lugar de *sujeto* y *objeto*, el vampiro percibe sólo *hambre* y *comida*. En el bebé esta situación ocurre en el estadio previo al reconocimiento del pecho como fuente de alimentación y cuidados. El vampiro también sugiere la imagen del deseo de permanecer en el útero (ataúd, oscuridad, muerto-vivo), y la profunda rabia oral, el deseo de aferrarse al vientre de la madre hasta destruirla, simbolizado en los colmillos-cordón umbilical.

El vampiro no refleja su imagen en el espejo porque no posee una imagen propia, uno de los rasgos esenciales del narcisismo patológico o puro. El narcisista necesita que el otro le dé una imagen. Busca tener una a través de moda, ropa, estilos, etcétera, pero nunca la encuentra, porque a su vez ha sido procreado por otro Narciso.

El mito de Narciso no corresponde al narcisista maligno puro, porque el personaje de la mitología es capaz de enamorarse (lo está de sí mismo) y puede ver reflejada su propia imagen en el agua, es decir, posee una autoimagen que reconoce o reencuentra.<sup>17</sup> El vampiro no puede amar ni reflejarse. El vampiro-narcisista no tiene vida, no tiene imagen y no tiene espacio psíquico (diferenciación entre él y el objeto).

En resumen, se puede plantear que la imagen inconsciente que evoca el vampiro está conformada por la mezcla de pulsiones parciales oral-sádicas dirigidas al objeto nutricio, pero en un estadio tan temprano del narcisismo primario en el que no se puede dar todavía una diferenciación clara entre el yo y el objeto. Klein diría que es totalmente anterior a la posición depresiva y a la capacidad de gratitud (que por fuerza implica el reconocimiento del otro como un ente diferenciado).

---

<sup>17</sup> La “transferencia especular” de Kohut correspondería a este tipo de personalidad narcisista.

El vampiro narcisista es incapaz de amar, su oralidad no reconoce más que vagamente al objeto, hacia el cual sólo se siente rabia y deseos de vaciarlo y destruirlo. La incapacidad del objeto para calmar su ansiedad persecutoria lo hace replegarse regresivamente en la necesidad de retorno al útero primigenio, de recuperar su narcisismo omnipotente y grandioso. La penetración de los colmillos en la carne evoca imágenes muy primitivas de sexualidad y oralidad, de sadismo y poder. El vampiro se encuentra vacío, necesita llenarse de la vida de otros para detener a la muerte verdadera, que siempre lleva potencialmente en su interior. En el caso del narcisista puro, los objetos destruidos por la proyección de su rabia oral, incorporados ahora en el superyó, generan dolor y más rabia, contribuyendo a la sensación de encontrarse lleno de objetos persecutorios, de haber sido atacado desde dentro, o simplemente, de encontrarse nuevamente vacío.

Las tres características que he mencionado (oralidad, erotismo y narcisismo), en cierto sentido hacen referencia o coinciden con las notas básicas que posee un vampiro (Marigny, 1993, p. 53), y que ya han sido señaladas: a) el vampiro posee un cuerpo (erotismo), chupa la sangre de los mortales para sobrevivir (oralidad) y convierte a otros en vampiros (narcisismo).

### **La pareja vampiro**

Agregaré a continuación algunas notas sobre la relación de pareja formada por vampiros narcisistas, y que constituye parte de mi investigación sobre el psicoanálisis de los vínculos amorosos.

Creo firmemente que no existen parejas disparejas, y cuando en una relación de pareja aparece un vampiro narcisista normalmente en el otro encontramos rasgos similares, aunque muchas veces no resultan obvios a primera vista. Esto es así debido a los mecanismos de colusión, escisión e identificación proyectiva que caracterizan constantemente a estos vínculos.

En el caso de la pareja vampiro encontramos una mezcla de componentes genitales y pregenitales sumamente poderosos y desorganizados, que incluyen una sexualidad primitiva fusionada con oralidad, sadismo-masoquismo, necesidades de vaciar al otro destruyéndolo, y tendencias narcisistas malignas y frecuentemente sociopáticas.

En su conjunto forman un self colusivo simbiótico en el que la agresión oral predomina. El otro es utilizado para obtener vida, con muy poco miramiento por sus necesidades. Debido a la urgencia de las demandas, la grave patología narcisista y el predominio de la agresión oral, suelen ser parejas de corta duración, ya que estos componentes psicológicos normalmente se oponen a la constitución de imágenes integradas, continuas, tanto de la propia persona como del otro. El vaciamiento, la destrucción del compañero, ocurre ante la poca diferenciación entre el self y el objeto. Incluso los componentes sexuales fálicos (simbolizados en el mito de *Drácula* a través de los colmillos que penetran y vacían) están fuertemente mezclados con componentes orales agresivos, de tal forma que la sexualidad es vivida como robo y destrucción. Es

importante recalcar la poca o nula diferenciación existente, a nivel intrapsíquico e interpersonal, entre los *partenaires*, de tal forma que quien ocupa el lugar de vampiro no puede relacionarse con el compañero como si fuera otro sujeto, con características y necesidades independientes, incluso las de mero proveedor. Debido a su narcisismo sumamente primitivo y puro, el otro ni siquiera llega a identificarse claramente como fuente de espejeo y reflejo, como sostén de la autoestima.

La dificultad del vampiro para considerar (o tolerar) la existencia del otro –incluso como suministro de una autoimagen– tiene que ver con que el vampiro carece de esa representación de sí mismo por no haber sido visto, a su vez, por aquellos que fueron sus padres. En este sentido es que el vampiro va formando una cadena hereditaria de nuevos vampiros. No puede reconocer al otro como persona, por no haber sido él visto como ser diferenciado. El hecho de que, de vez en cuando (más bien constantemente), se abra paso una vaga noción de que el otro posee una vida, hacia la que inmediatamente se siente odio y deseos de destrucción, genera la actitud voraz canibalística que caracteriza ese constante succionar, hasta agotar, la vida del otro.

Normalmente en la pareja vampiro narcisista ambos miembros poseen características similares, pero gracias a la formación de colusiones (Willi, 1975) entre los compañeros pueden distribuirse los roles (vampiro-víctima), de tal forma que uno aparece notoriamente como el o la que posee las tendencias sádicas, la voracidad destructiva, etcétera, mientras que el otro queda identificado como “ajeno” a ese comportamiento.

Debido a que las parejas normalmente no permanecen estáticas, es frecuente que los roles se intercambien o se inviertan. La vejez, la penuria económica, la enfermedad, el chantaje sexual, los hijos, etcétera, suelen ser las pequeñas o grandes fracturas por donde se cuele este cambio de papeles, y donde el vampiro se transforma en víctima del otro vampiro.

Los mecanismos de intercambio vincular (escisión, identificación proyectiva, etcétera) que se dan en las parejas pueden determinar que el conjunto-pareja se identifique a sí mismo como la figura simbólica del vampiro, proyectando hacia el exterior, sobre una persona u otra pareja, al objeto odiado que debe de ser vaciado. La pareja iría, literalmente, saqueando a otras personas hasta agotarlas.

Lo contrario también es posible, y en ese caso, la pareja se identificaría con la víctima y se sometería a la seducción de otra pareja vampiro que, de manera persistente y progresiva, se dedicaría a vaciarla.

En un sentido metapsicológico podemos pensar que el predominio absoluto de las pulsiones agresivas orales, proyectadas sobre el objeto satisfactor temprano, determinan que éste sea vivido como peligroso y amenazante, una representación que es incorporada a la estructura general del superyó temprano, de tal forma que aparece como un objeto persecutor fusionado a la incipiente representación del self.

La falta de diferenciación entre el yo y el otro genera un estado fusional que suele atraer a personas con necesidades similares, formándose una pareja en la que la proyección mutua de roles de vampiro-víctima determina que se establezcan relaciones complementarias entre ellos, o hacia otros.

En la novela, la pareja más complementaria, en este sentido, no es la de Jonathan y su esposa (mucho menos la de Arthur-Lucy), sino la formada por Drácula-Mina. Ésta última representa a la mujer moderna, inteligente, “tecnologizada” (Mina escribe a máquina, sabe taquigrafía, puede usar un revolver, establece estrategias y planos deductivos, etcétera); Drácula sería el representante de la vejez decadente, el egoísmo apropiativo, la vieja monarquía europea –todavía con poder–, el odio y la conducta parasitaria sin consideración (particularmente hacia las mujeres). En términos de la pareja en la obra, representan los dos opuestos complementarios: el amor valiente (el Bien) contra el odio egoísta (el Mal).<sup>18</sup>

La figura de Mina, como pareja del vampiro, supera completamente a la de Lucy o las tres “amantes” de Drácula. Nótese que este grupo de mujeres son, todas ellas, figuras llenas de sensualidad, erotismo, “corporalidad” (recuérdese que una de las características del vampiro, a diferencia de otros seres muertos como los fantasmas, es que posee un cuerpo con necesidades –y limitaciones–). Mina, a diferencia de Lucy y las vampiras, carece de cualquier rasgo de sensualidad, e incluso su fragilidad histeroide es bastante controlada (Jonathan, su esposo, por ejemplo, parece bastante más agobiado que ella, y varios de los hombres derraman muchas más lágrimas que su lidereza-heroína). Quizás esto es lo que la hace atractiva al vampiro.

Sin embargo, la novela representa, en su conjunto, la ruptura y destrucción de la relación Mina-Drácula, de ese encantamiento mutuo que ejercen uno sobre el otro. El “corte” lo realiza el padre de la expedición, el doctor científico poseedor del método y el intelecto, el hombre-autoridad que dirige o ejecuta el seccionamiento de cabezas, quien apunta la estaca mortal, quien realiza la trepanación a Renfield (el más notorio aliado de Drácula), es decir, el profesor Van Helsing, el más claro representante del padre de la castración. La obra representa, en un sentido más amplio, el triunfo de la virtud represiva, el superyó identificado con la moral victoriana (pero también con la ciencia y el conocimiento), sobre las pasiones sexuales y agresivas, el egoísmo personal y la conducta utilitaria de la vieja aristocracia succionante, simbolizado en la lucha Van Helsing-Drácula.

### **Dos clases de narcisismo**

---

<sup>18</sup> Incluso en la versión cinematográfica de Francis Ford Coppola –una de las más conocidas– se establece una última escena donde Drácula muere cuando aprende a amar (o mejor dicho, cuando vuelve a amar, ya que la película comienza con una imagen introductoria donde se observa el dolor, la desesperación de Drácula ante la pérdida de su amada). En este sentido la película de Coppola vendría siendo una readaptación gótica de *La Bella y la Bestia*.

Me gustaría detenerme un poco más en la modalidad específica de relación de pareja formada por vampiros narcisistas. Tal como se planteó líneas arriba, existen bases suficientes para sostener la existencia de dos modalidades diferentes de narcisismo: uno en el que predomina la pulsión de muerte y las investiduras del psiquismo más regresivo y primitivo, particularmente toda la oralidad y voracidad agresivas, donde el otro no es reconocido todavía como tal, sino que es visto a veces como un perseguidor vengativo, y a veces como un objeto nutricio lleno de las satisfacciones anheladas para mitigar el gran dolor psíquico del infante. La percepción del objeto es muy primitiva, prácticamente viviéndosele como una extensión de la propia persona –o si acaso, como un objeto fantasmático idealizado y persecutor a la vez–. Esencialmente esta forma de organización mental se encuentra situada muy cerca del autoerotismo, y como tal, está también teñida de componentes sádico-anales, fálicos, narcisistas (en su sentido metapsicológico, no genético), todos ellos alrededor de la primacía oral canibálica.

El narcisismo en estos casos se encuentra esencialmente situado en una vaga conciencia de dolor y sufrimiento, de anhelo y odio. La relación con el otro, incipientemente percibido, va unida a una parcialización de los afectos, a una fragmentación de su imagen, a una relación caracterizada por lo que podríamos denominar *bidimensionalidad del vínculo*.

Otro punto importante a señalar es la conducta voraz, despiadada y cruel, hacia el objeto (ya se dijo que éste es percibido como extensión del propio self o como objeto fantástico idealizado o extremadamente persecutorio. Además, también puede ser visto como un objeto *en el interior* del bebé). El predominio del odio y resentimiento hacia el objeto –sea “afuera” o “adentro” del propio infante– crean una especie de adormecimiento o anestesia emocional que impide la percepción de los diferentes matices del objeto, de sus particularidades, con lo cual la noción de un otro carece de secuencia, de temporalidad, de profundidad y de resonancia. Se vuelve “plana”. En la clínica, podemos observar cómo se desempeña en las relaciones utilitarias, sádicas, succionantes. No hay liga hacia el otro porque no hay integración de la relación. Estos vínculos no desarrollan temporalidad.

Esta modalidad es la que caracteriza al narcisismo del vampiro.

Por otro lado, tenemos quizás apenas un poco después en el desarrollo del infante (pero seguramente en un punto donde se dan constantes vaivenes entre una y otra situación o fase, por momentos prácticamente coexistiendo al estilo de las *posiciones* kleinianas), una etapa caracterizada por un mayor control de las pulsiones agresivas –no sólo por el mayor desarrollo biológico, sino por la existencia previa y *necesaria* de un objeto predominantemente bueno que puede ser internalizado–, donde la diferenciación con el objeto no-yo comienza a darse en términos de su papel como espejo en el que el bebé se mira, se reconoce y se distingue.

Esta fase del narcisismo se caracteriza por un mayor distanciamiento de las pulsiones, un alejamiento de la fase autoerótica (al menos han comenzado a dirigirse las

investiduras, bajo el dominio de un yo incipiente, hacia el objeto). El embelesamiento y la fascinación con el objeto, en tanto éste mira y atiende al sujeto, crea una carga de pulsiones dirigidas hacia el propio bebé (la pregunta que podría estarse formulando sería: “¿A quién mira esta madre?”). Y con ello un estado de auto-reconocimiento, donde el objeto es vivido prácticamente como una extensión narcisista con toda la omnipotencia infantil.

Este anhelo por el objeto, en tanto espejo del yo, es el punto donde se sitúa una modalidad de narcisismo caracterizada por la extrema dependencia del objeto (o las defensas contra esa dependencia), donde la indiferenciación todavía predominante no permite establecer claramente los límites con el objeto, donde la autoestima –es decir, la vaga conciencia de ser cargado narcisísticamente por el objeto– todavía no puede sostenerse por sí sola, y donde la constancia de objeto no ha avanzado lo suficiente como para crear un núcleo de buenas experiencias que formen la roca sólida sobre la que se apoyará eventualmente el narcisismo, sea sano o patológico; ahí, en este punto, es donde se sitúa el narcisismo temprano al que normalmente hace referencia la teoría psicoanalítica (y que Freud basara en el mito clásico de Narciso).

En la clínica es posible observar esta modalidad en cuanto lo que predomina es una relación basada en el espejeo –no una relación de objeto total, sino su precursor–, donde existe una vaga noción de *tridimensionalidad* en tanto se reconocen en el otro un mayor abanico de afectos y posibilidades de relación, producto de la proyección de los propios afectos y fantasías sobre el objeto, el cual es, de todas formas, tratado en su mayor parte en forma narcisística.

Esta distinción de dos tipos de narcisismo –el narcisismo vampírico, puro o maligno vs. el narcisismo clásico–, permite pensar en dos modalidades narcisistas de relación de pareja.

### **Teoría de la colusión**

Si consideramos la teoría de la colusión de Willi (1975) para tratar de entender las formas de aproximación y de relación que se establecen en una pareja amorosa, particularmente en aquellas que presentan una modalidad narcisista, podemos intentar hacer una diferenciación entre dos tipos de colusión: una más temprana y maligna –podríamos denominarla *colusión vampírica* o *sociopática*–, y otra más tardía, caracterizada ampliamente por la vivencia de la relación vincular como un espejo, y a la cual podríamos denominar *colusión narcisista propiamente dicha*.

La teoría desarrollada por Willi considera una colusión como un proceso simbiótico en el que los dos elementos de la pareja se atribuyen inconsciente y mutuamente sentimientos compartidos. “Esto quiere decir que se puede comprobar en ambos esposos una perturbación fundamental respecto al conflicto conyugal, aunque actúa en papeles distintos” (Willi, 1975, p. 63). La teoría de la colusión puede resumirse en los siguientes puntos:

- 1) Se trata de un juego conjunto no confesado, oculto recíprocamente, de dos o más compañeros a causa de un conflicto fundamental similar no superado;
- 2) El conflicto fundamental no superado actúa en distintos papeles, lo que permite tener la impresión de que uno de los miembros es lo contrario del otro, pero se trata meramente de variantes polarizadas de lo mismo;
- 3) La conexión en el conflicto fundamental similar favorece, en las relaciones de pareja, los intentos de curación individual, progresiva (supercompensadora) en un consorte y regresiva en el otro;
- 4) Este comportamiento de defensa progresivo y regresivo produce, en parte importante, la atracción y aferramiento díadico de los cónyuges. Cada uno de ellos espera que el otro le libere de su propio conflicto. Ambos creen estar asegurados por el consorte en la defensa contra sus propias angustias, hasta tal punto que creen posible y accesible una satisfacción de la necesidad en medida no alcanzada hasta entonces;
- 5) En una larga simbiosis fracasa este intento colusivo de curación individual a causa de la vuelta de lo desplazado [retorno de lo reprimido] que tiene lugar en ambos consortes. Las porciones (delegadas o externalizadas) transferidas al otro cónyuge vuelven, incrementadas, al propio yo.

Desde la teoría de la colusión suponemos entonces que ambos miembros de la pareja comparten el mismo conflicto básico, es decir, se encuentran coludidos en el mantenimiento de una determinada sintomatología, la cual, en el fondo, pretenden mantener intacta. La forma en la que realizan esto debe ser entendida a la luz del mecanismo de identificación proyectiva patológica en cuanto que no sólo se proyectan objetos internos y partes del yo en la pareja, sino que además cada miembro del binomio intenta *forzar* sutilmente dichas partes en o dentro del compañero, llevándolo a comportarse de acuerdo al rol necesitado, con la *complicidad* de ambos. El énfasis está puesto en el síntoma mutuamente compartido y en la tendencia inconsciente a mantenerlo inalterado.

En este sentido, Willi distingue cuatro esquemas particulares de estilos colusivos que corresponden a los grados evolutivos del desarrollo psicosexual en la primera infancia. Cada pareja puede presentar características de distintas colusiones, pero generalmente predomina un tipo dentro de su dinámica.

a) *Colusión narcisista*, cuyo tema central es: “Cómo hacer de dos uno solo”. La colusión gira alrededor de las palabras “entrega”, “límites”, “fusión”, “sobreidentificación”, “admiración”, etcétera. La problemática es la confirmación de la imagen personal debido a que los individuos no cuentan con un yo estructurado. El otro representa un espejo de sí mismo, debido a la personalidad egocéntrica del narcisista.



Campuzano (2001) menciona que en este tipo de colusión frecuentemente el cónyuge progresivo es un narcisista fálico exhibicionista cuya ideología compagina con su estructura: dinámica sin contemplaciones, egoísta, orientado al éxito, mientras que el cónyuge regresivo es un narcisista esquizoide socialmente cohibido, en contraste con el anterior, ya que es dependiente del “brillo del otro”, sin que pueda aspirar a sus propias expectativas o pretensiones.

Las parejas que se manejan bajo esta colusión se frustran, enojan y desilusionan ante la sensación de no vivir el estado de fusión perfecta e idealizada. De manera contraria y simultánea buscan separarse, como mecanismo de defensa, mediante enojos para evitar esta unión deseada.

Mencionaremos un poco más brevemente las otras tres formas, para centrarnos en las dos posibles modalidades de colusión narcisista.

b) *Colusión oral*, cuyo tema central es “El amor como cuidado unilateral de uno por el otro”, y su problemática gira alrededor de los siguientes conceptos: “preocupación”, “dependencia”, “sustento”, “cuidados inagotables”, “incondicionalidad”, etcétera. El cónyuge progresivo se convierte en la madre incondicional y solícita porque siente que su pareja es débil y que lo necesita totalmente, mientras que el cónyuge regresivo siente que puede dejarse cuidar con tanta pasividad porque su pareja es muy comedida. Generalmente el conflicto se manifiesta por la rigidez de estos roles y la insaciabilidad del consorte regresivo.

c) *Colusión anal*, girando alrededor del tema primordial “El amor como dominio sobre el otro”, y donde los términos a discutir son “los derechos”, “el control”, “el sometimiento”, “la autonomía”, “la obediencia”, etcétera. La problemática se centra en una lucha de poder y de control sobre el otro. El cónyuge progresivo, o anal activo, suele ser una persona autónoma y fuerte en la medida en la que puede percibir al otro como dependiente, pasivo y dócil. Y su contraparte, el cónyuge regresivo o anal pasivo, suele manejarse ante su pareja como dependiente, irresponsable, débil y sumiso.

d) *Colusión fálica*, con el tema central “El amor como reafirmación de la fuerza masculina”. Algunos de los conflictos centrales de la pareja se refieren a: “sumisión femenina”, “afirmación masculina”, “castración”, “fuerza y debilidad”, “envidia al otro sexo”, etcétera. La problemática se centra en la confirmación de la masculinidad y la feminidad al no tener resuelta su relación con el sexo opuesto ni su identidad personal. La feminidad débil y sometida reprime lo masculino, y lo masculino agresivo reprime las tendencias femeninas. La pareja tiene restos de un complejo no resuelto con el progenitor del sexo contrario y frecuentemente con el de su mismo sexo, al que no pueden tomar como modelo de identificación.

Willi (1975) insiste que estos tipos de colusión no son patrones fijos en la relación de pareja amorosa formal, sino que son categorías dinámicas que se relacionan con

puntos de conflicto o de fijación en determinada etapa del desarrollo psicosexual, y que le han impedido a la pareja desarrollarse adecuadamente.

Podemos intentar insertar aquí la noción de dos modalidades distintas de colusión narcisista: una que eufemísticamente podemos denominar “vampírica”, aunque quizás más correctamente “sociopática” o “pura”, y otra a la que podemos categorizar como “propia mente dicha”. Hemos señalado ya algunas vicisitudes particulares de cada una de ellas, como por ejemplo el utilitarismo y el vaciamiento sádicos de la primera, en contraposición al juego de espejos que se establece en la segunda.

Las parejas que comparten la modalidad “sociopática” o “pura” distribuyen sus roles alrededor del tema “Quién acaba primero con quién”; el vocabulario que más los absorbe incluye los términos “odio”, “venganza”, “abuso”, “indiferencia”, etcétera, pero esencialmente lo que predomina es una parcialización de la relación que no permite un vínculo profundo entre los dos compañeros. Hemos mencionado que esta parcialización de la temporalidad y de la identidad del propio sujeto y del otro, impide generalmente la duración de estas parejas, la mayor parte de las veces abandonando uno al otro sin ninguna consideración o remordimiento, y una vez que se le ha –literalmente– “vaciado” por completo. No es necesario agregar que la modalidad colusiva involucra igual participación, en roles complementarios, del otro compañero.

Por el otro lado, tendríamos una modalidad colusiva propiamente narcisista, en la cual, como ya se mencionó, el tema central es la fusión de los compañeros amorosos, cada uno ocupando su respectivo sitio en el juego admirativo y devaluatorio que se establece. El otro es sólo unos ojos que miran o admiran; o que no lo hacen. Desde el lado opuesto, el otro es un objeto a ser admirado, y en esta admiración se domina la propia debilidad, pero también se crean las consecuentes ansiedades vinculadas a la fusión simbiótica, a la pérdida de la identidad en la del otro, etcétera.

## **Conclusiones**

El personaje del vampiro es extraordinariamente interesante desde muchos puntos de vista. Representa el vacío y la muerte que se apodera de la vida hasta vaciarla, destruyéndola. Es la imagen del egoísmo puro, de la succión violenta y desesperada que se hace del otro, de la rabia que devora.

Este personaje fue creado, fantaseado, sacado de algún lugar del inconsciente –abierto su ataúd– por otro personaje no menos singular: Bram Stoker. El dramaturgo eterno parece haber tenido motivos suficientes para idear a un ser como Drácula. La extraña relación que mantuvo con su patrón Irving –no queda claro hasta qué punto era amistad, hasta qué punto sumisión– puede haber dado lugar al personaje (sabemos que éste le sirvió de modelo para dibujar los rasgos de Drácula). En todo caso hay bastantes pruebas para pensar que Stoker se deshizo de su padre biológico y lo transfirió a la figura de Henry Irving. Lo mismo le sucedió a John Polidori años atrás con su odiado patrón Lord Byron. El vampiro Drácula parece representar la imagen odiada y temida, pero

anhelada y amada, del padre-patrón. A esta se le opone la imagen del padre benevolente pero firme, valiente, decidido, que en la obra está representado por Van Helsing. Tanto el conde como el profesor parecen representar la imagen escindida de la figura paterna de Stoker. En el fondo, una relación de amor-odio hacia el padre, un ir y venir entre la sumisión y el desafío. Stoker parece haber representado en la obra su propia dinámica de vida, desde su infancia llena de enfermedades y la consecuente necesidad de depender de otros, además de la autopercepción de desvalidez, hasta la imagen del joven deportista, aficionado al teatro y a escribir, que se entrega libremente a sus pasiones y aficiones. Seguramente no es fácil salir bien librado de esta lucha interna y con seguridad el resultado tendrá sus grandes fallas, sus continuos *exabruptos* del inconsciente, filtraciones de perversión o de locura, manías y rarezas, aunque en el marco de una personalidad excesivamente organizada, metódica, socialmente adaptada, sometida a las reglas y a la costumbre, como parece haber sido la de Stoker (que si bien no continuó la tradición de ser un burócrata como el padre, sí acabó por cumplir esta especie de designio o herencia con Irving, de quien se volvió una especie de emulador filial).

Así que en otro sentido, la obra muestra la mirada del hijo que ve aterrado la lucha que se entabla entre las dos imágenes de su padre. El personaje que mejor representa aquí a Stoker es Jonathan Harker (muy por encima del doctor Seward, que aunque mantiene una relación bastante filial con Van Helsing, prácticamente no conoce a Drácula). Jonathan, en cambio, se relaciona con ambos: conoce la maldad de Drácula y ha sido su víctima, pero a la vez es aliado y protegido del doctor Van Helsing.

De cualquier modo, en mayor o menor medida, todos los personajes de la obra mantienen algún tipo de relación con la vida de Stoker, y si éste es Jonathan Harker, sin duda también es Drácula, el vampiro que seguramente anidaba en él. En cierta forma su situación no es muy diferente de la que en todas las personas se puede encontrar en segundo plano: la maldad interna y su expresión externa, la criatura escapada del ataúd que acecha en la sombra.

## BIBLIOGRAFÍA

- Campuzano, M. (2001). *La pareja humana. Su psicología, sus conflictos, su tratamiento*. México: Plaza y Valdés.
- Freud, S. (1913 [1912-13]). Tótem y Tabú. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1950 [1892-99]). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 69 (21 de septiembre de 1897). En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Grande, A. (1999). Amaré tu sangre: el analizador *Drácula* y el ideal del superyó. *Subjetividad y cultura*, 12, 7-18.

- Hinshelwood, R. D. (1989). *Diccionario de pensamiento kleiniano*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1957). Envidia y gratitud. En *Obras Completas* (Vol. 3). Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Marigny, J. (1993). El despertar de los vampiros. Italia: Ediciones B, 1999.
- Marín, R. (s.f.). *Drácula: El espejo en la sombra*. Consultado en línea el 9 de junio de 2003 en [www.gigamesh.com/criticalibros/dracula.html](http://www.gigamesh.com/criticalibros/dracula.html) [2003]
- Monzón, I. (1994). *Báthory. Acercamiento al mito de la Condesa Sangrienta*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- Simo, J. (1984). *Narcisismo antes de Freud y después de Kernberg. Drácula de Bram Stoker*. Trabajo presentado en la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica el 23 de octubre de 1984, México, D.F.
- Stoker, A. (1897). *Drácula*. Barcelona: Plaza & Janés, 1997.
- Willi, J. (1978). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.

## 2. UN EJEMPLO DE ELECCIÓN DE PAREJA: SIGMUND FREUD-MARTHA BERNAYS<sup>19</sup>

Con Leticia Oviedo Estrada

En el presente capítulo presentaremos, a manera de ejemplo clínico, un análisis de la formación y establecimiento de una relación de pareja, y lo haremos precisamente tomando como caso el del propio Sigmund Freud. Nuestra intención es la de correlacionar algunos de los aspectos genéticos y dinámicos de la vida personal del descubridor del psicoanálisis con la búsqueda y conquista de una mujer con las características de Martha Bernays.

### Antecedentes de la relación

Sabemos relativamente poco de la vida sentimental de Freud antes de su encuentro con la que, el 14 de septiembre de 1886, se convertiría en su esposa. De esta relación podemos obtener algunos datos a partir de la lectura de los testimonios de Ernest Jones (1953), el concienzudo estudio de Gay (1988), el analítico de Rodrigué (1996) y de la correspondencia entre Sigmund y Martha durante los cuatro años que duró su noviazgo (Freud, 1979 [1882-1886]). La pareja que formaron fue una pareja burguesa y digna, perfectamente conforme con las reglas en vigor a comienzos de este siglo. Freud mismo compartió en su vida personal los prejuicios y tabúes de su época. Fue de hecho un enamorado celoso y puritano, casi pudibundo. Sorprende encontrarnos al descubridor de la sexualidad infantil enviando a sus hijos a otro médico para que les informara “sobre las cosas de la vida”.

Sigmund Freud fue un enamorado perdido. Luego, durante cuatro años, un novio celoso, y finalmente un marido “modelo”. Pero hagamos un poco de historia: El “primer amor” de Freud fue Gisela Fluss, 2 años menor que él. Tímido como se es a los 16 años, no se atrevió a declararle sus sentimientos, ni a dirigirle la palabra. Freud la conoció cuando fue invitado por la familia Fluss, negociantes de textiles y amigos de sus padres, a pasar el verano en su ciudad natal, Freiberg. Después de haberse enamorado “a primera vista” de Gisela, ésta se fue a un pensionado tan sólo días después. Freud, inconsolable, tuvo que contentarse vagando por los bosques, imaginando qué vida tan agradable hubiera podido disfrutar si los Freud, sus padres, no hubieran abandonado Freiberg (Moravia). “Durante muchas horas –escribe Freud– hice paseos en los bosques que tanto quería, construyendo castillos en el aire, que por extraña característica no se referían al futuro sino que trataban de hacer mejor el pasado. Si no hubiera habido ruina económica

---

<sup>19</sup> Este capítulo apareció publicado originalmente en Sánchez Escárcega, J. y Oviedo Estrada (1994). La elección de pareja en Sigmund Freud. *Psicología Iberoamericana*, 2 (1): 146-157.

(la familia de Freud dejó Freiberg tras dificultades monetarias en 1859, tres años después del nacimiento de Sigmund)...., si me hubiera quedado en la región, si hubiera crecido en la casa para ser tan vigoroso como los hermanos de mi bien amada; si hubiera adoptado la profesión de mi padre y me hubiera casado con la joven que hubiera conocido íntimamente durante todos estos años” (Jones, 1953, p. 50). Sin embargo, tres años más tarde, en ocasión de un viaje a Manchester, tuvo oportunidad de volver a ver a Gisela: La joven ya no le provocó ningún sentimiento amoroso.

Sobre su vida amorosa, durante los diez años que transcurrieron entre su amor platónico por Gisela y su primer encuentro con Martha, ignoramos bastante. Todo hace pensar que hasta el momento de su encuentro con su futura esposa no nació en él ningún sentimiento amoroso. En una carta que le escribió a Martha declara que las chicas no le habían interesado nunca, y que ahora pagaba muy caro esa indiferencia.

Lo que sabemos del amor que Freud sintió por Martha proviene esencialmente de la correspondencia que intercambiaron los enamorados durante los cuatro años (1882-1886) que precedieron a su matrimonio. Freud nunca aludió a ello, ni verbalmente, ni por escrito, y sólo al morir Martha, en 1951, Ernest Jones tuvo el privilegio de consultar las mil quinientas cartas (de doce páginas en promedio) que Freud envió a su “pequeña princesa”. De esta correspondencia se ha dicho, merecidamente, que constituye una preciosa contribución a la literatura amorosa más hermosa de todos los tiempos y todos los países. Esto no sorprende, ya que si las ideas y la propia persona de Freud fueron frecuentemente controversiales y sumamente criticadas, pocas personas niegan sus grandes dotes como escritor.

Fue una tarde de abril de 1882 cuando con su hermana Minna, Martha fue a visitar a la familia Freud. Estaba sentada en la mesa familiar, pelando una manzana y charlando alegremente, cuando, ante la sorpresa general, Sigmund se unió al grupo. Semanas más tarde, al comprender el carácter serio de sus sentimientos, se apresuró a comprometerse “porque todo tipo de artificio respecto a una chica semejante hubiera sido intolerable”. No pasaba un día en que no le hiciera llegar una rosa roja, acompañada de una tarjeta de visita en la que ponía una frase, a veces en español, a veces en latín, otras en inglés o en alemán. Al hacer a Martha su primer cumplido, la comparaba con la princesa del cuento de hadas de cuya boca salían rosas y perlas.

¿Quién era esa joven que había trastornado tanto a Freud? Martha Bernays, cinco años menor que él, nacida el 26 de julio de 1861 en Hamburgo, pertenecía a una familia muy impregnada de cultura judía. Su abuelo, el rabino Isaac, fue considerado en su época como “el monarca” supremo del espíritu del mundo judío.

Ernest Jones la describe como una chica delicada, pálida y más bien pequeña cuyos modales graciosos la hacían tener numerosos pretendientes. Freud no la halagaba:

“Sé que no eres bonita en el sentido en que lo consideran pintores y escultores; si quieres que le dé a las palabras su sentido estricto, me veo obligado a confesar que no eres una belleza”.<sup>20</sup>

En otra carta, sus observaciones son poco confortantes para una joven de 22 años:

“No olvides que la belleza sólo dura unos años, y que tenemos que pasar juntos una larga vida. Cuando la tersura y la frescura de la juventud desaparecen, sólo es dado encontrar belleza ahí donde la bondad y la comprensión transfiguran los rasgos, y ahí es donde tú sobresales”.

Dos años más tarde Freud da una descripción más detallada a propósito de una fotografía que ella le ha enviado:

“Hay algo que destaca en todos tus retratos, la belleza noble y pura de tu frente, de tus ojos. Luego, como si la naturaleza hubiera querido hacerte escapar del peligro de ser sólo bonita, modeló tu nariz y tu boca dándoles más carácter que belleza y una expresión casi viril, poco femenina por su firmeza”.

Digamos que Martha, bien educada, inteligente, no era, sin embargo, como su hermana Minna lo que se llama “una intelectual”. Más tarde las preocupaciones de la vida cotidiana, los cuidados de prodigar a sus seis hijos, acapararon toda la atención de Martha.

Las costumbres no eran a finales del siglo XIX lo que son hoy. Hubo que esperar un mes para que Sigmund y Martha pudieran pasearse juntos libremente. Al volver de un paseo en los alrededores de Viena se preguntó si ella lo quería como él a ella; interpretó como signo de frialdad el hecho de que Martha no aceptara las hojas de encino que había querido darle. En cambio, días más tarde, durante una cena en casa de Freud, Martha le apretó la mano por debajo de la mesa, cosa que las hermanas de Freud vieron y de la cual no dejaron de sacar conclusiones (Jones, 1953).

El compromiso fue fijado el 17 de junio de 1882. Esa fecha, importante entre otras, Sigmund y Martha la celebraron por un tiempo el día 17 de cada mes. Ernest Jones refiere que “desde que se conocieron, la personalidad de Freud debe haber causado impresión en Martha, tanto más cuanto que, para satisfacción de Freud, ella lo encontraba parecido a su padre. Por sus cartas, ya a partir de entonces, se tiene la evidencia de que lo amaba real y profundamente. Por mucho tiempo, sin embargo, Freud se sintió inclinado a dudar del amor de ella, y hasta el final de su compromiso le echaba en cara lo que él llamaba el *primun falsum* de sus relaciones: Que él se había enamorado nueve meses antes que ella de él; que ella lo había aceptado contra sus inclinaciones y que él tuvo que pasar por una época terrible mientras ella trataba infructuosamente de amarlo”.

---

<sup>20</sup> Esta y las siguientes citas han sido tomadas de la correspondencia Sigmund Freud-Martha Bernays (Freud, 1979 [1882-1886]), a menos que se indique lo contrario.

El 18 de junio de 1882, apenas comprometidos, Martha viajó a Wandsbeck. Durante los dos días que precedieron a su partida Freud señalaba que le dio más besos que a sus hermanas en 22 años. El 2 de septiembre de 1882 regresó a Viena, pero luego, el 14 de junio de 1883, después de un año de noviazgo, Martha tuvo que ir a radicar ahora en definitiva a Wandsbeck con su madre, siguiendo la voluntad de ésta. A partir de entonces y hasta la boda, Freud sólo tuvo oportunidad de visitar a su prometida seis veces, partiendo de Viena, de París y Berlín. La reacción de Freud ante la partida de Martha fue de enojo hacia ella por no haberse opuesto lo suficiente a su madre. Pero sobre todo hacia su futura suegra, Freud sintió en ese momento una hostilidad difícilmente disimulada como se puede observar en la siguiente carta del 21 de febrero de 1883 dirigida a Minna Bernays, hermana de Martha:

“[A tu madre] la veo como una persona de gran fuerza mental y moral, capaz de logros elevados, sin vestigios de las ridículas debilidades de las ancianas, pero no puede dejarse de reconocer que ha adoptado con respecto a todos nosotros una postura hostil, propia de un viejo. Como su encanto y su energía han durado tanto, exige todavía una plena participación en la vida –no la parte relegada a la ancianidad– y pretende ser el centro, la soberana, un fin en sí misma. Quiere trasladarse a Hamburgo, impulsada por un capricho excéntrico, sin importarle si de ese modo nos separa durante largos años a Martha y a mí. Este proceder, es cierto, de ninguna manera es noble, aunque tampoco puede decirse que se trate de maldad; es simplemente la exigencia de la edad, la falta de consideración de una anciana llena de energía, la manifestación del anatagonismo eterno que existe en toda familia entre la vejez y la juventud: ninguna de las partes quiere sacrificarse y cada una reclama su campo de acción y satisfacción.” (Freud, E., Freud, L. y Gubrich-Simitis, 1976, p. 98)

No cabe duda: Freud realmente estaba enojado.

Es cierto que la madre de Martha tardaría mucho en aceptar la elección de su hija. Para ella Sigmund era sólo un joven sin fortuna y sin futuro previsible, que además no compartía sus convicciones religiosas. Por su parte, Freud le reprochaba actuar como jefe de familia (era viuda desde 1879) y adoptar una actitud demasiado viril. Su ritualismo judío lo superaba, lo mismo que su autosatisfacción y su gusto por el confort. Freud deseaba sustraer a Martha de la influencia de su madre y lo logró. Le advirtió que ella pertenecería enteramente a su familia, la de él, y no a la de los suyos, señalando que “en todas las uniones la primera condición debe ser el derecho a echar a la familia política”.

Pero no fue la distancia lo que determinó tan largo noviazgo, sino esencialmente el problema económico de Freud. La propia madre de Martha había esperado nueve años antes de casarse. El 27 de junio de 1886, después de cuatro años de relaciones, la futura “*mama*” le reprocha:

“No me crea usted incapaz de imaginarme lo incómodo de su vida actual, pero cargar con los gastos de una casa sin contar con los medios necesarios para ello,



es una maldición (...) Espere tranquilamente hasta que cuente con medio hijos de subsistencia. Recupere primero cierto grado de calma y tranquilidad, de las que en este momento carece en grado tan deplorable. Usted no tiene ninguna razón para ese mal humor y esa desesperación, que rayan en lo patológico. Vuelva a ser ante todo un hombre sensato. En este momento lo que usted parece es un niño mimado que no consigue lo que quiere, y llora, en la creencia de que así logrará todo” (Gay, 1988).

En la correspondencia que intercambiaron Sigmund y Martha los temas de dinero se repiten constantemente, preguntándose con frecuencia cuánto necesitarán para poder casarse.

Durante mucho tiempo fue imposible establecer la fecha del matrimonio, aun cuando la idea de prolongar el noviazgo se le hacía insoportable a Freud. “Perder así los mejores años de nuestra juventud. Por qué no casarnos, vivir en la pobreza; limitarnos a dos habitaciones y un trozo de pan duro a la noche”. No era posible, porque era demasiado prisionero de las tradiciones de su época. Sólo le quedaba una solución: lanzarse a fondo en la práctica de médico. Y eso hizo.

Freud durante su noviazgo fue un hombre torturado por la urgencia de casarse y por las cada vez más frecuentes crisis de celos. Estuvo celoso primero de un primo de Martha, Max Mayer, al que ella había preferido antes de conocer a Freud. Max Mayer vivía en Hamburgo, lo que lo llevaba a ver de tanto en tanto a su prima. Sigmund le prohibió a Martha que llamara a su primo por su nombre, debía llamarlo “Sr. Mayer”. Sin embargo, Sigmund se dio cuenta pronto de su ridícula reacción y le escribió a Martha:

“Martha me quiere, entonces, ¿por qué temer a un Max Mayer o a una legión de Max Mayers? (...) Fue una expresión de este amor arraigado, pero torpe y autotorturante. Ahora me he desprendido de esto como una enfermedad. Mi sentimiento con respecto a Max Mayer era una desconfianza de mí mismo, pero no de tí”.

Sin embargo, esta sabiduría no habría de durar mucho, y volvió a ser empañada una y otra vez.

Max Mayer no tardó en ser suplantado por otro rival, su amigo Fritz Wahle, mucho más peligroso ante los ojos de Freud. Fritz, lo mismo que Max, era un artista muy apreciado por el sexo femenino. Conocido por sus cualidades de seductor, tenía fama de vencer a cualquier rival. Sabemos al respecto que Freud siempre, a partir de entonces, mantuvo gran recelo hacia los artistas:

“Creo que la hostilidad general reina entre los artistas y los investigadores sumergidos en los detalles de un trabajo científico. Lo sabemos, el arte da a los primeros una llave que les permite penetrar fácilmente en todos los corazones femeninos, mientras que nosotros nos quedamos cortados ante esa extraña

cerradura, y nos vemos obligados a torturarnos el espíritu para descubrir la llave que conviene”.

Fritz Wahle estaba de novio con una prima de Martha. Conocía a esta última desde hacía mucho, y una amistad más bien fraterna, aparentemente sin segundas intenciones, los unía. Sin embargo Martha le había permitido besarla una vez por lo menos, el mismo día en que Sigmund y Martha se habían paseado por primera vez solos, de la mano. Además, al enterarse del compromiso de Sigmund y de Martha, Fritz rompió en sollozos. Desde entonces no cesaba de quejarse de que Martha lo tenía descuidado, que sus cartas ya no eran tan cálidas como antes. Hasta quiso persuadirla de que rompiera con Freud. Éste entonces le prohibió a Martha todo contacto con su “viejo amigo”, si no, rompería con ella. Martha aceptó, pero rechazó la forma en que había interpretado Freud la amistad de Fritz. Tres años después, hablando de ese penoso recuerdo, Freud lo calificó como “inolvidable”, incluso llegó a decir que hubiera sacrificado gustoso la mano derecha para sacarse la idea de que Max y Fritz habían ocupado el corazón de Martha. Dudaba de ser capaz de reemplazarlos. Su sufrimiento –decía– era tan agudo que “debería dejar la pluma para hundirse en un sueño eterno”.

Durante el verano de 1885 Martha expresó el deseo de ir a ver a su amiga de la infancia casada hacía poco, que, según le indicó en términos velados, “se había casado antes de las nupcias”. La reacción de Freud no se hizo esperar. Se lo prohibió tajantemente, asustado, movido por su propio puritanismo. Poco tiempo después le prohibió también ir a patinar porque eso implicaba darle el brazo a otro hombre. En otra carta la reprochaba haberse subido las medias en el *Beethoven Gang*. Pasión, idealización, desesperación, celos y puritanismo: ese fue Sigmund Freud en su noviazgo.

Como Freud después lo admitió, su amor por Martha fue durante mucho tiempo exclusivo y egoísta. Siempre estuvo preocupado por la imposible infidelidad de Martha, así como injustificadamente por su salud: Confesó que al enterarse del estado desesperado de su gran amigo Schonberg (padecía de tuberculosis incurable), quedó menos afectado que viendo ojeras en torno a los ojos de Martha.

Por otro lado, durante todo el noviazgo sólo se habla de los niños como obstáculo para su intimidad y su amor (aunque en otras ocasiones expresó opiniones diferentes). Freud escribe:

“Siempre pienso que en la mayoría de los casos, una vez casados, se deja de vivir el uno para el otro como es la costumbre en la época del noviazgo. Se vive un tercio juntos. Ante el marido se presentan pronto peligrosos rivales: El hogar, los niños; y entonces, a pesar del amor y la intimidad, la ayuda que cada uno de los esposos encuentra en el otro cesa. El marido se acerca a sus amigos, frecuenta cafés y descubre, generalmente, fuera de su casa nuevas fuentes de interés. Pero todo esto no es inevitable”.

En 1883, Eli Bernays, hermano mayor de Martha, se casó con Anna, la hermana de Sigmund. Como se llevaba entonces muy mal con su futuro cuñado, Freud se negó a asistir a la ceremonia. Además de su antipatía momentánea por Eli, Freud explica que esta obsesión se debe a su horror por los convencionalismos sociales. Había que ponerse traje de gala y asistir a ceremonias que Freud calificó sencillamente como “repugnantes”. En una ocasión le escribe a Martha:

“¿Consientes casarte sin anillo, sin regalos, sin felicitaciones, sin ser mirada y criticada, sin el traje de novia y el coche que por las calles todos miran, sin la ‘!ah!’ de admiración que provoca tu aparición? Naturalmente puedes pensar de otro modo, y no me atrevo a decirte cuánto me disgusta todo eso, pero estoy seguro que nuestras intenciones serán las mismas”.

Como el matrimonio civil no estaba reconocido en Austria, Freud tuvo finalmente que casarse por la Iglesia. La ceremonia se llevó a cabo el 17 de septiembre de 1886, fue lo más sencilla posible. Paradójicamente, nunca más le volvió a escribir una carta de amor a Martha.

Un poco en broma Sigmund había prometido a Martha que discutirían por lo menos una vez por semana. Rápidamente, según Jones, esta promesa quedó olvidada y el “único” conflicto que enfrentó a los jóvenes esposos durante los años que siguieron a su unión se refirió a un tema muy importante... “¿había que preparar los champiñones con o sin tallo?”. No sabemos si esto sea cierto o no, sobre todo considerando que el mismo Freud admitió en su correspondencia con Martha durante los años de noviazgo que era una persona de carácter “inflexible”. Lo cierto es que una vez casada, Martha se dedicó a criar a seis niños y llevar el hogar. Al parecer siguió siendo afectuosa con su marido. Era un ama de casa muy meticulosa y muy preocupada por la limpieza de su hogar. Contrariamente a su hermana Minna, que vino a vivir con ellos, no fue un gran apoyo intelectual para su marido.

Los testimonios coinciden en que, al parecer, las relaciones sexuales entre Freud y su esposa cesaron pronto, probablemente cuando Martha tenía alrededor de 40 años. Lo que había de impulsivo, apasionado, desmesurado e incluso patológico en la personalidad de Freud se canalizó hacia otras metas: Hacia el descubrimiento del psicoanálisis (Anzieu, 1959).

### **Relaciones tempranas de objeto**

Sandoval (1984) escribe:

“La relación de objeto primario determina la conducta y relaciones posteriores del hombre con su medio ambiente y consigo mismo. Sabemos que el proceso vital es el resultado de una serie de transferencias mediante las cuales el individuo repite todo aquello aprendido tempranamente, proyectando en lo que le rodea lo que introyectó en los primeros años de vida y que le da una especie de prisma a través del cual contempla e interpreta, a veces en forma distorsionada, las relaciones

externas, sobre todo cuando las funciones yoicas están muy disminuidas porque las necesidades básicas no fueron suficientemente satisfechas en su tiempo oportuno. A esto es a lo que se llama transferencia, pero no como se entiende psicoanalíticamente, sino a lo que cotidianamente puede hacernos sentir cierta persona o, independientemente de ella, sentimos ante su presencia y actuaciones. Es decir, “tener por alguien sentimientos que no le corresponden y que en realidad pertenecen o pertenecieron a alguien en el pasado. (...) Quiero decir con esto que en cada relación que el ser humano tiene, está reeditando una relación primaria con sus objetos más arcaicos, por lo tanto, es una distorsión que en múltiples ocasiones no corresponde a la realidad que se está viviendo ni a las características reales del objeto con el cual se ha establecido contacto.” (p.63)

Esta autora agrega, más adelante, que:

“Los objetos fueron las fuentes originales del desarrollo humano: los padres, los hermanos y posteriormente educadores y padres sustitutos y que su momento dispensaron amor, comodidad, castigo, rivalidad, envidia, etcétera; serán los fantasmas que aparecerán siempre en las relaciones con cualquier nueva persona y ocupaciones, matizando fuertemente la conducta del ser humano pese muchas veces al juicio de realidad que existe (...) El individuo repite su historia infantil, pero también la actúa de acuerdo con identificaciones muy tempranas con los objetos amorosos, agresivos, satisfactores o privadores de elementos nutricios para su desarrollo vital.” (p. 64)

Si nuestra intención en el presente trabajo es determinar algunas de las motivaciones inconscientes e identificaciones que pudieran haber determinado la elección de pareja de Sigmund Freud, deberemos primero hacer una breve reseña de los aspectos más relevantes de su vida temprana:

### **Historia temprana de Sigmund Freud**

Freud nació en 1856 en Moravia. Su padre tenía 41 años cuando él nació. Se casó dos veces, la primera con una mujer llamada Sally, procreando dos hijos: Emmanuel y Philippe. Sally muere, y al parecer, el padre de Freud va a vivir con una mujer de la que no se sabe mucho. Posteriormente, cuando contaba con 40 años de edad, contrae segundas nupcias con Amalia, la madre de Freud, 20 años menor que su esposo, y contemporánea de Emmanuel y Philippe.

Alrededor de nueve meses después de la boda de sus padres, Sigmund viene al mundo. Siempre fue un primogénito amado y deseado varón de una madre joven y alegre. Pero esa dicha no duró mucho. La separación y la pérdida se presentaron cuando, teniendo Sigmund aproximadamente once meses de edad, nace su hermano Julius, quien muere a los ocho meses. Muere así el hermano rival, aquél que en su fantasía había venido a despojarlo, o que de hecho lo había logrado desalojar, del sitio de hijo único y del amor de su madre Amalia. Una niña, Anna, nace al poco tiempo. Indudablemente una

nueva rival, a esta hermana Freud nunca la quiso (recuérdese que a su boda no quiso asistir).

Cuando el pequeño Sigmund tiene dos años y medio, su nana consentida es despedida por los Freud debido a un robo. La pérdida que para el niño significó este hecho sólomente quedará clara cuarenta años después a través de la interpretación de sus propios sueños.

A medida que Freud crecía, más se enorgullecía su madre de él. El pequeño había nacido con la cabeza cubierta por una membrana fetal, hecho que se interpretó como seguro augurio de felicidad y triunfo. La madre de Freud siempre quiso y estuvo segura de que su hijo llegaría a ser un gran hombre. Freud mismo dice: “Cuando un hombre ha sido el favorito indiscutible de su madre logra conservar durante toda la vida un sentimiento de vencedor, esa confianza en el éxito que no pocas veces conduce realmente a él” (c. f. Freud, 1925a [1924]).

Freud verdaderamente lo creía, busca en Martha la confirmación del augurio; Martha es la madre que le dará la grandeza que le prometió.

“... y seré un gran erudito, (...) curaré todos los casos nerviosos incurables y tú serás mi amuleto...”.

“... esperen y dentro de pronto se desharán en reverencias conmigo como lo hacen hoy con estos oradores...”.

“¿Te ríes de mí porque me llamo gigante? A veces tengo tal sensación de poder”.

Podemos hipotetizar que Freud intentaba recuperar en Martha la admiración y seguridad en su éxito que alguna vez había sentido por parte de su madre. En este sentido, efectivamente Martha funcionó para Freud como un verdadero “amuleto”.

¿Pero por qué si Freud supuestamente había sido el hijo consentido y predilecto de su madre, casi detenido por ella al éxito y a la fama, tendría tal necesidad de demostrar a Martha su propia valía, pidiéndole continuamente su admiración y fidelidad? ¿Por qué tanta inseguridad y celos?, ¿Por qué, como se puede observar en la primera parte de este trabajo, Freud requería la posesión exclusiva de su novia y sólo quedó tranquilo hasta que realmente la consiguió al casarse con ella?

Aberbach (1984) concluye que fueron tres las pérdidas o separaciones que Freud sufrió durante su infancia:

a) Su hermano Julius, que como se mencionó, nació cuando Freud tenía once meses de edad, y murió ocho meses después. Freud escribió a Fliess por la época de su autoanálisis: “Recibí a mi hermano menor con malos deseos y con verdaderos celos infantiles, y su muerte dejó en mí el germen de la culpa”.

b) La pérdida de su nana, a quien Freud estaba fuertemente ligado. Escribió a Fliess: “Si logro tener éxito en resolver mi histeria será gracias al recuerdo de aquella vieja mujer que me proveyó en tan temprana edad con los medios para vivir y sobrevivir”.

c) La madre de Freud sufrió de tuberculosis cuando él era un pequeño. Su enfermedad no quedó eliminada sino hasta dos décadas más tarde. En la correspondencia disponible de Freud menciona a su madre sólo en dos ocasiones: “que ella era muy dada a quejarse”, y “que sufría de una seria tuberculosis pulmonar” (Freud, E., Freud, L. y Gubrich-Simitis, 1976). No es de extrañar, como menciona Jones, que Freud siempre viviera muy preocupado por la salud de su madre.

Algunos efectos de dicha enfermedad pueden verse en el autoanálisis de Freud, aunque de hecho nunca lo menciona abiertamente. La preocupación por la salud de su madre, las separaciones debidas a su tratamiento médico, los síntomas en sí mismos, y la preocupación de su madre por su propio estado de salud (de lo cual, sin duda, las constantes “quejas” eran un signo), deben haber afectado, hasta cierto grado, la calidad del vínculo con su hijo. Además, es probable que su enfermedad, su confinamiento con Julius, su proceso de duelo por la pérdida, y su confinamiento con un tercer hijo (Anna, que nació por la época del despido de la nana), incrementaron las ansiedades de separación en Freud, con la consiguiente liga y dependencia hacia la nana. Por estas razones, la pérdida de esta mujer (que lo proveyó de “los medios para vivir y sobrevivir”) – como si su madre no hubiera podido asumir el rol, o por lo menos no adecuadamente– fue un golpe muy duro en la vida del pequeño Sigmund. Un recuerdo de la época del despido confirma la fuerte impresión que esta pérdida ocasionó en Freud y que muestra la angustia de que su madre también desapareciera (Freud, 1950 [1892-1899]). En su recuerdo, llora desesperado por la ausencia de su madre, hasta que ella reaparece. “Cuando eché de menos a mi madre, temí que se desapareciera lo mismo que poco antes la vieja” (Aberbach, 1984).

La angustia de Freud por la pérdida potencial de su madre es evidente también en un sueño relatado en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), de cuando contaba con cinco o seis años de edad:

“Veo a la madre querida con una expresión durmiente, de extraña calma en su rostro, que era llevada a su habitación y depositada sobre el lecho por dos (o tres) personajes con pico de pájaro. Desperté llorando y gritando, y turbé el sueño de mis padres”.

La angustia de la separación de su madre, ya sea debido a su enfermedad, a la pérdida de la vieja nana, o ambas cosas, puede haber incrementado o determinado parcialmente la formación de un intenso apego y necesidad incestuosa hacia ella. Es decir, que los sentimientos incestuosos de Freud por su madre pudieron haberse incrementado por su necesidad de aferrarse a ella debido a su temor de que desapareciera (Aberbach, 1984).

Dejando de lado esta conjetura tan sugerente, queda claro por lo menos, a partir del autoanálisis de Freud (o lo que sabemos de él), en relación a las experiencias de pérdida o separación tanto de su madre como de la nana, el hecho de que un niño puede quedar fuertemente afectado en sus sentimientos –llegando inclusive a sufrir de gran ansiedad y dolor–, cuando ha sentido la pérdida o amenaza de pérdida de sus principales objetos amorosos.

Sin embargo, sorprende encontrarse en las formulaciones del desarrollo infantil expuestas en *La interpretación de los sueños* que Freud minimizó intensamente la importancia que pueden tener para un niño las pérdidas y separaciones, no sólo la separación de una nana, ¡sino inclusive la misma muerte de la madre!:

“Para el niño, a quien por lo demás se le ahorran las escenas de sufrimiento que preceden a la muerte, ‘estar muerto’ significa tanto como ‘estar lejos’, no molestar más a los sobrevivientes. Y en nada cambian las cosas el modo en que se produzca esa ausencia, si por viaje, abandono, alejamiento o muerte (...) Si en los años prehistóricos de un niño su niñera fue despedida y algún tiempo después murió su madre, ambos acontecimientos forman en su recuerdo una secuencia, como se descubre en el análisis. El niño no echa muy de menos al ausente; es lo que tantas madres han podido comprobar, doloridas, cuando después de una vacaciones de varias semanas vuelven a casa y averiguando se enteran de que los niños no preguntaron por su mamá ni una sola vez” (Freud, 1900 [1899], p. 264).

Indudablemente podemos observar aquí una negación de hechos que el mismo Freud había sufrido en su vida temprana. Freud comenzó a dar importancia a las pérdidas y separaciones hasta unos treinta años más tarde, en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), llegando a considerar inclusive que la separación era la clave para entender el problema de la angustia. Este descubrimiento pudo estar determinado por la muerte de su nieto Heinz en 1923:

“(...) un chiquillo encantador, y yo mismo me daba cuenta de que jamás había querido tanto a un ser humano y, desde luego, nunca a un niño. (...) Esta pérdida me resulta difícil de llevar. Creo que jamás he experimentado una pena tan grande” (Freud, E., Freud, L. y Gubrich-Simitis, 1976, p. 229).

Heinz, era hijo de Sophie, la segunda de las hijas de Freud, quien había muerto en 1920 cuando el pequeño contaba con trece meses de edad. El gran amor de Freud por este nieto tal vez estuvo influenciado por una identificación con su propia historia de separaciones y pérdidas. No sólo eso. El “no haber jamás experimentado una pena tan grande” pudo deberse al hecho de que Heinz muriera de tuberculosis, la misma enfermedad que sufriera durante tantos años la madre de Freud.

En base a lo que aquí se ha expuesto, resulta más fácil poder explicar algunos eventos y características de las reacciones de Freud hacia Martha bernays.

Podemos mencionar en este momento que la excesiva preocupación de Freud por la salud de su novia indudablemente es un reflejo de aquella preocupación que el pequeño Sigmund tuviera por la enfermedad de su madre y que, junto con los otros factores que hemos referido, ocasionaron el surgimiento de fuertes ansiedades de separación y temor a la pérdida por muerte.

“Siento una prolongada, una indescriptible e intensa felicidad si tú sigues encontrándote bien. Siempre oigo decir que estás pálida. Mi pálida princesita... pero no debo hablar de eso”.

En otras ocasiones Freud escribía a Martha que ella no tenía en la vida más que dos deberes: conservarse sana y quererlo.

Buena salud, mucho amor y fidelidad ciega: esas eran las cosas que Freud requería de su novia. Podemos conjeturar que Freud intentaba recuperar en Martha la satisfacción de aquellas necesidades básicas que en su temprana infancia sintiera deficientemente satisfechas por su madre. En este sentido, la elección de pareja de Sigmund Freud fue una elección por pérdida de objeto. Intentaba recuperar la exclusividad, la posesión absoluta, el objeto materno de los primeros años, viviendo permanentemente con la angustia de la amenaza de pérdida, de abandono y traición.

Escribe un día a Martha:

“Me quedé lleno de impaciencia esperando el momento de poder levantarme y tener nuevamente a mi niña sólo para mí”.

En otra ocasión:

“Que quede bien claro que cuando regreses volverás a mí, aunque tus sentimientos familiares se rebelen contra esta idea. De ahora en adelante no eres sino un huésped de tu familia, al igual que una joya que hubiese enpeñado y que recobraré en cuando tenga dinero para ello (...) Por mucho que ellos te quieran no renunciaré a tí, ni creo que nadie te merece. No hay otro amor que pueda compararse con el mío.”

Una vez más:

“¡Oh Marty, qué maravilloso sería poder darte todo cuanto se me ocurre y hacerte total y absolutamente mía!”

Ante la muerte del prometido de Minna Bernays, Freud escribe a su novia:

“Tendrás que mantenerte fuerte y ser ahora más que nunca la hermana mayor y única de Minna, sin quitarme a mí ni un poco de tu cariño, pues yo no deseo prestarte a nadie. Cuídate y cuídala.”



En otra carta compara su primer encuentro a solas en un bosquecillo de Wandsbeck, después del compromiso oficial, con un paraíso anterior a la caída donde Adán y Eva, en la aurora del mundo, en medio de los animales, de los grandes árboles y de los transeúntes bonachones, intercambiaban besos: “Ningún ángel con espada de fuego era visible”. Ya en su segunda carta se pone de manifiesto por entero: “Cuando amo, soy muy exclusivo”. Tan celoso se mostró con los hombres –un tío y los mencionados Max mayer y Fritz Wahle–, y tan exigente con ella, que sus relaciones estuvieron varias veces al borde de la ruptura.

### **Conclusión**

Si Freud hacía una elección de pareja por pérdida de objeto y buscaba recuperar a la madre en la figura de Martha, subsanando las posibles carencias o deficiencias de la relación temprana de objeto, en realidad, podemos decir que finalmente lo logró. La posesión segura de Martha le permitió adquirir la suficiente tranquilidad interna y seguridad en sí mismo para lanzarse a conquistar otras metas. En una de sus cartas describe los efectos inmediatos del amor sobre él:

“Esta deliciosa joven (...) vino a mí, reforzó mi fe en mi propio valer, me dio una nueva esperanza, una nueva fuerza para trabajar –y ello en el momento mismo en que más lo necesitaba”– (Anzieu, 1987).

La exclusividad de Martha (simbólicamente la seguridad del amor y presencia de la madre), aunada a la muerte real de su padre, Jacobo Freud, en 1896, y con ello la resolución del complejo de Edipo en el sentido de los deseos incestuosos del niño, probablemente determinaron la posibilidad de conquistar la tierra prohibida: la Madre Tierra del inconsciente.

No sólo en este sentido vino Martha a llenar un espacio en la vida interior de Freud, el espacio de la madre cuya posesión había estado insegura hasta entonces (recuérdese también que cuando Freud conoció a Martha ésta tenía la misma edad que tenía la madre del pequeño Sigmund cuando nació él), sino que también, como menciona Anzieu (1987), durante mucho tiempo Martha fue el interlocutor que escuchó los casos, las ideas, las dudas (papel que posteriormente asumiría Fliess), del futuro descubridor del psicoanálisis.

Martha fue, así, la precursora temprana del otro que escucha, del otro que refleja la imagen grandiosa, insegura, dubitativa, desconocida, de Freud. Cumplió para éste las funciones de contención, alivio y refugio que normalmente asume –no sólo en Freud– la madre en las etapas primarias del desarrollo. Al mismo tiempo aceptó las funciones de objeto ideal, objeto deseado, objeto que se conquista sólo venciendo edípicamente al padre. En última instancia toleró ser receptáculo proyectivo de su narcisismo primario.

Desconocemos hasta ahora la co-rrespondencia de Martha a Freud, pero podemos inferir que de una u otra manera ella logró despertar, traducir y metabolizar lo que de pasional e indomable había en el inseguro y contenido joven Freud. Al cumplir

para él todas esas funciones (espejo, continente, traductor, objeto de identificación), Martha ejerció, sin saberlo, una tarea que después su marido convertiría en profesión: la de psicoanalista.<sup>21</sup> Dicho de otra forma (y a sabiendas de que jugamos abusivamente con las palabras), Martha Bernays habría sido-histórica y simbólicamente la primera “psicoanalista” del descubridor del psicoanálisis.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aberbach, D. (1984). Loss and Dreams. *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 11, 283-397.
- Anzieu, D. (1987). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* (Vol. 1). México: Siglo XXI Editores.
- Freud, E., Freud, L. y Gubrich-Simitis, I. (1979). *Sigmund Freud. Su vida en imágenes y textos*. Buenos Aires: Editorial paidós.
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vols. 4 y 5). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.
- Freud, S. (1950). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1892-1899). En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.
- Freud, S. (1979). *Cartas de amor* (1882-1886). Col. La nave de los locos. México: Premiá Editora.
- Jones, E. (1981). *Vida y obra de Sigmund Freud* (Vols. 1, 2, 3). Edición Abreviada. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sandoval, D. (1984). *El mexicano: Psicodinamia de sus relaciones familiares*. México: Villicaña.

---

<sup>21</sup> Evidentemente el siguiente en la lista en ocupar este “puesto” fue Fliess.

### 3. *HOMBRES, HOMBRES* (DORIS DÖRRIE, 1985)

Sinopsis: “Julius Armbrust tiene todo lo que se puede pedir: dinero, éxito, su familia, sus amantes; hasta que un día en su duodécimo aniversario se entera que su mujer Paula tiene un amante: Stefan, un hombre de su misma edad y diseñador gráfico en paro –un hippie a los ojos de Julius. Su mundo se derrumba. Julius finge que tiene que ir de viaje pero se queda en su ciudad y observa a Paula y Stefan. Stefan echa a su anterior novia de su piso y busca una nueva persona para compartir. Julius se presenta para la habitación vacía y Stefan, sin sospechar nada, le acepta para compartir piso. Julius está empeñado en conocer a Stefan para descubrir los puntos débiles del adversario. Cuando Stefan le confiesa en estado borracho que no le disgustaría ganar dinero y hacer carrera, Julius sabe cómo actuar. Su único problema es que Stefan le empieza a caer muy bien. Sin embargo Julius mete su gol, Stefan se convierte en lo que era él mismo y pierde así su encanto para Paula que no comprende el cambio de su amante. Al final Julius vuelve a su casa” (Corbella, 2008).

La alemana Doris Dörrie nos muestra en este filme –que escribe y dirige– una mirada femenina a los triángulos amorosos, especialmente la relación que establecen dos hombres rivales alrededor de una mujer en una situación de infidelidad.

Además de ser una comedia divertida, la película nos permite observar algunos de los mecanismos involucrados en la mayoría de las situaciones de infidelidad. Me interesa destacar en este comentario los aspectos *intersubjetivos* de las relaciones, es decir, los vínculos y las representaciones mentales que se dan inconscientemente entre las diferentes personas que interactúan emocionalmente en un momento dado, más que los aspectos *intrapsíquicos* individuales, es decir, aquellos que se dan, también inconscientemente, hacia el interior de la propia mente de cada uno de los personajes. En otras palabras, me interesa referirme a las parejas –o para el caso, a los triángulos– como *conjunto*, más que a cada uno de los tres participantes por separado. Si hablamos de relaciones amorosas, mi propuesta no es ver a *dos personas unidas*, sino a *una pareja*: la diferencia entre una relación dilemática y una relación binaria o diádica (o tríadica como en el caso de Paula, Julius y Stefan).

El filme *Hombres, hombres*, aun cuando representa una forma muy particular de infidelidad (la que se da en un matrimonio constituido monogámicamente donde se descubre una relación extramarital de mediana duración en la que están involucrados aspectos emocionales además de los sexuales), comparte con otras un conjunto de mecanismos y fases que intentaré describir a continuación.

Antes diré que, según Pittman (1989), lo que vuelve infidelidad a una infidelidad es el secreto, es decir, que una de las personas de cada triángulo funciona como tercero excluido, sin saber, aparentemente, de la existencia de la otra relación. En otras palabras, para este autor, no es tanto lo que se hace con la otra persona (si hay sólo erotismo, enamoramiento, besos y juegos sexuales, o se llega a una relación sexual completa), sino el que se mantiene activamente excluida a la persona a quien se engaña. Esto significaría que una infidelidad no se da en parejas que asumen propositivamente no comprometerse en un acuerdo de exclusividad sexual. Para ser engañado, uno tiene que considerar que existe el papel y la situación de engañado; para temer algo, hay que considerar que existe como posibilidad; si uno no cree que existe “la o el engañado”, porque activamente se evita el secreto, entonces no puede haber engaño posible.

Pero no es el caso de los personajes de la película, quienes respectivamente mantienen relaciones de infidelidad (Julius engaña a Paula con la secretaria, Stefan engaña con Paula a la mujer con la que vive, y Paula engaña a Julius con Stefan), pero hasta donde pueden todos hacen intentos por mantener el respectivo engaño fuera del conocimiento de su pareja primaria.

Aquí tenemos un importante mecanismo de la infidelidad: el intento de conservar un episodio de engaño fuera de la conciencia del otro, la razón por la que precisamente se llama *engaño*.

## 1. Escisión

Pero ciertamente no es el primer mecanismo que actúa en una situación de relación extramarital. Este lugar lo ocupa la *escisión* de la relación. Por este término entiendo una división que se da en los procesos mentales-emocionales de una persona en un momento dado; una fragmentación en y del yo, que no es lo suficientemente débil como para que los aspectos divididos conserven una existencia simultánea (en cuyo caso se llamaría ambivalencia), ni suficientemente fuerte como para hacer desaparecer completamente determinadas porciones de lo dividido (en cuyo caso se llamaría *denegación* de la realidad). En la escisión lo que predomina más bien es la *divalencia*, o sea, la existencia *alternante o secuencial, pero no simultánea*, de dos sentimientos o pensamientos contradictorios, dirigidos a la misma persona. Es una “o” disyuntiva. Me explico: **o** soy todo bueno, **o** soy lo peor que hay en el mundo; la persona con la que estoy, **o** es la persona más amorosa, **o** es un demonio; a diferencia de una situación de *ambivalencia*, donde los registros o evaluaciones emocionales permanecen *simultáneamente* en existencia dentro de las consideraciones de una persona, y donde lo que se utiliza es la conjunción copulativa “y”. Por ejemplo: la pareja que yo quiero es una magnífica persona **y**, a veces, una gente terrible; yo tengo múltiples defectos **y**, al mismo tiempo, constantemente intento mejorar.

La escisión funciona, entonces, justamente a partir de mantener separados aspectos que normalmente se mantendrían unidos en la realidad.

En las situaciones de infidelidad, uno de esos aspectos escindidos se mantiene unido a la pareja primaria, y el otro (o los otros), a una pareja secundaria. Por ejemplo, la pareja primaria es detestable, aburrida o deprimente, mientras que la pareja secundaria es encantadora, fascinante y excitante.

## **2. Escisión + proyección/identificación proyectiva**

Así que si nuestro primer mecanismo es la *escisión*, en un segundo momento nos encontramos con la necesidad de representar aspectos internos a través de personas o situaciones externas situadas en el terreno de la realidad. Este mecanismo proyectivo está compuesto básicamente de lo que se denomina *identificación proyectiva*, es decir, el intento persistente, consistente y propositivo, aunque inconsciente, de hacer que la otra persona se adapte o se transforme lo mejor posible en lo que yo necesito que se convierta. El otro, por supuesto, hace lo mismo conmigo.

El resultado de ese interjuego se va a llamar *colusión*, y se refiere al acuerdo o pacto que se da entre los miembros de un conjunto, particularmente una pareja, para compartir una misma fantasía inconsciente, pero con la característica de que en apariencia ambos se muestran contrarios a la actitud del otro, a sus ideas o sentimientos. Estos roles compensatorios en realidad muestran sólo dos caras de una misma moneda. Así se puede entender por qué, por ejemplo, un sádico y un masoquista forman en realidad una unidad indisoluble en la que cada uno intenta que el otro quede ubicado en el rol necesitado. Lo que Willi (1978) —el autor de la *teoría de la colusión*— demostró es que en toda situación de pareja, particularmente las más conflictivas o sintomáticas, se da un juego conjunto, sobrecompensador, aparentemente contradictorio, ente dos personas que comparten la misma problemática, pero que constantemente intentan “separarse” de un aspecto de ellas al tratar de ubicarlo en la otra persona.

Así que aquí tenemos un primer conjunto de mecanismos de pareja que funcionan de manera muy importante en una situación de infidelidad. Para sintetizar hasta aquí, diremos que:

A lo largo de una relación de pareja, por diferentes razones producto de cambios o crisis individuales o en la relación marital, comienza a darse en alguno de los miembros —pero casi simultáneamente en los dos— una *escisión* más o menos sostenida, donde la persona (o las personas, es decir la pareja) comienzan a dejar de poder conciliar los aspectos contradictorios del otro e, incluso, de ellos mismos en lo personal; es decir, comienzan a abandonar el esfuerzo que, quizás sin darse cuenta, han venido realizando desde hace tiempo, para conciliar aquellas partes aceptables con las inaceptables del compañero amoroso. Paula, por ejemplo, seguramente habrá pasado largas temporadas tratando de conciliar las innegables virtudes y capacidades de Julius con el hecho de que es un esposo más o menos indiferente, un hombre bastante infiel (Paula sabía al menos de un engaño con una tal Gabi) y, para ponerlo también en nota humorística, que ronca insoportablemente.

La *escisión* opera casi siempre simultáneamente dentro de las propias personas que constituyen una relación de pareja. Es decir, los estados emocionales autopercebidos, que durante tiempo han tratado de mantenerse integrados (por ejemplo, “me siento mal ahora en la relación, pero sé que eventualmente voy a volver a sentirme bien”; “me siento ahora la persona más feliz con fulana, pero sé que las relaciones tienen sus vicisitudes y tarde o temprano habrá cambios en la forma en que me estoy sintiendo”, etcétera), ya no pueden seguirse manteniendo juntos y la persona tiende a experimentarse como si fuera en realidad dos o más gentes diferentes.

Puede entenderse que el estado de *escisión* –tanto en la percepción del compañero como en la experiencia subjetiva de uno mismo– lo único que puede acarrear es una sensación terrible de *angustia*. ¿Cómo conciliar todo lo que agrada de la pareja con las partes que parecen imposibles de aceptar? Peor aún, ¿cómo conciliar la sensación de que uno mismo pasa constantemente de uno a otro estado de ánimo a consecuencia de lo vivido con la pareja?

El resultado es lo que podríamos considerar una inaplazable necesidad de colocar, ubicar o insertar las diferentes y contradictorias sensaciones producidas por el compañero (y dentro de nosotros mismos) en otras personas, situaciones, objetos, etcétera, que expliquen –uno necesita creer que inequívocamente– todo lo que no podemos seguir manteniendo integrado. Esta es la *proyección*, en su modalidad de *identificación proyectiva*, y de la cual hablaré más adelante.

Un ejemplo sencillo sería que, si yo digo que mi suegra es la causa de las desavenencias con mi mujer, a la cual, por otro lado, la mayor parte del tiempo quiero mucho, tengo ya una explicación confiable para mí de dónde se originan las experiencias desagradables que estoy experimentando con la persona que más necesito o me conoce. Imagino que la proverbial figura de la suegra finalmente puede resumirse en un: “si no fuera por mi suegra, todo marcharía bien con mi mujer; además, gracias a ella, puedo entender por qué tengo estas imágenes tan contradictorias de mí mismo: es tu madre quien me las provoca”.

Decía que esta *proyección* tiene una particularidad, y es que se trata de un mecanismo de *identificación proyectiva*. La diferencia entre una *proyección* y una *identificación proyectiva* es interesante. Mientras que la primera existe sólo en mi cabeza, la segunda intenta ejercer *efectos reales* sobre el otro. Es decir, vía la identificación proyectiva, cada miembro de una relación –cualquier relación– pasa la mayor parte del tiempo tratando de “convertir” al otro en alguien más: un padre autoritario, una madre consentidora, una boca que devora, un enemigo, un esclavo, un tirano, un espejo, etcétera. La identificación proyectiva son todos esos movimientos sutiles que se dan en una relación para ir “forzando dentro del otro” un rol específico. Por eso puede decirse que, en una pareja, *ambos se construyen mutuamente, se co-construyen, modelándose, sutil pero persistentemente, de acuerdo a la historia interna de cada uno. La relación de pareja es, de hecho, el resultado de los acuerdos, pactos, alianzas y zonas de tregua entre las respectivas imágenes internas impuestas mutuamente al otro.*

Para Julius, por ejemplo, desde el principio es muy claro que Paula está escogiendo a un amante *precisamente* porque no es como él. Cuando intenta humillar a Stefan en la cocina, le dice que como hombre es un “flojo, aburrido y fracasado”, a lo que Stefan responde diciendo con burla que, por el contrario, Julius es un “triunfador, dinámico y divorciado”. En otra escena, hablando de su mujer, dice: “Ella hace todo al revés”, obviamente refiriéndose a que si hubiera elegido bien lo hubiera elegido a él, a Julius, pero a la vez afirmando que entiende que ambos son las dos caras de una misma moneda. Por otro lado, la película exagera las aparentes diferencias entre ambos (la mitad de las situaciones chuscas surgen de su relación con Stefan; la otra mitad están relacionadas con el intento de ocultarse de Paula), y es que lo cómico de la relación entre los dos hombres, que primero comienza a delinearse y después se vuelve totalmente obvio, es que ambos son el reverso de la misma moneda. Ni Stefan es tan libre o tan monstruo, ni Julius es tan víctima inocente ni tan malintencionado. De hecho, en algún momento Julius le dice a Stefan: –Si yo fuera mujer y te encontrara por la calle... –y el otro responde– ...te enamorarías de mí.

Así que de eso se trata: Julius y Stefan, la auténtica pareja perfecta. Ambos podrían enamorarse uno del otro (y así, por momentos, en la película parece que va a suceder una escena homosexual). Ningún director de cine coloca algo en escena sin un propósito, y nuestra directora Doris Dörrie parece haber tenido muy claro que ambos hombres sólo son dos mitades contradictorias de un mismo conjunto. Incluso en algún lugar uno de ellos le formula al otro: –¿Nos casamos, querido?–. Dicen que “los extremos se tocan”, y yo creo que ese casi enamoramiento que surge entre Julius y Stefan es el reconocimiento que cada uno hace de sus propias características en el fondo de la personalidad del otro.

Tenemos aquí entonces nuestros mecanismos de *escisión* y *proyección/identificación proyectiva* bien afilados: Paula y Stefan por un lado, y seguramente Stefan y su mujer por el otro, comienzan a dividir imágenes emocionales inconscientes y a encapsular aspectos del otro –y autopercepciones de ellos mismos–, hasta que se vuelve necesario incluir a un tercero como depositario y explicación de una parte de la experiencia o las experiencias que no se pueden metabolizar. Los mecanismos de identificación proyectiva comienzan a operar al máximo, intentando que cada uno de los diferentes depositarios de estas proyecciones se adapten, se adecúen, se amolden lo mejor posible a lo que se les está proyectando. Ya por algo decía Balzac que “Las cadenas de un matrimonio son tan pesadas que se necesitan dos para cargarlas... y a veces hasta tres”.

### **3. Escisión + proyección/identificación proyectiva + coalescencia**

Aquí tendré que hacer un breve rodeo. En física y en química se llama *coalescencia* a la capacidad o propiedad de ciertas sustancias o cosas para unirse o fundirse con otra en una sola. Uno de sus ejemplos más claros es la lluvia, donde las gotas de agua dentro de una nube chocan entre sí formando gotas de un tamaño mayor. Otro ejemplo son las pompas de jabón cuando se juntan y forman una más grande. El

concepto se utiliza también en la genética de poblaciones, medicina, ingeniería, etcétera (Piñero, s/f).

En psicoanálisis, específicamente en los dispositivos y fenómenos que se llaman “multipersonales” (como la pareja o los grupos), encontramos frecuentes fenómenos de coalescencia alrededor de fantasías inconscientes compartidas por dos o más personas. En particular creo que estos fenómenos de coalescencia se apoyan en tres mecanismos:

- a) Por un lado, características más o menos reales, tangibles, de la otra persona, del vínculo o de la historia de la pareja.
- b) En segundo lugar, la percepción distorsionada, escindida, parcializada de determinados rasgos de la relación o de lo sucedido.
- c) Por último, la identificación proyectiva simultánea entre los miembros de la relación, y a través de la cual intentan que el otro o los otros se asemejen a los modelos internos que cada uno posee en su interior en forma de fantasías inconscientes.

Es decir, una vez que han comenzado a ocurrir los mecanismos de escisión que intentan dividir aspectos contradictorios de la persona o del compañero, después de que mutuamente comienzan a colocarse estos aspectos escindidos en determinadas personas, y después de que se intenta “forzar” al otro a actuar determinado rol, sobreviene un siguiente mecanismo que es plenamente relacional, es decir, que involucra por lo pronto a los dos miembros de la pareja, y en el caso de las infidelidades, a los tres participantes. A este último mecanismo es al que llamo *coalescencia*, y se refiere a la manera en la que entre dos o tres comienzan a construir una escena, una trama, en la cual cada uno actúa un rol que está establecido y se encuentra en combinación con el de los otros. El resultado es una *escena intersubjetiva*.

Veamos por ejemplo el caso de Paula, Julius y Stefan. Ya hemos dicho que Paula escinde en el esposo y en el amante aspectos y características que en realidad son complementarios, tanto es así, que uno es aparentemente el reverso del otro, pero con un punto tal de unión, que los dos hombres enseguida se reconocen como complementarios, y que da lugar a lo que comienza a surgir entre ellos durante la película: que son uno para el otro, un par perfecto (por más que conscientemente cada uno abomina del otro, de sus valores y de su estilo de vida).

Aquí es donde se da esta unión, esta fusión, como gotas de lluvia, como pompas de jabón, entre los diferentes psiquismos inconscientes de los tres personajes involucrados. Para Julius y Stefan el otro contrario es justamente el depositario de aspectos escindidos y proyectados de su propia persona; cada uno comienza a relacionarse con el otro a partir de atacar/admirar aquello que poseen en sus propias personas, asumido o no, y lo hacen primero a través de Paula y, después, directamente. En otras palabras, Julius es un alterego de Stefan, tanto como éste lo es de aquél, y adicionalmente, cada uno es depositario de aspectos escindidos de Paula: los dos



maridos que querría tener, la pareja perfecta, con sus dosis de éxito/fracaso, esnobismo/sencillez, materialismo/ascetismo, indiferencia/preocupación, ambición//*laissez faire*.

#### **4. Escisión + proyección/identificación proyectiva + coalescencia + negación/colusión**

Piensa el sexólogo chileno Roberto Rosenzvaig (1996) que las relaciones de amasiato, en un matrimonio, tienen varias fases, una de las cuales, la primera, implica un conocimiento más o menos difuso, pero inequívoco, de lo que está sucediendo o comenzando a gestarse en el compañero infiel y en la relación misma. Sin embargo, este conocimiento es enseguida recortado y eliminado de la conciencia, tanto por los mecanismos de *negación* de uno, como por los intentos conscientes y propositivos de ocultar lo que está pasando del otro. Así que en una etapa final, cuando se descubre la infidelidad, en realidad se está redescubriendo algo que ya se sabía (*retorno de lo reprimido*), algo que en algún momento amenazaba con llegar plenamente a la conciencia, pero que fue literalmente evacuado para no verlo.

¿Realmente a Julius le sorprende –como si nunca lo hubiera imaginado– que Paula está saliendo con alguien? ¿No pensaba que ella le cobraría lo de Gabi, esa chica que para él sólo era una cara bonita, pero que para Paula parece haber tenido el efecto de una herida más que profunda? ¿O que ella estaba resintiendo su paulatina indiferencia debido a sus crecientes compromisos laborales y su éxito económico? Para ser justos, ¿no eran, de hecho, un matrimonio con una necesidad urgente de “encontrar algo”, en un punto de su historia en el que posiblemente habían cambiado los intereses o las metas que originalmente habían acordado como pareja? ¿Y Stefan? ¿En qué punto de su relación se encontraba, que termina con su mujer con tanta violencia y desprecio, subiendo el colchón a empellones a la camioneta, como si fuera el acto simbólico con el que representa el humillante fin de la pareja? ¿Ninguno de estos personajes lo veía venir?

Recuerdo una paciente que una vez me contaba un diálogo con su esposo:

–*Tú estás saliendo con alguien, ¿verdad? ¿Con quién comiste?*

–*¿Cómo que con quién? ¡Con nadie! ¿Por qué lo dices?*

–*Porque nunca te pones camisas azules en viernes, y además porque sólo cenaste una manzana.*

Definitivamente: cuando alguien quiere ver, siempre tiene ojos. Pero justamente ese ocultamiento, ese secreto es al que nos referíamos al inicio de este comentario; es lo que se instala como el siguiente mecanismo de la construcción de una relación extramarital. Se trata del mecanismo de *negación*, y al resultado final lo llamamos *colusión*, es decir, el acuerdo, arreglo o “contrato” inconsciente que realizan las parejas para mantener inalterada una patología compartida por ambos. Una especie de: “yo hago como que no nos gusta cómo están las cosas y tú haces como que queremos cambiar”.

## 5. Escisión + proyección/identificación proyectiva + coalescencia + negación/colusión → retorno de lo reprimido

Así que entonces tenemos cinco etapas fundamentales en el desarrollo de una infidelidad:

- 1) Una *escisión* que comienza dentro de uno, y seguramente al mismo tiempo en los dos miembros de la pareja.
- 2) Una *proyección* sobre personas o situaciones externas a la relación, intentando ubicar fuera del vínculo lo que de hecho no se puede integrar más adentro. Entre los depositarios de estos aspectos escindidos, se encuentra a veces una relación extramarital.
- 3) Una unión, mezcla, adición de fantasías, en la que tomando aspectos de la realidad, distorsionando otros y forzando comportamientos y roles en la pareja, se da una fusión o *coalescencia* de fantasías inconscientes entre dos y hasta tres personas que, de una manera u otra, están comunicadas e interactuando entre sí, aunque no se conozcan.
- 4) Una *negación* de este escenario o situación, mantenida inconscientemente por la persona engañada, y propositivamente por quien engaña, que eventualmente redundará en una *colusión* inconsciente entre ambos.
- 5) Un regreso de lo negado y evacuado cuando finalmente se descubre la infidelidad (*retorno de lo reprimido*).

Julius y Stefan, por ejemplo, comparten no sólo a la misma mujer sino, como lo he mencionado, también comparten personalidades que si bien no son idénticas, si son complementarias. Pero esencialmente comparten entre ellos y con Paula un gusto por la triangulación a través de otra persona. Incluso cuando está refugiado en casa de Stefan y tiene que ocultarse ante Paula cuando ésta llama o acude de visita, Julius crea, junto con los otros dos, una nueva escena de infidelidad: el engañado es Stefan, ya que Julius tiene una relación secreta con Paula de la cual Stefan está excluido. Más aún: Paula también es la engañada: ella está totalmente fuera y ajena al casi enamoramiento que ha surgido entre su marido formal y su amante.

Pienso que la mejor parte de la película es el final, cuando Paula y Julius tienen una conversación que sintetiza con claridad los mecanismos de escisión y las demás vicisitudes que hemos venido mencionando, así como la renuncia a ellos o la resignación a su pérdida. Julius entendió perfectamente la situación: lo que Paula buscaba no era otro hombre, *sino otra parte de él*:

—[Stefan] era tan diferente al principio... Y de pronto se volvió como tú, sin ser la mitad de bueno que tú.

*–No lo entiendo.*

*–Me lo imagino.*

*–Se volvió aburrido. Como la mayoría de los hombres.*

Paula quería un hombre que la divirtiera. Y Julius comenzó a serlo cuando se disfraza de orangután con ella ante la presencia de Stefan. El “cuadrado” en ese momento es él. En la noche nos enteramos que Paula y Stefan han reñido por primera vez. Julius ha descubierto la fórmula para deshacerse de Stefan.

Al final todo vuelve a la normalidad: Julius sigue coqueteando en la oficina, ronca mientras indiferente se da la vuelta en la cama, Paula pone cara de desesperación, y le endilga un rodillazo que seguramente es el precursor de lo que va a venir otra vez. La directora Doris Dörrie sabe captarlo magistralmente cuando en la última escena, mientras Stefan y Julius pelean, Paula sale del elevador, alegre, sexy, escotada, para llevarle a Julius la corbata que nuevamente olvidó. La misma situación en la que conoció a Stefan. Queda claro este entretejido de inconscientes en la escena triangular. Julius, nuevamente aburrido y desinteresado, vuelve a armar el escenario para que su mujer lo engañe, como si a su vez él también necesitara sus propia dosis de excitación a través de la competencia con otros hombres; Paula comienza a dividirse nuevamente en las dos Paulas –el ama de casa con dos hijos, y la mujer sexy y todavía joven que quiere algo de diversión–. Un nuevo Stefan aparecerá en cualquier momento, y quien, a su vez, quizás entre en este escenario por sus aspiraciones clasistas (sería un error pensar que éstas sólo salen a relucir en Stefan hasta que Julius comienza a provocarlo. No, la misma elección de Paula como pareja habla ya de sus aspiraciones sociales y económicas, al igual que su pequeño Porsche de juguete, muy parecido al que finalmente acaba comprándose).

Así son las formas en que se adicionan unas a otras las diferentes escenas inconscientes, cómo se forman historias compartidas por medio de la coalescencia de fantasías individuales que se van sumando, se van agregando, hasta crear un gran todo que es la historia de cada triángulo amoroso a en el periodo en que se da y durante el tiempo que dura.

### **Conclusión**

Concluiré estos comentarios con una cita tomada de un trabajo anterior sobre infidelidad (Sánchez Escárcega, 2007), en cual decíamos:

“Como se ha mencionado ya, generalmente una situación de infidelidad, sea que se presente como ocasional o como crónica, refleja, a la manera de un síntoma, un debilitamiento de los lazos emocionales que se dan en una relación de pareja a consecuencia del aumento de los mecanismos de escisión e identificación proyectiva en uno o ambos compañeros, a la vez que los intentos de mantener inalterada y preservada una parte del vínculo con la pareja primaria, es decir, aspectos de la relación que se

sienten necesarios para la continuidad personal, conyugal, familiar o social (...) En otras palabras, planteamos que los mecanismos psicológicos involucrados en el nacimiento, desarrollo o finalización de una relación extramarital no son más que una forma apenas exacerbada de los mismos mecanismos que han estado operando en el vínculo "normal". Es decir, los mecanismos de control de la ansiedad (depresiva, paranoide, etcétera) que van estableciendo su marca o su sello en la relación amorosa, particularmente en cuanto a su capacidad de "dividir" o parcializar los intercambios (escisión y la identificación proyectiva, principalmente), al final dan lugar a una modalidad más de esa fragmentación o atomización de la relación a través de la situación de infidelidad. Puede decirse entonces que en una situación de este tipo se divide "afuera de la relación" lo que lo que hecho ya se divide "dentro" del vínculo; *se coloca en un tercero lo que normalmente se ha venido escindiendo ya en el compañero. En un sentido, la mayor parte de los fenómenos de infidelidad reflejan el fracaso de los modos habituales de escisión o parcialización del vínculo, que hasta entonces no habían alcanzado tal intensidad suficiente*".

## BIBLIOGRAFÍA

- Corbella, E. M. (2008, 26 de abril). "Hombres, hombres" de Doris Dörrie (1985). En *El mundo cuadrado de Eva María Corbella*. Blog consultado en línea el 20 de junio de 2008, en <http://www.corbella.de/archives/903-1985-Hombres,-hombres-de-Doris-Doerrie..html>
- Piñero, D. (s/f). Introducción a la teoría de la coalescencia. *Servicio de Información Electrónica. Cursos. Semestre 2006-I*. Instituto de Ecología, UNAM. Consultado en línea el 2 de noviembre de 2007 en <http://www.ecologia.unam.mx/sie/cursos/pdfs/CURSOS2006-1/TEORIA-COALESCENCIA.doc>
- Pittman, F. (1989). *Mentiras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Rosenzvaig, R. (1996). *Los fantasmas del amor. De la infidelidad y otras transgresiones*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- Sánchez Escárcega, J. (2007, 1 de febrero). Sexo extramarital: la infidelidad desde el psicoanálisis. Suplemento "Letra S", no. 127, *La Jornada*, 2-3.
- Willi, J. (1978). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.

#### 4. *BETTY BLUE 37°2 LE MATIN* (JEAN-JACQUES BEINEIX, 1986). ALGUNOS MECANISMOS DEFENSIVOS DEL NIVEL DE PAREJA<sup>22</sup>

Sinopsis: Betty (Béatrice Dalle) y Zorg (Jean-Hughes Anglade) son dos apasionados amantes que viven en una cabaña en la playa. Él trabaja como reparador que hace el trabajo difícil para pagar las deudas. Al comienzo del filme, han estado saliendo apenas hace una semana y se encuentran en una etapa muy intensa de la relación. Zorg narra, en *off*, la historia de su amor. Describe a Betty como “una flor con antenas traslúcidas y un corazón de plástico malva.” Ella desea una vida mejor y renuncia a su último trabajo como mesera debido al acoso sexual de su jefe.

El jefe de Zorg le pide, a cambio de dejarla vivir en la cabaña, que pinte las 500 casas que pueblan la playa –un hecho que no comenta con Betty, quien piensa que sólo tienen que ocuparse de una–. Se lanza a la empresa con entusiasmo, el cual rápidamente se convierte en ira una vez que conoce la verdad. En respuesta, Betty cubre de rosa el auto del propietario.

Durante una fea pelea, Betty accidentalmente descubre una serie de cuadernos que contienen una novela que Zorg escribió hace años. La lee y queda fascinada todavía más con él, así que convierte su misión en la vida el transcribir la novela y hacerla publicar. Su volubilidad y devoción hacia Zorg dan pie a una obsesión alarmante, agresión y destructividad, y el filme comienza a alternar entre situaciones cómicas y sumamente trágicas.

##### Nota filmográfica

Utilizaremos, para ilustrar este capítulo, una obra clásica de la cinematografía de las relaciones de pareja: la película *Betty Blue* (Francia, 1986), cuyo título original en francés es *37°2 Le matin*. El filme, dirigido por Jean Jacques Beineix (París, 1946), y basado en la novela de Philippe Dijian, ganó el Festival de Montreal en 1986 y fue nominado al Oscar en la categoría de Mejor Película Extranjera en 1987. En México, al igual que en el resto del mundo, causó un impacto instantáneo, en parte determinado por la excelente actuación de los protagonistas, una fotografía y musicalización extraordinarias, y sobre todo, por su argumento directo y crudo, a la vez que romántico. Las limitaciones de espacio no nos permiten resumir la trama de la película, por lo que presentamos al lector únicamente la interpretación psicoanalítica que hacemos del filme.

##### Mecanismos

---

<sup>22</sup> Este capítulo fue presentado originalmente como comentario a la película *Betty Blue*, el 18 de febrero de 1998, en el 13º. Ciclo Fílmico de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A.C.

*Betty Blue* es una dramática, terrible y hermosa historia de amor, que permite ser abordada desde diversos ángulos del psicoanálisis. Es, ante todo, una historia de vida y muerte, esterilidad y fruto, erotismo y dolor. Nos muestra, en términos diagnósticos, el terrible pasaje que sufre una joven en su camino hacia la psicosis. Junto a ella asistimos a la historia de sus apasionamientos, su impulsividad, su idealismo, su maternidad frustrada; finalmente, a la desgarradora fragmentación de su mente.

*“Betty era como un potro salvaje con las patas rotas por saltar barreras, siempre intentado ponerse de pie. Lo que creyó una pradera soleada era un recinto sombrío”.*

Y sin embargo, en este análisis no nos referiremos solamente a la problemática individual de ella, sino a *los fenómenos psicológicos de la pareja*, en este caso, los ilustrados por la diada Betty-Zorg.

Específicamente lo haremos en base al análisis de cuatro mecanismos psicológicos típicos de toda relación amorosa: *escisión, identificación proyectiva, colusión y materialización del deseo*.

## **1. Escisión**

La escisión, tal como se mencionará en diversos capítulos de esta obra, es un mecanismo común a todas las personas, aunque por supuesto tiene diversos grados de patología. Implica la necesidad psicológica de dividir mentalmente determinada realidad en extremos polarizados, lo cual la hace más manejable. Se origina en la más temprana infancia, concretamente en las secuencias de placer y displacer que experimenta el bebé. Para éste, el mundo se divide inicialmente entre lo que causa goce o satisfacción, y lo que causa dolor o molestia. Con el paso del tiempo y el aumento de la capacidad perceptual, estas dos imágenes contradictorias se integran y aparece la conciencia de que se trata de tonalidades de la misma realidad. Este no es un paso fácil, significa la aceptación de que aquello que da placer también puede frustrarnos.

En la edad adulta sucede algo semejante. El vínculo con todo lo que nos rodea implica, de una u otra manera, la necesidad de hacerlo integralmente, es decir, considerando todos sus matices, los placenteros y los displacenteros. Acotaremos al margen que la relación de pareja es una de las situaciones que típicamente se prestan *menos* para hacerlo. En el estado de enamoramiento que da inicio a todas las relaciones amorosas lo que predomina es la idealización, o sea, la creencia de que hemos conocido a la persona más maravillosa de la Tierra, nuestro complemento perfecto, la “media naranja” que nos hacía falta. Sin embargo, en un lapso de tiempo que normalmente no puede sostenerse más allá del sexto mes del noviazgo, las personas se ven forzadas ineludiblemente a confrontar los aspectos no tan perfectos del compañero y a integrarlos de alguna manera en la relación. Hemos insistido en que este no es un proceso fácil. Un alto porcentaje de las parejas no pueden elaborar este proceso de desidealización y llegan a pasar toda una vida peleando por adecuar al compañero a la imagen interna ideal

de la época del noviazgo, o para el caso, a la de los padres de la primerísima infancia que satisfacían todas nuestras necesidades.<sup>23</sup>

Así, clínicamente podemos decir que la mayor parte de las parejas en conflicto operan bajo el mecanismo de escisión, y evitan, hasta donde pueden, enfrentar la dolorosa pérdida que significa tener que aceptar que el compañero amoroso no siempre es igual a la imagen que todos en algún momento nos hemos formado de lo que debe ser “el compañero perfecto”.

Situémonos ahora en la película. Betty es *la escisión* por excelencia. Para ella el mundo se divide en buenos y malos. *Necesita* dividirlo así para hacerlo más manejable: lo bueno le pertenece a ella, debe asegurárselo, es lo que la protege; lo malo le es ajeno, está fuera de ella, lejos, incluso debe ser destruido. El nivel emocional previo de Betty le permite sólo este arreglo psicológico tan básico.

Zorg, por supuesto, pertenece al grupo de lo bueno. Ambos tienen apenas una semana de conocerse. Todas las noches hacen el amor apasionadamente y la relación parece ocurrir con perfección, especialmente después de que él decide comprometerse definitivamente con ella. Para Betty este es el máximo acto de entrega. Finalmente ha encontrado a un hombre “no canalla”, uno dispuesto a amarla y a valorarla. Su propia fragilidad emocional ha quedado a salvo, su sensación de desamparo ha quedado atrás, ya nadie abusará de ella. Pero esta seguridad sólo puede existir en la medida en que Zorg crezca a sus ojos, en la medida en la que ella pueda escindir de él todos esos aspectos que no lo convierten precisamente en un superhombre. Es importante entonces anotar que Betty utiliza el mecanismo de escisión *no sólo con Zorg, sino con ella misma*. Bajo el lema de que “detrás de un gran hombre se encuentra una gran mujer” se lanza con furor a convertirlo en la imagen interna idealizada de un compañero protector, y al hacerlo, se *ajusta ella misma a la otra imagen interna idealizada, la de una Betty protegida y segura*.

Pero como en toda escisión, algo hay que hacer con lo inaceptable. ¿Dónde colocar todos esos aspectos de Zorg, su alcoholismo, su pasividad, su debilidad de carácter? ¿Y dónde colocar los propios: la angustia, el desamparo, la imposibilidad de un embarazo? Si lo reflexionamos con cuidado, veremos que de lo que Betty intenta en realidad deshacerse es *de su propia esterilidad emocional y física, esterilidad que se ve reflejada en el vacío creativo de Zorg*. Redimirlo a él es redimirse a sí misma.

Y así comienza la búsqueda de “enemigos” externos a la pareja, depositarios de lo inaceptable, de lo rechazado: funcionan bien aquel editor que no sabe apreciar el manuscrito de Zorg, esos comensales del restaurante que con fatuidad humillan y desprecian, el propietario de las cabañas que no se ha enterado de que se encuentra frente a un genio.

—¿Con qué derecho le habla así? ¿Sabe con quién habla?

---

<sup>23</sup> Véase, por ejemplo, el capítulo 14 acerca de la desidealización y el proceso de duelo en la pareja.

–Hablo con mi empleado.

–¡Habla con un gran escritor!

En psicoanálisis se dice que “el tamaño del mecanismo de defensa siempre corresponde al tamaño del conflicto”, y en Betty ambos –defensa y conflicto– son inmensos e irreconciliables. En nuestra película podemos ver cómo poco a poco el precario equilibrio psicológico de Betty se sostiene menos. Esa parte inerte y fragmentada –estéril, moribunda–, cada vez está más cerca. Betty comienza a sentirse encerrada, la vieja casona la atrapa, la anciana muerta sigue ahí, la habitación huele a suciedad, Zorg mismo ensucia, hace falta luz, limpiar la casa, deshacerse de los desperdicios, escapar después de estrellar un vidrio, correr, vomitar.

Pero un suceso inesperado detiene la regresión y reanima a Betty. La idea del embarazo la hace sentir que nuevamente tiene la vida para sí y dentro de sí. Ahora puede dormir plácidamente otra vez, convertida ella misma en un bebé que chupa y mama de un extremo de la sábana.

Conocemos el final: al enterarse de que no será madre el golpe es dolorosísimo e insoportable. La escisión no se sostiene, los enemigos están dentro de su cabeza en forma de voces, toda ella está invadida, y con la misma lógica de Romeo en la obra de Shakespeare (“*Decid, padre, decidme en qué parte vil de mi cuerpo se aloja mi nombre; decídmelo, para que pueda destruir esa odiosa mansión*”), Betty se ataca a sí misma, ensucia su rostro y mutila su cabello. Finalmente se vacía un ojo. Y aun así no se detiene, destruye el último reducto del enemigo –el contacto con la realidad– y huye para siempre hacia el interior de su mente.

## 2. Identificación proyectiva

Se trata de uno de los mecanismos psicológicos más usuales en una relación de pareja. Involucra también diversos grados de severidad. A diferencia del mecanismo clásico de *proyección* que consiste en atribuir contenidos mentales propios a otra persona (lo cual lo hace un mecanismo *intrapsíquico*, es decir, que sólo ocurre en la mente del que proyecta), la identificación proyectiva tiene además efectos *reales* en el sujeto sobre el que se proyecta (es decir que se trata de un mecanismo *interpersonal*). Esto significa que, por ejemplo, en las parejas, uno o los dos miembros intentan a toda costa *forzar dentro del otro* determinados contenidos mentales (deseos, actitudes, etcétera), llevando al *compañero a comportarse, a funcionar* –por todos los medios posibles–, de acuerdo a esos contenidos.

Nos explicamos: Cuando Betty se presenta con todo su equipaje en la cabaña de Zorg, éste inicialmente no se muestra muy ilusionado con lo que es obvio, es decir, que ella espera que él le dé alojamiento. Ya hemos hablado de la pasividad de Zorg y su dificultad para tomar iniciativas. También de la necesidad de Betty de encontrar una persona idealizada que la proteja. Si analizamos con cuidado el breve diálogo que se



entabla al principio entre los dos, podremos ver cómo ella sutilmente va forzando dentro de la mente de él el rol de protector.

–¿Te ibas a comer el chile *tú solo*?... Además, *tengo hambre*... (Betty comienza insinuando cómo Zorg es el que posee, y ella, la que carece). ¿*Te da gusto verme*?... (Zorg se siente invadido, responde claramente: "No"). Betty prueba otra táctica, y enseguida agrega:

–*Todos* son unos canallas.

–¿*Quiénes*? (Zorg muerde el anzuelo, comienza a interesarse ante la comparación con otros hombres).

–No importa, se va a enfriar (Betty juega sus cartas, ha detectado un punto débil).

–Bésame. *Todos son unos canallas*. (Betty repite la dosis). –Una vez más me quedé en la calle. No tengo ni para *mi pasaje*" (Ahora deja entrever que ella puede irse).

El juego inconsciente se ha establecido. Betty ni siquiera tiene que pedir abiertamente lo que ha venido a buscar. Tanteando entre insinuaciones de egoísmo, muestras de desvalimiento y hambre, comparación con otros hombres, y una velada amenaza de abandono, finalmente logra colocar en Zorg –*dentro* de Zorg– la figura idealizada: él se levanta, toma sus maletas y, no sin cierto desgano, las arroja sobre la cama. Betty sonrío feliz y agradecida; esa noche se emborracha eufórica con él.

Esta es la parte más interesante del mecanismo de identificación proyectiva: la magia que hace a una persona poder leer dentro de otra –como en un libro abierto– sus más secretos pasajes, envolviéndola después en una red invisible de actitudes, comentarios y sutiles invitaciones hasta que logra moverla, convertirla en el personaje complementario de su historia personal. Tal como en un teatro, se le asigna al otro un papel y se le obliga a actuarlo –por supuesto en la medida en que lo acepta–, formando la escena, la trama necesitada y preestablecida (c. f. Tarragó, 1998).

A lo largo de toda la relación de Betty y Zorg podemos ver cómo opera constantemente la identificación proyectiva. Ella intenta por todos los medios convertirlo a él en el personaje maravilloso que tome a su cargo lo que en realidad ninguno de los dos posee en los hechos: grandiosidad, generatividad, procreación. Por su parte, Zorg se deja aparentemente llevar, pero al hacerlo proyecta constantemente dentro de Betty eso que él no se atreve a asumir. El juego inconsciente de identificaciones proyectivas opera en ambos sentidos. También él la invita, una y otra vez, a hacerse cargo de la parte activa de la pareja. Jamás se niega abiertamente o le prohíbe. Argumenta, dice; pero lo hace con tan poca fuerza que lejos de desmoralizarla, la incita y la estimula.

–¿Tú escribiste todas estas páginas?

–Sí, pero no es nada que valga la pena.

–¿De qué se trata?

–De nada. Ya lo olvidé.

–¿Te burlas? ¿Cómo lo vas a olvidar?

–¿No prefieres acostarte, Betty?

–¡No!

### 3. Colusión

Nos referiremos ahora a otro mecanismo muy usual en las parejas. *Colusión* significa que dos personas están secretamente unidas por el mismo fin, aunque al menos una de ellas aparentemente no lo está y hasta se opone, como cuando decimos que “el ladrón y el cajero estaban *coludidos* para el robo”.

En psicoanálisis utilizamos este término para referirnos a los acuerdos inconscientes que establece una pareja para repartirse determinados roles o papeles que les son necesarios a *ambos* en la relación. Lo importante de este mecanismo es que aun cuando en un nivel manifiesto la pareja sostenga su desacuerdo con este estado de cosas, en el plano inconsciente *los dos miembros están coludidos para que así sea*. El caso típico puede ser el de una mujer que actúa con una gran pasividad sexual y anorgasmia porque de esta manera encubre un problema de eyaculación precoz en su marido. La pasividad de ella acentúa la actividad de él y lo hace aparecer como potente. Cada vez que discuten por la falta de iniciativa sexual de ella, ambos actúan una escena mental de pareja donde él es erigido como campeón del sexo, despejando para los dos toda duda sobre su masculinidad. Todo contrato obliga a ambas partes por igual, por lo que a cambio, por ejemplo, él puede hacerse cargo incuestionablemente de la manutención de ella. Por eso en cuestiones de pareja preferimos hablar siempre de tres psicologías: la de él, la de ella, y la que surge de la relación como una entidad relativamente aislada.

La pareja formada por Betty y Zorg también tiene sus contratos. En la medida en que ella se hace vocera de la parte creativa de él, en la medida en la que decide hacerse cargo de la grandiosidad y capacidad para exhibir su trabajo (para exhibirse él mismo) que Zorg tiene bloqueadas, éste se hace cargo de esa otra parte que a Betty le falta: un compañero fiel que no la abandone ni se aproveche de ella, que la mime un poco y la deje ser de vez en vez esa fascinante niña caprichosa e impulsiva, pero sobre todo, que no la suelte ni en sus peores momentos de explosión, que no la deje ni en la locura, menos en la muerte (“*Tú y yo somos como los dedos de una mano, Betty. Nadie nos separará*”).

Y aquí quizás podemos empezar a ver lo que verdaderamente contratan Betty y Zorg. Se trata en realidad de arreglárselas ante una profunda depresión, más manifiesta

en él que en ella (aunque en Betty tarde o temprano saldrá a flote), pero que ambos poseen y que permea todas sus actividades y vínculos con el mundo; es esa parte moribunda que lleva todo depresivo, que agota y empobrece su vida y sus relaciones, que se paraliza y no le permite reaccionar más que con una limitada gama de opciones.

Así vemos cómo Zorg no puede enfrentar la expectativa grandiosa de Betty cuando ésta le dice: “¡Abre los ojos! ¡¿Cómo voy a quererte si no te admiro?!”. Él tan sólo alcanza a abrir una cerveza y se retira al cuarto. Igual sucede cuando ella lo manda a comprar la revista *Tiercé Magazine*. No puede ir más allá del primer bar, donde se receta un trago triple. Igual medicina se le ocurre para ayudar a Eddy Sayolle a enfrentar el golpe de la noticia de la muerte de su madre. Zorg es psicológicamente un bebé, pero uno deprimido, al igual que Betty. De hecho es uno desahuciado por decisión propia, letárgico, fetal: “No me aislé aquí para escribir. No, eso surgió después. Sin duda fue *para sentirme vivo*”.

Betty y Zorg son, pues, auténticas “almas gemelas”; el sueño dorado, por cierto, de infinidad de parejas. En ellos el contrato colusivo se mantiene siempre. Uno de los dos llevará la parte activa y el otro la pasiva; uno la duda y el otro la certeza; uno se hará cargo de la debilidad y el otro de la fuerza. Uno cargará con la procreación y el otro con la esterilidad. Uno con la depresión y el otro con la manía. Finalmente, uno con la vida y el otro con la muerte.

Al igual que en la mayoría de las parejas que se han formado desde que el mundo es mundo, el reparto de roles es flexivo e intercambiable, pero nunca se sale de ciertos límites. Justo cuando Betty se agota, Zorg renace. En la medida en que ella no puede hacerse ya cargo de la parte generativa de la relación y se ve enfrentada a su vacío estéril, él asume para ambos la paternidad en la forma de un nuevo libro. Este es el verdadero núcleo de esta historia de amor: Betty le entrega a Zorg la fuerza de su vida cuando ella ya no puede sostenerse más. Él la asimila, se identifica con el deseo de ella, la coloca en su mente en el lugar de su creatividad bloqueada; toma toda su energía femenina, su maternidad, y comienza a parir páginas; se nutre de ella, de su voz (“*Siempre escucho tu voz en la casa. Las palabras aparecen solas*”), de su presencia acompañante en la forma de una hermosa gatita que lo observa: “*Estoy escribiendo otro libro, Betty. Es para tí*”.

La estructura visual de la película da cuenta de este proceso de *asimilación y nutrición* por medio de la imagen simbólica de una olla en ebullición que aparece al principio de la película presagiando la llegada explosiva de Betty, y nuevamente en las últimas escenas, después de la muerte de ella, cuando Zorg destapa la olla con alimentos y *come* directamente su contenido. En la siguiente escena él aparece concentrado escribiendo.

Por cierto que hay en la película otras estructuras de planos y secuencias fílmicas que magistralmente reproducen algunos de los mecanismos psicológicos que hemos venido mencionando. Por ejemplo la *escisión* se establece en la misma trama del filme,

dividida propositivamente por el director. La primera parte refleja toda la fuerza de la manía, la euforia, el erotismo. Inicia con una larga escena de intenso sexo, un orgasmo, la velocidad de la camioneta sobre la playa, los gritos excitados de Zorg, una olla ebullescente sobre la estufa. En la segunda se muestra el tono oscuro de la depresión: la vieja casona, la muerte de la anciana, el calor sofocante, la lluvia torrencial en la noche.

#### **4. Materialización del deseo**

Mencionaremos ahora el último mecanismo de pareja –la *materialización del deseo*–, simbolizado en un personaje de la película. En *Betty Blue* el punto que divide las dos secuencias o momentos de la historia es la aparición de ese misterioso *niño virtuoso* que se encuentra tocando el piano cuando Zorg llega con regalos para el futuro bebé. Simboliza, en nuestra opinión, la conjunción de los dos deseos: el de un hijo, en Betty, y el de talento artístico, en Zorg. El hecho de que Betty apenas registre la presencia del niño en la casa anuncia, preocupantemente, lo que unas escenas después se hará obvio: que ella no es capaz de albergar un hijo dentro de su seno.

El niño virtuoso es, así, en esta historia, la materialización concreta sobre la que se desplazan las carencias de ambos. Todas las parejas lo hacen en uno u otro momento: suelen ser típicos el dinero y el sexo, pero también la familia política, los hijos, el trabajo, etcétera. (“Si tuviéramos más dinero, entonces...”, “Si no fuera por los niños, entonces...”). Normalmente se puede observar que estos objetos o situaciones concretas anheladas encubren detrás otros deseos inconscientes, disfrazan carencias, evitan confrontar vacíos. Si llegan a ser conseguidos, rápidamente son cambiados por otros.

Betty deposita en su ilusorio embarazo el antídoto contra la depresión y la muerte psicológica. Zorg lo hace eventualmente en el deseo de ver publicado su libro. Son situaciones concretas que les permiten mantenerse a flote, equilibrarse y continuar viviendo. Se ha desplazado a ellos el anhelo, la esperanza de obtener algo que internamente no se tiene.

Beatrice Dalle, la guapa actriz que actúa el papel de Betty, algo debe saber de esto: en 1992 fue detenida después de que durante varios meses había estado robando joyas en diversos lugares, escondiéndolas en sus botas altas. Lo interesante de esto es que los robos ocurrieron después de que con *Betty Blue* había saltado a la fama, al éxito económico y acostumbraba vérselo al lado de los más renombrados personajes de la farándula y la moda francesas. Así suelen ser las historias de vacío emocional.

#### **Conclusión**

*Escisión, identificación proyectiva, colusión y materialización del deseo* son pues, a nuestro juicio, los cuatro principales mecanismos psicológicos que predominan en la pareja formada por Betty y Zorg, o más correctamente, que predominan en casi la totalidad de las parejas, normales o patológicas, al menos en nuestra cultura. Dan cuenta y explican la mayor parte de las vicisitudes amorosas de una relación, sus encuentros y desencuentros. Permiten ver con claridad esa intrincada red invisible de acuerdos y

negociaciones inconscientes, el entramado secreto que une a dos amantes. En última instancia nos llevan a la reflexión, a la conclusión (parafraseando a Lemaire, 1979) de que *lo extraño de una relación amorosa no es que dos personas se encuentren, sino que no lo hubieran hecho antes.*

#### BIBLIOGRAFÍA

Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Tarragó C., A. (1998). La identificación proyectiva en la psicoterapia psicoanalítica grupal. *Imagen Psicoanalítica*, 10, 105-114.

## 5. LA PAREJA PERVERSA SÁDICO-MASOQUISTA. UN CASO CLÍNICO<sup>24</sup>

Con Anabell Pagaza Arroyo

### Introducción

En el presente trabajo nos proponemos analizar, en un caso clínico, la influencia que los conflictos familiares y sexuales internalizados ejercen en la posterior elección de una pareja perversa, y cómo se repiten y reviven esos conflictos en la relación amorosa, no sólo con la finalidad de reencontrarlos y reproducirlos, sino con la esperanza inconsciente de obtener beneficios que nunca se alcanzaron en aquellas primeras relaciones de la vida.

¿Cómo se elige una pareja amorosa? Podemos decir que en base a necesidades y expectativas *conscientes e inconscientes*. Entre las primeras encontramos todos aquellos aspectos (actitudes, roles, etcétera) que racionalmente una persona desea encontrar en otra a fin de procurarse, en mayor o menor medida, un cierto placer o confort en la interacción en pareja, así como el conjunto de actitudes que esa persona desea aportar a la relación para procurar placer al otro, y en última instancia a ambos.

Podemos suponer entonces que una pareja toma la determinación de mantenerse unida, a veces a largo plazo, tratando de no repetir aquellas conductas, emociones y pautas displacenteras que ha visto tanto en sus propios núcleos familiares como en sus grupos sociales de referencia. Los miembros de la pareja llegan a acuerdos más o menos explícitos acerca de la forma en que esperan comportarse frente al otro, así como sobre la manera en que esperan que el otro se comporte frente a ellos (Sager, 1976). En este mismo sentido también se establecen acuerdos conscientes sobre el comportamiento de la pareja ante su grupo social o familiar, y se decide sobre diversos aspectos de la relación, tales como los hijos.

Sin embargo, existe otro nivel de relación mucho más importante y complejo. Nos referimos al nivel inconsciente de elección de compañero. En el inconsciente de cada uno de los participantes de la pareja se alojan deseos y expectativas que, sin que se tenga noticia de ello, se intenta que el otro satisfaga. Igualmente cada uno tiene temores, miedos y resentimientos que quisiera inconscientemente que el otro resolviera. Complica este asunto el hecho de que el compañero, por su parte, está en iguales circunstancias.

Este nivel inconsciente siempre está presente no sólo en la elección de un compañero amoroso, sino también en el desarrollo, evolución, obstáculos –y a veces

---

<sup>24</sup> Apareció publicado originalmente en Pagaza Arroyo, A. y Sánchez Escárcega, J. (2006). La pareja perversa sádico-masoquista. Un caso clínico. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 8 (2), 41-60.

disolución– del vínculo. Lo anterior nos lleva a mencionar el importante papel que juegan las *relaciones tempranas de objeto* en el desempeño y funcionamiento de la nueva relación. En otras palabras, las vivencias satisfactorias, frustrantes, amenazantes o dolorosas que resultaron de la interacción con los primeros objetos significativos (principalmente los padres), en las etapas cruciales de la infancia, determinarán en lo sucesivo las modalidades de actuación frente a todas las relaciones posteriores de la vida, especialmente con el objeto de elección amorosa. Esto significa que las personas que se involucran en una relación de pareja, por fuerza llevan a ella su pasado individual: inevitablemente su conducta estará basada más en este pasado que en sus deseos o propósitos actuales.

Las modalidades de relación objetal que hemos mencionado también matizan y determinan en buena medida el comportamiento y actividad sexual de una pareja. El grado de satisfacción o frustración que encontrarán en ella, así como en el resto de los comportamientos y áreas de la relación, tendrá que ver con pulsiones, relaciones de objeto, vínculos, defensas, y procesos de aculturación de diversos niveles topográficos. Este puede ser el caso de una pareja que presenta sintomatología y organización preestructural, específicamente perversa, que aun cuando a ojos de un espectador externo puede parecer que se caracteriza por un constante e intenso sufrimiento, falta de goce o deseo de cambio, en el inconsciente de los participantes gratifica ampliamente profundas necesidades infantiles de diversa naturaleza que, mezcladas, conforman una especie de *folie à deux*.

El hecho de que una pareja disfuncional satisfaga así profundos deseos inconscientes no se acepta tan fácilmente. Generalmente se tiende a suponer que aquello que no conocemos no existe, y este es el caso del inconsciente en las relaciones de pareja, por ejemplo, en aquellas cuya vida sexual se encuentra dominada por algún tipo de expresión sexual perversa, donde no sólo se satisface con ella fantasías reprimidas, sino que de hecho se *induce en el compañero los comportamientos necesarios para complementar dichas fantasías*, es decir, donde cada uno de los miembros intenta llevar al otro a jugar roles o posiciones que “encajen” lo mejor posible con sus necesidades inconscientes. Esto es lo que se conoce como *identificación proyectiva* y que representa uno de los mecanismos más determinantes de –y en– una relación amorosa. Puede decirse entonces que frecuentemente resulta sorprendente observar lo “bien acopladas” que se encuentran en su vinculación inconsciente dos personas, cuando tal vez en su comportamiento manifiesto difícilmente pueden convivir.

Es importante decir que la mayor parte de los elementos que hemos venido mencionando corresponden básicamente a la primera de las dimensiones en que transcurre una relación humana (dimensiones *intrasubjetiva*, *intersubjetiva* y *transubjetiva*); en donde la *dimensión intrasubjetiva* se refiere a los funcionamientos internos del sujeto, a los procesamientos en la fantasía, mundo interno o realidad psíquica, tal como fueron descritos por Freud. En ellos, “el otro” existe generalmente como objeto interno, con cierta limitación en lo referente a su alteridad y autonomía, dado

que los funcionamientos psíquicos en esta dimensión tienden a desconocer la bidireccionalidad.

Por otro lado, enfatizaremos sólo tangencialmente algunos aspectos de la *dimensión intersubjetiva*, es decir, aquella que se centra en los funcionamientos que dependen de la bidireccionalidad “sujeto-otros” y que, por ende, surgen, se mantienen, refuerzan, evolucionan o desaparecen en virtud de esta bidireccionalidad. En esta dimensión se considera al psiquismo como un sistema abierto que constituye una unidad de funcionamiento con “el otro” o “los otros” del contexto intersubjetivo (Spivacow, 2002).

Por último, mencionaremos apenas tangencialmente la *dimensión transubjetiva*, es decir, aquella que se centra en la interinfluencia de un hecho psíquico con los códigos y procesos socio-culturales que, en rigor, forman parte del hecho mismo, y que comprende esa zona de continuidad “interioridad-exterioridad social” entre el sujeto y las representaciones de origen cultural y social en que vive inmerso y que están internalizadas, y que en lo fundamental está constituida por representaciones inconscientes de la cultura, que tienden a ser reconocidas en su importancia y autonomía generalmente sólo en situaciones extremas (guerras, catástrofes sociales, crisis económicas, desempleo generalizado, inmigración, etcétera) (ibid.).

No nos extenderemos mucho más en estos conceptos. En las paginas siguientes intentaremos ilustrar algunos de estos fenómenos relacionados con la elección de una pareja –con la que se constituye una relación perversa sadomasoquista, tanto el lo sexual como en lo vincular– a través del siguiente caso clínico.

### **Viñeta clínica**

Miriam es una mujer de 26 años que llega a consulta por una severa depresión posterior a su fracaso matrimonial, desencadenado por la amenaza física y de muerte por parte del marido hacia ella y su hijita de 4 meses de nacida.

Miriam es la menor de siete hermanos. Recuerda que en su infancia siempre estaba aislada, esto a partir de que a los cuatro años su madre la encuentra masturbándose, y tras la golpiza que le propina, hace una junta familiar en donde expone a los miembros lo sucedido y les pide que golpeen a Miriam cuando la vean tocándose los genitales. La niña se las ingenia para seguirse estimulando, casi siempre después de momentos de gran rabia, ya que también, ante cada manifestación de enojo de la chiquita, era castigada con un golpe más.

Comenta que la relación entre sus padres la aterrorizaba, particularmente porque el padre, alcohólico, golpeaba a la madre. La fantasía de Miriam era que el padre la golpeaba porque ella no aceptaba las relaciones sexuales. En esa misma época (alrededor de los seis años), Miriam relata que creyó ver a su madre quemándose los genitales con una plancha, lo que ella interpretaba como un castigo que la madre se infligía a sí misma por su maldad hacia el padre.



Ya en su adolescencia, cuando tenía alrededor de catorce o quince años, el padre, alcoholizado, trató de abusar sexualmente de una de las hijas, lo que provocó que Miriam se alejara totalmente de él, no permitiéndole nunca más que se le acercara. Por esta época se le despiertan deseos y fantasías homosexuales cuando ve a sus hermanas mayores arreglándose frente al espejo o poniéndose crema.

Es interesante hacer notar que la única manera que Miriam encontraba para manejar estas ansiedades era tocando el piano y componiendo exquisitas melodías llenas de ternura y tristeza.

Recuerda a su madre como a una mujer muy dura e irritable, a quien sólo la podía ver contenta cuando Miriam hacía la limpieza de la casa, llegando en ocasiones a planchar por más de doce horas seguidas, aun cuando ella tenía que ponerse ropa que en muchas ocasiones no había podido planchar. También pasaba horas y horas lavando platos o excusados y recibiendo el trato de sirvienta de la casa por parte de todos los miembros de la familia. El evento o ambiente traumático que caracteriza normalmente la infancia de las personas que presentan este tipo de organizaciones psicopatológicas queda así establecido (Bergeret, 1996).

En un intento por escapar de esta situación, a los 24 años contrae matrimonio con un hombre seis años mayor que ella, al cual conoce en un restaurante donde Miriam atiende, sirve y cocina, a pesar de ser profesionista. Después de cuatro meses de iniciada la relación, contraen matrimonio.

Para ella su luna de miel fue de total desencanto, ya que por dos noches no se consumó el matrimonio, y sólo en la tercera sucedió después de una golpiza que le propinó el esposo. Así llegan a su nuevo hogar. Ricardo, el marido, quien se ostentaba como psiquiatra y actor, decidió que lo mejor para ella era que iniciara su “psicoanálisis” con él. Miriam tenía que contarle toda su vida, pero en especial su vida sexual previa y sus fantasías sexuales, para después de los relatos, tener relaciones con él.

Durante los dos años que duró casada, el matrimonio se caracterizó principalmente por una fuerte escisión por parte de Miriam: entre el intenso temor y el gran placer. Constantemente era golpeada para que siguiera confesando su vida íntima pasada, con la justificación de que ella necesitaba ser castigada para sentirse perdonada. Miriam lo permitía, primero, porque sentía que él la estaba ayudando, que no debía tenerle secretos, que todo lo que hacía estaba bien, especialmente porque no quería ser como su madre que siempre le guardaba secretos al padre, y segundo, porque después del maltrato él la sobaba, la acariciaba y le ponía ungüento en las heridas.

La relación sexual, parte central de este matrimonio, se caracterizaba por diversas conductas sádicas y perversas. Por ejemplo, sus relaciones sexuales duraban horas, hasta doce, llegando incluso a no dormir. A veces, después del acto sexual, él la tatuaba con un cuchillo haciéndole cruces en el cuerpo. Ricardo se empeñaba en satisfacer en la realidad todas las fantasías sexuales de Miriam, particularmente las que tenía cuando de

niña se masturbaba. “Quiero ser la más puta para él” decía Miriam, y sentía que todas estas conductas, lejos de humillarla, la revaluaban. Como parte de su “psicoanálisis”, Ricardo le inyectaba algún tipo de psicotrópico con la finalidad de “levantar las represiones”.

Miriam se sometía totalmente a Ricardo. No comía sino hasta que él llegaba, a veces a altas horas de la madrugada. Posteriormente describió cómo sentía que “se moría” si él no estaba con ella: “El me traía la vida”.

En una parte de su “análisis”, Ricardo considera necesario que para lograr una regresión “terapéutica” a su infancia debía rasurarle el vello púbico, de tal forma que al crecerle éste, ella fuera simultáneamente madurando. Si ella tenía alguna conducta infantil, él la volvía a rasurar. Miriam se sentía agradecida por los esfuerzos de Ricardo por ayudarla.

Aproximadamente al año de casados ella queda embarazada. Ricardo rechaza enseguida la idea de la paternidad y quiere obligarla a abortar, a lo cual ella, por primera vez, se niega, a pesar de los constantes golpes que él le propina en el vientre. Miriam describe que cuando sentía moverse al producto en su interior pensaba que tenía un monstruo que iba a destrozarla.

El parto, probablemente a consecuencia de los golpes y la droga, se adelanta dos meses. Todavía en el hospital, desde el primer día, Ricardo la fuerza a tener relaciones sexuales, a lo cual Miriam accede por considerar que esto es una manifestación de amor y aceptación.

Al llegar a casa ella empieza a ver a la niña como un “diablo” que le había nacido, llegando a tener fantasías de asesinarla. Sorpresivamente Ricardo se muestra cariñoso con las dos y enseña a Miriam las funciones de una madre, aunque le permite alimentar a la bebé tan sólo un mes.

Miriam se refiere frecuentemente a una parte tierna en Ricardo que la hacía sentirse “bonita y valiosa”, ya que él era amable y a veces la arrullaba como a un bebé. Ricardo “doblaba” personajes en caricaturas infantiles y Miriam recuerda cómo imitaba para ella personajes tiernos de la televisión. A pesar de su rechazo inicial, Ricardo se muestra generalmente cariñoso con la niña. Sin embargo comentaba que cuando su hija cumpliera un año, tendría relaciones sexuales con ella. Miriam aceptaba la idea e incluso cuando tiene relaciones con Ricardo se pone a la bebé en el pecho para transmitirle las sensaciones placenteras que está teniendo.

Poco antes de cumplir los dos años de casada, en un arranque de furia, Ricardo trata de matarlas, y es en ese momento cuando Miriam decide que aunque su propia vida no le importa, tiene que salvar a la niña. Así, decide irse y nunca regresa. Deambulando por la calle, sin dinero ni posesiones, confundida y deprimida, es rescatada por una señora de condición muy humilde que la lleva a vivir a su casa, haciéndose cargo totalmente de ella y la niña durante tres meses, fecha en la que decide regresar al hogar

paterno. Dos meses después, por consejo de un familiar, decide buscar ayuda psicológica profesional.

### **Procesos de internalización y relación perversa en la elección de pareja**

Pese a sus elementos dramáticos, desorganizados y profundamente regresivos, nos interesan las siguientes preguntas: ¿por qué Miriam y Ricardo se eligieron como pareja?, ¿qué es lo que los hizo permanecer en esta situación por casi dos años?, ¿qué fue lo que le permitió a Miriam finalmente separarse de él? Conocemos, sobre todo, el lado de ella:

Al casarse con Ricardo, Miriam deseaba una unión ejemplar donde hubiera comunicación y un trato cariñoso, donde pudiera adquirir un lugar en la sociedad. Para ella Ricardo cumplía con estas expectativas, sobre todo a los ojos de la familia. Racionalmente también deseaba demostrar a sus hermanas que ella era capaz de conseguir a alguien con quien casarse y con quien rectificar algunos de sus roles familiares: “la tonta”, “la sirvienta de la casa”, “la caliente”.

Sin embargo, sus necesidades inconscientes eran otras. En un primer momento Miriam buscaba a alguien que le permitiera vivir su sexualidad infantil, perversa y polimorfa, que había sido tan condenada en su niñez. Si recordamos su historia podemos inferir que sus fantasías sexuales se encontraban matizadas de agresión. Ella había aprendido una íntima vinculación entre golpes y sexo, tanto hacia ella como entre sus padres. Por otro lado, su sexualidad también era utilizada como un medio para negar y anular sus deseos sádicos e impulsos agresivos que amenazaban con expresarse. En este mismo sentido podemos entender su necesidad de aplacar a la madre idealizada pero temida y odiada, a través de sus ritos de limpieza. A Miriam siempre se le hizo sentir sucia por tener sexualidad. Era la “cochina y caliente” de la casa. Tal vez por esto, para rectificar en su inconsciente la imagen de estar llena de cosas sucias, Miriam tenía como pasatiempo la fabricación de perfumes. Otra de las maneras que encontró para expresar de manera muy deformada su sexualidad autoerótica fue el tocar compulsivamente el piano y componer melodías muy bellas. Esto sucedía cuando se encontraba particularmente ansiosa, excitada o enojada, con lo cual, por un lado, satisfacía sus necesidades autoeróticas de contacto, de estímulos tiernos, y por el otro, efectuaba una transformación en lo contrario de su agresión e impulsos violentos.

Estos hechos determinaron en buena medida la modalidad de la relación con Ricardo, ya que para éste la sexualidad, particularmente la perversa, era una forma de contacto, de comunicación y gratificación que hacían sentir a Miriam valorada. Si para la madre de Miriam la sexualidad era mala y humillante, para Ricardo era signo de valía y orgullo. Sin embargo, en su inconsciente persistía la necesidad de castigo corporal y emocional, así como la liga entre el sexo y los golpes.

Por otro lado, de lo poco que se conoce de los antecedentes de Ricardo a través del relato de Miriam, sabemos que en su adolescencia era forzado a tener relaciones sexuales con su madre, relaciones en las que a veces se incluía a la hermana.

Si observamos detenidamente encontraremos que en el nivel de lo predominantemente intrapsíquico –en la frontera de lo intersubjetivo–, la fórmula inconsciente de relación de esta pareja incluía a dos madres opuestas: La de Miriam, al menos en su fantasía, repudiaba la sexualidad con el marido, mientras que la de Ricardo propiciaba la sexualidad incestuosa. La respuesta era igualmente opuesta: mientras que Miriam acostumbraba someterse a diferentes humillaciones para aplacar a la madre, la de Ricardo parecía sólo aplacarse a través de las relaciones sexuales, no sólo con el hijo. El contexto familiar era en ambos casos muy poco propicio: en el caso de Miriam había abuso sexual por parte del padre, mientras que en el caso de Ricardo las conductas sexuales incestuosas eran abiertas. Entre otras formas, un monto de las ansiedades profundamente regresivas que se generaban en las vidas de ambos era canalizado, en el caso de Miriam, a través de constantes fantasías homosexuales con sus hermanas; en cuanto a Ricardo, una hipótesis incluiría la posibilidad de que a través de su sexualidad compulsiva e intensamente cargada de elementos agresivos perversos, intentara negar sus grandes ansiedades homosexuales y agresiva necesidad de negar intensas ansiedades psicóticas y paranoides.

Es posible decir entonces que en esta pareja se dio un entrecruzamiento de expresiones pulsionales sumamente regresivas, la repetición de traumas infantiles, mecanismos defensivos de nivel muy primitivo, y una relación interdependiente caracterizada por las mutuas e intensas proyecciones de *configuraciones relacionales* en las cuales, por ejemplo, Miriam encontraba a una “madre buena” que le permitía vivir sus fantasías sexuales infantiles, pero también a aquella “madre mala” que la humillaba y la golpeaba. Por otro lado, Miriam tenía para Ricardo una doble representación: por un lado la de una madre seguramente muy temida, a quien sólo se podía satisfacer a través de la sexualidad, y por el otro, la de una figura odiada en quien sólo veía la posibilidad de descargar la agresión y las humillaciones que nunca pudo infligir a su propia madre.

### **Aspectos conceptuales sobre la perversión en la pareja**

El psicoanálisis ha sido la escuela que más ampliamente se ha ocupado del estudio de la psicopatología de las parafilias (o “perversiones”, según su terminología). Desde 1905, Freud clasificaba las llamadas “aberraciones sexuales” según se diera la desviación en el objeto o en el fin sexuales. Más tarde, la sexualidad infantil quedó identificada con una gran cantidad de *pulsiones parciales*, tales como ver, ser visto, mostrar, oler, golpear, morder, etcétera, surgidas de diversas zonas erógenas como la boca, el ano, la musculatura o los genitales. Después de un largo proceso, las pulsiones parciales se subordinan a la *primacía genital*. Pero si ese proceso fracasa, las pulsiones parciales ocupan el lugar de las pulsiones genitales. En las perversiones, la pulsión parcial dominante se exterioriza con toda libertad. Por el contrario, en las neurosis, queda reprimida y aparece en su lugar el síntoma; de ahí derivan los conocidos aforismos

freudianos: “la neurosis es el negativo de la perversión” y que el síntoma es “la sexualidad del neurótico”.<sup>25</sup>

1. De acuerdo a la teoría psicoanalítica de la libido, las perversiones se explican como procesos de fijación y regresión a los niveles pregenitales del desarrollo de tipo oral y anal. Posteriormente, Freud demostró que la sexualidad infantil y las pulsiones parciales dominantes no llegaban hasta la adultez sin represión, sobre todo a nivel del complejo de Edipo. Ya no se habla estrictamente de que la neurosis es el negativo de la perversión y viceversa. Fenichel continúa esta línea teórica y plantea que “la perversión es una técnica defensiva para eludir la angustia de castración y el sentimiento de culpa incestuosa de la fase edípica con el fin de alcanzar el orgasmo genital”. Considera a las perversiones entre las *neurosis impulsivas* (Fenichel, 1967).

2. A estas “neurosis impulsivas”, Karpman (1975) les denomina *neurosis parafilicas*, y las hace provenir de las mismas fuentes que las neurosis ordinarias, pero formando un grupo propio, preciso e independiente, que a partir de un desarrollo común se diferencia como consecuencia del siguiente hecho: el neurótico, al enfrentarse con un problema sexual y emocional, reprime la tendencia sexual prohibida y la exterioriza mediante trastornos psicósomáticos o de otra conducta socialmente inocua; en cambio, el parafílico no puede reprimir la pulsión, e incurre en una conducta simbólica poco disimulada. Como su forma de expresión ha sido inhibida por un monto menor de represión, la pulsión es mucho más fuerte que el instinto sexual normal, buscando en forma impulsiva, la ratificación de una urgencia que al parecer es insaciable. Así, las neurosis son más plásticas y móviles, mientras que las parafilias impresionan por su rigidez e inmutabilidad.

3. Desde 1923 Hans Sachs afirmaba que la perversión es sólo la parte consciente de un sistema de hechos reprimidos. “La diferencia entre perversión y neurosis radica más bien en que el síntoma neurótico es *egodistónico* (extraño al individuo), mientras el síntoma perverso es *sintónico* con el yo, y se acompaña de una descarga de placer en forma de orgasmo genital. La egosintonía de los actos parafílicos es común con la de los actos psicopáticos, psicóticos, los adictos a las drogas y los caracteriales. Pero a diferencia de ellos, el acto parafílico se acompaña siempre de una descarga genital y esto lo destaca clínicamente del resto” (Etchegoyen y Arensburg, 1977).

4. Chazaud (1976) afirma que:

“Mientras el neurótico tiene con la sexualidad únicamente relaciones sustitutivas y se presenta en el plano consciente como suficientemente “desexualizado”, el *síntoma parafílico* aparece siempre como *directamente sexual*. Las actividades parafilicas se cumplen con la finalidad explícita de alcanzar el goce sexual, y para eso apuntan desde cualquier aspecto. En el instante del acto, el parafílico está de acuerdo con su impulso. Este es el escándalo”.

---

<sup>25</sup> La mayor parte del resumen contenido en este apartado provienen del excelente trabajo de Flores Colombino (1988).

5. Freud pensaba que “el sentimiento de felicidad experimentado al satisfacer una pulsión instintiva indómita, no sujeta a las riendas del yo, es incomparablemente más intenso que saciar una pulsión domada”. Pero este placer así anunciado no fue confirmado por todos los autores. Los perversos (parafílicos) no gozan como ellos creen, sino que se autoengañan por idealización y otros mecanismos de defensa. La supuesta liberación constituye el sometimiento a un superyó sádico, que engaña al yo como en toda reacción maníaca (Garma en Yampey, 1981).

6. Para Bleger, Cvik y Grunfeld (1973) lo perverso-parafílico surge de una parte inmadura de la personalidad, lo que él denomina *núcleo aglutinado*, que despliega sus identificaciones múltiples a través de distintas fantasías, y que entra en conflicto con la parte más madura de la personalidad, la cual queda sometida durante el episodio perverso a aquel núcleo psicótico, para recuperarse después. Por eso, la parafilia no es sólo una distorsión o aberración de la sexualidad, sino *una ficción de la sexualidad* (o genitalidad), que se emplea con el fin de controlar aspectos psicóticos, es decir, de evitar o prevenir la disgregación psicótica.

7. Rosolato (1968), por su parte, dice que en el parafílico predomina un *hedonismo* que marca el fracaso del principio de realidad frente al principio del placer. A partir de una ilusión narcisista que ha invadido su vida sexual, el parafílico crea, con ayuda de la renegación (reprobación), una legalidad particular, que relaciona deseo, placer y ley de un modo tal que “el placer es signo de que la ley es su deseo”. Este deseo subvierte el orden simbólico instaurado por el complejo de Edipo. El parafílico crea una sexualidad que escapa a las reglas del lenguaje del sexo y se constituye en un *discurso sexual privado*, que suprime todas las diferencias que podría sacar al sujeto del mundo imaginario (en el sentido de Lacan). El mundo externo del parafílico revela un ligamen *narcisista*, con lo que no hay diferencia entre objeto y sujeto, y *el objeto es afectivamente indiferente para el sujeto parafílico*, que lo desvaloriza y usa para sus fines. Clavreul (1968) afirma que existe un desconocimiento de la intención del otro y cada uno de los integrantes es un mero juguete que consiente.

8. No se han establecido causas totalmente demostradas del origen de las parafilias, pero “es indudable, dice Karpman (1975), que ellas derivan de la atmósfera familiar y social enferma en que se desarrolla el niño”. El mal manejo por parte de los padres de la ingenua curiosidad sexual infantil y de los juegos sexuales de los mismos, tratados con represión enfermiza, evasiones, racionalizaciones y prohibiciones estrictas, *cierra el camino a un desarrollo sexual normal*, e inclina al niño a manifestaciones parafílicas.

9. Las tendencias perversas polimorfas, son consideradas parte normal de la sexualidad infantil y de las relaciones sexuales adultas a través de la fantasía, donde la represión detiene su actuación. Sin embargo, en la perversión se establecen defensas primitivas donde predomina la escisión, la negación de la realidad, la idealización, el ataque al pensamiento, la paranoia, como por ejemplo en el fetichismo.

10. Las experiencias traumáticas infantiles repetidas (tales como ser vestido con ropas del otro sexo por padres que esperaban tener un hijo del sexo contrario, o por las niñeras; el contacto con los genitales de los adultos o las actividades sexuales o de excreción, así como la ridiculización de sus genitales por pequeños o feos, o de sus capacidades eróticas, se reviven en la adultez joven con formaciones parafilias sorprendentemente elocuentes). Las humillaciones o castigos físicos de los padres a los hijos, trocadas en agresiones sádicas o masoquistas, así como la urolagnia o erotización de la micción, o la clismafilia o erotización del enema, o incluso el travestismo, son formaciones que compensan la vergüenza o humillación anterior. La parafilia permite conquistar y superar la ansiedad vivida en la infancia. Sin embargo, como dicen Money y Ehrhardt (1982): “Niños en los que la experiencia sexual ha sido impuesta por un compañero de juegos de más edad o por un adulto, pueden no manifestar forzosamente efectos deletéreos a largo plazo”. Concluyen que “parece lícito afirmar que los fundamentos de la normalidad o anomalía sexual como las parafilias parciales o completas, se establecen mucho antes de la pubertad hormonal. Esta última sólo establece el grado de despertar con respecto a una imagen que ya está previamente determinada por tener cierto grado de potencia evocadora” (Flores Colombino, 1988).

En cuanto al **masoquismo**, en específico, ésta es una parafilia que constituye un extremo de uno de los dos pares donde se da una *erotización del dolor* (junto al sadismo sexual). La especificidad de esta parafilia está dada porque el modo preferido o exclusivo de producir excitación sexual es el hecho de ser humillado o atormentado, o de participar intencionalmente de actividades en las que se es lesionado físicamente o se pone en peligro la vida para sentir placer sexual (Flores Colombino, 1985). Hay sustitución del acto sexual coital por otro que produzca dolor.

Esta parafilia, como la mayoría, comienza en la infancia y se debe a experiencias de violencia vividas en el ámbito familiar, pero se manifiesta en forma de fantasías masturbatorias en la adolescencia y a través de conductas en la edad adulta. Una vez que aparecen las conductas, suelen ser de curso crónico, con periodos de mayor intensidad, vinculados con el estrés o simplemente con el paso del tiempo, aunque pueden estabilizarse sin incremento de la frecuencia. Otra característica es que tiende a repetirse la misma conducta por años. Cuando ya no se conforma con conductas menores y medianas, el aumento del dolor y la exposición al peligro puede ser mayor, poniendo en riesgo la vida. Por algo el masoquismo y el sadismo tienen como sinónimo la *algolagnia*: del griego “algos” (dolor) y “lagnia” (atracción patológica).

En lo que se refiere al **sadismo** sexual, se trata de una parafilia específica en donde hay modificaciones del acto sexual por la erotización del dolor (completando el par sadismo-masoquismo), y donde el placer obtenido proviene del *sufrimiento ajeno*. Por supuesto, hay diferentes tipos o grados: desde quien evoca fantasías sádicas durante el acto sexual —en donde el sujeto controla totalmente en su mente a una víctima aterrorizada por la situación amenazante—, pero que difícilmente se intentan en la realidad, pasando por quien consigue víctimas que consienten ser agredidas, hasta quien somete a otras personas contra su voluntad para provocarles sufrimiento.

Si bien se acepta que un cierto monto de agresividad forma parte de las actividades sexuales de la mayor parte de las parejas, en el sadismo sexual esta agresividad es excesiva y responde a otras causas. En la mayor parte de los humanos su expresión es regulada por la adecuada resolución de los conflictos de la etapa anal-sádica del desarrollo psicosexual, así como la elaboración de las situaciones traumáticas agresivas a los que el niño se vio expuesto. Es decir, estas situaciones son fantaseadas, con relación al acto sexual de los padres, con la violencia de los sonidos que interpreta como dolorosos.

En cuanto al sadomasoquismo en las perversiones podemos decir, siguiendo a Chasseguet-Smirgel (1991), que se muestran elementos particularmente anales, así como elementos que conllevan a la destrucción de la realidad. Todos ellos producto de la intensa rabia que se siente hacia ambos padres, hacia el padre por no poder hacer manifiesta su virilidad sexual, y hacia la madre por no permitir una adecuada separación-individuación a través de sus estrategias seductoras, reengolfadoras y castrantes, donde la madre se vuelve simbólica e inconscientemente la única poseedora del pene anhelado (Flores Colombino, 1988).

En lo que respecta a esta expresión sexual parcial, Kernberg (1991) plantea que el sadomasoquismo se vuelve una perversión en la medida en la que infringir o recibir dolor es la condición única y primordial en la excitación sexual. El sadomasoquismo se vuelve patológico en la medida en la que predominan los impulsos agresivos sobre los libidinales, así como la tendencia a una significativa regresión a estadios preedípicos, a una desintegración del superyó y a una fragmentación del yo. Para Kernberg, el perverso, en tanto se relaciona con un objeto parcial, nos muestra una fijación a estados simbióticos donde no se observa una diferenciación y donde existen serias dificultades de separación-individuación.

Existen dos condiciones que se reúnen en el masoquismo: a) por un lado, el placer directo del masoquista sexual o el sufrimiento del masoquista narcisista, que obtiene así una *identidad* placentera (“si sufro y tolero, si rehuyo el placer, si castigo mi carne, si me expongo al repudio de los demás y me despreocupo del mismo, entonces soy diferente y mejor que todos los demás”), o b) por el otro, cuando la meta no es el displacer, sino lograr mediante el sufrimiento el escapar de un sufrimiento mayor. Categoría esta última dentro de la cual se halla lo que Freud denominó masoquismo moral por sentimiento de culpabilidad; en el cual podemos observar que ante lo insoportable de la culpa se intenta mitigarla mediante la búsqueda de castigo o la renuncia al placer.

Por último, el masoquismo no puede desvincularse del sadismo, no sólo porque el placer durante la actuación masoquista se obtiene por la identificación con el placer que obtiene la pareja sádica –muchos masoquistas miran la sonrisa, la euforia y el placer del sádico y, fusionados con el objeto, se identifican con éste más que con lo que les pasa a ellos mismos–, o porque la oscilación en un mismo sujeto entre la adopción de una posición masoquista y una sádica sea frecuente –forzando a su pareja a que revierta también su rol entre ambas posiciones–, o porque el masoquismo pueda servir para



encubrir fantasías sádicas que no pueden ser toleradas, sino porque el sujeto experimenta, cuando es él mismo quien se inflige el castigo, el placer de agredir –goce sádico omnipotente del superyó–, junto al placer masoquista de sentirse castigado por un personaje poderoso encarnado en su superyó (Flores Colombino, 1988).

### **Conclusiones**

Podemos decir que pese a este fuerte vínculo patológico, el nacimiento de la hija de Miriam modificó en cierta medida la dinámica de relación de pareja. La niña, aunque al principio fue depositaria del sentimiento persecutorio escindido de Miriam y Ricardo, eventualmente se convirtió en el objeto bueno al cual había que rescatar y preservar. Recordemos cómo Miriam logra salir de este matrimonio cuando ve amenazada la vida de su hija. Hasta ese momento Miriam había visto en Ricardo sólo aspectos idealizados, quedando la parte mala escindida y depositada en ella. En el momento en el que surge la amenaza a la niña, ésta se transforma en el objeto bueno amado, y la parte agresiva, sádica y loca de la relación queda ubicada en Ricardo.

Aun cuando Ricardo, para negar su propia maldad, se identificaba con un objeto bueno idealizado, sintiéndose un mesías cuya función era rescatar a Miriam de la locura, proyectando en ella las partes locas y enfermas que él llevaba dentro, finalmente, con el nacimiento de la niña, se confronta con sus propias partes violentas y persecutorias. Intenta deshacerse de estas partes depositándolas nuevamente en el exterior, en Miriam y en la niña, a través de la fantasía de asesinato. Es posible plantear la hipótesis de que en Ricardo había un remanente de objetos buenos asegurados, susceptibles de ser reparados y, al mismo tiempo, promotores de nuevas reparaciones que lo llevaron, de una manera u otra, a tratar de deshacerse a toda costa de Miriam y la niña para preservarlas de él. Cuando Ricardo se da cuenta de que Miriam quería quedarse, amenaza la vida de la niña, quizás sabiendo inconscientemente que sería abandonado cuando Miriam viera peligrar a su hija, ya que ésta representaba en ese momento la parte buena de los dos.

La actuación de Ricardo es, así, salvadora de otros y a la vez destructora de sí. Se une al objeto malo, se identifica con él; por otro lado, renuncia al objeto idealizado, lo proyecta, lo aleja, lo pone a salvo de sí mismo.

Hace lo mismo que hace el suicida culposo: se identifica con el objeto más malo y decide destruirse; entonces, en un último acto de bondad –acto maniaco, glorificante–, se fusiona con el objeto idealizado y se inmola para la salvación de ambos.

### **BIBLIOGRAFÍA**

Bergeret, J. (1996). *La personalidad normal y patológica*. México: Gedisa.

Bleger, J., Cvik, N., Grunfeld, B. (1973). Perversiones. *Revista de Psicoanálisis*, 30: 2.

- Clavreul, J. (1968). La pareja perversa. En P. Aulagnier-Sparani (Ed.). *El deseo y la perversión*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1991). Sadomasochism in the Perversions: Some Thoughts on the Destruction of Reality. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 39 (2), 399-415.
- Chazaud, J. (1976). *Las perversiones sexuales*. Barcelona: Herder.
- Etchegoyen, R.H. y Arensburg, B. (1977). Perversiones y trastornos neuróticos de la personalidad. En *Estudios de clínica psicoanalítica sobre la sexualidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fenichel, O. (1967). La psicología del travestismo, En Deutsch, H. (Ed.). *Psicoanálisis y desviaciones sexuales*. Buenos Aires: Hormé.
- Flores Colombino, A. (1985). *Problemas especiales. Parafilias y variantes sexuales, delitos sexuales*. Montevideo: UCUDAL.
- Flores Colombino, A. (1988). Parafilias. *Cuadernos de Sexología*, 7 [consultado en línea el 20 de mayo de 2006, en <http://www.sexovida.com/clinica/parafilias.htm>].
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. I. Las aberraciones sexuales. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Karpman, B. (1975). *El psicópata sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Kernberg, O. F. (1991). Sadomasochism, Sexual Excitement, and Perversion., *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 39: 333-362.
- Money, J. y Ehrhardt, A. (1982). *Desarrollo de la sexualidad humana. Diferenciación y dimorfismo de la identidad de género*. Madrid: Morata.
- Rosolato, G. (1968). Estudio de las perversiones sexuales a partir del feticismo. En P. Aulagnier-Spirani (Ed.). *El deseo y la perversión*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sager, C. (1976). *Contrato matrimonial*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- Spivacow, M. A. (2002). La perspectiva intersubjetiva y sus destinos: la terapia psicoanalítica de pareja. *Aperturas Psicoanalíticas*, 11 (jul) [recuperado en línea en <http://www.aperturas.org/11spivakov.html>].
- Yampey, N. (1981). Reflexiones psicoanalíticas sobre las perversiones, En *Psicoanálisis, fundamento y técnica*. Buenos Aires: Kargieman.

## II

### LAS VICISITUDES DEL ESPACIO PSÍQUICO DE LA PAREJA

## 6. EL ESPACIO PSÍQUICO DE LA PAREJA (I): EL ENTRECRUZAMIENTO DE DOS YOS Y LA PREOCUPACIÓN POR EL OTRO<sup>26</sup>

En el presente capítulo nos proponemos realizar un primer intento de articulación entre conceptos pertenecientes a diversos registros teóricos y clínicos. Entre otros, los desarrollos de René Kaës (1976, 1993) sobre el grupo y el sujeto del grupo, la teoría de las relaciones objetales aplicadas al psicoanálisis de la pareja amorosa humana (particularmente las investigaciones de O. Kernberg compendiadas en su trabajo de 1995), y algunas de las hipótesis que ya hemos desarrollado en los capítulos previos de esta obra (y que a su vez emanaron del trabajo del seminario de investigación *Psicoanálisis de las relaciones de pareja* de la Facultad de Psicología de la Universidad Intercontinental 1995-1998) (c. f. Sánchez-Escárcega et al., 1995, 1996).

### El espacio psíquico de la pareja. Una hipótesis para trabajar

A partir de una primera aproximación a los fenómenos de la pareja, establecimos la existencia de una serie de seis factores relacionados con el desempeño normal o patológico de una relación amorosa (véase el capítulo 19). Nos referiremos ahora sólo al último de ellos: *“La constitución en el superyó de un valor o ideal que abarca tanto al compañero como a la relación misma, con sus derivados más significativos: capacidad de involucramiento y preocupación por el otro, capacidad de gratitud y empatía”*.<sup>27</sup>

El objeto libidinal elegido, al ser soporte de las proyecciones del ideal del yo, es de alguna manera “apropiado” y reintroyectado en el yo del sujeto pasando a formar parte de su estructura de objetos internos. La re-proyección de un objeto más benigno mitiga, a su vez, las críticas y agresiones provenientes de la instancia superyoica. De esta manera, los límites que separan a los sujetos se atenúan, si es que no se borran, y se erigen fronteras que separan al grupo amoroso del resto del mundo. Esta fusión desempeña un papel de importancia para la estructuración de la díada, ya que a través de la elaboración de sus relaciones internas genera una *identidad de pareja*, o sea, una toma de conciencia del proceso de grupo, *conciencia de pertenecer al grupo-pareja*. Una frase de Lemaire (1979) lo sintetiza: *“Desde que aparece entre los miembros la percepción implícita de un ‘nosotros’ colectivo, la pareja funciona de hecho como grupo”*.

---

<sup>26</sup> Este capítulo apareció publicado en Sánchez Escárcega, J. (1997). El espacio psíquico de la pareja. *Revista Intercontinental de Psicoanálisis Contemporáneo*, 2 (1), 9-20.

<sup>27</sup> Compárese este factor con la opinión de Kernberg (1995): “Un superyó maduro, que se expresa en la preocupación por el compañero –y por el self– protege las relaciones objetales, alienta el amor y el compromiso.” (p. 171), “Uno de los afectos complejos que surgen como consecuencia de estos procesos es la gratitud.” (p. 174)

Agregaremos, parafraseando a Pontalis (1963), Anzieu (1993) y Cao y L'Hoste (1995), que *una pareja es un objeto de catexia pulsional, un lugar de fomento de imágenes, una puesta en común de las imágenes interiores y de las angustias de los participantes; imágenes que trasuntan en sentimientos y emociones que excitan o paralizan la actividad de la pareja (y sus funciones), sea cuales fueren, y que generan fenómenos de unidad, de disgregación, de defensa, apatía o resignación.*

### **El límite exterior de la pareja: el grupo social**

La experiencia y el mantenimiento de una relación amorosa exclusiva con otra persona, relación que integra la ternura y el erotismo junto con valores profundos y compartidos, está siempre en oposición abierta o secreta al grupo social circundante. Dicha oposición, a la vez que libera a la pareja adulta de la participación en las convenciones del grupo social, crea una experiencia de intimidad sexual que es eminentemente privada, y establece un escenario en el que las mutuas ambivalencias se integran en la relación amorosa, enriqueciéndola y amenazándola al mismo tiempo (Kernberg, 1995, p. 303).

Sin embargo, la pareja, a pesar de su relativa oposición al grupo, necesita de éste para su sobrevivencia. Una pareja totalmente aislada del grupo externo corre el peligro de verse eventualmente enfrentada a la liberación grave (abrupta o sostenida) de la agresión de uno o ambos compañeros, con la consiguiente destrucción o daño irremediable de la relación. En el caso extremo de aislamiento, la misma estructura de pareja se vuelve depositaria de proyecciones de “relaciones objetales internalizadas, conflictivas, reprimidas o disociadas, que son reescenificadas por la pareja a través de la experiencia proyectiva de lo peor del pasado inconsciente, la ruptura de la unión y el retorno de ambos participantes al grupo, en una búsqueda final, desesperada, de libertad individual” (op. cit., p. 304).

En otro sentido, los esfuerzos inconscientes de uno o ambos miembros por mezclarse o disolverse en el grupo, pueden ser un modo de preservar la existencia de la pareja, con riesgo de invasión y deterioro de su intimidad. Esta situación puede presentarse de manera atenuada en el establecimiento de relaciones triangulares estables (sean personas, sean actividades fuertemente investidas libidinalmente), que a la vez que representan la probable escenificación de conflictos edípicos no resueltos (Stream, 1980), implican la dificultad para impedir –o el deseo inconsciente de aceptar– la invasión de la pareja por parte del grupo. En el caso extremo, el colapso de la intimidad sexual (por ejemplo en el sexo grupal) representa la destrucción de uno de los principales soportes de la relación amorosa en su diferenciación y oposición al grupo (Berenstein y Puget, 1989; Kernberg, 1995).

En este sentido, mencionamos el *principio de deslinde* de Willi (1975), que plantea la existencia de una delimitación de la pareja respecto del interior y exterior de la relación, y en donde el punto óptimo ocurre en un término medio entre la *fusión* y el *deslinde rígido*, es decir, una pareja con límites intradídicos y extradídicos claros y franqueables, en

donde la relación de los cónyuges se diferencia de otras relaciones de amistad. La díada se deslinda con claridad respecto al exterior y los cónyuges se perciben como pareja, pero son capaces de exigirse espacio y tiempo propios a la par de llevar una vida conyugal. Hacia adentro de la pareja, los cónyuges se distinguen entre sí y respetan los claros límites entre ellos.

Dentro del terreno de lo patológico consideramos dos posibilidades:

1) *Parejas con límites intradídicos rígidos y extradídicos difusos*: los cónyuges se alejan de manera rígida y se deslindan uno del otro por miedo a perder su individualidad; a la vez, los límites externos difusos permiten la continua presencia de terceros que los protegen de la intimidad.

Kernberg (1977, 1995) ha planteado que la intimidad en la experiencia sexual de la pareja presupone el logro de la integración del self y de las relaciones de objeto (capacidad que requiere poder relacionarse profundamente con el propio ser para posteriormente relacionarse íntimamente con otros).

2) *Parejas con límites intradídicos difusos y extradídicos rígidos*: los cónyuges funcionan como una unidad simbiótica, con pérdida de los límites del yo, en una especie de enamoramiento continuo donde se es uno totalmente con el otro. A la vez, los límites externos rígidos funcionan como murallas que evitan el contacto con los demás, protegiéndose de la ruptura de su “burbuja de amor”. Este tipo de parejas anhela el “retorno al paraíso perdido” en búsqueda del objeto infantil idealizado, sin posibilidad de tolerar el proceso de desidealización y la relación de objeto total (capítulos 14 y 16).

Pero no sólo desde el lado de la pareja se generan relaciones, conflictos, identificaciones, zonas de convergencia y de oposición con el grupo; éste, a su vez, mantiene relaciones ambivalentes (“complejas y fatales”, dice Kernberg), hacia la pareja de compañeros amorosos. Por un lado, el grupo social externo necesita a la pareja porque a través de ella escenifica y mantiene la esperanza grupal de unión sexual y pleno amor que le reasegura que es posible el triunfo edípico apartándose de la multitud anónima; por el otro, no puede evitar experimentar hostilidad y envidia hacia ella, emociones derivadas de las fuentes internas de envidia inconsciente a la unión secreta y feliz de los progenitores, y de la profunda culpa inconsciente por los impulsos edípicos prohibidos (Kernberg, op. cit.). El grupo social intenta manejar entonces –o tal vez sólo esconder– estos sentimientos de profunda hostilidad a través del ejercicio de un control obsesivo sobre la pareja en forma de intentos de moldearla a su imagen, imponiéndole su moral, ritualizando ideológicamente la relación amorosa, el compromiso, el matrimonio y la tradición familiar (ibid.)

### **La envoltura psíquica, el self de pareja**

Así pues, debemos considerar la existencia no sólo de un límite invisible entre la pareja y el grupo (y por supuesto entre los dos *partenaires*), sino que este límite tiene una cara que mira hacia afuera y otra que mira hacia adentro. En este mismo sentido, Anzieu

(1993) habla del grupo como una envoltura gracias a la cual los individuos se mantienen juntos. En la pareja, en tanto grupo, dicha fantasía de envoltura es vivida con mayor fuerza dada la intensidad de la proyección del ideal del yo sobre ella.

Pero, ¿cuál es la naturaleza de esa envoltura psíquica de la pareja? En buena parte está constituida por un entramado de reglas explícitas e implícitas, por costumbres, aniversarios, ritos, actos y hechos; por la asignación de lugares, por sobreentendidos del lenguaje. Todo ello la lleva a constituirse como un espacio interno cuya “superficie” contiene y constriñe los intercambios actuales, pero que al mismo tiempo opera en una dimensión temporal (un pasado en el que se establece su origen y un futuro en el que se proyectan imágenes ideales o catastróficas) (c. f. Berenstein y Puget, 1989).

Pero no sólo de esto está constituida su “materia”:

“Una envoltura viva como la epidermis, que se regenera rodeando el cuerpo y como el yo que se esfuerza en englobar el psiquismo, es una membrana que presenta dos caras. Una mira hacia la realidad externa física y social y, fundamentalmente, hacia otros grupos parecidos, diferentes o antitéticos en cuanto a sus sistemas de reglas y que serán considerados como aliados, competidores o neutros.<sup>28</sup> Gracias a esta cara, la envoltura grupal edifica una barrera protectora contra el exterior. (...) La otra cara mira hacia la realidad interna de los miembros del grupo. Aunque no existe más realidad interna inconsciente que la individual, *la envoltura grupal se constituye dentro del movimiento por el que los individuos proyectan sobre ella sus fantasías, sus imagos, su tópica subjetiva (es decir, la forma como se articula el funcionamiento de los subsistemas dentro del aparato psíquico: ello, yo, superyó e ideal del yo).* Y gracias a su cara interna, *la envoltura grupal permite el establecimiento de un estado psíquico transindividual que propongo llamar un self de grupo: el grupo tiene un self propio. Mejor aún, él es el self. Este self es imaginario.*<sup>29</sup> *Es el continente en el interior del cual va a activarse una circulación fantasmática e identificatoria entre las personas. Él es el que hace que el grupo viva.*” (p. 13-14, nuestras itálicas).

La noción de un *self de pareja* parece ser entonces el concepto-puente que nos permite articular algunas de las observaciones hechas a lo largo de este trabajo, en torno al funcionamiento de los grupos-pareja; un funcionamiento que se caracteriza no sólo por la investidura libidinal de los cónyuges o compañeros (tanto de sí mismos como del otro), sino también por la investidura de un tercer objeto (más correctamente *un espacio imaginario*), al que podemos denominar *espacio psíquico de la pareja*, es decir, el lugar – el *locus*– de los fenómenos de la pareja. Tales fenómenos ocurren como formaciones y

---

<sup>28</sup> Kernberg (1995) ha mencionado las vicisitudes de la red de parejas que constituyen la vida social corriente: “las infiltraciones de erotismo entre amigos y cónyuges, la rivalidad temida, los objetos sexuales deseados, los límites tentadoramente excitantes y prohibidos”, etcétera (p. 162).

<sup>29</sup> En la traducción española se utiliza el término “sí-mismo” en lugar de “self”; preferimos éste último –y así lo hemos venido utilizando a lo largo de esta obra– porque nos parece intraducible y porque entre los psicoanalistas hispanoparlantes tiene generalmente mayor aceptación.

procesos regidos por una lógica específica y por instancias propias hasta cierto punto irreductibles a los aportes de los miembros individuales. La identificación de su modo de constitución, su funcionamiento y sus efectos nos introduce de lleno en los estudios que sobre realidad psíquica de grupo ha realizado René Kaës (1976, 1995, entre otros), particularmente en cuanto el grupo es tomado como sistema de formaciones y de procesos psíquicos derivados del inconsciente, tanto en sus determinaciones individuales como transindividuales.<sup>30</sup>

### **La realidad psíquica de la pareja**

Evidentemente, el primer problema que se plantea es el de la realidad psíquica de la pareja, y más precisamente, el de la metapsicología que explique el inconsciente, las formaciones y los procesos que ocurren en el seno de la relación díadica amorosa: ¿cuáles, por ejemplo, el trabajo psíquico que se desarrolla dentro de ella?, ¿cómo operan ahí – por o bajo el efecto de la subjetividad de la pareja– la represión, el retorno de lo reprimido y la formación del síntoma?

#### **1) Espacio**

---

<sup>30</sup> Un poco de historia: A partir de 1967 R. Kaës comienza a trabajar siguiendo el camino abierto por autores como Lewin, Bion, Lacan, Pontalis, Anzieu y Bejarano –obviamente con Freud a la cabeza– y se interesa en el estudio de la representación inconsciente y preconsciente del grupo como objeto doblemente investido por el psiquismo y por el discurso social. Junto con el mayo francés del 68, Kaës realiza una primera ruptura epistemológica entre la psicología social y la perspectiva psicoanalítica al establecer que el grupo tiene un efecto subjetivo y es objeto de revestimiento pulsional, de representación, a la vez que lugar y forma de mecanismos inconscientes. Posteriormente intentará definir los parámetros de su enfoque a través de las categorías de lo real, lo imaginario y lo simbólico de J. Lacan (Bernard, 1991). Junto con Didier Anzieu, Jean-Bertrand Pontalis, André Missenard y Ángelo Bejarano da forma final al CEFFRAP (en español, *Círculo de Estudios Franceses para la Formación y la Investigación Activa en Psicología Dinámica de la Personalidad y Grupos Humanos*; aunque fundado en 1962 por D. Anzieu en asociación con un grupo de universitarios médicos y psicólogos para investigar la psicodinamia de los pequeños grupos desde una perspectiva psicoanalítica, el origen del CEFFRAP puede rastrearse hasta 1958, año de la primera reunión del grupo constituyente). A partir de este trabajo, Kaës opera una segunda ruptura epistemológica al implementar el pasaje de una *teoría psicoanalítica del agrupamiento* a una *teoría psicoanalítica de la grupalidad del psiquismo*, pasaje cristalizado en sus escritos sobre los organizadores psíquicos grupales, los grupos internos, el aparato psíquico grupal y la ideología. Tras algunos trabajos importantes a comienzos de los 70s, elabora junto con Anzieu las *Tesis del CEFFRAP*, los escritos sobre análisis intertransferencial y problemas de la formación, y publica su libro *El aparato psíquico grupal* (1976) que sintetiza sus ideas sobre los organizadores psíquicos y sociales de la representación de grupo, la relación entre cuerpo, grupo y espacio, el concepto de archigrupo y el de aparato psíquico grupal. La década de los 80s se caracteriza por sus estudios sobre la ideología, el concepto de difracción en los grupos internos, el apuntalamiento del psiquismo en los grupos y el análisis transicional. También investiga sobre la cadena asociativa grupal, la categoría de intermediario en Freud y complementa su teoría sobre los organizadores grupales con un modelo genético. Estos y otros aportes son finalmente compendiados en su libro *El grupo y el sujeto del grupo* (1993), publicación que lejos de pretender ser definitiva, intenta ofrecer “una visión de conjunto [para] hacer percibir mejor los relieves, los horizontes, los puntos de fuga y las tierras desconocidas” (p. 15).



Siguiendo una observación de Kaës (1995) en el sentido de que en los grupos algunas formaciones y procesos generales adquieren una especificidad de funcionamiento relativamente independiente de la situación particular en que se encuentra el conjunto (número de integrantes, ubicación del grupo, etcétera), es decir, formaciones y procesos universales que operan en un nivel diferente al de los individuos solos (por ejemplo la *ilusión grupal* de Anzieu), puede pensarse igualmente en un funcionamiento exclusivo *del nivel de la pareja*, que sólo se produce ahí o en conjuntos similares (aunque restaría establecer las diferencias entre éste y otros agrupamientos y formas subjetivas de la grupalidad). Aun así, es esta misma observación la que nos permite pensar un *espacio psíquico de la pareja*, con sus “continentes, superficies, escenas, depósitos, enclaves, límites y fronteras” (p. 101), *producidos por los aportes de los dos miembros de la pareja, por la ligazón de esos aportes, y por aquello que se crea o se suscita en la pareja con independencia de sus constituyentes singulares*.

Tal como lo señaló Freud, tales formaciones psíquicas se realizan principalmente por las identificaciones y se manifiestan en el ideal del yo, al cual atribuye este estatuto de formación intermediaria intersubjetiva.

Kernberg, por su parte, afirma que la pareja, al volverse depositaria de las fantasías y los deseos conscientes e inconscientes de los *partenaires* y de sus relaciones objetales internalizadas, *adquiere también una identidad propia además de la identidad de cada uno de los miembros, con lo cual activa las funciones superyoicas conscientes e inconscientes de ambos compañeros, de lo que resulta, con el tiempo, un sistema superyoico propio, además de los de sus constituyentes* (1995, p. 171).

## 2) Cuerpo

El espacio psíquico de la pareja contendría un *cuerpo imaginario* o representación corporal en el vínculo (Berenstein y Puget, 1989); de hecho, lo corporal está incluido como parámetro definitorio primordial de la relación y opera desde el inicio mismo, sea como cuerpo erotizado, negado, escindido, agresivizado, etcétera. La representación corporal de un vínculo dado se refiere a un cuerpo simbolizado por –y simbolizante de– la relación interpersonal. Berenstein y Puget le han llamado *cuerpo vincular* y han estudiado, por ejemplo, los fenómenos somáticos de extrañamiento corporal y fantasías de partes faltantes (del tipo del “miembro fantasma”) producidos por una pérdida o separación del compañero, etcétera:<sup>31</sup>

“Podemos formular la hipótesis de un cuerpo vincular desde la valoración estética perteneciente a ambos sujetos de la pareja, cuyo principal punto de partida es la fusión sobre la cual se sostiene el vínculo. Sus componentes estéticos pueden orientarse hacia el crecimiento vincular o ser vividos como daño irreparable y ofensa narcisista cuando el cuerpo biológico de uno (y no de los dos) de los

---

<sup>31</sup> Algunos otros fenómenos del cuerpo de pareja pueden observarse, por ejemplo, en el Síndrome de la Couvade, en el cual el marido presenta, durante el embarazo de la mujer, cambios corporales similares a los de ella.

miembros del vínculo resulta dañado por una lesión traumática o por adjudicación de una vivencia de ruina, de herida narcisista por el paso del tiempo. Esta ofensa es entonces vivida como una destrucción del cuerpo de pareja y por ende de su representación mental y corporal” (p. 79).

### 3) *Tiempo y memoria*

Dicho espacio psíquico contendría, como ya se mencionó, un *tiempo psíquico de la pareja*, marcado no sólo por la ilusión de inmortalidad, los mitos de origen y una memoria de pareja; memoria que, como hemos podido observar en nuestro trabajo clínico y de investigación:

- a) Funciona como depositaria de aspectos parciales del self de la pareja.
- b) Se constituye de manera relativamente diferente a la memoria individual o del grupo pequeño.
- c) Sirve a la vez como eslabón de enlace y diferenciador de momentos, periodos, fases o etapas de la relación.
- d) Es “escrita” o codificada en un *tempo* afectivo dictado por las vicisitudes del vínculo.<sup>32</sup>

### 4) *Mecanismos defensivos*

Finalmente, señalaremos que junto con un espacio y un tiempo específicos, existen también *mecanismos de defensa propios de la pareja*, que son utilizados por los cónyuges para reforzar sus propias defensas o suplir las faltantes.<sup>33</sup>

## **El límite interior de la pareja: los grupos internos**

El concepto “pareja”, el self de pareja, su espacio psíquico ubicado en el punto de entrecruzamiento del ideal de dos yos, no puede existir más que evidentemente en el interior del psiquismo de cada cónyuge o compañero: “modo de presencia determinado

---

<sup>32</sup> Véase el siguiente capítulo sobre el tiempo y la memoria en la pareja. Puget (1990) ha señalado la necesidad de las parejas de contar una y otra vez partes de su historia, conservando algunas porciones fijas y otras variables. A esto le denomina el *mito fundante*. “Es posible que en los mitos fundantes fijos se filtren elementos de repetición o mejor dicho de expectativas no modificadas a través del tiempo... El mito fundante variable tiene que ver con la manera en que invisten su acuerdo inconsciente dependiendo de las distintas vicisitudes por las que atraviesa la pareja” (p. 40). Para un estudio sobre el transcurso del tiempo psíquico, y su independencia del tiempo real, c. f. nuestro trabajo *El paciente de los 127 relojes. Un caso de desorientación en el tiempo* en Sánchez Escárcega, J. (2007). *La práctica del psicoanálisis: teoría, clínica, aplicaciones, investigación y enseñanza*. Mexico: Universidad Autónoma de Zacatecas.

<sup>33</sup> Considérense por ejemplo los conceptos de “pacto denegativo” y “alianza inconsciente” señalados por Kaës (1995) en la relación Freud-Fliess (a propósito del caso de Emma Eckstein) y en la pareja de la novela *Thérèse Desqueyroux*. Lemaire (1979) habla de la “función defensiva de la pareja”, apuntalada en una doble actividad de descarga y evitación pulsional.

esencialmente por las identificaciones, la organización de las relaciones de objeto, por la actividad de fantasmaticación” (Kaës, 1993, p. 154). En el campo intrapsíquico de la pareja, los grupos internos constituyen los verdaderos organizadores de la actividad mental de representación de la díada; aparecen ahí como configuraciones de vínculos entre elementos psíquicos (entre pulsiones y sus representantes-representaciones, entre objetos, entre representaciones de palabras o cosas, entre instancias, imagos o personajes internos). En otras palabras, lo que ocurre en el “afuera” de la pareja moviliza también la red de relaciones objetales internalizadas, las fantasías primarias y secundarias, la imagen del cuerpo, el yo, las redes identificatorias, los complejos familiares, el sistema de representación de las instancias y los sistemas del aparato psíquico (Bernard, 1995). El grupo interno es susceptible de ser proyectado sobre el grupo externo; de hecho, es la base de los fenómenos transferenciales y de las distorsiones que se producen en la percepción de los vínculos en los que participa el sujeto (por ejemplo, la pareja).

### **Oposiciones entre grupo y pareja**

Los fenómenos específicos del espacio psíquico de la pareja –sus formaciones y procesos– son conjuntamente producidos y regidos por las dinámicas intrapsíquicas de los individuos (su arreglo particular); es decir:

- 1) La realidad psíquica del espacio de la pareja se apoya y se modela sobre las estructuras de la realidad psíquica individual (sobre las formaciones de la grupalidad intrapsíquica, diría Kaës), sobre lo que cada compañero inviste, proyecta, rechaza o dispone en la relación; en otras palabras, sobre los grupos internos, las relaciones objetales internalizadas, las fantasías inconscientes, etcétera.
- 2) Dichas estructuras son a su vez transformadas, dispuestas y reorganizadas por la estructura díadica del vínculo; por sus fenómenos únicos y diferentes.
- 3) De todo ello resulta un orden o funcionamiento que puede considerarse que estrictamente ocurre en un nivel diferente al de los individuos: *el nivel de la pareja, el espacio psíquico de la pareja*. Comparte con los fenómenos del grupo todo aquello que –como han señalado Anzieu y Kaës, entre otros– es propio de las formaciones pluripsíquicas grupales, de las formaciones de *más-de-uno*.

Se diferencia, por el contrario, por lo menos en las siguientes zonas de oposición:<sup>34</sup>

---

<sup>34</sup> Hay que señalar que Kaës hace una diferenciación muy clara entre grupo y pareja, aunque no abunda en ella, cuando dice: “El grupo es una forma y una organización de las relaciones intersubjetivas relativamente simple. El tamaño del conjunto (*más de dos* y menos de quince individuos)...” (1993, p. 127, nuestras itálicas).

1) *Corporalidad*. La inclusión del cuerpo real –sexualizado, negado, escindido, proyectado– en la relación de pareja es un requisito del vínculo. Lo corporal (zonas erógenas, cavidades, protuberancias, la superficie de la piel, los órganos internos) funciona como depositario de identificaciones y relaciones objetales internalizadas. El *self corporal de pareja* se diferencia del grupal en cuanto que éste último es siempre imaginario, una metáfora.<sup>35</sup> Aquél, aunque evidentemente implica una actividad similar de fantasía, introduce un registro somático real y distinto, tanto en la individualidad de los *partenaires*, como en la situación del espacio de la pareja. La pareja, como tal, carece de un cuerpo tangible, pero involucra elementos de la fantasía que se originan o repercuten en lo somático con mucho mayor frecuencia que en los grupos artificiales (por ejemplo, los hijos, cuando los hay, atestiguan, recuerdan o delatan el vínculo de pareja; funcionan como registro somático del cuerpo de la pareja). En otras palabras, lo corpóreo está incluido en estos vínculos al menos en dos dimensiones:

- a) el cuerpo de cada uno de los compañeros, junto con su representación mental;
- b) el cuerpo de la pareja, básicamente imaginario y representado intrapsíquicamente (aunque con elementos que lo colocan más cerca de lo real que en otras formaciones grupales).

2) *Tiempo eterno*. El pequeño grupo, el grupo amplio, el grupo terapéutico, etcétera, pueden establecer por momentos una ilusión de eternidad y continuidad, con aparente ausencia de su origen o terminación (por ejemplo, el fenómeno de la *ilusión grupal*), pero generalmente en algún momento adquieren conciencia de sus límites, de un corte. La intensidad con que se niega este corte, en todo caso, refleja el monto de las ansiedades inconscientes involucradas, lo cual es en sí mismo prueba del “conocimiento” de ese límite (las *fantasías de “rotura”* de Anzieu, por ejemplo). La misma pertenencia simultánea a varias agrupaciones obliga al sujeto a “deslindar” o “delimitar” mentalmente unas de otras.

En este sentido se puede formular una crítica a Kaës en cuanto que, al estudiar los procesos psíquicos que se desarrollan en un sujeto en situación de grupalidad (el sujeto del grupo), al considerar de hecho el papel de los grupos en la formación de su psiquismo y la estructuración de éste como agrupación de elementos mentales (grupalidad psíquica), y al considerar al sujeto como “eslabón, heredero, servidor y beneficiario” de grupos inter y trans-subjetivos, no delimita claramente los efectos del pasaje de un grupo a otro, o entre grupos de diverso valor emocional. La impresión errónea que se obtiene, entonces, es doble:

- a) por un lado, que el sujeto del grupo existe sólo en grupo, desde el grupo y para el grupo; es, de hecho, grupo; y

---

<sup>35</sup> C. f. la imagen del cuerpo propio y la envoltura psíquica del aparato grupal como un quinto organizador en los grupos, según Anzieu (1993).

- b) que el sujeto del grupo se relaciona con *un* grupo –gigantesco, invisible, omnipresente, ubicuo e intermitente– que no posee matices, grados o evolución.

En este sentido, planteamos la diferencia con la pareja, en cuanto que ésta *sí* establece como principio y criterio fundante *un tiempo eterno* que de hecho funciona como parámetro definitorio (Berenstein y Puget, 1989); eternidad que en ocasiones se supone trasciende los límites de la existencia: seguir más allá de la muerte. Este criterio introduce, de entrada, una serie de lógicas intra y extrapsíquicas que harán a la pareja diferente de cualquier otra forma de grupalidad.

Así, Caillé (1991), por ejemplo, habla de un acto fundacional (“mito fundador” le llama Neubuerger) que establece una escisión en el concepto del tiempo en la pareja; un doble tiempo que instituye consecuentemente dos lógicas que rigen la relación:

“La noción del tiempo tiene un sentido distinto para la institución recién creada y para sus miembros. La noción es, por esencia, indiferente al reloj biológico, existe al margen del tiempo y lo anula. Así lo confirma la liturgia católica del matrimonio con la fórmula ‘hasta que la muerte nos separe’. Los cónyuges, en cambio, están sometidos al tiempo y éste transforma sus designios, sus ambiciones y su percepción de sí mismos” (p. 48).

3) *Regresión*. Si el individuo entra al grupo como quien entra a un sueño, según Anzieu (1993), en la pareja la intensidad de la regresión es aun mayor. Dicha regresión ocurre en sus dimensiones tópica, temporal y formal (Laplanche y Pontalis, 1968): *tópicamente*, porque al ocurrir una escisión entre los objetos buenos y malos que son proyectados sobre la pareja se produce un debilitamiento de la barrera represiva del yo, con el consecuente distanciamiento de la realidad y un afloramiento de pulsiones, fantasías y contenidos cada vez más cargados hacia el polo de lo inconsciente; *temporalmente*, porque dichos contenidos inconscientes tienden a promover un retroceso hacia pulsiones parciales características de etapas más tempranas del desarrollo; y *formalmente*, por el surgimiento de modos de expresión y comportamiento generalmente más tempranos y de nivel inferior desde el punto de vista de la complejidad, de la estructuración y de la diferenciación.

Tal como menciona Lemaire (1979):

“Ningún razonamiento, ninguna negación alcanza a anular la esperanza espontánea de un encantamiento. Cada uno siente intuitivamente que se dispone a vivir algo nuevo, que va a posar una mirada nueva sobre el mundo, sobre el compañero y sobre sí mismo, que suprimirá las relaciones anteriores, inaugurando para cada uno una era nueva. Que esta percepción sea ingenua en la mayoría de los casos, o que esté a veces complicada con razonamientos o negaciones, no cambia para nada el hecho de que es profundamente vivida.” (p. 158).

En este sentido, la situación en el grupo es, normalmente, diferente, incluso bajo el influjo de poderosos sentimientos, pulsiones o fantasías. Aun así, comparten ambos los desplazamientos, las condensaciones y las representaciones simbólicas de deseo.

4) *Transferencia*. La multiplicidad de miembros en el grupo hace que por lo menos, por momentos, parte de las transfeencias se diluyan o se dispersen en los compañeros, además de en el líder, el afuera y el grupo mismo (tal como ha señalado correctamente Bejarano, 1972). Así, la sospecha, la paranoia, la fusión simbiótica, la voracidad, la rivalidad edípica, el sadismo, las alianzas a favor o en contra, etcétera, pueden ser disociados en el grupo –incluso por eso mismo– con cierta facilidad e intensidad. El efecto del grupo, como tal, equivaldría al martillo que golpea una gota de mercurio (en el clásico ejemplo de Rosenfeld, 1964) cuyas partículas saldrían impulsadas hacia todos lados, impregnando los objetos a su alrededor. En la pareja, en cambio, principalmente por los fenómenos de regresión y escisión que ya se han mencionado, por la tendencia inconsciente a recuperar la relación idealizada con un objeto único pre-ambivalente (la fantasía de una unión narcisista, el estado de yo-placer puro, incluso cuando defensivamente se niegue este deseo), se intensifica la concentración de múltiples transferencias parciales de objeto sobre un mismo compañero.

5) *Función defensiva*. Puede mencionarse también que, hasta cierto punto, muchos de los grupos que apuntalan o sostienen externamente la red de relaciones intersubjetivas de un sujeto no fueron elegidos voluntariamente. Grupos laborales, grupos escolares, grupos terapéuticos, grupos amplios y pequeños, etcétera, “estaban ahí”, la mayor parte de las veces, cuando el sujeto llegó a ellos. La pareja, en cambio, es constituida precisamente a partir de una *elección defensiva* previa (a tal punto que consideramos ésta como uno de los parámetros definitorios que la delimitan).<sup>36</sup>

Lemaire (1979), por ejemplo, ha dicho:

“Aparte de las consideraciones socioeconómicas y culturales ya mencionadas, hay que subrayar en el marco de la organización de la pareja, el papel importante desempeñado en la elección de objeto por la organización defensiva, especialmente por el conjunto de los mecanismos de defensa organizados contra las pulsiones peor integradas en el conjunto pulsional. En la elección de tipo conyugal que corresponde a una intención de duración, confesada o no, *la elección del compañero principal está estrechamente vinculada a la organización defensiva*. Las características personales del compañero se eligen en vistas a reforzar los mecanismos de defensa destinados a cerrarle el paso a las pulsiones parciales, y principalmente a las que son extrañas al conjunto pulsional” (p. 67, las *italicas* son del autor).

En la elección de pareja, por lo tanto, y a diferencia de lo que normalmente sucede en el grupo, el elemento más importante en la *constitución* del vínculo o agrupamiento es

---

<sup>36</sup> Y que debiera ser puesto al lado de otros sugeridos por diversos autores, por ejemplo, Puget y Berenstein (1989).

la defensa contra la pulsión parcial aislada. Esto no significa que el grupo constituido no cumpla eventualmente funciones similares para el sujeto, o que de hecho parte de su posibilidad de integración al conjunto tenga que ver con el establecimiento, por proyección o desplazamiento, de un sistema defensivo surgido o reforzado por la grupalidad. Sin embargo, en la pareja, *la función defensiva es el principal motivo de su constitución*. Y dado que ocurre por ambas partes, es en el espacio psíquico de la pareja donde se generan (y se observan) los fenómenos resultantes de esa función. En este sentido, es ahí donde los *partenaires* se constituyen a la vez uno al otro, y no preexisten, por ejemplo, los sujetos al objeto. Es en esta dimensión imaginaria intermedia donde ocurre, entonces, más que la relación, *la interrelación de la pareja*.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anzieu, D. (1993). *El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bejarano, A. (1972). Resistencia y transferencia en los grupos. En D. Anzieu, A. Bejarano, R. Kaës, A. Missenard y J.-B. Pontalis (1972). *El trabajo psicoanalítico en los grupos*. México: Siglo XXI, 1978.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Bernard, M. (1991). *Introducción a la lectura de la obra de René Kaës*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.
- Bernard, M. (1995). Los grupos internos. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Caillé, P. (1991). *Uno más uno son tres. La pareja revelada a sí misma*. Barcelona: Paidós, 1992.
- Cao, M. L. y L'Hoste, M. (1995). El imaginario grupal. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Kaës, R. (1976). *El aparato psíquico grupal*. Barcelona: Gedisa
- Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- Kernberg, O. (1977). Impedimentos de la capacidad de enamorarse y de mantener vínculos amorosos duraderos. En *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Paidós, 1988.

- Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y Patología*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1968). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1979.
- Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: Su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Pontalis, J.-B. (1963). Le petit groupe comme objet. En *Après Freud*. París: Gallimard, 1968.
- Puget, J. (1990). Mesa redonda sobre interpretación en encuadres multipersonales. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 13 (1-2): 25-57.
- Rosenfeld, H. (1964). *Estados Psicóticos*. Buenos Aires: Ed. Hormé, 1978.
- Sánchez Escárcega, J. (1995). *Algunos factores psicodinámicos de éxito o fracaso en la relación de pareja*. Reporte de investigación del seminario "Psicoanálisis de las relaciones de pareja". México: Facultad de Psicología de la Universidad Intercontinental.
- Sánchez Escárcega, J. (1996). *Diacronía, sincronía y factores psicodinámicos de éxito o fracaso en la relación de pareja*. Reporte de investigación del seminario "Psicoanálisis de las relaciones de pareja". México: Facultad de Psicología de la Universidad Intercontinental.
- Stream, H. (1980). *La pareja infiel. Un enfoque psicológico*. México: Pax-México, 1986.
- Willi, J. (1975). *La pareja humana: Relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.



## 7. EL ESPACIO PSÍQUICO DE LA PAREJA (II): IDENTIDAD, MEMORIA Y SELF DE PAREJA<sup>37</sup>

### Introducción

El concepto de *estar-en-pareja*, o mejor dicho, el concepto de ***ser-en-pareja***, es novedoso en términos de nuestro desarrollo cultural. Las configuraciones vinculares responden al espíritu de la época, y así cada cultura específica constituye subjetividades y modalidades vinculares acordes con sus valores, ideales y significaciones predominantes. En este sentido la pareja funciona como correa de transmisión o grupo intermediario entre sujeto y macrocontexto social (c. f. Rojas y Sternbach, 1994). Ella regula, da orden eficaz, organiza y da sentido a las relaciones sociales observables. Al decrecer su papel de transmisora esencial de la especie (función reproductiva), la pareja se vuelve depositaria de un nuevo valor social, el de “realización” y “dicha placentera”, redifiniendo consecuentemente roles (masculino-femenino), distribución del poder (sexual, económico), proyecto vital (creencia en el futuro “eterno”) y prácticas (monogamia, fidelidad, etcétera).

Estos valores, junto con otros aquí no mencionados, aparecen o se ubican tanto en el espacio interpersonal de la pareja como en el intrapsíquico de cada uno de los participantes.<sup>38</sup> Así, el concepto mismo de “pareja” cambia, desde uno “mecanicista-estático” hasta uno dinámico en el cual ésta es, a la vez, “objeto, vínculo y espacio” (Caillé, 1991, p. 14).

“Cada pareja crea su propio modelo único, específico, original (...) el absoluto de esa pareja, puesto que define la existencia de la pareja y marca sus límites. [Así], uno más uno sumarán por tanto tres: los dos componentes de la pareja y su modelo específico, absoluto, evidente e indiscutible para ellos, sin el cual serían unos extraños el uno para el otro... Este modelo, representación actual de su absoluto, interviene constantemente como tercer protagonista de la relación” (Caillé, 1991, p. 15).

En esta línea de pensamientos, pero desde el modelo psicoanalítico tradicional, hemos hablado en el capítulo anterior de la existencia de un *espacio psíquico de la pareja*, fenómeno conceptual derivado a su vez de la observación de que en toda pareja más o menos estable se constituye, en el superyó, “*un valor o ideal que abarca tanto al compañero como a la relación misma, con sus derivados más significativos: capacidad de*

---

<sup>37</sup> Este capítulo apareció publicado en Sánchez Escárcega, J. (1998). Identidad y memoria en la pareja. *Subjetividad y cultura*, 10, 50-61.

<sup>38</sup> De hecho, en términos de Kaës (1993), debíamos considerar la existencia de fenómenos intersubjetivos, intrasubjetivos y transubjetivos de la pareja.

*involucramiento y preocupación por el otro, capacidad de gratitud, y empatía*” (Sánchez-Escárcega, 1995). De hecho, el establecimiento del ideal del yo como subestructura del superyó es un requisito básico de la capacidad de enamorarse (Kernberg, 1995, p. 172).

El concepto de una función superyoica en la pareja amorosa, reflejada en la capacidad de ambos *partenaires* de sentir responsabilidad por el otro y por la pareja, con preocupación por el destino de la relación y que resulta en el desarrollo de una protección contra las consecuencias de la activación inevitable de la agresión surgida de la igualmente inevitable ambivalencia en las relaciones íntimas (ibid., p. 173), en última instancia contribuye a la formación de un self *de pareja*, una conciencia de pertenecer al grupo-pareja, un “nosotros” colectivo que a su vez abarca las articulaciones entre subjetividad y cultura.

Ya hemos dicho que este self *de pareja* funciona como envoltura psíquica, con límites internos y externos y, consecuentemente, con una “superficie” que contiene y constriñe los intercambios vinculares, tanto hacia adentro como hacia afuera de la pareja. Representa, de hecho, el *locus* de los *fenómenos de pareja*. Como tal, hace referencia también a:

- a) una *permanencia temporal*, (que aun como dimensión evolutiva y cambiante, conserva una cierta identidad a pesar del paso del tiempo),
- b) *un grado de cohesividad* (la tendencia a la unidad de los diferentes elementos constituyentes aun bajo condiciones de presión) y
- c) *un cierto coloreo afectivo estable* (diferentes grados de bienestar o malestar en la relación) (c. f. Michaca, 1987).

Esta representación del self de pareja estable presupone que no hay manera de confundirse con otras parejas, ni confundir a éstas con la propia pareja. Se constituye en lo que comúnmente llamamos *identidad* (“pareja-logro”, “pareja-castigo”, “pareja-espejo”, “pareja-expiación”, etcétera); es decir, *una identidad propia de la pareja* (adicional a la identidad de cada uno de los miembros), en la cual –ya lo hemos mencionado antes– se activan las funciones superyoicas conscientes e inconscientes de ambos compañeros, de lo que resulta, con el tiempo, un sistema supeyoico propio, además del de sus constituyentes singulares (Kernberg, 1995, p. 171).

Hemos intentado también demostrar que, al igual que el self individual, el de pareja se encuentra formado por un conjunto de representaciones, de carácter consciente e inconsciente, que incluyen: a) *una imagen corporal*, b) *pulsiones representadas en forma de deseos*, c) *una imagen dual propia y un autoconcepto*, d) *la valoración que la pareja tiene de sí misma* (autoestima, depositación narcisista), e) *un conjunto de expectativas* (ideal del self) y f) *las limitaciones del grupo social-pareja* (c. f. Michaca, 1987).

Estos componentes repercuten, en la pareja, en la estructuración o formación de los siguientes fenómenos psíquicos díadicos, tal como ya se ha mencionado (capítulo anterior):

### 1) *Espacio*

Se refiere a una geografía psíquica exclusiva del nivel de pareja, que sólo se produce ahí (es decir, en el estar-en-pareja), y que incluye “*continentes, superficies, escenas, depósitos, enclaves, límites y fronteras*” (Kaës, 1993, p. 101), producidos por los aportes de los dos miembros de la pareja, por la ligazón de esos aportes, y por aquello que se crea o se suscita en la pareja con independencia de sus constituyentes singulares.

### 2) *Cuerpo*

O sea, un *cuerpo imaginario* o representación corporal *del y en* el vínculo, sea como cuerpo erotizado, negado, escindido, agresivizado, etcétera (Berenstein y Puget, 1989). La representación corporal de un vínculo dado se refiere a un cuerpo simbolizado por –y simbolizante de– la relación interpersonal, un *cuerpo vincular* (un cuerpo que registra la presencia del compañero, su ausencia, las rupturas; que se expresa en fenómenos tales como el Síndrome de la Couvade durante el embarazo de la mujer).

### 3) *Tiempo y memoria*

Es decir, desde la ilusión de inmortalidad en el enamoramiento, pasando por los mitos de origen y la memoria de la pareja (fechas de aniversarios, *souvenirs*, etcétera) como *buffers* o receptáculos psicológicos de los “momentos” coyunturales de la relación, hasta la percepción de tiempo agotado, desperdiciado, perdido –fantasías de muerte– de la pareja que termina o amenaza con terminar.

### 4) *Mecanismos defensivos*

Es decir, mecanismos de defensa propios de la pareja, no necesariamente reductibles a los mecanismos defensivos individuales, y que de hecho pueden llegar a suplir o reforzar las propias defensas faltantes.

## **Identidad de pareja y vínculo**

Nos gustaría ahondar en algunos de estos fenómenos; primeramente, en *la identidad y el vínculo*.

Resumiendo diferentes posturas y opiniones, hemos definido la identidad como:

“La sensación subjetiva, dinámica y flexible, de una mismidad y continuidad vigorizantes del self a través del tiempo y del espacio. Originada en identificaciones a lo largo de la vida y desde el nacimiento, presupone un grado de inclusión (pertenencia) y asimilación del grupo familiar, social y cultural (con sus

roles e ideologías concomitantes), y a la vez un grado de separación y rechazo de algunos aspectos de este y otros grupos” (Sánchez-Escárcega, 1990).

Esta definición puede ser aplicada al concepto de identidad en la pareja. Ella comprende no sólo límites intra y extradíadicos, tal como se ha mencionado, sino que se erige como relación intersubjetiva estable entre un yo y otro yo, donde tiene cabida el mundo intrasubjetivo de cada uno y donde el vínculo a su vez ocupa un área diferenciada de la estructura objetal (Berenstein y Puget, 1989, p. 32).

Dicho de otra manera, un vínculo de pareja corresponde a dos objetos, pero también significa unión o atadura entre estos objetos. En la relación de pareja típica, esa atadura es asociada normalmente a la fantasía de una relación estable en el tiempo y el espacio. Hace referencia a lugares y a quienes ocupan dichos lugares, tanto como a los elementos encargados de lograr dicha unión. Por lo tanto, tenemos que “vínculo es una estructura de tres términos, los dos yos y un conector” (...) “Cualquier par de yos dispuestos a establecerse en el marco de pareja deberán llenar esos espacios de algunas de manera” (Berenstein y Puget, 1989, p.34).

“Postulamos la existencia de un tipo de conector como condición necesaria para explicar por qué dos personas mantienen establemente una relación de pareja y entender aquello que las une, como luego de su fracaso, aquello que las separa” (ibid., p. 35).

El conector puede crecer, ser funcional o deteriorarse, regresar o ser disfuncional. Los vínculos funcionan por pares de términos (Levi-Strauss, 1946) entre los cuales se organizan relaciones de intercambio: de palabras y de significado, de bienes y de productos (también de sexo, cuerpo, placer y necesidades). A su vez, la polaridad de los vínculos depende de las ubicaciones de los dos yos, o del sujeto y el objeto, en función del conector.

Ahora bien, la disposición a construir un vínculo se basa en tres modalidades de contacto con el otro (Berenstein y Puget, 1989):

1) Mediante una manera de representarse el mundo sobre un modelo corporal, previo a la palabra y que nunca podrá ser traducido en comunicación hablada. Es una base que sostiene toda relación con un otro y permite representarse un acompañante permanente en presencia y ausencia del otro. Se realiza en el contacto cuerpo a cuerpo establecido primariamente a través de los órganos sensoriales, sin el cual no podría sostenerse vínculo alguno. Este componente, podría expresarse como un compuesto de imagen-emoción-sentimiento, como recortes especiales realizados por la mente cuando mira, oye o siente la presencia un otro externo a su propio yo y hace suya la imagen.

2) Otra modalidad se da con reconocimiento de la existencia de un otro, pero su presencia está teñida de lo que el yo desea que el otro sea. Es una construcción basada en las fantasías, o nivel fantasmático. Es equivalente a construir al otro como bueno o malo dependiendo de la investidura fantasmática vigente en el aparato psíquico de cada uno.

3) El tercer nivel de modalidad vincular es el de las palabras intercambiadas, que estarán sujetas a un bien-entendido o malentendido. Es la construcción del objeto imaginado. En el caso de la pareja, el yo construye una representación de objeto-pareja compartida, mezcla de las dos modalidades anteriores y de los objeto-pareja de cada uno de los miembros. En los diferentes intercambios habrá predominio de una u otra modalidad individual que imprimirá su sello al objeto-pareja compartido.

El objeto pareja se construye desde el nacimiento, desde donde el yo infantil va tomando diferentes posiciones en los sucesivos vínculos. Primero ocupó un vínculo dual narcisista complementario con el objeto parental; luego uno de sujeto excluido del vínculo entre padre y madre; y por último, un lugar en el conjunto padre-madre incluido en el macrocontexto social.

Sin embargo, ninguno de estos vínculos permite al niño conocer una representación en la que él sea el verdadero *partenaire* amoroso. Para ocupar esa posición, tendrá que vivir una experiencia inédita marcada, antes que nada, por la renuncia a participar plenamente en la relación amorosa de sus padres, elaborando el duelo correspondiente. En otras palabras, la primera desilusión consiste en aceptar la exclusión de ese vínculo, abandonar el puesto de hijo para ocupar el de adulto sexual (c. f. Berenstein y Puget, 1989, p. 40).

La negativa a realizar este duelo corresponde al intento de preservarse en su rol de hijo. O como veremos en el capítulo 13:

“El hecho de convertirse en padre o madre implica que una persona se identifica con aquellos introyectos que hasta entonces han permanecido guardados y almacenados en su inconsciente. (...) *Todo proceso de maduración se basa en una pérdida*: El niño tiene que abandonar su deseo de seguir siendo niño si desea convertirse en joven, el joven tiene que abandonar ciertas ventajas inherentes a su estado si desea convertirse en adulto, etcétera. En otras palabras, el crecer, el evolucionar, exige un desasimiento progresivo de las condiciones que caracterizan a la etapa que se está viviendo. Es un aceptar que lo que se es ya no puede seguir siendo, que lo que se tiene debe ser cambiado por algo diferente, que lo que se ha vivido hasta ese momento como presente debe pasar a formar parte ya del pasado. Pero esta renuncia no es fácil. Generalizando un poco podríamos decir que nadie querría hacerla. Sin embargo esta es la historia de cada individuo: una historia de duelos –o *microduelos*, como prefieren llamarlos algunos autores–. (...) Todo ello se puede resumir en una conclusión central: *Sólo puede ser padre quien ha renunciado a su deseo inconsciente de seguir siendo hijo*”.

Por su parte, Kernberg (1995) afirma:

“Estar enamorado también representa un proceso de duelo relacionado con el crecimiento y la independencia, con la experiencia de dejar atrás los objetos reales de la infancia” (p. 111).

Una segunda desilusión (o un corolario de la primera), estaría dado por la renuncia a prolongar los vínculos familiares ya conocidos, en primer término, la fantasía de retorno o reunión con el objeto omnipotentemente satisfactor, siempre presente, representado por la madre de la más temprana infancia, o más correctamente, por el pecho bueno idealizado de la posición esquizo-paranoide, con la consecuente aceptación e integración de los aspectos frustrantes escindidos (posición depresiva) (c. f. Lemaire, 1979 y capítulo 14 de esta obra):

“La posibilidad de realizar *un duelo por el objeto bueno idealizado* no implica la pérdida de la realidad del objeto global externo sino su realidad psíquica interna, tal y como es vivida por la persona. Supone un esfuerzo considerable ya que exige primero la renuncia a la escisión y después la renuncia a la idealización (proyección de objetos o partes buenas) del compañero. Esta renuncia conlleva la aceptación de los sentimientos ambivalentes que la pareja inspira, y por lo tanto, una aceptación de que nacen sentimientos hostiles en el seno mismo de un verdadero apego por el otro. Es decir, la persona se ve llevada a reconocer que existe un componente de odio en él mismo dirigido hacia un objeto que por otro lado es lo bastante satisfactorio como para no rechazarlo. Renunciar a esta primera escisión y reintroyectar los objetos malos es el proceso que conduce a la *posición depresiva*. Así, *el duelo implica la dolorosa aceptación de aspectos insatisfactorios del objeto y la pérdida de una representación totalmente buena e idealizada de sí mismo*, en otras palabras, que con el pasaje a la *posición depresiva* se tienen que dar simultáneamente: a) *Una desidealización de la pareja* y por lo tanto su percepción y aceptación como una persona real con características buenas y malas; b) Por otro lado, también exige que se de en el sujeto *una renuncia a su propia idealización* (o cualquier otra forma de autopercepción escindida, sea buena o sea mala), y c) Junto con esta renuncia se origina una tercera situación: *la aceptación de la desidealización de uno mismo en el otro*, o sea, la posibilidad de ser vividos por la pareja en forma real y objetiva”.

Uno de los resultados de la elaboración de este duelo es la capacidad de gratitud (Klein, 1957; Lemaire, 1979; Kernberg, 1995). La capacidad de gratitud aportada tanto por el yo como por el superyó es básica para la reciprocidad en las relaciones humanas; se origina en el placer del infante ante la reaparición en la realidad externa de la imagen del cuidador que gratifica. La aptitud para tolerar la ambivalencia, que indica el pasaje desde la fase de aproximación a la fase de constancia del objeto (Mahler, 1975), está también signada por el aumento de la capacidad de gratitud. El logro de la constancia de objeto también acrecienta la capacidad para experimentar culpa por la propia agresión (c. f. Kernberg, 1995, p. 175).

### **Tiempo y memoria en la pareja**

En segundo término, nos gustaría ahondar en los fenómenos de tiempo y memoria de la pareja (c. f. Sánchez-Escárcega, 1990, 1997).

Se supone que el inconsciente es atemporal porque en su espacio las experiencias que han sido alguna vez actuales y pertenecientes al “ahora” de la conciencia se han desorganizado como conjuntos, y sus componentes han hallado una ordenación diferente muy cercana a la de su calidad afectiva. La temporalidad histórica está inscrita en los conjuntos experienciales que como memoria se mantienen preconscientes, mas no en sus partes, cuando se hallan desligadas del conjunto y reordenadas en el inconsciente. Por lo tanto no es posible ninguna ordenación temporal de calidad histórica en el inconsciente porque han desaparecido las secuencias, pero sí lo es en el preconsciente, donde se mantienen y son accesibles a la conciencia *como recuerdo ligado y en continuidad* (Dupont, 1988).

Dado que el espacio de la memoria es el de las secuencias relacionadas con las imágenes del self y con sus circunstancias a lo largo del desarrollo, la percepción del tiempo habido depende de la vigencia del espacio mnémico y de su accesibilidad a la conciencia. Por lo tanto, la sensación que registra la conciencia respecto al tiempo que ha pasado depende directamente de la permanencia en el preconsciente de conjuntos mnémicos secuenciados. En cada uno de estos conjuntos la imagen del self se mantiene vinculada con las circunstancias que representan el mundo interno y el mundo de la realidad. La sensación de mucho o poco tiempo pasado sugiere la vigencia de diferentes cantidades de conjuntos mnémicos secuenciados. La permanencia de conjuntos mnémicos secuenciados es favorecida por la ausencia del conflicto. *La acción de mecanismos tales como la negación, proyección y represión operan sobre los conjuntos mnémicos rompiendo su continuidad y fragmentándolos*. El ataque psicótico a las experiencias que se viven incluye la deformación de la percepción del tiempo y la desorientación al ser destruidos los elementos que integran los conjuntos mnémicos (ibid.).

Freud (1920, 1924 y 1925b) señaló que la idea que tenemos del tiempo se inicia con la autopercepción de las alternancias de la energía psíquica que, desde el inconsciente, permiten al aparato perceptor de la conciencia registrar estímulos. La capacidad de demora (Freud, 1911) y el desarrollo de la capacidad de espera (Goldberg, 1971) están conectados con diferentes aspectos de la relación del self con la realidad externa y son conceptos fundamentales en este tema.

La sensación del paso del tiempo que se está viviendo, sensación cuantitativa, si bien está conectada con la cantidad de eventos que registra el aparato perceptor de la conciencia, también lo está con la calidad de los eventos y con las expectativas que se tienen de ellos. El anhelo de un satisfactor y la expectativa de dolor alteran en diferente sentido la sensación del tiempo que pasa. Para el bebé, en la situación primitiva de crianza, no existe ningún otro tiempo que el de la secuencia *placer → dolor → placer*. Su experiencia de eventos tiene por límites a los de sus necesidades y satisfactores. Es en función del intervalo donde se genera la sensación cuantitativa del tiempo que se está viviendo. También es en el intervalo donde se gesta, a partir de las capacidades de demora y espera, el pensamiento del futuro (Dupont, 1988).

En síntesis, podemos concluir que la percepción del paso del tiempo (es decir, el sentido del tiempo) depende en gran parte del “coloreo” afectivo que domina la experiencia subjetiva entre intervalos de frustración-satisfacción, dolor-placer, que a su vez están conectados con la relación que tiene el bebé con sus objetos internos y externos.

En la pareja (al igual que en el individuo), la secuenciación temporal está ligada al recuerdo, a la memoria. Los eventos son almacenados en forma de huellas mnémicas teñidas por el coloreo afectivo de la relación. Así, éstas son obturadas, negadas, privilegiadas, escindidas, proyectadas u ordenadas en función de los aspectos emocionales a los cuales están ligadas (operan, por ejemplo, con la misma lógica inconsciente de los *recuerdos encubridores*). De hecho, como parte componente del self de pareja, estructuran una red de continentes para la relación: una malla o “piel” psicológica que se apoya y se modela sobre la realidad psíquica tanto individual como del conjunto. Sirven de vehículo, en la relación, a las pulsiones individuales, a los grupos internos, a las relaciones objetales internalizadas y a las fantasías inconscientes. Al tratarse al mismo tiempo de un orden o funcionamiento que ocurre en un nivel diferente al de los individuos (el nivel de pareja), expresa también los fenómenos del self de pareja.

### **Funciones de la memoria de pareja**

La *memoria de pareja* cumple, entre otras, las siguientes funciones (no excluyentes entre sí):

#### *1) Como registro de la secuencia evolutiva de la pareja*

Puede considerarse la función más básica y cercana a la conciencia. Establece, para la pareja, una serie de registros o “momentos” cruciales de la relación que señalan, definen, enmarcan y clasifican su historia o desarrollo. En la dimensión temporal, se relaciona principalmente con el pasado y la evolución de la pareja. El recuerdo funciona como archivo de lo vivido. En primer término, determina el *primer encuentro* (o hasta dónde puede remontarse la relación); también, por supuesto, el *inicio* del vínculo; y así sucesivamente con cada etapa de la relación. Retomando el símil de Freud en el cual compara las grandes fases del desarrollo psicosexual con las ciudades que aparecen marcadas en las guías ferroviarias, en el sentido de que no por hacerse mención sólo a las de mayor importancia, por eso dejan de existir todos los otros pequeños poblados situados entre una y otra ciudad mayor, y en los cuales también se desarrolla la vida, podríamos decir igualmente de las parejas que éstas mantienen un listado de eventos “mayores” (buenos o malos), pero que también en medio mantienen un registro de sucesos “menores” que en su conjunto van definiendo el carácter de la relación. Este registro aparece invariablemente en los momentos coyunturales o de crisis de la pareja.

#### *2) Como contraste con el ideal del yo de la pareja*

Aquí la dimensión temporal hace referencia al presente (o a un futuro más bien inespecífico), y compara el estado actual de la relación con el ideal del yo que la pareja



mantiene permanentemente. La pareja contrasta lo vivido con lo deseado, con lo que ha alcanzado o, precisamente, con lo que no ha podido lograr. Directamente se relaciona con el grado de satisfacción y placer que los miembros de la pareja tienen respecto a su participación en ella. En la medida en que operan poderosos mecanismos de escisión en contra de la integración de los aspectos contradictorios de cada uno de los miembros (y de la vivencia que tienen del compañero), tiende a incrementarse el grado de exigencia e inconformidad por parte del ideal superyoico, así como la presencia de culpa (persecutoria) en el sujeto, debido a la descarga no neutralizada de pulsiones parciales agresivas en contra del objeto y de la propia persona.

### 3) *Como expresión de la fantasía básica dual inconsciente*

Los dos puntos anteriores parecen suponer la existencia de un registro de eventos fiel a los hechos “objetivos”. Sin embargo debemos mencionar nuevamente que en cada uno de los conjuntos mnémicos secuenciados, la imagen del self se mantiene vinculada a las circunstancias emocionales representadas en el mundo interno y externo de la persona. La memoria de la pareja sufre ajustes, recortes, desplazamientos, omisiones y sobreinclusiones relacionadas con la fantasía básica dual inconsciente. El concepto de “historia vivida” se relaciona íntimamente con el de “historia por vivir”, en un nivel que va más allá de las dinámicas individuales. Como tal, está vinculada al ideal de pareja mencionado en el punto anterior (sin que por esto deba obviarse la contribución que realizan los mundos pulsionales y fantasmáticos de sus integrantes, considerados por separado). Este nivel se relaciona evidentemente con la distorsión y con el malentendido, con los *recuerdos encubridores de pareja* y el *retorno de lo reprimido*. También, con el recuerdo vinculado a la función defensiva, con los *acuerdos de pareja*, y con los efectos sobre el sujeto que persigue el mecanismo de identificación proyectiva. De esta manera puede observarse cómo la pareja forma diferentes compromisos entre los diversos rasgos de personalidad de los miembros constituyentes, así como entre las diferentes tareas o fines que consciente e inconscientemente han sido depositados en la formación del vínculo, y cómo el resultado se muestra en la selectividad y distorsión de los eventos vividos a lo largo de la relación.

### 4) *Como muestra de los mecanismos defensivos de la pareja*

Si el punto anterior hace referencia al *resultado* de los complejos mecanismos y dinámicas que se producen en la situación dual, en este apartado consideramos que la memoria de la pareja refleja, en sí misma, el *tipo* de mecanismos defensivos que operan en el vínculo. Ya hemos mencionado que estos mecanismos no son reductibles a los de la persona individual, y que de hecho pueden llegar a suplir o reforzar las defensas faltantes. Consideramos aquí una gama que va desde típicos mecanismos de funcionamiento neurótico, hasta complejos mecanismos psicóticos (como en la *folie à deux*), con grados variables de alteración de la realidad en función de “la historia que la pareja tiene que contarse a sí misma”.

### 5) *Como expresión de una memoria del cuerpo*

En un orden diferente de ideas, consideramos una “inscripción” o registro del vínculo de pareja en un nivel corporal. Una *memoria somática*, ubicada tanto en el interior del cuerpo (sensaciones internas, por ejemplo, de “aleteo” en el estómago, etcétera), como en la superficie de la piel y aun en otros órganos sensoriales propio y exteroceptivos. Por supuesto, una *memoria somática de pareja* presupone un *nivel somático de vinculación* en la pareja. Consideramos que este nivel existe en tanto aceptamos que la inclusión del cuerpo (y consecuentemente del erotismo y la sexualidad genital –sea ésta actuada, postergada, escindida o parcializada–) es uno de los principales parámetros definitorios de la relación de pareja. Al considerar este nivel estamos implicando la noción de que el cuerpo de cada uno de los miembros de la pareja registra y a la vez contribuye a la producción de fantasías vinculares (sin que por ello se tenga necesariamente que hablar de un “cuerpo” real de la pareja, del cual obviamente carece).<sup>39</sup> En este nivel se incluyen diferentes fenómenos clínicos observados en parejas, tales como el mencionado Síndrome de la Cuvade (la mimetización que algunos hombres hacen de los cambios corporales en la mujer durante el embarazo y parto); fenómenos del tipo “miembro fantasma” que ciertas personas registran en el cuerpo ante la ausencia del compañero (sensaciones de presión o “vacío” sobre la piel; diversas reacciones dermatológicas); distorsiones perceptuales visuales, auditivas u olfatorias cuando se ha perdido a la pareja (tener la impresión de que se le ha visto en la calle, que se ha oído su voz o que la propia piel conserva el olor del compañero); el “diálogo de órganos” que muchas veces se produce entre compañeros amorosos, generalmente en ausencia de una conversación verbal (borgorismos, contagio de bostezo); “intuiciones” registradas en el cuerpo y que son experimentadas por ambos compañeros al mismo tiempo, etcétera.

#### 6) Como “puesta al día” o actualización de la identidad de pareja

Se relaciona con la necesidad de mantener una *cohesión* entre los diversos elementos involucrados en la formación del self de pareja. Es resultado de una tendencia a la integración y el orden en “la historia que la pareja se cuenta a sí misma”, y que a su vez es producto de las formaciones intermedias que surgen en el *espacio psíquico de la pareja*. Refleja algunas características de la función yoica sintético-integrativa, así como de la “elaboración secundaria” y “el miramiento por la realidad” identificados por Freud en el trabajo del sueño (Freud, 1900 [1899]). Observacionalmente lo podemos encontrar en la necesidad constante de las parejas de relatarse su propia historia, regresando una y otra vez a momentos cruciales del vínculo (“el origen”, “el inicio”, y las diferentes situaciones que a lo largo del tiempo van “signando” la relación), y consecuentemente haciendo los ajustes necesarios de acuerdo a los eventos y “climas emocionales” posteriores.

#### 7) En relación al establecimiento de un “mito fundante”

---

<sup>39</sup> Aunque quizás podría quedar simbolizado a través del interés puesto en la determinación del grado de “participación” genética en los rasgos distintivos faciales y corporales de los hijos.

Compartimos la opinión de Caillé (1991) en el sentido de que “la noción del tiempo tiene un sentido distinto para la institución recién creada y para sus miembros” (p. 48). No sólo se observa en la concepción social, litúrgica, de un tiempo futuro eterno, tan sólo *suspendido* (temporalmente) por la muerte de los cónyuges (es decir que el “hasta que la muerte nos separe” normalmente esconde una ilusión atemporal mayor: el “para toda la eternidad”). Sin embargo, nuestro interés en este punto se centra en el inicio del vínculo. Ahí encontramos también un desfase entre un tiempo consensual, objetivo, y un tiempo emocional, subjetivo. Este tiempo emocional no sólo está marcado por el coloreo afectivo del individuo (o en este caso, de la pareja), sino que funciona también como receptáculo de las necesidades y fantasías básicas inconscientes de la pareja. Identificamos una muestra de esta actividad fantasmática en la creación, en toda pareja, de un *mito fundante* que a nivel inconsciente sintetiza y encapsula tanto *el origen como el destino imaginario de la relación*. Cumple exactamente el mismo fin que los mitos de origen en las diferentes culturas y religiones del mundo. Generalmente se le encuentra en la situación y el momento mismo en que se conocieron. Desde el punto de vista clínico, la identificación de este *mito fundante* es de particular importancia para esclarecer el nivel psicodinámico más profundo y silencioso de la relación.<sup>40</sup>

### Nota final

Hemos intentado ampliar en este capítulo algunos de los aspectos no suficientemente elaborados en nuestra investigación sobre el espacio psíquico de la pareja (capítulo anterior), específicamente los referidos a la *identidad* y a la *memoria* de la pareja. De ninguna manera pueden considerarse estos temas agotados, ya que cada uno de ellos es central a una gran cantidad de fenómenos de pareja, por lo cual necesariamente tendrán que ser revisados conforme se consideren, en el futuro, nuevas facetas y ángulos.

Sintetizando hasta aquí, podemos decir que todas las parejas recuerdan, se cuentan constantemente la historia de su relación (incluso entre personas que por otro lado pueden no ser afectas a relatar su propia historia personal), vuelven una y otra vez sobre detalles, eventos, fechas, épocas, aniversarios. Conservan regalos y objetos, atesoran prendas, fotografías, películas vistas, toda clase de registros –“souvenirs” de lugares tan lejanos como la propia ciudad, el café de la esquina o el asiento contiguo en una mesa; “recuerdos” enviados a un compañero que estuvo presente, como si no lo hubiera estado; “memorabilia” de sí mismos, coleccionada *sólo* para recordarse a sí mismos–; discuten sobre diferentes “momentos”, incluso lejanos en el tiempo y que hasta cierto punto pueden considerarse como poco cruciales para la toma de una decisión actual o para la determinación de un arreglo o acuerdo de pareja en el momento presente; arman, desarman y acomodan las historias vividas, intentan asir una “realidad única”, una “historia consensual” y, al hacerlo, la distorsionan más que nunca y la tiñen de los afectos predominantes (...) hasta que estos vuelven a cambiar.

---

<sup>40</sup> Un ejemplo de esto se puede encontrar en el capítulo 16, en la frase de Juan a María: “Tú siéntate aquí, que ahorita te arreglo yo todo, *hasta tu vida si quieres*”.

La memoria en la pareja tiene, pues, la función de cohesionar y mantener unidos congruentemente los diferentes elementos constitutivos del self de pareja. En última instancia se vincula con la idea de una identidad conjunta, irreducible a la de los participantes por separado. Funciona también como componente principal del *espacio psíquico de la pareja*, terreno intermedio imaginario en el cual se juega la relación misma, donde se desarrolla y se hacen converger dos personalidades que, por lo demás, generalmente tienen mucho menos de parecidas que de diferentes.

## BIBLIOGRAFÍA

- Caillé, P. (1991). *Uno más uno son tres. La pareja revelada a sí misma*. Barcelona: Paidós.
- Dupont, M.A. (1988). Notas sobre la memoria y el tiempo, el proceso analítico y el desarrollo psíquico. En *La Práctica del Psicoanálisis*. México: Pax México.
- Freud, S. (1900 [1899]). La interpretación de los sueños. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vols. 4-5). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 12). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1924). Nota sobre la “pizarra mágica”. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1925). La negación. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Goldberg, A. (1971). On waiting. *International Journal of Psycho-Analysis*, 52: 413.
- Kaës, R. (1976). *El aparato psíquico grupal*. Barcelona: Gedisa
- Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y Patología*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1957). Envidia y gratitud. En *Obras Completas de Melanie Klein*, vol. 3. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

- Lévi-Strauss, C. (1946). *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- Mahler, M. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Michaca, P. (1987). *Desarrollo de la personalidad. Teorías de las relaciones objetales*. México: Pax-México.
- Sánchez Escárcega, J. (1990). El paciente de los 127 relojes: Un caso de desorientación en el tiempo. *Neurología, Neurocirugía, Psiquiatría*, 30 (1-2): 43-49.
- Sánchez Escárcega, J. (1995). *Algunos factores psicodinámicos de éxito o fracaso en la relación de pareja*. Reporte de investigación del seminario "Psicoanálisis de las relaciones de pareja". México: Facultad de Psicología de la Universidad Intercontinental.
- Sánchez Escárcega, J. (1997). El espacio psíquico de la pareja. *Revista Intercontinental de Psicoanálisis Contemporáneo*, 2 (1): 9-20.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Rojas, M. C., y Sternbach, S. (1994). *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

## 8. EL SELF DE PAREJA

Comenzaré preguntándole si sabe cuántas personas forman un matrimonio, Dos, el hombre y la mujer, No señor, en el matrimonio existen tres personas, está la mujer, está el hombre y está lo que yo llamo tercera persona, la más importante, la persona que está constituida por el hombre y la mujer juntos, Nunca había pensado en eso, Si uno de los dos comete adulterio, por ejemplo, el más ofendido, el que recibe el golpe más profundo, por muy increíble que esto le parezca, no es el otro, sino ese otro que es la pareja, no es el uno, es la unión de los dos...

J. Saramago, *Todos los nombres*

### Introducción

Intentaré elaborar con mayor sistematización algunos de los conceptos trabajados en otros capítulos acerca de la idea de un self de la pareja humana (Sánchez-Escárcega, 1997, 1998, 2001). De manera sencilla comenzaré por decir que en toda pareja existen tres psicologías: la de él, la de ella, y la de un *nosotros*. En general no encuentro diferencias sustanciales a la aplicación de esta fórmula a la pareja homosexual. Esta psicología del *nosotros* implica contenidos mentales, y en este sentido resulta útil la disección que Cincunegui y M. de Chebar (1996) hacen de la frase coloquial que algunas parejas utilizan para decir que existe “algo entre nosotros”. La frase indica la expresión vivencial de un vínculo (“algo”) que está *entre* ellos (y que no son ellos), pero que, al mismo tiempo, es producido por ellos. La frase contiene, de hecho tres términos: “*algo*” (lo contrario de “nada”), que hace referencia a los contenidos de la relación (emocionales, conductuales, presentes, pasados, etcétera); “*entre*”, que hace referencia al vínculo, a la unión, una situación en medio de dos, dentro de, un estado intermedio; y “*nosotros*”, que hace referencia a los miembros del conjunto, pero también al conjunto mismo. Ese “algo entre nosotros” implica, en psicoanálisis de parejas, la tarea de identificar la red vincular que le da origen, y de la que cual a su vez es productor. Implica, en palabras de Puget (1996), *superar una visión dilemática, para pasar a una binaria*. Ya anteriormente Laing (1973) había dicho que “el problema teórico que constantemente nos sale al paso es que nos resulta más fácil pensar en cada una de las personas de una diada por separado, o en una a la vez, antes que en las dos conjuntamente”. En un trabajo previo (Sánchez-Escárcega y Oviedo, 1992) intentamos ilustrar esta dificultad con un ejemplo tomado del libro *La mujer frígida* (1941) de Wilhelm Stekel, donde reporta el caso de una mujer de 19 años, quien había enfermado de psicosis. Esta joven, que provenía de un ambiente muy estricto y moralista, trabajaba como empleada en una oficina. Ahí se enamora del encargado de su sección, pero, siguiendo “el mal consejo de una compañera”, se entrega

a otro hombre a quien no quiere, enloqueciendo. Stekel culpa del desenlace a la amiga y sostiene que la joven no hubiera enfermado si se hubiera entregado al hombre que amaba y en el matrimonio. Como puede observarse, una explicación así no sólo es extremadamente superficial, sino sobre todo, y en términos de lo que intentamos enfatizar, deja completamente de lado la posibilidad de observar a la pareja como *una unidad* o *un conjunto*. Langer (1987), en el análisis que hace de este caso, concluye que es una ingenuidad el suponer que una mujer “hasta entonces enteramente normal” eligiera como primer compañero a un hombre de conducta tan inadecuada que pudiera perjudicarla para toda la vida. Sostiene que es más probable suponer que fuera justamente la propia neurosis de la joven la que la llevó a tomar esa decisión y no el consejo de la compañera, quien sólo podría haber tenido tal peso sobre su amiga si previamente existiera una situación de dependencia muy neurótica hacia ella. De cualquier forma, este ejemplo todavía admitiría mayor análisis respecto a los vínculos intrapsíquicos e interpersonales de la joven respecto a las dos parejas masculinas, así como a la compañera. Incluso podemos pensar en una visión de conjunto en la cual consideraríamos a los cuatro personajes formando parte de una unidad interrelacionada, de un grupo, con lugares y roles inconscientes específicos, depositarios de aspectos escindidos y proyectados no sólo de la muchacha, sino también de los otros.

Pero el hecho de plantear una visión de conjunto no nos acerca totalmente al concepto de self de pareja. La idea del *sí-mismo* o self, central para la mayoría de las corrientes psicoanalíticas contemporáneas, implica un intento de diferenciar claramente al yo como instancia psíquica (*Ich* en alemán, *Ego* en inglés) respecto del sí-mismo como la propia persona. La noción de self habitualmente se utiliza para designar una instancia de la personalidad en sentido narcisista: una representación de uno mismo para sí mismo, una investidura libidinal de uno mismo.

El término, que de una manera u otra fue introducido en la literatura psicoanalítica por la psicología hartmanniana del año 1950, fue retomado en la década siguiente por la escuela inglesa de psicoanálisis (Winnicott), así como por la norteamericana (Kohut). Roudinesco y Plon (1997) consideran en su *Diccionario de psicoanálisis* que la intención de los autores ingleses al incorporar el término era la de añadir el complemento fenomenológico de la *persona o ser* a la segunda tópica freudiana, es decir, una instancia de la personalidad que se constituye posteriormente al yo en una relación con la madre y con los otros. De modo que el self servía para delimitar la dimensión narcisista del sujeto, fuera ella sana o destruida, y fuera el self verdadero o falso. La noción permitía entonces abordar los trastornos de la identidad considerados “inaccesibles” para un psicoanálisis centrado en el yo. En contraste, para los norteamericanos desapareció la connotación fenomenológica y el self pasó a ser una función puramente empírica, útil sobre todo para definir una clínica específica de los trastornos narcisistas (por ejemplo, el “self grandioso” de Kohut).

Con este doble carácter, a partir de la década de 1960 el término se convirtió en el paradigma de una escuela de pensamiento –la *Self Psychology*–, surgida como un intento de dar solución a las ineficiencias de la *Ego Psychology* demasiado centrada en la

adaptación y la clínica de las neurosis. Vale la pena añadir que, eventualmente, la *Self Psychology* acabó por volverse “una nebulosa de contornos vagos, en la que se encontraban mezclados todos los clínicos norteamericanos e ingleses especialistas en trastornos de la personalidad, en la despersonalización, los estados límite, la neurosis narcisista y la esquizofrenia, fueran ellos kleinianos, postkleinianos, annafreudianos o antipsiquiatras, pertenecieran o no a la International Psychoanalytic Association (IPA)” (Roudinesco y Plon, ibidem).

Entre sus características, Michaca (1987) considera que el concepto de self posee, por lo menos:

- a) *Una permanencia temporal* (que aun como dimensión evolutiva y cambiante, conserva una cierta identidad a pesar del paso del tiempo).
- b) *Un grado de cohesividad* (la tendencia a la unidad de los diferentes elementos constituyentes aun bajo condiciones de presión).
- c) *Un cierto coloreo afectivo estable* (diferentes grados de bienestar o malestar en la relación).

### **Relaciones entre el yo y el self**

Diferenciamos claramente a la estructura intrapsíquica denominada yo de lo que conocemos como self. El yo es en un principio –tal como lo señaló Freud– un yo corporal, y de alguna manera siempre continúa siéndolo. El concepto de self está mucho más vinculado a la integración que el yo hace con las otras estructuras y cómo establece sus relaciones con la realidad externa, representada por “los otros”. El yo se define por sus funciones, no existe como entidad física, por lo que, en este sentido, no es posible hablar de un “yo de pareja” excepto si nos referimos a los yos individuales de cada uno de los miembros de la relación. La idea de un “yo de pareja” se referiría, en realidad, a la *interacción de dos conjuntos* de organizaciones psíquicas.

De lo más biológico parten las pulsiones, unidas a objetos y vínculos, y representadas mentalmente como fantasías formadas por un conjunto de deseos, ansiedades y defensas. El ello es el reservorio del cual parte lo pulsional para generar la atracción sentida por el yo. Es la forma en la que el DNA se perpetúa generación tras generación. Pero el yo también se defiende contra esas mismas tendencias, de ahí su conflicto y el origen mental de casi todo: –en opinión de Freud– desde la neurosis hasta la civilización y la guerra. De sus relaciones con el ello y con el superyó (un representante moral de la realidad), el yo elige opciones y dirige su destino hacia otra persona. *Ya no lo hace sólo como un conjunto de funciones, sino como una entidad integrada* –el self–, con autorepresentación total de sí mismo, a lo largo del tiempo y el espacio, y con vínculos. De hecho, son varios los vínculos que el self tiene que integrar para constituir su identidad. Grinberg y Grinberg (1993) piensan que el self tiene la tarea de integrar las representaciones de tres de ellos: espaciales, temporales y de integración social. Tal vez podría agregarse la integración de la representación de los afectos. Como quiera que sea,



lo que es evidente es cómo el self se forma a partir de las infinitas secuencias de transformaciones corporales y de conducta que ocurren durante la vida del individuo.

Hoy cada vez más se insiste en los determinantes sociales en la formulación de las teorías que se ocupan de la integración de la personalidad; cada vez se descubre más el peso de la cultura en la formación de la identidad, del carácter. También el yo se constituye a partir de los grupos internos, de las identificaciones que realiza no sólo con los objetos internos, sino las que, a través del preconscious, tiene con la cultura, la tradición, la ley, el legado. En este sentido, la pareja también está atravesada por esos vínculos. Es la parte cultural que imprime su sello a toda relación. Es el nivel de lo *institucional* (opuesto a lo *instintual*).

En el caso de la pareja tenemos que considerar la manera en que se articulan los dos *selves*,<sup>41</sup> cómo oscilan las relaciones que se establecen entre ambos hasta ir formando una imagen conjunta, una representación mayor de ellos mismos, un *self de pareja*.

En resumen, suponemos entonces inicialmente un yo individual, en el cual existe una representación del self formada por la integración de las distintas secuencias de autorepresentaciones de la propia persona (algunas de las cuales en algún momento, o en muchos momentos, de la vida incluyen a la persona amada).

### **Identidad de la pareja**

La identidad contiene dos aspectos: uno referido al self y otro referido al yo y vinculado con su función sintética. En ambos se realizan procesos de incorporación (Grinberg y Grinberg, 1993). Suponemos que en las incorporaciones que hace el yo se establecen relaciones objetales en las que éste “siente hacia el objeto”, mientras que las que se dan en el self determinan identificaciones que hacen que el yo “sienta con el objeto”, siendo el objeto mismo. Nos interesa, entonces, también determinar el concepto de *identidad de pareja*. Esta se forma a partir de la representación estable del self de pareja, y presupone que no hay manera de confundirse con otras parejas, ni confundir a éstas con la propia pareja. Una identidad propia de la pareja es adicional a la identidad de cada uno de los miembros, en ella se activan las funciones superyoicas conscientes e inconscientes de ambos compañeros, de lo que resulta, con el tiempo, un sistema supeyoico propio, además del de sus constituyentes singulares (Kernberg, 1995, p. 171). Grinberg y Grinberg plantean también que el yo es el “ejecutor” de las inclinaciones y tendencias del self, de la totalidad de la persona. En las parejas también encontramos cómo el self conjunto, el self de pareja, sigue un camino de regreso hacia los yos individuales, los cuales ejecutan los actos, tienen los pensamientos, sienten las emociones, crean las fantasías, etcétera. El camino se sigue en un sentido doble: del yo

---

<sup>41</sup> Basado en la costumbre que normalmente se sigue en las ciencias respecto al plural de algunas palabras tomadas de otro idioma, por ejemplo, el latín (addenda, addendum; simposium, simposia), me ha parecido más correcto pluralizar la palabra *self* como se hace en el idioma inglés (es decir, como *selves*), más que como lo hacen los autores que castellanizan *selves*.

al self y de éste al yo. Al menos en uno de los sentidos se trasciende en un momento dado los límites del propio self individual y se incorpora una imagen fantaseada y sentida de la relación, del vínculo con un otro. En la dirección contraria, las relaciones establecidas con ese otro reactivan las imágenes que el yo ha establecido con los objetos primitivos con los cuales se ha identificado, imágenes que constituyen ahora el núcleo del yo. Esta es la forma en que la relación de pareja reactiva las identificaciones más primitivas de cada persona, pero también cómo éstas constituyen la base sobre la cual se apoyan los lazos que incluyen al otro hasta formar una entidad única, su identidad.

Esta identidad de pareja comprende no sólo límites corporales o sociales de la relación, sino que se erige como vínculo intersubjetivo estable entre un yo y otro yo, donde tiene cabida el mundo intrasubjetivo de cada uno y donde la relación a su vez ocupa un área diferenciada de la estructura objetal (c. f. Berenstein y Puget, 1989).

### **Relaciones entre el yo, el self, los objetos y el vínculo**

¿Qué relaciones mantiene el yo con los objetos externos e internos? ¿Qué relaciones mantiene el self con esos objetos? ¿Y con las representaciones internalizadas de ellos? ¿Qué representaciones internas tiene el vínculo entre dos yos (a diferencia de un yo y un objeto)?

#### **a) El yo y los objetos**

En principio, pensamos en dos extremos de una relación. En uno colocamos al sujeto y en el otro al objeto, mismo que mantiene una paralela e inversa relación sujeto-objeto con el primero. Un yo, constituido a partir de la lucha de las pulsiones contra la realidad externa frustrante, dirige sus cargas, controladas (domadas, ligadas, neutralizadas) o descontroladas, hacia el objeto. Esencialmente se registran como afectos hacia el otro. El control del yo sobre las pulsiones determina que estos afectos sean sentidos con mayor o menor intensidad, convirtiéndose a veces en afectos básicos, directos, intensos, polarizados, que distorsionan la percepción del objeto, que llevan a una división de sentimientos, a una disociación de la relación. El objeto, debido a las ansiedades que el yo experimenta, es rápidamente apropiado —es decir, internalizado, colocado en el lugar del objeto real incierto y ambivalente mediante los procesos de incorporación, introyección e identificación— de tal forma que es vivido como real, activo y poseyendo todas las características proyectadas en él por la pulsión. Estos objetos internalizados, comenzando por las imágenes más fragmentadas hasta las más complejas e integradas, van a constituir el mundo interno o mundo de los objetos internalizados. El yo mantiene ahora relaciones en los dos sentidos: desde sí con el objeto real externo (en tanto que se le reconoce como un “otro” significativo), y desde el yo con la representación distorsionada internalizada. La primera relación opera en el terreno interpersonal y la segunda en el intrapsíquico.

Este yo posee una representación interna (“representación del yo”), una imagen generada a raíz del resultado del rejuego entre: a) la pulsión convertida en deseo; es

decir, las fantasías derivadas de ese deseo y dirigidas hacia el objeto de la descarga, b) una serie de ansiedades (persecutorias, depresivas) surgidas ante la descarga de la pulsión y promovidas en buena parte por el superyó, y c) una serie de defensas que el yo utiliza para protegerse y disminuir el efecto de esas ansiedades. De los resultados de estas combinaciones surge la estructura del yo, siempre como mediador entre el mundo externo y el interno, entre la pulsión, la descarga y el conflicto, entre el superyó y el ello. Las relaciones que el yo establece con los objetos internalizados son vividas como reales, persisten más allá de los cambios temporales, espaciales y sociales (interpersonales). La pulsión permanece ligada a su objeto, se niega a abandonarlo.

#### b) El self y los objetos

La mayor parte de las relaciones significativas van a ser vividas como relaciones entre sujetos totales y objetos totales, y otras veces –quizás la mayoría– como la relación con fragmentos o aspectos parcializados de un vínculo posible, donde la parte es sentida como el todo, sin ninguna conciencia por cuenta de quien lo experimenta.

Algunos autores han concebido al self como una autorrepresentación supraordinadora e independiente del aparato mental, mientras que otros consideran que se trata de una representación dentro de cada una de las tres instancias (yo, ello y superyó). Kohut, por ejemplo, intentó investigar en ambas direcciones, otorgándole a la representación del self un sentido amplio y otro específico.

Por nuestra parte podemos suponer que hay en cada persona: 1) una autorepresentación física y cognitiva; 2) que esta autorrepresentación está cargada de intensos afectos; 3) que es percibida en una dimensión temporal y espacial; 4) que involucra y tiene una representación de los vínculos sociales que lo rodean; y 5) que en un momento dado puede ser percibida como formando un conjunto –evidentemente una pareja– con otra persona. Se trata del self y su representación dentro del aparato psíquico. El self está constituido por autoimágenes. Al igual que el yo, mantiene vínculos interpersonales con el objeto, el cual establece modalidades de relación con el sujeto que son experimentadas con mayor o menor grado de distorsión, pero sobre todo a partir de su vínculo cualitativo más profundo. Entendemos aquí, por ejemplo, el proceso de separación-individuación y sus efectos en la constitución del self.

Las relaciones de este self con el objeto (externo e interno) abarcan no sólo al yo y sus necesidades, sino a la estructura psíquica completa, con toda su carga de autorepresentaciones. El self se relaciona principalmente con los –así llamados por la teoría kohutiana– self-objects, es decir, imágenes mixtas creadas por la proyección de determinados aspectos del narcisismo sobre los objetos sobre los que se apuntala la satisfacción de una pulsión. Estos self-objects van a establecer patrones de autorepresentación y vinculación con el otro.

| <b>Yo</b>                                                                    | <b>SELF</b>                                                                                                                                                                  |
|------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Esencialmente cuantitativo                                                   | Esencialmente cualitativo                                                                                                                                                    |
| Le interesa la descarga                                                      | Le interesa la relación                                                                                                                                                      |
| Se defiende básicamente reprimiendo                                          | Se defiende básicamente escindiendo                                                                                                                                          |
| Percibe al objeto como frustrante o gratificante                             | percibe al objeto como bueno o malo (y todos los atributos derivados de ambas divisiones)                                                                                    |
| Exige el funcionamiento integrado de las estructuras                         | Exige una identidad cohesiva                                                                                                                                                 |
| Se relaciona con el superyó esencialmente en términos de culpa               | Se relaciona con el superyó esencialmente en términos de desmoralización                                                                                                     |
| La separación es vivida en términos de pérdida                               | La separación es vivida en términos de rechazo                                                                                                                               |
| Sufre el dolor en la frustración de las necesidades de descarga, anaclíticas | Sufre el dolor en la disminución de la autoestima, la dificultad para crear o tolerar imágenes de sí mismo vinculadas a la falta o exceso de admiración por parte del objeto |

### c) Representación de los vínculos

Entre los pioneros de los estudios acerca de las representaciones psíquicas de objetos cargados narcisísticamente y experimentados como parte del propio self, se encuentran Winnicott con su concepto de espacio transicional (1951, 1969) y su idea del “uso del objeto” y la relación sujeto-sujeto, así como Kohut (1971, 1984) y la relación paciente-analista en tanto self-object. La evolución de estas ideas, entre otras, ha dado como resultado un psicoanálisis que ahora se denomina relacional, que no niega su deuda con la teoría freudiana del impulso-defensa (las relaciones que con los otros sujetos establece un yo abrumado por la lucha entre sus impulsos prohibidos y las defensas que erige contra los mismos); con la teoría kleiniana (y su estudio de las pulsiones y fantasías que el yo proyecta sobre el otro, atormentado por las ansiedades y defensas paranoides, por la culpa persecutoria y por la culpa depresiva); y con la psicología del self (y la consideración que hace a las demandas que sobre el otro dirige la propia persona en busca de los adecuados self-objects). Entre los dos sujetos se crea un espacio interaccional, un espacio que opera en la intersección de dos identidades.

Los vínculos del sujeto con el objeto, en tanto que también es sujeto de otras pulsiones y relaciones objetales, transitan completamente por los terrenos de la subjetividad. Estos vínculos no son sólo los que se atribuye la sociología o la antropología, ni siquiera la teoría de la comunicación, la terapia familiar tradicional o la terapia familiar sistémica. Están formados del material del que constituye su ciencia el psicoanálisis. Se trata de vínculos atravesados por diversos registros, desde lo pulsional hasta lo social y cultural. Tienen anclajes en la situación presente, en las relaciones pasadas internalizadas y en las marcas establecidas por el legado cultural, la tradición, la ley, la costumbre. Mientras que el yo y el self marcan las formas en que un sujeto se apodera de un objeto, en el terreno de lo vincular nos interesan las formas en que un sujeto se relaciona con un otro, con un sujeto similar. ¿Qué vínculo —más bien, qué modalidad de vínculo— se establece entre estos dos polos? Las relaciones de la persona total son esencialmente con objetos internos, personales y distorsionados. El objeto externo es opacado por las modalidades internas. Pero cuando dos sujetos entran en contacto aparecen estilos de vinculación imposibles de reducir al psiquismo individual porque, como ya se dijo, éste es esencialmente distorsionante. El primer mecanismo de defensa ante el otro es su negación, pero esto eventualmente no se sostiene. El otro es percibido, se le responde con la ya conocido, con la transferencia en su sentido más amplio. Eventualmente la persona tiene que enfrentar psicológicamente al otro, al menos en parte, como un objeto real.

En el grupo pequeño sucede lo mismo. Se generan fantasías por resonancia. Se establecen —o mejor dicho, se proponen o se aceptan— roles defensivos. Se crean escenas grupales, en las cuales el psiquismo inconsciente de cada miembro propone —en el sentido literal de la palabra— al otro o a los otros una o varias escenas. En el interjuego del conjunto de escenas surge una central (escena central básica), fija o móvil, pero que abarca en diversos grados a todos, crea una “mentalidad de grupo” que sólo en un sentido laxo del término debe ser mencionada como “fantasía grupal”, ya que, como se ha dicho de diversas maneras, una fantasía es la representación mental de las pulsiones, se apoya en ellas, en el cuerpo del que surgen, y un grupo (lo mismo que una pareja) no poseen un “cuerpo” pulsional (ni de cualquier otro tipo), excepto las representaciones corporales que cada uno de los miembros tiene de sí mismo (surgidas a partir de la lucha o la negociación con las propias necesidades o pulsiones) y la representación que tiene del cuerpo del otro. Sin embargo, hay un punto donde estas representaciones y “propuestas” confluyen, una zona “bisagra”, intermedia, donde se constituyen fenómenos psíquicos de diversa naturaleza, donde se generan imágenes conjuntas —no sólo de lo corporal, sino del vínculo—.

El concepto de “resonancias” y “propuestas” es esencial aquí. El sujeto establece: a) deseos en forma de fantasías que involucran al otro —la expectativa de una reacción— que b) son propuestas al otro sujeto en términos de escenas inconcientes (formadas a partir de la externalización de las escenas creadas por los estilos de vinculación con el objeto interno), c) que son “recibidas” y respondidas en la medida de la resonancia que tienen en el otro (en base a su propia configuración de relaciones internalizadas), y d) ante cuyas respuestas el primer sujeto responde de una u otra forma. Estas

“configuraciones” relacionales (o vinculares) operan en planos conscientes, preconscientes e inconscientes. Como ya se dijo, están atravesadas por un eje transobjetivo, anclado en la serie de patrones, estilos y mandatos establecidos por la interacción preconsciente con la cultura, la tradición y la situación social contemporánea (es decir, por las relaciones individuo/sociedad).

### **Elementos infantiles de los objetos del self**

La posibilidad de un self de pareja que ocurre, tal como se ha mencionado, en forma de una representación conjunta –una imagen fantaseada compartida, con su polo inclinado hacia la autopercepción, es decir, la percepción en conjunto, como pareja, que cada uno de los miembros de la relación tiene, y otro polo inclinado hacia la representación compartida del otro o los otros–, por fuerza tiene que sostenerse sobre las propiedades del self de cada compañero, sobre lo que les es propio a cada uno. Estos selves tienen una historia evolutiva, un origen en el punto en que inicia la vida, y un desarrollo en todo lo que se conoce como existencia personal. Casarino (1999) considera la siguiente secuenciación desde la teoría kohutiana (1971, 1984):

1. Existe una realidad nuclear somatopsíquica en el niño desde el comienzo de la vida.
2. La interrelación vincular madre-niño, estructurante de la psique del niño a partir de una modalidad relacional en que cada uno se experimenta como parte del otro, permite conocer el sentir del otro (experiencia reversible en la madre y supeditada a las necesidades del niño). La reversibilidad se irá insinuando paulatinamente en el niño también a medida que vaya desarrollando la función empática consigo mismo.
3. Que esta modalidad vincular es trófica (nutriente), estructurante y estimulante del despertar psíquico del niño.
4. Que el cumplimiento satisfactorio de esta función permite, ayudada por el empuje madurativo cognitivo, el desarrollo de las relaciones objetales discriminadas, se anticipa al nacimiento de la intimidad y la mismidad, y se constituye en el estímulo y modelo necesario para que el niño descubra también esta dimensión en su relación intersubjetiva con los demás.
5. Que el buen cumplimiento de esta función de self-object empático, que comprende la función trófica y la de “frustración óptima”, permite que las relaciones objetales se cumplan en el tiempo apropiado: ni desarrollo precoz del yo, ni postergado, creando una dependencia patológica.
6. Que en los historiales revisados de los padres padecían ellos mismos fallas más o menos graves del self que los inhabilitaban para cumplir con las funciones de self-objects, impidiendo la estructuración de dichas funciones en sus hijos.

7. Que estas fallas en los padres originan en los pacientes un denominador común en todos los casos: los déficits psíquicos en los hijos, de los cuales la falta de empatía constituye el factor central, en ambos términos de la ecuación.

### **El self de pareja**

Tenemos entonces claro que existe una entidad no sólo fenomenológica sino clínica denominada self, *que incluye al cuerpo con todas sus partes, la estructura psíquica con todas sus partes, el vínculo con los objetos externos e internos y al sujeto como opuesto al mundo de los objetos*. Este self comprende al yo como parte de la estructura psíquica, pero también contiene a las otras instancias a través de autorepresentaciones. De hecho, este self está constituido primordialmente de imágenes de sí mismo. El yo, como estructura, contiene a su vez una autorepresentación del self como parte de sus funciones (el mundo representacional, el establecimiento de relaciones de objeto). Existe también una representación del otro, así como una de la propia persona; pero lo que nos interesa destacar más para nuestra propuesta es el hecho de que igualmente aparece una representación de uno mismo *unido* al otro, en relación con el otro, donde se combinan diversas imágenes como, por ejemplo, la creencia en una representación que el otro posee de nosotros, o sea, una imagen del sí mismo en el psiquismo del otro, en su mirada. Todo esto en el terreno de lo vincular, de la relación intersubjetiva entre sujeto y sujeto en tanto el otro también propone su propio estilo de relación. La pulsión alimenta la necesidad del otro, el deseo, pero también, mediante la estructura interna de objetos –es decir, a partir de las relaciones del yo y del self en su totalidad con estos objetos internos– determina una modalidad distorsionada de relación con el otro, es decir, que se le atribuyan características identificatorias de los objetos internalizados y proyectados sobre la realidad externa.

En el intejuego entre las representaciones narcisistas del sí mismo y las representaciones del otro, aparece poco a poco una representación del otro unido al self, una imagen dual vincular, una representación de la unión, del espacio entre las dos personas, de los registros mnémicos que constituyen “su memoria”, signo infaltable en toda autorepresentación de un vínculo. Ahí aparecen mecanismos de defensas propios del nivel vincular –la negación del otro, el primero-. Esta autorepresentación vincular comprende también una imagen de ambos cuerpos, sus funciones e intercambios conjuntos, su uso como depositarios de representaciones imaginarias y símbolos. Comprende igualmente una representación del deseo, los temores y los estilos defensivos utilizados para negociar la relación emocional, afectiva, fantasmática. Todo esto ocurre en la medida en que se establecen escenas, propuestas, roles –lo que se dice, lo que se calla, lo que se da a entender– que son aceptados y respondidos –“no se puede no responder a una comunicación”– por el otro yo.

El vínculo de pareja corresponde a dos objetos, pero también significa unión o atadura entre estos objetos. En la relación de pareja típica, esa atadura es asociada normalmente a la fantasía de una relación estable en el tiempo y el espacio. Hace

referencia a lugares y a quienes ocupan dichos lugares, tanto como a los elementos encargados de lograr dicha unión. Por lo tanto, tenemos que “vínculo es una estructura de tres términos, los dos yos y un conector... Cualquier par de yos dispuestos a establecerse en el marco de pareja deberán llenar esos espacios de algunas de manera” (Berenstein y Puget, 1989, p. 34).

“Postulamos la existencia de un tipo de conector como condición necesaria para explicar por qué dos personas mantienen establemente una relación de pareja y entender aquello que las une, como luego de su fracaso, aquello que las separa” (ibid. p. 35).

La representación del vínculo también incluye una representación de los afectos, un coloreo afectivo que tiñe la atmósfera de la relación. Es una vivencia vincular de los afectos –polarizados a veces, pero reflejando siempre el estado emocional de la pareja–.

### **La pareja como un cuerpo**

Una de las formas de representación más importantes se refiere a la percepción y experimentación de la propia pareja como un cuerpo. Como ha sido suficientemente dicho, no se trata de un cuerpo en su sentido anatómico, por lo tanto carente de una representación de sí mismo o de la posibilidad de elaborar fantasías únicas, conjuntas, sino de una elaboración psíquica —una representación del vínculo corporal— que incluye a ambos miembros de la pareja, sus necesidades y deseos, su distancia y cercanía, su disposición o indisposición, su valor simbólico y de status social, su atravesamiento por la moda, la tradición, el uso.

La pareja se vincula íntimamente al concepto de *tiempo vivido*, con las distorsiones ocasionadas por los afectos. Uno de los parámetros definitorios de la pareja (el *proyecto vital compartido*: Berenstein y Puget, 1989) tiene que ver con la proyección temporal del self de pareja en el futuro, una representación conjunta de la relación colocada o imaginada en un futuro “eterno”. En otras palabras, es la proyección temporal del self real (actual) a un tiempo futuro.

El *cuerpo imaginario de la pareja* es el terreno donde se da el encuentro entre lo preedípico y edípico de los compañeros amorosos. Donde aparece la prohibición, el incesto, la castración, también donde se da el atrapamiento, la distancia, la oralidad, la envidia, el control omnipotente. Un cuerpo conjunto, diádico, multifasético y multisemántico que representa una negociación, un resultado final compartido, con registro de los pasajes a lo largo del tiempo, con una dimensión espacial que lleva a establecer territorios y zonas, costumbres y hábitos —la *cotidianidad*—, otro de los parámetros definitorios de un vínculo conyugal, según Berenstein y Puget (1989):

“Para el espacio vincular, la cotidianidad es un organizador de los ritmos de encuentros y no encuentros de la pareja, susceptibles de transformarse en desencuentros”.



Forma parte de lo compartible, lo no compartible y lo incompatible. Está implicado también en las relaciones sexuales, las zonas erógenas primarias y secundarias, el placer previo, la desviación de la pulsión, su represión o su descarga. También podemos detectar su huella en los modelos de masculinidad y feminidad, así como en la asignación de roles que deben ser llenados irremediabilmente: “él” y “ella”. Por último, ese cuerpo simbolizado, representado, compartido, es depositario, al menos parcialmente, de otros dos parámetros definitorios de la pareja: la *tendencia monogámica* y el ejercicio de la *sexualidad*. No en balde los cuatro parámetros de pareja de Berenstein y Puget (1989) se representan inmediatamente en elementos básicos corporales, como si el cuerpo marcara el lugar donde aparecen o se representan primordialmente esos parámetros.

El cuerpo establece huellas, marcas que los sentidos registran, es parámetro de la finitud de la vida y por lo tanto de la pareja, de la exclusión o inclusión social, del poder. La pareja establece formas que definen su corporalidad: modas, canciones, películas e imágenes de ideales del yo, estilos en el habla, lugares frecuentados, etcétera. Hay una representación de los espacios que cada uno ocupa en la relación, de los límites que se negocian constantemente. Denominamos a estos límites intradiádicos, y los oponemos a los extradiádicos. Estos límites son vividos conjuntamente, son compartidos por la pareja. Se refieren a límites representacionales, con anclajes en lo corporal y en lo social —es decir, por un lado, en el extremo más lejano, lo estrictamente somático, y por el otro, en el extremo opuesto, las relaciones pareja/sociedad.

En medio de ello opera lo psíquico interrelacional. Dos yos se unen con sus respectivas autorepresentaciones y representaciones fantaseadas del otro, experimentadas como una escena vincular, que incluye a ambos, con sus respectivos roles —tanto actuales como ideales—. La proyección de elementos inconscientes del mundo representacional sobre este espacio intermedio genera una distorsión de mayor o menor medida sobre la percepción del otro, y consecuentemente promueve respuestas regresivas en ambos.

## Conclusiones

A lo largo de este trabajo hemos intentado desarrollar la noción de que el concepto de self individual puede ser extendido hasta abarcar a la pareja; pasar de la formulación referida a “la propia persona” (como entidad), a “la entidad formada por nuestras propias personas”, es decir, la idea de un “nosotros” en la pareja (un self de pareja). La hipótesis va más allá de una mera investidura narcisista entendida como autorepresentación, aunque la incluye.

Hemos considerado que este concepto de *self de pareja* está formado por una serie de representaciones mentales, conscientes, preconscientes e inconscientes, entre las que se incluyen:

- Una *imagen corporal* representada por lo que psicológicamente resulta de la unión imaginaria del cuerpo de ambos; la manera en que ambos miembros de

la pareja se representan ante sí mismos y ante los demás en su imagen y valoración física y estética. La noción de sexualidad es clave aquí.

- Una *representación espacial* de la pareja, con sus límites, espacios, territorios y enclaves, inscrita en torno a la cotidianidad de la pareja, su rutina.
- Un *registro temporal* de la pareja en términos de las sutiles o grandes variaciones sufridas a lo largo de días o de años; un sentido de mismidad y continuidad a lo largo del tiempo, desde sus inicios hasta la fecha. El registro no es unívoco e invariable, sino que sufre las distorsiones de los diferentes estados afectivos de la pareja, es decir, que la “memoria” de la pareja siempre va a estar sujeta a las condiciones emocionales del vínculo (Sánchez-Escárcega, 1998).
- Una representación, registro o inscripción psíquica del *estado afectivo* producido por la pareja, por el conjunto; su “coloreo” emocional. Por su cercanía a lo corporal, y por el fomento intenso de los afectos que se deriva de los vínculos de pareja, esta representación tiene un alto grado de variabilidad en la mayoría de las relaciones.
- Una *representación narcisista* de la pareja compartida en mayor o menor medida por ambos miembros; de hecho, normalmente bajo los efectos de fenómenos tales como la colusión defensiva y patológica (Willi, 1975) en el nivel de la autovaloración del vínculo.
- Pulsiones, relaciones y vínculos representados en forma de escenas de deseos, ansiedades y defensas, es decir, como fantasías inconscientes acerca del otro (en tanto objeto), y acerca de ambos (como conjunto, como vínculo); de esta última se deriva una *representación mental dual propia* de la pareja.
- Un conjunto de expectativas e imágenes de atracción (ideal del yo) que incluye a ambos miembros en forma de autorepresentación idealizada de la pareja; una proyección de la imagen ideal de ambos que funciona como tensión entre un *self conjunto real* y uno *ideal*.
- Una *representación social* de la pareja, es decir, las relaciones de la pareja hacia el exterior del vínculo; una representación que es a la vez un límite, el delineamiento del contorno de la pareja, su extensión “geográfica”.

De todo lo anterior se desprende una suerte de *identidad de la pareja*, sobre todo en cuanto a que contiene las representaciones conjuntas de los compañeros en diversos ámbitos, momentos y situaciones.

Por último, diremos que la pareja es una *neoformación psíquica* que origina y es influida por la circulación de elementos relacionales (pulsiones, relaciones objetales, mecanismos de defensa, roles, fantasías conjuntas, acuerdos en diversos niveles de

conciencia, influencias sociales, culturales e históricas transmitidas por los diferentes grupos y subgrupos que operan desde los individuos, mezclándose, combinándose, y buscando un acomodo, de tal forma que acaban por construir un estilo de pareja, un sello particular que distingue a esa pareja de las otras, y a éstas de aquella, y que no puede reconducirse a las dos personas por separado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Casarino, E. C. (1999). Déficit y conflicto. En Guillermo Lancelle (Ed.). *El self en la teoría y en la práctica*. Buenos Aires: Paidós.
- Cincunegui, S. y M. de Chebar, N. (1996). El encuadre de la parejas matrimonial. En J. Puget (Ed.). *La pareja. Encuentros, desencuentros y reencuentros*. Buenos Aires: Paidós.
- Grinberg, L. y Grinberg R. (1993). *Identidad y cambio*. España: Paidós.
- Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*. Buenos Aires: Paidós.
- Kohut, H. (1971). *Análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Kohut, H. (1984). *¿Cómo cura el análisis?* Barcelona: Paidós, 1990.
- Laing, P., Philipson, H. y Lee, A. H. (1973). *Percepción intrapersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Langer, M. (1987). *Maternidad y sexo*. México: Paidós.
- Michaca, P. (1987). *Desarrollo de la personalidad. Teorías de las relaciones objetales*. México: Pax-México.
- Stekel, W. (1941). *La mujer frígida*. Buenos Aires: Imán.
- Puget, J. (comp.) (1996). Introducción. En *La pareja. Encuentros, desencuentros y reencuentros*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (1997). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- Sánchez-Escárcega, J. (1997). El espacio psíquico de la pareja. *Revista Intercontinental de Psicoanálisis Contemporáneo*, 2 (1), 9-20.

- Sánchez-Escárcega, J. (1998). Identidad y memoria en la pareja. *Subjetividad y cultura*, 10, 50-61.
- Sánchez-Escárcega, J. (2001). Un modelo conceptual para la comprensión y el tratamiento psicoanalítico de parejas. *Imagen Psicoanalítica*, 12, 125-155.
- Sánchez-Escárcega, J. y Oviedo, L. (1992) Psicoanálisis y conflicto matrimonial. *Neurología, Neurocirugía, Psiquiatría*, 32 (3), 59-64.
- Winnicott, D. (1953). Transitional Object and Transitional Phenomena. En *Playing and Reality*. New York: Basic Books.
- Winnicott, D. (1969). The Use of an Object and Realating Thought Cross Identification. En *Playing and Reality*. Nueva York: Basic Books.
- Willi, J. (1978). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.

## 9. SELF DE PAREJA, ESPACIO PSÍQUICO Y ORGANIZACIONES COLUSIVAS VINCULARES<sup>42</sup>

*Desde que aparece entre los miembros la percepción implícita de un “nosotros” colectivo, la pareja funciona de hecho como grupo.*

Lemaire (1979)

### Introducción

En la mayor parte de las relaciones de pareja cada compañero participa con todos sus sentidos y personalidad, con la totalidad de sus funciones psíquicas. Su individualidad, por momentos, queda severamente comprometida. Aunque en general los individuos mantienen una zona no compartida con la pareja, un núcleo de independencia e identidad personales, existe en la mente de cada uno de ellos una franja formada por *imágenes y representaciones del vínculo que han establecido*, así como de *ellos mismos por separado en relación a ese conjunto* y, por último, una representación de la relación existente entre el resto de las *personas, grupos e instituciones y ellos como pareja*. Esta serie de representaciones tiene antecedentes tempranos en la representación mental que en algún momento de la primera infancia desarrolla un bebé, en la cual se incluye a sí mismo, a la madre, al vínculo formado entre ambos, y al resto de las relaciones. Probablemente esta representación no se forma antes de la resolución de las principales tareas del desarrollo comprendidas en el proceso de separación-individuación (Mahler, 1975), o hasta después del sepultamiento del Edipo.

Estas imágenes y representaciones, al estar fuertemente cargadas de emociones y valores personales, grupales y sociales —representaciones formadas en el ideal del yo, en el proceso de aculturación, en la transubjetividad—, establecen tanto hacia el interior de la psique del individuo, como hacia fuera (hacia sus interacciones interpersonales), un límite psíquico, una frontera entre el yo y el otro, un punto de intercambio entre las dos personas. En la medida en que se mantiene la diferenciación intrapsíquica entre la representación del self y la representación del otro —es decir, donde los mecanismos de identificación proyectiva se conservan relativamente poco saturados de agresión pregenital, voracidad y envidia—, en esa medida, entonces, es que se puede utilizar con un poco más de exactitud la frase “conocer al otro”, reconocerlo como ser independiente, con autonomía, afectos, identidad, valores e ideales propios. En esa medida, por cierto,

---

<sup>42</sup> Apareció publicado en Sánchez Escárcega, J. (2005). *Self de pareja, espacio psíquico y organizaciones colusivas vinculares. Grupo*. 7-8, 9-26.

es que se puede arriesgar con relativa seguridad un segmento de la propia identidad con el otro (en realidad, “dentro” del otro), sin temor a fusionarse irreversiblemente.

Esta zona intermedia, donde el otro está siendo constantemente objeto de proyecciones e introyecciones de grado variable, pero donde al mismo tiempo se le reconoce una individualidad y diferenciación, presenta diversos grados de permeabilidad a la presencia e influencia del compañero amoroso en la medida del significado personal que posee, es decir, que el sujeto es más o menos refractario a los procesos de proyección e introyección del otro compañero, al estado de su aparato psíquico, a las representaciones personales que determinan su aceptación o propuesta de determinados roles dentro del conjunto, en la medida de su carga libidinal.

Lo que nos interesa enfatizar aquí es la autorepresentación que se forma en cada uno de los compañeros a partir de la interacción entre ambos, es decir, las diversas maneras en que el otro es tomado, hecho propio. No se trata de un intercambio “sordo” de autorrepresentaciones, sino de un amplio y genuino intercambio de significados, o mejor dicho, *la puesta en escena de los acomodados de dos subjetividades*.

Estos intercambios que, como ya se mencionó, generan constantes representaciones de la propia persona, del otro (en realidad nunca totalmente conocido), del vínculo surgido entre ambos, y del lugar que ocupan en el entorno grupal y social, incluyen también amplias nociones del *vínculo* establecido entre estos diversos elementos. Cada uno de esos vínculos y los elementos que los constituyen poseen ciertos límites sólidos pero con diversos grados de “porosidad” (por lo que no se puede pensar que estos bordes mantienen una total inflexibilidad y separación). Entre los principales vínculos representados, consideramos sumamente importante el que se forma alrededor de ambos compañeros amorosos como un todo, como una unidad.

Dado el carácter altamente regresivo de la pareja –a partir de la magnitud afectiva involucrada, la movilización o liberación de objetos e imágenes infantiles transferenciales reprimidas o escindidas, y el surgimiento de fantasías y escenas que se reactivan (a veces rozando los límites de la pérdida de la realidad)–, esta representación conjunta o en forma de unidad frecuentemente sufre desequilibrios, el desencadenamiento de transferencias sumamente escindidas o tempranas, la exposición a afectos y defensas intensos y arcaicos, el surgimiento de ansiedades inconscientes, y el borramiento de los límites de identidad. En otros momentos, por el contrario, este conjunto de imágenes, representaciones y significados mantiene diversos grados de cohesión y unidad, y posee los elementos necesarios para considerarlo como un *self de pareja*.

### **Algunas ideas básicas**

Sintetizaremos algunas ideas expuestas en otros trabajos (c. f. Sánchez Escárcega, 1997). Los puntos principales son:

- Que una relación de pareja implica, entre otras cosas, una clara conciencia de pertenecer al *grupo-pareja*; un vínculo representado mentalmente que es al

mismo tiempo objeto de catexia pulsional, un lugar de fomento de imágenes, una puesta en común de las escenas interiores y de las angustias de los participantes. Estas imágenes trasuntan sentimientos y emociones que excitan o paralizan la actividad de la pareja (y sus funciones), sea cuales fueren, y que generan “fenómenos de unidad, de disgregación, de defensa, apatía o resignación” (Pontalis, 1963; Anzieu, 1993; Cao y L’Hoste, 1995).

- Puede decirse que ese objeto-pareja contiene un límite con una cara que mira hacia afuera y otra que mira hacia adentro, la representación compartida de una envoltura gracias a la cual los compañeros amorosos se mantienen juntos –igual que en cualquier grupo pequeño o amplio–; pero que a diferencia de estos otros grupos, la pareja suele producir una intensa fantasía y una autorrepresentación de gran carga afectivo-cognitiva acerca de esa “envoltura”, en parte por la proyección que se hace del ideal del yo sobre ella.
- ¿De qué está hecha la envoltura psíquica de la pareja? En buena parte está constituida por un entramado de reglas explícitas e implícitas, por costumbres, aniversarios, ritos, actos y hechos; por la asignación de lugares, por sobreentendidos del lenguaje. Todo ello la lleva a constituirse como un espacio interno cuya “superficie” contiene y constriñe los intercambios actuales, pero que al mismo tiempo opera en una dimensión temporal (un pasado en el que se establece su origen y un futuro en el que se proyectan imágenes ideales o catastróficas) (c. f. Berenstein y Puget, 1989).
- Comparte, con el resto de los grupos humanos la capacidad de autorrepresentarse como una entidad o unidad grupal, una especie de self multipersonal:

Una envoltura viva como la epidermis, que se regenera rodeando el cuerpo y como el yo que se esfuerza en englobar el psiquismo, es una membrana que presenta dos caras. Una mira hacia la realidad externa física y social y, fundamentalmente, hacia otros grupos parecidos, diferentes o antitéticos en cuanto a sus sistemas de reglas y que serán considerados como aliados, competidores o neutros.<sup>43</sup> Gracias a esta cara, la envoltura grupal edifica una barrera protectora contra el exterior. (...) La otra cara mira hacia la realidad interna de los miembros del grupo. Aunque no existe más realidad interna inconsciente que la individual, *la envoltura grupal se constituye dentro del movimiento por el que los individuos proyectan sobre ella sus fantasías, sus imagos, su tópica subjetiva (es decir, la forma como se articula el funcionamiento de los subsistemas dentro del aparato psíquico: ello, yo, superyó e ideal del yo). Y gracias a su cara interna, la envoltura grupal permite el establecimiento de un estado psíquico transindividual (...), un self de grupo: el grupo tiene un self propio. Mejor aún, él es*

---

<sup>43</sup> Kernberg (1995) ha mencionado las vicisitudes de la red de parejas que constituyen la vida social corriente: “las infiltraciones de erotismo entre amigos y cónyuges, la rivalidad temida, los objetos sexuales deseados, los límites tentadoramente excitantes y prohibidos”, etcétera (p. 162).

*el self. Este self es imaginario. Es el continente en el interior del cual va a activarse una circulación fantasmática e identificatoria entre las personas. Él es el que hace que el grupo viva. (Anzieu, 1993, p. 13-14, nuestras cursivas).*

La noción de *self de pareja* parece ser la consecuencia natural del traslado de estos fenómenos grupales al terreno de la pareja. Este *self de pareja* contiene un espacio imaginario (*espacio psíquico de la pareja*) donde ocurren los fenómenos mentales relativos a la relación amorosa. Estas formaciones y procesos “grupales” (como la pareja) aparentemente pueden funcionar en ocasiones independientes de la situación particular en que se encuentran los miembros en lo individual; es decir, se trata de formaciones y procesos universales que operan en un nivel diferente al de los individuos (un ejemplo de un fenómeno de esa magnitud sería la *ilusión grupal* de Anzieu).

Puede pensarse entonces en un funcionamiento que es exclusivo *del nivel de la pareja*, que sólo se produce ahí o en conjuntos similares. Es esta misma observación la que nos permite pensar en una autorrepresentación de la pareja, compartida en grados variables y de influencia recíproca entre los compañeros amorosos, con sus “continentes, superficies, escenas, depósitos, enclaves, límites y fronteras” (Kaës, 1993, p. 101), producidos por los aportes de los dos miembros de la pareja, por la ligazón de esos aportes, y por aquello que se crea o se suscita en la pareja con independencia de sus constituyentes singulares.

La noción de “nosotros en pareja” –es decir, la imagen de un *self de pareja*–, con su espacio o entramado psíquico ubicado en el punto de entrecruzamiento del ideal de dos yos, no puede existir más que evidentemente en el interior del psiquismo de cada cónyuge o compañero (“modo de presencia determinado esencialmente por las identificaciones, la organización de las relaciones de objeto, por la actividad de fantasmaticización”: Kaës, 1993, p. 154).

Aun así, esta “envoltura” y todos los elementos que contiene –la red y entramado de relaciones objetales internalizadas, las fantasías primarias y secundarias, la imagen del cuerpo, el yo, las redes identificatorias, los complejos familiares, el sistema de representación de las instancias y los sistemas del aparato psíquico (Bernard, 1995)– forman la materia de lo que están hechas las relaciones de pareja cuando ambos psiquismos entran en conjunción.

En ese espacio se crean situaciones que se relacionan con lo que ha sido descrito, por ejemplo, como *fenómenos y objetos transicionales* (Winnicott, 1951), o como lo que ocurre dentro de los *ámbitos de la falta básica, el edípico y el de creación*, descritos por Balint (1979), sólo que todos ellos ocurriendo en el nivel vincular e intersubjetivo de la pareja. Algunas nociones aplicadas por Kohut (1971) al concepto de “*objeto-sí mismo*” u “*objeto del self*” (*self-object*) tendrían igualmente varios puntos de contacto con estas ideas (aunque cabe recordar que para Kohut los objetos del self están esencialmente vinculados al objeto externo, es decir, a la internalización de cierto tipo de objetos externos con los que el individuo establece un vínculo narcisista).



Revisemos algunas de las características de los conceptos arriba mencionados, íntimamente vinculados a las formaciones mentales que surgen en el espacio psíquico de la pareja:

### **Algunas nociones teórico-clínicas vinculadas al self de pareja**

#### *Objetos y fenómenos transicionales*

Consideramos la idea de objetos materiales (juguete, animal de felpa o trozo de tela) que tienen para el infante un valor preferencial y le permiten efectuar la transición necesaria entre la primera relación oral con la madre y una verdadera relación objetal. Winnicott (1951) sitúa el *objeto transicional* en el *área de la ilusión y el juego*. Aunque el lactante lo “posea” como sustituto del pecho, no reconoce que forme parte de la realidad exterior: es la primera posesión “no-yo” (c. f. Roudinesco y Plon, 1997).

En las parejas, similarmente, se da un proceso de apoderamiento del otro que en buena medida está destinado a proteger a la persona de la reactivación de la primitiva angustia de separación en el proceso de diferenciación entre el yo y el no-yo. La pareja es un fenómeno y un objeto *transicionales* en tanto marcan la formación de compromiso entre las fantasías de un estado de fusión a la mente y cuerpo del compañero, y otro estado en el que se le puede reconocer como diferente y separado; una transición desde la relación fusional hacia una simbolización de la realidad objetal (diferenciación yo-no yo).

#### *Objetos del self*

Este concepto, básicamente desarrollado por Kohut (1971), considera que los objetos necesarios para cumplir funciones de las que aún no dispone la psique inmadura serán experimentados en el mundo intrapsíquico como partes del self. En términos de las formulaciones de Freud sobre la libido, estos objetos satisfactores de necesidades están investidos con libido narcisista. En consecuencia, Kohut propuso designarlos “objetos-sí mismo” (self-objects) u “objetos del self”. Para este autor, el resultado del desarrollo pulsional es la estructura tripartita de la mente, y el del desarrollo del narcisismo es el self. El desarrollo del amor de objeto propiamente dicho sólo puede comenzar una vez que está claramente implantada la diferenciación del self respecto del objeto (Gedo y Golberg, 1973).

Algunas de las formas de apoderamiento psíquico que se presentan en las relaciones de pareja son de carácter arcaico y no pueden incluirse con propiedad en la línea evolutiva de las vicisitudes del amor de objeto, sino que pertenecen más bien a la del narcisismo. Cabe aclarar que las investiduras narcisistas de la pareja no son sólo aquellas que se vuelcan en las representaciones internas del objeto-sí mismo, como habitualmente usamos el concepto desde Freud, sino también las que invisten a los objetos externos del self. Consecuentemente, la pareja con frecuencia ocupa el lugar de estas formaciones intermedias narcisistas, siendo experimentada como un objeto narcisista.

### *Ámbitos de la mente*

Revisemos también las ideas que Balint (1979) postuló al hablar de la existencia de una psique constituida por tres ámbitos. Cada uno de ellos se caracteriza por un tipo de relación objetal y por una forma peculiar de vínculo con el medio. En el *ámbito edípico* las relaciones son tríadicas, el lenguaje es utilizado con sentido comunicacional y la expresión de la patología refleja un conflicto entre distintas fuerzas u objetos internalizados; en el *ámbito de la falta básica* las relaciones son diádicas, predominan los sentimientos de gratificación y frustración y el lenguaje es absorbido por este modo de vínculo con la realidad, siendo utilizado como modalidad de contacto más que como instrumento comunicacional; por último, el *ámbito de la creación* se caracteriza por una situación anobjetal, es decir, no hay relación con el ambiente y tampoco hay objeto externo ni interno, tan sólo existen preobjetos en tránsito a la categoría de objetos (que entonces entrarán automáticamente en el ámbito de la falta básica donde las relaciones son diádicas). Aquí quedan ubicados los procesos de génesis de las ideas o el pensamiento y la creación artística (Bleichmar y Leiberman de Bleichmar, 1989).

Suponemos que las relaciones de pareja presentan estrechos vínculos con los tres ámbitos, dependiendo principalmente de la capacidad de diferenciación y discriminación entre el self y el objeto. No es este el lugar para analizar todos sus puntos de contacto, pero en términos de los vínculos de pareja consideramos las nociones referidas a un hueco emocional, una ausencia, el *ámbito de la falla básica* en la estructura emocional de los individuos, que es colocado sobre el otro –la pareja–, no como un espacio donde se dan fuerzas en lucha –*ámbito edípico*, es decir, un conflicto entre sujetos diferenciados, completos–, sino que, por el contrario, esta *falla básica* es sentida como una amenaza terrible a la estructura general de la persona, especialmente cuando queda sometida a una gran tensión emocional en el vínculo de pareja. El peligroso “espacio” que se piensa que se ha creado entre el sujeto y el objeto proviene esencialmente de la relación objetal primaria, diádica, cuyo sentimiento principal es el amor primario, donde los sentimientos de frustración y gratificación adquieren una intensidad inusitada (por ejemplo, en comparación con el *ámbito edípico*), y donde el principal rasgo consiste en que toda experiencia de ajuste entre sujeto y objeto produce gratificación; y contrariamente, cualquier falla en el ajuste produce frustración. Por último, en este tipo de vínculos intersubjetivos el lenguaje no es el vehículo de comunicación, sino que las palabras son utilizadas en forma vaga e imprecisa ya que su finalidad no es informar o comunicar, sino tomar contacto con el otro (las palabras son una forma más de gratificación o frustración en el vínculo de pareja).

En resumen, la noción de *self de pareja* puede ser considerada como una representación en el interior del psiquismo (en el punto de entrecruzamiento del ideal de dos yos) de un conjunto de continentes, superficies, escenas, depósitos, enclaves, límites y fronteras cuya “materia” está formada esencialmente por la ligazón y organización de las relaciones objetales internalizadas, las fantasías primarias y secundarias, la imagen del cuerpo, el yo, las redes identificatorias, los complejos familiares, el sistema de representación de las instancias y los sistemas del aparato psíquico de cada uno de los

miembros, cuando entran en conjunción y forman un *espacio psíquico de la pareja* (que evidentemente sólo existe en el interior del psiquismo de cada cónyuge o compañero), pero que es representado en el “afuera” de la pareja a través de lo que ambos hacen, dicen, callan o dan a entender. Esta materia del vínculo intermitentemente o de forma permanente cumple algunas de las funciones atribuidas a los *fenómenos y objetos transicionales* (Winnicott, 1951), *ámbitos mentales* (Balint, 1979) y “*objetos del self*” (Kohut, 1971).

### **Núcleos organizadores del self de pareja**

La relación de pareja suele formarse alrededor de una serie de núcleos organizadores psicodinámicos (es decir, aquellos que se crean en la unión e interacción de dos que se aman), entre los que se cuenta principalmente *el Edipo*, es decir, la *organización genital del vínculo*. Utilizamos aquí el término “organizadores” en el mismo sentido que lo hace Spitz (1969), es decir, como “momentos organizadores del psiquismo del infante”.

La idea del Edipo y la genitalidad como el conflicto central organizador de las relaciones amorosas tiene que ver con la *diferenciación* y la *identidad*, así como con la proyección de los componentes *hetero* y *homosexuales* en el otro: en la medida en que se da una menor diferenciación sexual (pregenital) –con el consecuente incremento de las ansiedades tempranas, principalmente la envidia y el resentimiento hacia el sexo del otro–, se reactivan (genética, estructural y formalmente) los elementos pulsionales tempranos del vínculo, es decir, componentes anales, orales y narcisistas. Estos elementos pulsionales y sus derivados, mucho más desorganizados, constantemente “se turnan” el liderazgo del aparato psíquico de cada uno de los miembros de la pareja, conformando la manera en que será percibido el otro: como *dios perfecto*, como *pecho nutricio*, o como *tirano implacable*. Cuando esto sucede, se intensifica la identificación proyectiva, la idealización primitiva y la escisión en la pareja, con un incremento del sufrimiento de la pareja.

Consideramos entonces que: a) cada pareja, en su punto de mayor progresión, en forma ideal, se estructura progresiva y secuencialmente alrededor de un *núcleo organizador psicodinámico primario* que es el Edipo y la genitalidad (con sus ansiedades y fantasías de castración y envidia, con su renuncia a las fantasías grandiosas y omnipotentes, negadoras de la realidad), y que: b) alrededor de este núcleo se sitúan jerárquicamente los demás *núcleos organizadores pregenitales* (anilidad, oralidad, narcisismo), muchas veces con zonas tan poco delimitadas (incluso hacia la organización genital) que se funden en condensaciones y mezclas.

En una pareja saludable, son indudablemente las ansiedades vinculadas al núcleo primario, o sea el Edipo, las que organizan las relaciones. Estas parejas tienen la posibilidad de tolerar la diferenciación entre los sexos, la genuina alteridad. Para ellas existe una posibilidad de refrenar el deseo narcisista de convertir al otro en un espejo, de transformarlo en una fuente inagotable de nutrimentos, o de controlarlo abusivamente.

Para poder hacer esto –lograr el control de esos deseos–, las parejas necesitan mantener una sólida identidad, una certeza en sus propias personas y sus capacidades. Esto implica, por supuesto, una adecuada diferenciación no sólo del sujeto respecto al objeto sino, como ha sido señalado páginas arriba, también implica una diferenciación en términos de un yo respecto a otro yo, donde el otro es percibido no sólo como un objeto, sino como *otro yo similar*.

Este desarrollo ideal no es la norma en las parejas, y más bien predominan las organizaciones conjuntas de pareja alrededor de núcleos pregenitales (donde lo genital, por cierto, tendrá de todas formas un lugar casi siempre, por mínimo que sea). En estas parejas vemos ocurrir constantemente fenómenos regresivos y progresivos, pero centrados claramente alrededor de una temática pregenital, aunque con progresiones eventuales a la genitalidad y el Edipo. Sin embargo, en algunas otras ocasiones se da tal grado de regresión a la pregenitalidad temprana, en una fusión y condensación de todas las organizaciones pulsionales, que la relación de pareja adquiere modalidades extremadamente caóticas y violentas.

Para poder entender mejor el concepto de regresión al que nos estamos refiriendo, debemos enfatizar nuestra creencia de que existe una serie de núcleos organizadores psicodinámicos (y vinculares), entre los que destaca el Edipo y la organización de la genitalidad –y a la que jerárquicamente los otros núcleos se van a supeditar–. Estos núcleos están conformados por elementos más tempranos y fragmentados, que se han ido estructurando y auto-organizando. Corresponden a las pulsiones pregenitales y sus derivados objetales y vinculares, y su carácter de “organización” lo obtienen de los acomodos, mezclas y arreglos entre ellos. El papel de los objetos externos y el desempeño vincular son cruciales en el resultado final, pero también importa la dotación pulsional.

La internalización del objeto externo —y la cultura detrás de éste— establece imágenes tópicas en los tres niveles (Cc., Pcc. e lcc.), y requiere de la integración pulsional, la fortaleza del aparato psíquico, etcétera. El afecto no puede desvincularse del objeto; es decir, la organización pulsional por sí misma, con todo el peso que tiene para el desarrollo psicológico del humano, no puede desligarse del objeto que provee la satisfacción o la frustración.

La regresión constituye entonces una desorganización en dos áreas: a) en el yo (y las otras estructuras psíquicas) y, b) en el self. Los precursores narcisistas, orales y anales del Edipo se hacen presentes, tiñen la organización de la conducta, el pensamiento y el afecto, se pierden los límites del yo y del self, y sobre todo, se pasa a una forma de organización característica de los niveles más primitivos.

Podemos decir, en resumen, que en la mayor parte de las parejas es posible ver cómo se da un constante ir y venir regresivo y progresivo, pero siempre con predominio de un tipo de organización nuclear psicodinámica que estructura una forma característica de vínculo entre dos personas que forman una pareja amorosa.

Ahora bien, la descripción que hemos hecho del origen, estructuración y funcionamiento de diferentes núcleos organizadores del psiquismo de una pareja debe tener siempre en cuenta el equilibrio, homeostasis o negociación que tiende a formarse entre los psiquismos de dos personas, en la medida en que el otro es tomado “como modelo, como objeto, como auxiliar o como enemigo” (Freud, 1921, p. 67).

### **Mecanismos colusivos en el self de pareja**

Hemos descrito básicamente una organización mental que surge inicialmente en la mente de cada uno de los compañeros, pero que posteriormente es aceptada, negada o paralizada en la medida en que entra en negociación con el otro, en la medida en que se combina con éste.

Willi (1975) planteó una forma en la que dos personas en una relación de pareja entran en combinación para formar una patología conjunta organizada alrededor de dos polos, uno progresivo y otro regresivo, como un intento sobrecompensador de mantener unidos a dos compañeros con organizaciones de personalidad similares o complementarias. Su teoría de la colusión intenta explicar estas organizaciones conjuntas a partir del desarrollo de la pulsión, es decir, en forma de colusión narcisista, oral, anal o fálica. Sin embargo, esta misma organización puede ser considerada a la luz de una teoría de las relaciones objetales más incluyente, por ejemplo, en forma de *colusión edípica genital*, *colusión anaclítica pregenital*, y *colusión narcisista pregenital*. Agregar esta dimensión nos parece que amplía el concepto de colusión al agregarle un registro referido al desarrollo de fenómenos colusivos derivados de las relaciones objetales (en contraposición a los derivados directamente de las pulsiones).

Esta noción de *colusión objetal* puede ampliarse todavía más si incluimos una *dimensión diádica* (en el sentido en que utilizan los terapeutas familiares el término), o más bien *vincular*, es decir, una mirada sobre las formas en que se lleva a cabo **el reconocimiento y la apropiación psicológica** del otro (en su dimensión más amplia). Considerando este nivel, en el cual los diferentes fenómenos psíquicos inconscientes (procesos de descarga o represión, fantasías inconscientes, relaciones objetales internalizadas, etcétera) se movilizan alrededor del tema *negación-apropiación del otro (alteridad)*, nos encontramos una serie de posibilidades: *vínculo narcisista*, *vínculo divalente* y *vínculo ambivalente*.

Si consideramos esta dimensión referida a las formas de unión que se establecen entre dos yos, donde la pareja funciona no sólo como unidad, sino como una articulación, un entramado o una red, nos encontramos en los terrenos de lo *vincular*. Ahí pasamos de la dimensión *intrapsíquica* a la *interpsíquica* o *intersubjetiva*, donde se produce una forma particular de ligadura inconsciente entre dos yos pulsionales (deseantes, relacionados o vinculados, para otros autores). Lo importante en este nivel no sólo es la existencia y peculiaridades de cada uno de los dos yos, *sino lo que se establece entre ellos*. En este sentido, ese conector, intermediario o ligadura se representa para cada sujeto en forma de imagen mental del tipo de fantasías inconscientes (entendidas como un conjunto de

representaciones o escenas imaginarias donde se encuentran incluidos el sujeto y el objeto, y donde de manera más o menos deformada por los procesos defensivos, se efectúa la realización de un deseo inconsciente) (Laplanche y Pontalis, 1968).

Esta zona vincular de contacto suele expresarse a través de los acuerdos, pactos y reglas que se establecen entre ambos yos, y provoca diversas formas de comportamiento y negociación de la representación mental del espacio vincular que se forma entre el yo de un sujeto y el del otro. No sólo se caracteriza por las formas en las que cada sujeto se apropia del otro, sino muy importantemente, *por las formas en que cada sujeto se deja apropiar*. La diferencia es enorme entre una y otra posibilidad, porque se activan las formas de ansiedad más primitivas vinculadas al grado de relación con un otro que es o no reconocido como tal, pero que a su vez tiene la posibilidad de reconocer o no al sujeto. Aquí nos encontramos con diversas posibilidades como el *no reconocimiento* (ligado a ansiedades de no-asignación), el *vínculo de rechazo* (ligado a ansiedades de exclusión), el *vínculo de fusión narcisista* (ligado a fantasías de unión onnipotente con el objeto idealizado y ansiedades relacionadas con la pérdida de la propia identidad), el *vínculo depresivo* (ligado a la pérdida de la relación anaclítica) y el *vínculo paranoide* (ligado a fantasías de pérdida de un espacio no compartible y a las ansiedades de hipervigilancia por parte del otro). En otras palabras, estas diferentes formas de vinculación pueden también traducirse en diversos afectos y temores particulares: *ser ignorado, ser rechazo, depender totalmente del otro, que éste no cumpla las expectativas y no poder quitárselo de encima*.

En este sentido, y siguiendo la noción de una relación marcada por una tendencia regresiva en uno de los miembros de la pareja y progresiva sobrecompensadora en el otro, tendríamos las siguientes formas *vinculares colusivas*:

1. El centro de los fenómenos de la pareja gira alrededor del tema “ser ignorado”. No ser identificado. La principal fuente de ansiedad surge del temor a pasar desapercibido, no sólo al inicio de la relación, sino también en el transcurso de un largo vínculo (por ejemplo, perder significado o importancia para la pareja).

El centro de las dinámicas de la relación se establece alrededor del tema “rechazar-ser rechazado”. “¿Quién necesita a quién?”. Se utilizan defensas como el desprecio, la devaluación, el bloqueo de la comunicación, etcétera.

El centro de los fenómenos de pareja ocurre alrededor del tema “idealizar-ser idealizado” (admirar-ser admirado). Consecuentemente las ansiedades están relacionadas con la necesidad de un objeto idealizado y el temor a perderse, por fusión, en la identidad del otro.

El centro de los fenómenos de pareja gira alrededor del tema “poseer-perder al objeto”. La principal característica tiene que ver con la dependencia al objeto y la amenaza de abandono por parte de éste.

El centro de los fenómenos de pareja ocurren alrededor del tema “no poder librarse del otro” (pérdida del espacio no compartible). El otro como un ojo persecutor. Lo opuesto del vínculo de dependencia. La principal ansiedad no consiste en perder al otro, sino en no poder escapar de él. En esta zona colusiva se generan los fenómenos celotípicos, entre muchos otros.

## **Conclusiones**

Hemos intentado ampliar algunas nociones teóricas comprendidas dentro del concepto de self de pareja. Atribuimos a este fenómeno algunas propiedades, como la de ser una representación conjunta formada en la intersección de las relaciones de la pareja. Esta representación conjunta, formada esencialmente a partir del ideal del yo conjunto (y algunos otros elementos) posee ciertas propiedades que aquí hemos intentado desarrollar. Entre otras, posee una representación imaginaria que es vivida como envoltura psíquica, con dos caras, una que mira hacia afuera, hacia los intercambios sociales y las relaciones con los otros yos sociales, y otra cara que mira hacia el interior de la relación, y que es percibida como fusionada con los fenómenos y particularidades surgidos del intercambio en la pareja. Este “interior”, entendido aquí como un “espacio psíquico”, posee “continentes, superficies, escenas, depósitos, enclaves, límites y fronteras” (Kaës, 1993, p. 101), y forma lo que es, de hecho, la parte más importante de la relación misma de pareja.

Planteamos también que esta representación imaginaria, cuya máxima tarea gira alrededor de la negociación de la alteridad, es decir, el reconocimiento del otro en tanto otro yo, y que para ello requiere un proceso largo de desarrollo psicológico y negociación de diferentes necesidades, representaciones y defensas, y que en definitiva surge más bien a contrapelo de la tendencia natural de cada uno de los yos (la primera relación con el otro es, en la mayor parte de los casos, su negación), se organiza alrededor de diferentes núcleos psicodinámicos. El más conspicuo de todos es el Edipo (es decir, el pasaje a la genitalidad, la renuncia a la omnipotencia infantil y a los deseos incestuosos, la resignación a la ley del padre, a la castración), pero no es el único. Este organizador psíquico (en el más amplio sentido del término según Spitz), estructura jerárquicamente y acomoda las demás tendencias pregenitales del vínculo (componentes tempranos de diversa naturaleza: narcisistas, orales, anales, uretrales, etcétera) alrededor de una organización central que, como ya se mencionó, surge de la elaboración de las ansiedades de castración y envidia de los genitales, y a la cual se subsumen las tendencias pregenitales regresivas (las cuales permanentemente ejercen su efecto de influencia y atracción). En algunos casos particulares (y nada infrecuentes), son los núcleos organizadores pregenitales los que toman el control del psiquismo individual y el vínculo de pareja, es decir, la representación conjunta que en ese momento están teniendo los compañeros amorosos, aunque nunca dejan de recibir una influencia importante por parte de la organización genital (ya que esta marca, entre otros, los fenómenos referidos a la sexualidad, al incesto, la escena primaria, la triangulación edípica, la exclusión de los terceros, la trasgresión de la ley, el acceso a la sexualidad y la paternidad, etcétera), componentes todos ellos esenciales para existencia de una relación

amorosa (aun cuando, como se mencionó, su organización central básica se encuentre conformada alrededor de un o varios elementos pregenitales).

Por último, intentamos presentar una serie de modelos relacionales, vinculares, surgidos en la intersección entre dos yos, y conformados u organizados alrededor de varias temáticas fantasmáticas o escenas conjuntas de pareja. Estas escenas representan una organización y una distribución colusiva, en el sentido de Willi (1975), y basadas en elementos derivados de las relaciones objetales, pero también de la teoría del vínculo y las aproximaciones relacionales. Estas temáticas conjuntas, polarizadas, sobrecompensadoras (regresivas para un miembro de la pareja; progresivas para el otro), y que operan “como intento de curación” de la pareja, giran alrededor de cinco temáticas diferentes, dependiendo de la organización genital o pregenital que les da origen: ser ignorado, ser rechazo, depender totalmente del otro, que éste no cumpla las expectativas, y no poder quitárselo de encima.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anzieu, D. (1993). *El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.
- Balint, M. (1979). *La falta básica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1982.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la Pareja Matrimonial*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Bernard, M. (1995). Los grupos internos. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Bleichmar, N. y Leiberman de Bleichmar, C. (1989). *El psicoanálisis después de Freud*. México: Eleia Editres.
- Cao, M. L. y L'Hoste, M. (1995). El imaginario grupal. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas de Sigmund Freud* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Gedo, J. y Goldberg, A. (1973) *Modelos de la mente*: Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1980.
- Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1995.



- Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y Patología*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Kohut, H. (1971). *Análisis del self*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1977.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1979). Fantasma. En *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona, España: Labor.
- Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: Su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Mahler, M. (1975) *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires, Argentina: Marymar.
- Pontalis, J.-B. (1963). Le petit groupe comme objet. En *Après Freud*. París: Gallimard, 1968.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (1997). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1998.
- Sánchez Escárcega, J. (1997). El espacio psíquico de la pareja. *Revista Intercontinental de Psicoanálisis Contemporáneo*, 2 (1), 9-20.
- Spitz, R. (1969). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Winnicott, D. W. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. Estudio de la primera posesión "no yo". En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, España: Laia, 1981.
- Willi, J. (1978). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid, España: Morata, 1993.

### **III**

#### **TÓPICOS Y PROBLEMÁTICAS ESPECIALES EN LAS RELACIONES DE PAREJA**

## 10. DISFUNCIONES SEXUALES: UNA INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA A TRAVÉS DEL ANÁLISIS DE LOS SUEÑOS POSTCOITALES<sup>44</sup>

### Introducción

A continuación expondremos algunas consideraciones teóricas y clínicas sobre el tratamiento de pacientes que sufren de disfunciones sexuales, particularmente enfatizando lo referente a la utilización clínica de los sueños que en algunas ocasiones se presentan enseguida del acto sexual, que en estos casos, muy frecuentemente si no siempre, es de naturaleza altamente insatisfactoria.

La interpretación psicoanalítica de los sueños –la vía regia al inconsciente según Freud–, sigue siendo y probablemente siempre será el material privilegiado que nos permite abordar y conocer las profundidades psicodinámicas de la psique humana. Siendo esto así, los sueños que aquí consideramos y que denominaremos “postcoitales” nos proporcionan una serie de datos sumamente interesantes tanto para la investigación teórica de los fenómenos oníricos como para la práctica clínica psicoanalítica, especialmente la que se refiere al tratamiento de disfunciones sexuales de origen psicológico.

### Sueños Postcoitales

El primer análisis de un sueño postcoital se encuentra de hecho en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900 [1899]) y es *El sueño del jurisconsulto*:

“Sueño que yendo con una dama del brazo, llego frente a mi casa. Ahí aguarda un coche cerrado, un señor se encamina hacia mí, se acredita como agente de policía y me exhorta a seguirlo. Le ruego que me deje un poco de tiempo para ordenar mis asuntos” (p.172).

El jurisconsulto había pasado la noche con una mujer casada utilizando como método contraceptivo el coito interrumpido. En sus asociaciones propuso que el policía lo acusaba de infanticidio, recordando que ya en una ocasión había tenido relaciones con una mujer que había terminado abortando. Freud interpretó el sueño como el cumplimiento de un deseo: “el de no haber engendrado un hijo o, lo que importa lo mismo, de haberlo matado”.<sup>45</sup>

---

<sup>44</sup> Una versión preliminar apareció publicada originalmente en Sánchez Escárcega, J. (1988). La interpretación psicoanalítica de los sueños postcoitales en el tratamiento de disfunciones sexuales. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 1(2), 245-255.

<sup>45</sup> Delage en 1891 había ya escrito sobre los sueños de parejas casadas: “Si han estado intensamente enamorados casi nunca habrán soñado uno con el otro antes del matrimonio o

En 1908 Adler publicó *Dos sueños de una prostituta*, con la idea de dar respuesta a la pregunta ¿con qué sueña una persona que tiene una actividad sexual excesiva? Estos sueños eran fantasías de castigo a través de enfermedades venéreas, así como fantasías de muerte combinadas con impulsos homosexuales.

Ya en 1928 Fenichel señalaba:

“Los sueños después del coito también proporcionan una valiosa visión interna de la psicopatología del orgasmo y demuestran claramente la respuesta inconsciente a la satisfacción sexual o a la falta de ésta. Proporcionan información sobre el significado del acto sexual en varios tipos de neurosis, sobre el simbolismo sexual específico que es particular en cada soñante y sobre las defensas empleadas para contrarrestar la culpa o ansiedad producida por la relación sexual”.

En general la teoría psicoanalítica siempre ha hecho una correlación entre dificultades sexuales y neurosis. Freud, Ferenczi, Reich y otros, por ejemplo, no sólo convinieron en que los trastornos emocionales repercutían en el área de la conducta sexual, sino que, por lo menos en las primeras épocas del psicoanálisis, llegaron a considerar que la práctica sexual “patológica” era la causa de la mayor parte de las histerias, neurosis de angustia, neurastenias y demás cuadros clínicos que se conocían en ese entonces. Sin embargo, para fines de nuestro trabajo, nos referiremos únicamente a unos cuantos de estos autores.

Freud (1900 [1899]) y Schneider (1954) hablaron de cómo las sensaciones corporales (táctiles, cenestésicas) aparecen en el sueño, pero con otros simbolismos. Por ejemplo, Schneider menciona la influencia del laberinto del oído y las sensaciones del corazón –ritmo cardíaco, golpeteo en el pecho– en la creación de sueños en los que el sujeto vuela o no pesa nada. Los relaciona con deseos sexuales reprimidos.

Kanzer (1955) y Fenichel (1982) hablan de los sueños con eyaculación, después del coito, como originados en la falta de satisfacción en la relación sexual debido a la movilización de angustia ante la vista de los genitales castradores; y cómo el orgasmo (y los sueños “blancos” o “vacíos”) aparecen como anulación de esa castración.

Bergler (1946) y Fenichel (1982) llaman la atención hacia la inhabilidad del paciente neurótico para dormir después del acto sexual.

Blaustein (1975), por su parte, reporta el sueño de un eyaculador precoz, cuyo simbolismo es la urgencia de obtener rápidamente, castigando inconscientemente, a una madre no gratificante.

Sin embargo, quizás sea el trabajo de Eisenstein (1978) el más completo sobre el tema de los sueños postcoitales y su utilización en el tratamiento de neuróticos. Este autor

---

durante la luna de miel; y si han tenido sueños de amor han sido para incurrir en infidelidad con alguna persona indiferente u odiosa” (p. 103, Freud, 1900 [1899]).

Menciona que:

“La conexión directa entre sueños y experiencia sexual –una relación fija del sueño a la realidad– ofrece ciertas ventajas que encuentran aplicación práctica en la terapia (...) Además, la interpretación de esta categoría de sueños se facilita por el hecho de que el estímulo del sueño es un factor conocido que clarifica el contenido manifiesto y facilita la elaboración por asociaciones”.

Por último, acerca de la función de la elaboración del trauma mediante el sueño, se encuentran el clásico trabajo de Grinberg (1951), y el de Alvarez de Toledo, Grinberg y Rascovsky (s/f).

Pero, ¿por qué los sueños? ¿Qué valor tienen para el psicoanalista?

“Los sueños no son el absurdo que parecen ser. Nos impresionan como carentes de sentido sólo porque otra parte del aparato mental llamada por Freud ‘la censura onírica’ desfigura y disfraza las fantasías que satisfacen los deseos, hasta el punto de volverlos irreconocibles. Los deseos que amenazan interrumpir el dormir son por lo general inaceptables para las partes de la personalidad adaptadas a la sociedad. Comúnmente son deseos que han sido excluidos de la conciencia –reprimidos, según la expresión de Freud– durante la vigilia. La censura onírica continúa esforzándose por mantenerlos reprimidos mientras estamos durmiendo. (...) A fin de conseguir datos para descubrir el significado oculto de un sueño, Freud utilizaba el método de la asociación libre. (...) Mediante esas asociaciones Freud trató de reconstruir ‘los pensamientos oníricos latentes’, pensamientos que presumiblemente han desempeñado un papel en la formación del sueño. Freud llamó a estas ideas oníricas latentes ‘contenidos latentes’ del sueño y los distinguió cuidadosamente del texto onírico real o ‘contenido manifiesto’ del sueño. Comparando el contenido latente con el manifiesto, trató de descubrir qué es o qué transforma los pensamientos oníricos latentes en contenidos oníricos manifiestos. A este proceso de transformación lo denominó ‘elaboración onírica’” (French, 1978, pp. 45-46).

### **Consideraciones teóricas**

Sabemos, decía Freud (1900 [1899]), que una idea inconsciente, como tal, es incapaz de entrar en el preconscious, y que sólo puede ejercer una influencia ahí estableciendo contacto con una idea inocua que ya pertenezca al preconscious, a la que transfiere su intensidad, y a través de la cual logra expresarse. A estos fragmentos de las experiencias habidas generalmente en las últimas 24-48 horas previas a la noche del sueño, Freud los llamó “restos diurnos”, los cuales no deben confundirse con la situación emocional que instiga o precipita el sueño, y que es el “contexto relevante” (Roland, 1972; Santamaría, 1975). En el caso de los sueños postcoitales, objeto de este trabajo, este contexto relevante es el acto sexual frustrante.

Pero también el sueño incorpora la masa multitudinaria de pensamientos, lecturas,

imágenes visuales, auditivas, etcétera, en fin, todas las cosas experimentadas, aún las más superficiales, en la vida de una persona. De éstas, sólo son escogidas aquéllas que parecen particularmente útiles para representar algún material inconsciente, llevándose a cabo, por lo tanto, una selección y no una simple repetición de eventos de la vida diurna.

Así, en el trabajo del sueño, es decir, en la transformación de los pensamientos inconscientes en objetos configurados como imágenes, se ha logrado la amalgama de restos diurnos y representaciones preconscientes con los impulsos y representaciones instintivas, a raíz de lo cual la regulación interna que mantiene la homeostasis psíquica pone en juego la proyección alucinatoria.

El acto de soñar es de por sí una regresión a las más tempranas circunstancias del soñante. Su función adaptativa (Eigen, 1979; Grinberg y Grinberg, 1960) está constituida por el intento de “manejar” o solucionar –si no verdaderamente “dominar”–, los conflictos psíquicos potencialmente dolorosos engendrados en las complejidades de la vida de vigilia, o sea, en el conflicto entre la expresión instintiva y la oposición de la realidad y el superyó.

El sueño, más que cualquier material, nos ayuda a situar en el paciente sus fijaciones pulsionales y a penetrar en los conflictos de las fases pregenitales de la evolución psicosexual (Martins, 1961) por lo que su utilización clínica analítica asume carácter de material privilegiado.

Por último, hay que señalar que los sueños son comunicadores y tienen una función comunicativa (Kanzer, 1955; Lewin, 1946) que se expresa en un tipo bien definido de lenguaje: el lenguaje simbólico de las comunicaciones inconscientes, originado en el reservorio principal de imágenes visuales inocuas, no verbales.

La existencia de una estrecha relación entre las emociones y la sexualidad es un hecho de conocimiento común. El psicoanálisis demuestra invariablemente que las situaciones específicamente rehuidas, o las funciones inhibidas, tienen un significado inconsciente sexual o agresivo. Ciertos trastornos de la función sexual se presentan en toda neurosis y psicosis, y pueden incluir manifestaciones tan diversas como la aversión o la falta de interés en el acto sexual, la incapacidad de tener o mantener una erección, la eyaculación retardada o la precoz, el coito y la eyaculación sin orgasmo, etcétera. En los hombres, generalmente el conflicto más importante en la base de todos estos síntomas está relacionado con las *ansiedades de castración*, es decir, los temores inconscientes vinculados con la lesión o pérdida de los genitales. En las mujeres, la anorgasmia es probablemente la disfunción más común, aunque también se dan casos de mujeres que acuden a tratamiento por trastornos serios de la menstruación (incluyendo la amenorrea total), por esterilidad, por incapacidad para llevar a término un embarazo, etcétera.

### **Disfunciones sexuales**

Las motivaciones psicológicas de la anorgasmia, por ejemplo, son análogas a las de la impotencia masculina. Por lo general, de acuerdo a la teoría clásica, se refieren a

temores de ser dañada por el pene y a los temores de quedar embarazada o a tener que pasar por un parto. En un nivel más profundo, en ambos sexos, estos temores pueden equipararse a fantasías relacionadas con ser completamente aniquilado o muerto en el acto sexual.

Además de estos factores básicos –que pueden ser considerados como el denominador común en todos los síntomas de disfunción sexual–, encontramos otros factores psicológicos de importancia variable (Alexander y Szasz, 1978). Uno de ellos es el efecto que ejercen las *teorías sexuales infantiles*, que a menudo tienen la más profunda influencia sobre el desarrollo ulterior y sobre las manifestaciones del impulso sexual. Otro, igualmente importante, es la naturaleza de la *organización pregenital de la libido* en cada persona, es decir, la relativa importancia que adquieren las zonas oral, anal, uretral, fálica, y otras partes del cuerpo, en la historia infantil del individuo.

“En el trayecto hacia la genitalidad madura, tanto la libido como los impulsos agresivos pasan por diversas fases del desarrollo y, a consecuencia de diversos factores internos y externos, una parte importante de esta libido y de esta agresividad puede quedar detenida, o sea, fijada, en una de estas fases. En realidad, estas fases del desarrollo nunca desaparecen totalmente de la psique y forman parte de la genitalidad madura, pero hablamos de fijación cuando el monto de energía libidinal y agresiva retenida es suficientemente importante para producir una perturbación seria de la vida instintiva –y, por lo tanto, de la personalidad– y para facilitar la regresión” (Coderch, 1975, pp. 80-81).

Reich (1983), define el potencial orgásmico para el acto sexual placentero como “la capacidad de abandonarse sin inhibiciones al libre fluir de la energía biológica” y como “la capacidad para descargar completamente toda la excitación sexual estancada a través de las contracciones involuntarias de toda la musculatura”. Más adelante menciona también que es “la capacidad para concentrarse con toda la personalidad sobre la experiencia orgásmica, a pesar de posibles conflictos”.

Para Reich, el criterio más importante de la potencia orgásmica es “las contracciones involuntarias del organismo y la completa descarga de la excitación”; en otras palabras, “la capacidad para la excitación y el posterior aflojamiento completo de la tensión” (ibid.).

Tallaferro (1983) señala que la intensidad del placer en el orgasmo “durante un coito que esté libre de ansiedad y displacer y que no se acompañe de fantasías conscientes” depende de la cantidad de energía que previamente se haya concentrado en los genitales, y que, “sólo el músculo que se contrae y relaja en toda su posibilidad es capaz de catabolizar energía bruscamente”.

“La conciencia está concentrada en la percepción de las sensaciones placenteras, y el yo participa en esa actividad intentando agotar todas las posibilidades de placer, tratando de alcanzar un máximo de tensión antes que sobrevenga el

orgasmo. Casi está de más decir que esto no se lleva a cabo por medio de intentos conscientes, sino que es totalmente espontáneo y diferente para cada individuo sobre la base de experiencias previas, por un cambio de posición, por la manera y ritmo de la fricción, etcétera. (...) La conducta de un sujeto normal durante el acto sexual es espontáneamente suave y gentil, pero corresponde aclarar que no es así por formación reactiva, es decir, que no lo hace para inhibir tendencias opuestas tales como impulsos sádicos, sino que siente y actúa con suavidad frente al objeto porque tan sólo siente amor hacia él, expresión de haber superado la ambivalencia, ya que según la clasificación de Abraham, la etapa genital es post-ambivalente” (p. 279-281).

En cambio, para el individuo con trastornos emocionales, el acto sexual es una fuente de frustración y tensión debido a sus conflictos inconscientes, como por ejemplo el acto sexual agresivo que se presenta en muchos caracteres obsesivos y que es movilizado por la liberación de impulsos sádicos; la inactividad que tienen durante el coito muchos caracteres pasivo-femeninos; el llamado “coito onanístico” con un objeto no querido del cual se prescinde; la pasividad excesiva en mujeres debido a la movilización de fantasías masoquistas inconscientes de violación, y que a su vez son una forma de esquivar la culpa que estas fantasías despiertan (como si dijeran “yo no quise, me lo hicieron a la fuerza”); la penetración violenta de los caracteres sádico-obsesivos; la prisa ansiosa del eyaculador precoz, etcétera.

### **Metapsicología de los sueños postcoitales**

Los impulsos pregenitales –cuyos derivados se encuentran en todo momento presentes en los síntomas del paciente– constantemente buscan satisfacción en el coito, pero quedan bloqueados por las fuerzas de la represión. De cualquier forma, en algunas ocasiones estos impulsos infantiles conflictivos encuentran una vía inmediata de gratificación en los sueños que siguen al acto sexual, y el estudio de estos sueños contribuye significativamente al entendimiento de las reacciones y estados postcoitales (Eisenstein, 1978).

Como es bien sabido, la función del sueño sirve, en general, para hacer posible el dormir incluso en las condiciones adversas de persistencia de investiduras inconscientes. Un aumento cuantitativo de estas investiduras onírógenas puede poner en peligro la posibilidad de mantener el estado del dormir en forma adecuada. Especialmente la excitación sexual sin gratificación total (“la excitación sexual frustránea”, de Freud) favorece el insomnio (Fenichel, 1982, p. 221). Para lograr que se cumpla la función del sueño es necesario excluir las tensiones del organismo. De hecho, muchas veces, las perturbaciones neuróticas del dormir se basan en una imposibilidad de relajamiento. En el neurótico, esta imposibilidad se debe a causas internas. El aferrarse a ciertas investiduras, a pesar del deseo de dormir, tiene igual efecto que la tensión continuada de ciertos músculos.

Los eslabones intermedios entre el acto sexual y el sueño aparentemente inocuo



sin sentido, pueden ser ideas que tienen su origen en cualquier zona erógena y en cualquier instinto parcial.

El proceso de dormirse provoca una reactivación de los niveles arcaicos de conciencia del yo, y las formas arcaicas de experiencia del yo, a su vez, se convierten en representantes de excitaciones sentidas en el período más temprano de desarrollo (Fenichel, 1982, p. 222).

Las personas que tienen represiones erótico-orales, erótico-cutáneas, etcétera (y los estados del yo por los que deben pasar en el momento de dormirse, en especial después del coito) provocan tales recuerdos. Estos recuerdos son sentidos, en consecuencia, como tentaciones prohibidas –impulsos y defensas– al mismo tiempo (Fenichel, 1982, p. 222).

La reducción de las funciones del yo que tiene lugar en el dormir es temida, a la vez, como una pérdida de las funciones de censura sobre los impulsos reactivados por el acto sexual precedente, es decir, como una oportunidad de hacer todo lo que se desea, y un castigo, una muerte, una castración, consecuencia terrible ésta del hecho de proponerse actividades instintivas (Fenichel, 1982, p. 228). Como resultado de esta reactivación de impulsos arcaicos, y el consecuente temor al castigo por parte del superyó, el yo pone en acción, con más o menos éxito, diversas medidas destinadas a recuperar el control perdido. Entre estas medidas está la producción de sueños de elaboración. Por otro lado, las sensaciones corporales experimentadas en el coito persisten al dormir y son representadas en los sueños. La sensibilidad táctil, cenestésica, y general, conectada con los eventos del día anterior, aparece en el sueño, pero con otros significados (Eisenstein, 1978). El simbolismo común del acto sexual también representa la traducción directa de las percepciones del yo corporal al lenguaje del proceso primario.

“Una característica sorprendente de los sueños postcoitales es la vívida plasmación en el contenido manifiesto del sueño de las sensaciones corporales conectadas con el coito. Desde un punto de vista teórico, resultaría que el acto sexual, en el proceso de tensión y descarga atrae hacia sí extraordinarias cargas de pulsiones libidinales que intervienen directamente en la naturaleza de la formación subsiguiente de sueños. Los órganos genitales investidos a continuación pierden la mayor parte de sus cargas debido a la satisfacción parcial o total. Las zonas pregenitales y sus objetos son rápidamente sobreinvertidos a tal grado que sobrepasan las defensas ordinariamente responsables de las distorsiones en el contenido manifiesto del sueño. El efecto resultante, la representación directa, queda de manifiesto en los sueños subsiguientes que en parte son ecuaciones inconscientes y en parte ‘comentarios’ sobre el acto sexual precedente, condensado con satisfacción regresiva de deseos inconscientes” (Eisenstein, 1978).

### **Ejemplos**

A continuación, pasaremos a exponer algunas viñetas clínicas que ayuden a ejemplificar lo que hasta aquí hemos expuesto:

Un joven de 25 años asiste a tratamiento por un problema de eyaculación precoz de tipo primario (es decir, desde siempre ha presentado este síntoma, a pesar de haber experimentado con diversas parejas sexuales). Reporta en una de las primeras sesiones los siguientes sueños:

“Estoy en la universidad y salgo al corredor que se encuentra afuera del salón de clases, pero el piso y el barandal están hechos de pequeños palitos de madera, como una balsa. Cuando quiero cruzar empieza a bambolearse y luego a temblar muy fuerte. Mis amigos me gritan que no pase porque el suelo se empieza a abrir y me puedo caer dentro. Yo no les hago caso y trato de dar un gran brinco. Logro pasar sin caerme y eso me da gusto”

A continuación relata un segundo sueño:

“Iba yo en mi coche y tres amigos me piden que los lleve. En una esquina vemos a una muchacha pidiendo ‘aventón’ y la subimos. Se sienta atrás y al rato nos damos cuenta de que no trae ropa interior. Eso nos excita a todos. Mis amigos bajan en un lugar y yo le digo a la muchacha que la llevo a su casa. Después de que se baja yo me doy la vuelta y me estaciono para tratar de espiar dónde vive. Me asomo por una ventana de la cocina y me doy cuenta de que esta muchacha mata hombres. Me voy corriendo”.

Este paciente refiere que la noche anterior tuvo relaciones sexuales con su actual pareja y que al igual que siempre no pudo controlar su eyaculación. Sin referirnos por el momento a las asociaciones del paciente, podemos observar en el contenido manifiesto del primer sueño no sólo una muy interesante representación de símbolos fálicos y coitales (los palitos de madera, la balsa que se bambolea, el fuerte temblor) sino la fantasía básica subyacente a su eyaculación precoz: el temor a “caer dentro”, a ser “tragado” por la vagina y por la pareja. Igualmente es bastante clara la voz de alarma, puesta en los amigos, que lo previene del peligro, y cómo con “el gran brinco” (debemos entender aquí, “con eyaculación precoz”) logra “salvarse” de quedar atrapado, es decir, castrado.

Del segundo sueño baste mencionar que explicita aún más la relación entre excitación-acto sexual y temor a ser dañado, devorado y muerto, así como tendencias escotofílicas. Asimismo, ambos sueños dejan entrever ciertas fantasías homosexuales como resultado de situaciones tanto edípicas como preedípicas, no resueltas (por ejemplo, la necesidad de los amigos en el segundo sueño como protección contra la mujer castrante, o los amigos impidiendo que él sea “atrapado” en el primer relato; en otro nivel, estos compañeros representan al analista).

Del mismo paciente, también en ocasión de una relación sexual frustrada por su problemática, presentaremos un fragmento onírico reportado unos meses después:

“Voy en tren con dos compañeros a quienes no conozco. Sé que uno de ellos es bueno, pero el otro me produce mucha desconfianza, puede ser un enemigo malo. El tren tiene que pasar por un gran puente sobre un precipicio. Aparentemente todo va bien, pero de repente el tren sale de la vía y caemos al vacío. Creo que todos salimos ilesos”.

El análisis demostró en esta ocasión que los dos amigos representan dos imágenes de él (y sus objetos internos) escindidas y en lucha. Transferencialmente representa una actitud ambivalente hacia el analista. Un deseo de introyectarlo como un objeto bueno y confiable, al mismo tiempo que existe un temor retaliativo por la hostilidad proyectada sobre él. El tren que descarrila sobre el precipicio al momento de cruzar el puente también representa la percepción de la eyaculación precoz, pero también, si lo comparamos con los dos primeros sueños, representa el deseo, y con ello la angustia, de “permitirse caer”, esperando salir ileso.

Presentaremos ahora el caso de una mujer anorgásmica de 26 años de edad que relata el siguiente sueño que tuvo después de una relación sexual.

“Estoy en una casa amplia, de dos pisos. Hay unas escaleras de madera, enceradas, brillosas. Subo con angustia porque no sé que hay arriba. Llego al segundo piso y veo que es un cuarto vacío, sin muebles. En un segundo momento veo a un hombre en silla de ruedas y siento que me quiere atacar sexualmente, pero trato de no asustarme porque sé que está paralítico. Pero de repente se levanta y me quiere agarrar. Yo bajo las escaleras corriendo”.

En el sueño se refleja nítidamente el proceso de excitación (subir al segundo piso, escaleras brillosas y enceradas), pero también su miedo a abandonarse a sus sensaciones sexuales (subir con angustia por temor a encontrar “algo” peligroso) y el orgasmo frustrado (cuarto vacío, sin muebles). Este cuarto también la representa a ella: percibiéndose carente de objetos buenos, cálidos y acogedores debido al predominio de impulsos e imágenes internas persecutorias que intenta ubicar y controlar, sin mucho éxito, en el paralítico que la quiere atacar y que la lleva finalmente a huir de su propia excitación (el descenso apresurado de las escaleras). Sin pretender agotar la interpretación del sueño, diremos que el hombre en la silla de ruedas condensa las imágenes internas del padre, del compañero sexual y del analista a quienes ella desea excitar y paralizar, es decir, castrar, por las ansiedades paranoicas que le despiertan.

A continuación reproducimos un sueño de un paciente que sufre de eyaculación precoz la mayor parte de las veces que realiza el coito. La relación sexual que dio origen al siguiente sueño fue calificada en esta ocasión de “satisfactoria”, principalmente porque pudo controlar su eyaculación más tiempo del acostumbrado.

“Decido fugarme con mi novia. Voy a buscarla a su casa y veo que vive en un castillo. Pienso que debe ser muy rica. Nos subimos a un caballo blanco pura sangre de su papá y echamos a correr. Ella viene sentada detrás de mí. Me llama

la atención la velocidad tan impresionante del caballo y me da miedo no poder controlarlo. Suena la alarma del castillo. Me da temor que los guardaespaldas cierren las rejas antes de poder cruzarlas. Finalmente no hacen nada porque no sospechan que nos estamos fugando. Seguimos corriendo y M. (novia) dice que se quiere regresar, que todo será inútil. Yo le digo que no”.

Este paciente, de marcado carácter obsesivo, refiere espontáneamente de la noche anterior que pudo controlar su eyaculación (caballo blanco) lo suficiente para que su pareja tuviera un orgasmo (alcanzar a cruzar las rejas del castillo), a pesar de que constantemente sentía la urgencia de eyacular (la velocidad tan impresionante del caballo que teme no poder controlar). Es interesante llamar la atención en este punto sobre la representación de las sensaciones cenestésicas del coito por medio del “ir montando a caballo”; un simbolismo bastante común en este tipo de sueños (obsérvese también representaciones similares en los sueños mencionados más arriba).

Del análisis de este paciente se pudo concluir que el síntoma de eyaculación precoz se hallaba asociado:

1) a fijaciones anales, donde el controlar la eyaculación era equiparado inconscientemente a controlar esfínteres y por lo tanto dar gusto a la madre y quedar sometido a ella (de hecho, el control de esfínteres en la infancia había sido alcanzado sólo por el temor a una madre bastante sádica y sometedora). Así, para este hombre, la eyaculación precoz resultaba la mejor forma de obtener parcialmente una satisfacción sexual sin tener que gratificar ni someterse a la madre-novia; y asociado,

2) a una conflictiva edípica, con fantasías de robar al padre su potencia y obtener para sí a la madre (en el sueño representado por el robo del caballo y la novia) con la consiguiente culpa y ansiedad (alarma del castillo) y fantasías de retaliación y castración (guardaespaldas amenazando, rejas que se cierran aprisionándolo). En otro nivel, este último elemento representa la elaboración de una fantasía bastante repetitiva en pacientes que sufren de eyaculación precoz: la fantasía de la “vagina dentada”.

Otro ejemplo más es el de un paciente que sueña lo siguiente después de tener relaciones sexuales con su pareja, una mujer casada (él mismo también está casado). La relación sexual incluyó coito y posteriormente sexo oral con eyaculación. Al despedirse, el paciente se quedó con una sensación de angustia, ya que era la última vez que se veían antes de las vacaciones con sus respectivas familias.

“En el sueño íbamos Carla y yo en un automóvil bastante viejo, un Cadillac blanco de esos largos y grandes que había antes. Alguien manejaba, había ocurrido algo placentero y me sentía bien. Ella entonces pedía que nos detuviéramos. Bajábamos del auto, yo no entendía, descubría que estaba descalzo y el suelo lleno de piedras, me lastimaban los pies. Entonces Carla, prácticamente sin mediar palabra, decía que se tenía que ir y subía a otro automóvil, un VW rojo también muy destartado. En el asiento delantero iban dos personajes, no alcanzaba a

verles la cara porque tenían cubierto el rostro con cera, como si les hubieran derretido una vela encima. Carla le limpiaba un poco la cara a uno de ellos, me parecía que era su marido. Yo no entendía por qué se tenía que ir. Intentaba alcanzarlos, pero el auto blanco era ahora una bicicleta, vieja y destartalada. No era fácil pedalear, se atoraba, había que mover una palanca o algo así. La bicicleta se iba un poco hacia atrás porque estábamos en una pendiente, sentía miedo de caer en un precipicio. Finalmente avanzaba, pero con dificultades, no entendía por qué o a dónde se llevaban a Carla, pero la sensación era de gran desasosiego”.

Las asociaciones del paciente refieren que la cera podría parecer semen, una gran eyaculación, y de ahí al relato de su encuentro sexual del día anterior. Los dos personajes que se encontraban cubiertos de semen podrían ser Carla y su marido; su asociación es que en un momento él pensó, poco después de tener relaciones sexuales, y ante el sentimiento triste de que dejarían de verse durante algunas semanas, que si bien ella se iría con su esposo, quien la disfrutaría todo el viaje, él se estaba “cogiendo” a ambos en ese momento. Contrariamente a mi expectativa de que la bicicleta vieja y deteriorada, que no puede ascender y amenaza irse hacia abajo y hacia atrás, podría estar relacionada con un momento de pérdida de erección o algo similar, el paciente relata que más bien lo que sintió fue una gran angustia ante la separación y pérdida temporal de Carla. La bicicleta le recuerda imágenes infantiles y, sobre todo, la frase popular “pedalear la bicicleta de otro”, para referirse al engaño o la infidelidad (además, nuevamente recupera las típicas sensaciones cenestésicas del acto sexual que tienden a expresarse visualmente, como aquí queda demostrado, en representaciones relacionadas con montar a caballo, subir escaleras, columpiarse, etcétera). Así que el sueño puede traducirse entonces en una típica realización de deseos: él no es impotente ante la pérdida de su amada; no es que tenga que verla alejarse con las sensaciones infantiles de abandono y debilidad del niño que pierde a la madre, sin pies (calzado) como para seguirla, sin el gran Cadillac blanco fálico que acaba convertido en una bicicleta vieja y descompuesta; al contrario, él tiene la potencia sexual más grande, como para eyacular omnipotentemente sobre ambos”.<sup>46</sup>

Por último, presentaremos el caso de una paciente predominantemente anorgásmica, que además acaba de pasar por la situación de un aborto provocado:

“En el sueño me veía extraordinariamente flaca, como si estuviera muy enferma. Me daba cuenta de que se me habían metido unos bichos muy dañinos al estómago, tal vez amibas. Eran triangulares, anchas y llenas de pelos. Como con ‘ojitos’. Eran tres”.

Relata que anteriormente al sueño tuvo relaciones sexuales, muy poco satisfactorias debido a la preocupación de no quedar embarazada nuevamente, a pesar

---

<sup>46</sup> Cuando le preguntaba acerca del tamaño que tendría que tener la gran vela encendida que podría cubrir a ambos con esa cantidad de cera, no pude evitar recordar una típica poesía pícaro de mis años de escuela primaria: “Todo pasó en un momento;/ me la encontré en el portal;/ le levanté el faldamento/ y con el cirio pascual/ le iluminé el firmamento/ del pecado original”.

de precauciones contraceptivas. Sus asociaciones sobre los “bichos”, inmediatamente conducen a imágenes de espermatozoides y penes. A la vez que el sueño muestra un cumplimiento de deseo (estar flaca y no embarazada), también representa el deseo contrario: tener “bichos con ‘ojitos’” dentro del estómago (bebés). Se puede ver asimismo plasmada la asociación del coito-embarazo con enfermedad, sufrimiento y daño interno. Un análisis más profundo condujo a poner de manifiesto sentimientos de rivalidad y envidia hacia la madre en la situación edípica, así como la fantasía inconsciente de haber sido dañada en su interior –en su capacidad sexual y procreativa– como castigo por sus deseos infantiles de robar el pene del padre y los hijos a la madre (el hecho de que pacientes con estas características no pocas veces queden embarazadas y aborten ha sido exhaustivamente estudiado por Langer, 1987).

### **Nota final**

Para una persona que sufre de disfunciones sexuales el acto sexual es un evento de “puesta a prueba”, y los sueños que le siguen quedan usualmente investidos de una considerable significancia emocional. El análisis de estos sueños es un medio de señalar algunas defensas, así como de mostrar convincentemente los temores inconscientes y deseos infantiles involucrados en la relación sexual no satisfactoria y que contradice la búsqueda consciente de gratificación sexual. Igualmente, en la determinación del pronóstico, así como en la evaluación del progreso del paciente hacia una madurez y salud psicosexual, o por el contrario, en la evaluación de sus resistencias inconscientes al cambio, la interpretación psicoanalítica de los sueños postcoitales contribuyen de una manera muy significativa al tratamiento de los desórdenes sexuales de origen psíquico.

### **BIBLIOGRAFÍA**

- Adler. A. (1908). Zwei traume einer prostituiererte. Ztschf fur Sexualwissensch. En B. Eisenstein (1978). Dreams following intercourse. *Psychoanalytic Quarterly*, 26, 208.
- Alexander, F. y Szasz, T. (1978). El enfoque psicodinámico en medicina. En F. Alexander (Ed.), *Psiquiatría dinámica*. Buenos Aires: Paidós.
- Álvarez de Toledo, L. G., Grinberg, L. y Rascovsky, A. (s/f). *Los sueños en la clínica psicoanalítica contemporánea*. Trabajo inédito de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Bergler, E. (1946). *Unhappy Marriage and divorce*. New york: International Universities Press.
- Blaustein, A. (1975). A dream resembling the Isakower Phenomen: a brief clinical contribution. *International Journal of Psycho-Analysis*, 56, 207-208.

- Coderch, J. (1975). *Psiquiatría dinámica*. Barcelona: Herder.
- Eisenstein, V. (1978). Dreams following intercourse. *Psychoanalytic Quarterly*, 26, 208.
- Eigen, M. (1979). On the defensive use of mastery. *American Journal of Psychoanalysis*, 39 (3).
- Fenichel, O. (1982). *Teoría psicoanalítica de las neurosis*. Buenos Aires: Paidós.
- French, T. (1978). Los sueños y la conducta racional. En F. Alexander (Ed.) *Psiquiatría dinámica*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1900 [1899]). La interpretación de los sueños. En *Obras completas de Sigmund Freud* (Vols. 4 y 5). Buenos Aires: Amorrortu.
- Grinberg, L. (1951). La situación traumática como etiología común del sueño y el síntoma agudo. *Revista de Psicoanálisis*, 8.
- Grinberg, L. y Grinberg, R. (1960). Los sueños del día lunes. *Revista de Psicoanálisis*, 7, (oct- dic), 449-455.
- Kanzer, M. (1955). The communicative function of the dream. *International Journal of Psycho-Analysis*, 36.
- Langer, M. (1987). *Maternidad y Sexo*. México: Paidós.
- Lewin, B. (1946). Sleep, The mouth and the dream screen. *Psychoanalytic Quarterly*, 21, 419- 434.
- Martins, C. (1961). Utilización del sueño como medio de acceso primordial al conflicto pregenital básico. *Revista de Psicoanálisis* (número extraordinario), 99-109.
- Reich, W. (1983). *La función del orgasmo*. Buenos Aires: Paidós.
- Roland, A. (1972). The context and unique function of dreams in psychoanalytic therapy: a clinical approach. *International Journal of Psycho-Analysis*, 52, 431-439.
- Santamaría, A. (1975). La interpretación de los sueños en 1975. *Cuadernos de Psicoanálisis*, 9 (1-2), 113-128.
- Schneider, D. (1954) dream Flying and dream weightlessness. *International Journal of Psycho-Analysis*, 33, 134.
- Tallaferro, A. (1983). *Curso básico de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

## 11. LA DEPENDENCIA EMOCIONAL EN LAS PAREJAS<sup>47</sup>

Con Aurora Avendaño Barroeta

### Introducción

El objetivo de este trabajo es identificar los conceptos generales de dependencia emocional presentes en algunas parejas, así como su dinámica y los mecanismos inconscientes que conforman estos vínculos. El marco teórico del que partimos es el psicoanalítico, concretamente desde la teoría de las relaciones objetales y vinculares. Principalmente nos referiremos a los conceptos de *polos* o *soportes* narcisistas, simbióticos y esquizoides del self de pareja y su relación con los mecanismos de colusión e identificación proyectiva.

Una forma de referirse a las parejas emocionalmente dependientes es como parejas codependientes. Sin embargo este término se utiliza más comúnmente para referirse a cualquier dependencia relacional, aunque también en otras ocasiones se restringe su uso a los allegados a alcohólicos y drogadictos (frecuentemente familiares o parejas).

Las dependencias relacionales pueden ser *genuinas* cuando es esta la única patología por dependencia afectiva existente, o *mediatizada* (por otro trastorno adictivo), cuando el sujeto depende o convive con un sujeto adicto (por lo común a drogas o alcohol). Sirvent (2001) plantea que las dependencias relacionales se pueden subdividir funcionalmente en aquellas que tienen *entidad propia*, es decir, las denominadas dependencias emocionales (tales como adicción al amor, interdependencia, dependencia afectiva, etcétera), y otras *secundarias a trastornos adictivos* (sobre todo a drogas y alcohol) como la codependencia y la bidependencia.

La tendencia más actual es a considerar las dependencias relacionales como trastornos de conducta debido a sus rasgos afines, por lo que resulta necesario realizar un diagnóstico diferencial entre éstas y algunas otras alteraciones del carácter, tales como la personalidad limítrofe, el trastorno de personalidad por dependencia y la personalidad antisocial.

Otra diferencia conceptual que resulta necesario establecer es entre *codependencia*, *bidependencia* y el resto de *dependencias emocionales*:

---

<sup>47</sup> Trabajo presentado en el XV congreso de la Federación Latinoamericana de Psicoterapia Analítica de Grupo en la ciudad de Zacatecas, Zac. 17-19 de octubre de 2002 y luego publicado en Avendaño, A. y Sánchez Escárcega, J. (2002). La dependencia emocional en las parejas. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 4 (1), 91-97.



“La *codependencia* sería la peculiar relación de dependencia que establece un sujeto *normal* (por lo común familiar o muy allegado) respecto a un sujeto adicto (se ha descrito sobre todo con alcohólicos). (...) También se considera *codependencia* cuando la persona que convive con un alcohólico (o adicto a otra sustancia) hiperprotege y justifica los comportamientos aberrantes de este. (...) La *bidependencia* se refiere a la dependencia relacional que puede presentar un sujeto adicto, añadida a su propia adicción, y que tiene unas características distintas del resto de dependencias relacionales” (Sirvent, 2001, p. 5).

Por ultimo, la dependencia emocional es el término que se utiliza para referirse al resto de las dependencias relacionales (adicción al amor, interdependencia, dependencia afectiva, etcétera) y que será el objeto del presente trabajo.

**SD:** sujeto dependiente.

**SND:** sujeto no dependiente.

1. Codependencia = **SND / SD** la *codependencia* es la dependencia relacional de un sujeto **no adicto** respecto a un sujeto **adicto**.
2. Bidependencia = **SD / SND (ó SD)** la *bidependencia* es la dependencia relacional de un sujeto **adicto** respecto a un sujeto **no adicto** (o también **adicto**).
3. Dependencia emocional = **SND / SND** la *dependencia emocional* es la dependencia relacional entre dos sujetos **no adictos**.

### Diferencias entre codependencia, bidependencia y dependencia emocional (Sirvent, 2001)

#### El psiquismo de las parejas

Desde el principio de la vida –o posiblemente antes, desde las fantasías preconceptivas de los padres– estamos en contacto con una pareja, con un “otro”. Lo hacemos desde dos vías, desde dos modalidades de relación: a partir de ser los depositarios del ideal del yo de los padres proyectado en nosotros, y a partir de ser los depositarios o representantes externos del objeto interno anaclítico de ellos; es decir, dos modalidades derivadas, una, del vínculo narcisista, y otra, del vínculo objetal. Estas depositaciones se realizan con mayor o menor grado de diferenciación con la persona real del hijo. A su vez, este hijo tiene, en la persona de sus padres, tanto objetos de satisfacción pulsional, como sus primeras figuras de relación social. Lo que se quiere decir con esto es que, la madre, por ejemplo (una parte de ella, como objeto parcial), introduce en el psiquismo infantil tanto un objeto de satisfacción intrapsíquica, como un modelo de vinculación interpersonal originario externo, ambos reflejando a su vez modos o modalidades de la cultura en la que se inscriben.

En este sentido, podemos recurrir al modelo de áreas mentales inconscientes y sus representaciones, de Berenstein y Puget (1997). Consideraremos entonces un mundo-espacio intrasubjetivo, un mundo-espacio intersubjetivo y un mundo-espacio transubjetivo.

“El primero de ellos sugiere la idea de un mundo interior, allí donde el yo está con sus representaciones objetales o—más precisamente— con las relaciones de objeto. Allí la presencia del otro, aunque necesaria, es considerada accesorio, no hace falta para el funcionamiento intrínseco de esta área, y sí hace falta para ubicar en él y revestirlo con los aspectos de la propia mente. Como un tenue cortinaje a través del cual se ve a los otros, se les asigna una función y de alguna manera se les confunde con el mundo propio. En el mundo que hemos llamado intersubjetivo la presencia del otro es inexorable y condiciona la presencia del yo, éste se constituye precisamente en esa relación, obtiene su forma de ser sujeto. El otro no se deja negar. Este otro no es un semejante, si lo fuera sería como el yo. Es un ajeno, un alter e inasimilable, y desde allí aporta su significación, o —dicho de otra forma— el yo deberá hacer algo con eso. (...) Lo consideramos un mecanismo diferente de la proyección-introyección, que es la manera de laborar de la relación de objeto. (...) El mundo transubjetivo, aquel que marca a los otros dos —que los atraviesa, para decirlo más ilustrativamente—, el mundo sociocultural, también ha de ser representado por el yo, al igual que las pulsiones. La representación es al mundo mental como el aire o el alimento para el cuerpo. Determina su constitución y su mantenimiento, y a su vez es una actividad ligada a la vida” (p. 12).

Por lo tanto, podemos decir que en las parejas, la relación con el otro representa tres cosas a la vez: una pantalla de proyección para lo intrapsíquico; un terreno, área de interacción o campo (en el sentido lewiniano) para los vínculos interpersonales; y una cadena de transmisión histórico-cultural para lo transubjetivo, determinando deseos, fantasías y expectativas respecto a la persona con la que formaremos eventualmente una pareja.

El poder de nuestro inconsciente a la hora de buscar y elegir pareja es sorprendente, ya que cada persona encaja o responde a los atributos y estructura psicológica del otro. Cuando dos personas se unen, cada una de ellas aporta su psicología, su propia historia y desarrollo emocional, sus propias necesidades, expectativas, y la habilidad personal para llevar adelante una relación.

Hay ciertas experiencias que cuando somos adultos reaniman sentimientos que ya tuvimos en la infancia. Algunas se evocan de forma visceral, y otras nos recuerdan vagamente algo que no podemos explorar. Lo que puede estar pasándonos en realidad es que están siendo palpados y removidos ciertos recuerdos profundamente sepultados.

### **Polos de desarrollo**

Planteamos un desarrollo psico-emocional en el individuo –lo mismo que en la pareja– alrededor de tres polos o vértices fundamentales, que dividimos aquí artificialmente: *polo esquizoide*, *polo narcisista* y *polo simbiótico*. Es importante señalar que estos tres desarrollos funcionan de manera interdependiente, siendo cada uno de ellos a la vez origen y consecuencia de los movimientos operados en los otros.

*Polo esquizoide*: Consideramos alrededor de este eje todos aquellos desarrollos psicológicos vinculados a la integración del objeto interno. La primera percepción del objeto se da alrededor de las secuencias de placer/displacer que poco a poco comienzan a ser asociadas o relacionadas con imágenes representacionales del self y del objeto, adquiriendo estos una especie de vida “tridimensional”, con múltiples matices, profundidades y tonalidades emocionales que convierten a uno y a otro –self y objeto– en ideales, persecutorios, etcétera. La posterior unión e integración de estas imágenes contradictorias y opuestas permite eventualmente la creación de un objeto total que se refleja en la posibilidad de una relación más completa y abarcativa con los objetos (y autorepresentaciones del sí mismo) en el exterior y en las relaciones posteriores. De este polo se derivan, para las relaciones de pareja, todas aquellas particularidades de los vínculos afectivos tales como: relación parcial o relación total de objeto, tolerancia a la frustración, aspectos de la identidad, control y regulación de agresión y sexualidad, manejo y diferenciación de realidad y fantasía, diversos tipos de ansiedades de pareja, fantasías retaliativas, etcétera.

*Polo narcisista*: Alrededor de este eje consideramos el establecimiento o generación de núcleos crecientes de imágenes cargadas de representaciones narcisistas, tanto respecto al sí mismo como en relación al objeto. De la primera se derivan estructuras psicológicas complejas que son la base del narcisismo sano y autoestima; de las segundas, se derivan representaciones objetales vinculadas con la apreciación realista del otro y la capacidad de admiración. En términos de la pareja, tenemos aquí desarrollos vinculados con la necesidad de reconocimiento externo, el otro como apoyatura de la propia autoestima, sentimientos de vacío e inferioridad compartidos y sus defensas sobrecompensadoras, la devaluación defensiva del otro y algunos aspectos narcisistas relacionados con la envidia, mecanismos maniacos de denigración, desprecio y auto-exaltación, incapacidad para el reconocimiento diferenciado y valorado del otro género (hombre/mujer), o por el contrario, tolerancia y satisfacción compartida ante las diferencias, crecimiento y realización del compañero.

*Polo simbiótico*: Alrededor de este polo se desarrollan procesos de diferenciación vinculados al proceso de separación-individuación descritos originalmente por Mahler (1975). Consideramos aquí la distancia emocional con los objetos, estableciendo una firme –mas no rígida– diferenciación entre el sí mismo y el objeto. La intimidad en las relaciones adultas parece avivar muchos de los introyectos inconscientes de la primera relación sentimental con la madre. En esta relación, ella era enormemente poderosa al lado del infante, quien depende completamente del objeto para sobrevivir. Desde la perspectiva del bebé, parece dotada de un poder mágico mediante el cual es capaz de crear tanto un mundo seguro y agradable como otro vacío y amenazador, susceptible de

hacerle temer por su supervivencia. Al ir creciendo, el apoyo en su cuidado y en su amor desarrolla capacidades nuevas y la posibilidad de actuar autónomamente. Cada paso va alejando al bebé de la fusión primitiva y de la dependencia absoluta. Este miedo a la dependencia se compone de todo lo anterior. En el camino hacia la intimidad física y afectiva con la persona amada, tienen lugar diversas interacciones psicológicas que repercuten en un plano profundo con aquella primera experiencia de fusión y dependencia, por lo que este polo simbiótico de desarrollo se encuentra vinculado a derivados psicológicos tales como: capacidad para la intimidad, temor a la fusión simbiótica, fantasías de atrapamiento, ansiedades de abandono, y temores propios de toda vincularidad grupal tales como fantasías de no asignación o masificación.

### **La pareja dependiente**

Sucede a menudo que uno de los miembros de la relación aparenta ser más dependiente que el otro. Generalmente da la impresión de tratarse de posiciones fijas, aunque a veces intercambiables. En realidad, esta apariencia es parte de los mecanismos específicos de la pareja dependiente (colusión, identificación proyectiva), caracterizados por comportamientos polarizados, contrarios u opuestos, pero que profundamente mantienen vínculos de relación similares y complementarios.

Estos comportamientos polarizados suelen convertirse en una situación de pareja normal en progresivos movimientos alternativos de acercamiento en el compartir afectivo y la transitoria fusión sexual y de diferenciación individual para realizar las tareas propias, así como en la posibilidad de entrar en fusión y recuperar la individualidad (Campuzano, 1993, 2001).

Por el contrario, en las parejas dependientes, el miedo a perderse en el otro o ser absorbidos totalmente –y que coexiste con un gran temor al abandono y a la pérdida irremediable del compañero–, les hace alejarse al punto que la frustración de su necesidad de cercanía afectiva y la aparición del temor a la separación hace que alguno de los compañeros inicie un movimiento de acercamiento que, alcanzado un cierto grado de intimidad, dispara los temores a la cercanía y el ciclo se reinicia una vez y otra. Las personas simultánea y contradictoriamente desean y temen la cercanía afectiva; éste es el conflicto que las hace sufrir y las mantiene en este círculo repetitivo (Campuzano, 1993, 2001). Para ellas, el compromiso y la profunda vinculación con otra persona despiertan tanto sentimientos de completa satisfacción, de arrobamiento y de unidad, así como los de estar confinado, limitado y aprisionado.

Los orígenes psicodinámicos de esos conflictos con la cercanía afectiva dependen de las vicisitudes del desarrollo psicosexual en la temprana infancia y de las correspondientes zonas de fijación en una u otra de las etapas de este desarrollo (Campuzano, 1993, 2001). Particularmente importan dos procesos simultáneos: el de separación de la madre y el de individuación como logro interno del niño para concebirse como un ser aparte y singular. En esta etapa (dos o tres primeros años) se da el pasaje de la dependencia a la madre hacia la autonomía individual. Suceso complicado por la

dificultad de muchas madres para desprenderse de sus hijos y que, haciendo a un lado los casos de fallas graves en el curso de este proceso que llevan a distintos tipos de psicopatología, nos deja a todos ciertos núcleos de dependencia que son una tarea de superación a lo largo de toda la vida (Campuzano, 1993, 2001).

La experiencia simbiótica con la madre es la matriz fundante de la posibilidad de tener ulteriores relaciones afectivas profundas con otras personas. La relación amorosa de convivencia es posible sólo cuando se ha pasado razonablemente por estas fases del desarrollo normal (Lemaire, 1979). Pero esta primera experiencia de cercanía afectiva intensa y profunda con otro ser humano se da bajo condiciones muy especiales de intensa dependencia dado el desvalimiento del bebe humano. De hecho implica dos movimientos: uno donde aprendemos a amar y estar cercanos a otro ser humano, y otro donde luchamos por desprendernos de la dependencia materna original para alcanzar la autonomía individual.

Esta dualidad (de cercanía afectiva bajo condiciones de dependencia) marca la experiencia infantil y suele dejar huellas que aparecen en otras relaciones afectivas posteriores. A esto le llaman Lewis y Landis (1970) “simbiosis secundaria”, que implica que la persona ha alcanzado algún grado de diferenciación intrapsíquica de la madre, incluso sin proximidad física o evitación total (por experimentarla como amenazante o envolvente), pero debido a los sentimientos de inseguridad en sí mismo, siente una constante necesidad de restablecer esa unión protectora a través de relaciones simbióticas sustitutivas, como pueden ser claramente las relaciones de pareja.

A la larga, la relación amorosa reactivará sensaciones y sentimientos de la relación original con la madre, generando temores de “atrapamiento”, de pérdida de la libertad individual, y esto sucede cuando el proceso de separación-individuación mahleriano corrió con algunas dificultades, es decir, cuando aún persisten necesidades de dependencia que son fuertemente rechazadas por el individuo adulto, y que correspondían originalmente a la madre y ahora son reactivadas por la pareja conyugal.

Kaplan (1979) considera que este “miedo a la intimidad”, que se presenta en las parejas en las cuales la cercanía afectiva produce angustia (frecuentemente inconsciente), las lleva a realizar un cuidadoso manejo de la distancia emocional que les permite manejarse en una zona tolerable y cómoda y evitar aquella que resulta amenazante. La zona no evitada de la proximidad emocional puede describirse como de intimidad emocional, en algunos casos, y en otros, como de profundidad afectiva o de compromiso.

### **La “danza” de los dependientes**

El manejo de la distancia afectiva y la intimidad en las parejas es muy interesante y complejo. No siempre lo que se manifiesta conscientemente o externamente corresponde a la realidad interna o inconsciente. Muy frecuentemente, el temor al abandono por parte del otro se relaciona con la necesidad de fusión simbiótica por parte

del sujeto, pero también, defensivamente, puede estar implicando la proyección de los propios deseos de abandonar al compañero (y en última instancia, a los objetos tempranos de la infancia). Por otro lado, el temor a la fusión con el objeto, el temor a la intimidad, generalmente conduce a un segundo movimiento defensivo de huida. Esta especie de “danza” amorosa parece surgir, en un primer momento, de las interacciones lineales de la pareja, es decir, a partir de movimientos caracterizados por estímulos-respuestas o actos-consecuencias; posteriormente, la interacción da lugar a una transformación circular, en la cual unos actos dan lugar y se siguen de otros indistintamente, sin tener un inicio o un fin, o sin posibilidad de establecerlos. Poco a poco, esta “danza” comienza a adquirir las propiedades de una masa esférica o cuerpo sistémico, donde las características y “propuestas” *individuales* se desdibujan, dando lugar a una estructura compleja establecida y sostenida por la participación conjunta, relativamente pasiva, de las dos personas. Por último, suele establecerse un acuerdo o acomodo inconsciente y colusivo, activamente determinado por los dos compañeros, y con polarización de roles y comportamientos, en la cual la conducta de uno es prerequisite del comportamiento del otro (y viceversa), y de hecho, esta interacción colusiva es el sostén mismo del vínculo.

Cuando en esta “danza” afectiva, colusiva, activa e inconsciente de las parejas se presentan eventos desequilibrantes, los mecanismos compensatorios del vínculo se ven amenazados en diversos grados, reactivando ansiedades en las diversas áreas que hemos mencionado (simbiótica, narcisista y esquizoide) y con ello los conflictos regresivos que les son particulares (descargas pulsionales incontroladas, defusión pulsional, fragmentación regresiva de los objetos, oscilaciones marcadas en el narcisismo, idealización primitiva, ataques envidiosos al objeto o al vínculo, ansiedades de separación, a la pérdida del objeto, miedo a la fusión o al atrapamiento, etcétera), por lo cual, la pareja dependiente inicia una serie de movimientos restitutivos encaminados a recuperar el equilibrio homeostático del vínculo a través de colocar partes de sí mismo en el otro –particularmente las partes dependientes vinculadas a cada área de las tres mencionadas–, forzándolas “dentro” de la otra persona (mecanismo de identificación proyectiva), y evitando por todos los medios su retorno o reingreso. En este sentido, el compañero amoroso funciona como soporte inconsciente de las propias áreas de integración narcisista, simbiótica o esquizoide. Esto explica el círculo de necesidad y dependencia mutuas, que en el fondo está dirigido a sostener la estructura psíquica relacional de la pareja. La dependencia del otro es justamente el origen y la consecuencia de su vínculo, pero también su esencia y el motor de los mecanismos defensivos que se utilizan para manejarla o sostenerla.

Cuando decimos que en una pareja con dependencia emocional, “cada uno depende de la dependencia del otro”, esencialmente nos estamos refiriendo a los mecanismos que antes hemos mencionado. A través del complicado interjuego colusivo de la pareja, y el forzamiento inconsciente de elementos simbióticos, narcisistas o esquizoides en el compañero, se intenta modelarlo o estructurarlo como “el dependiente” o “el necesitado” de la relación, mientras que uno queda liberado de esa preocupación o ansiedad. Sin embargo, las parejas dependientes secundariamente sufren otro tipo de

ansiedades generadas ahora de la *excesiva dependencia del compañero*, es decir, que se busca que el otro sea dependiente, pero no demasiado. En este sentido consideramos que la “danza” emocional dependiente de la pareja está fundamentada en dos términos consecuentes: a) Una *negociación inconsciente de la distancia emocional*, cuyo resultado es, b) el intento de obtener un *equilibrio óptimo de la dependencia vincular de la pareja*.

Proponemos estos dos términos para entender la dinámica, el interjuego y el acomodo inconsciente que se establece en las parejas dependientes. A partir de ellos se modela o manifiesta una serie de movimientos polarizantes, cuya finalidad es crear una clara división de roles, una escisión tajante, un extremismo de posturas evidentes, que permiten a la pareja –aparentemente– no confundirse entre ellos, ni confundir sus posturas inconscientes (y contenidos, fantasías y ansiedades). El equilibrio logrado permite dos resultados: *mantener la dinámica de la dependencia*, y al mismo tiempo, *la ilusión o la fantasía de que ésta no existe*.

### **Viñeta Clínica**

Manuel es un hombre maduro, profesionalista independiente de poco éxito, depresivo, que ha dejado pasar las oportunidades de la vida (según su propia opinión), adicto a toda clase de sustancias legales, en épocas anteriores ha cursado con algún grado de semi-alcoholismo. Hijo justamente de un padre alcohólico, abandonante, golpeador, muerto tempranamente, Manuel establece una primera relación matrimonial con una mujer devaluada, insegura, socioculturalmente inferior a él. Los noviazgos previos también tuvieron el mismo perfil. Este primer matrimonio termina dramáticamente hace varios años (muerte por sobredosis “involuntaria” de la esposa), y posteriormente Manuel establece una segunda relación significativa con una mujer que cumple todas las características del patrón repetitivo. En este y los anteriores casos Manuel se conduce de idéntica manera: comienza a hacerse necesario y necesitado, ofrece favores, ayuda económicamente de vez en cuando, transfunde algún prestigio social. Ellas poco a poco van quedando inoculadas, transfieren a él la imagen protectora, dadivosa, mientras que él intercambia con ellas su depresión, su inseguridad, su necesidad de ser rescatado. En este último caso, que dura cuatro años, la compañera es abiertamente alcohólica y dependiente. El vínculo es tormentoso y difícil. Manuel decide terminar la relación confiado en que seguirá siendo necesitado. Rompe con la pareja pero apenas pasadas unas semanas ella le comunica, diríamos muy hábilmente, que ha encontrado un nuevo amor. La reintroyección de lo proyectado surge traumáticamente, el retorno de lo reprimido aparece y Manuel se ve invadido de celos, angustia y depresión. Los roles se invierten y ahora él es el abandonado, con la consecuente desesperación e intentos por reconquistar a la pareja.

### **Comentarios**

Pensamos que la elección de pareja es multifactorial, tanto como las situaciones de dependencia emocional. Lo multifactorial atañe no sólo a los individuos que constituyen a la pareja, sino a la pareja misma vista como sistema, como unidad o como

vínculo. Toda pareja opera en varios planos simultáneos e interactuantes (intrasubjetivo, intersubjetivo y transubjetivo). Al mismo tiempo funciona como soporte de los elementos emocionales inconscientes constituidos alrededor de tres polos psíquicos (narcisista, simbiótico y esquizoide). Así, cada individuo de la pareja encaja o responde a los atributos y estructura psicológica del otro, impulsado por necesidades inconscientes, a su vez generadas en las ansiedades típicas de los polos mencionados. Es sorprendente el poder de nuestro inconsciente a la hora de buscar y elegir pareja, así como lo que sucede cuando dos personas se juntan y cómo cada una de ellas aporta su psicología, su propia historia y desarrollo emocional, sus necesidades y expectativas.

Dos fenómenos resultan estrechamente vinculados en la pareja dependiente: el deambular entre la fusión o la separación total del objeto, y las oscilaciones entre dependencia y temor a la intimidad, todos ellos surgidos en el contexto de las situaciones o sentimientos ambivalentes del proceso de separación-individuación.

De igual forma, las fluctuaciones entre la integración total del objeto (versus la relación parcial objetal), con sus concomitantes ansiedades, fantasías y defensas, están relacionadas muy estrechamente con las representaciones de la propia persona y del otro, con la “tridimensionalidad”, profundidad y plasticidad del vínculo, en oposición a su rigidez, inflexibilidad y aplanamiento emocional.

Por último, la dependencia emocional desde los elementos narcisistas del vínculo, establece o determina modalidades particulares de idealización, creencia ciega, fe, descreimiento, devaluación, etcétera, vinculadas todas ellas con dos opuestos: la necesidad del reflejo *en* el otro (transferencias especulares), o la necesidad del brillo *del* otro (transferencias idealizadoras).

“Dependo de tu dependencia” o “Necesito de tu necesidad” significa, en el contexto de la dependencia emocional de las parejas, que su psicología es interactuante, dinámica y móvil, estableciendo una “danza” emocional y adaptativa alrededor de dos mecanismos consecuentes: a) una negociación inconsciente de la distancia emocional; en aras de b) el intento de obtener un equilibrio óptimo de la dependencia vincular de la pareja.

El resultado es una modalidad de relación de pareja en la que se intenta mantener un equilibrio entre: a) la proyección de contenidos psíquicos narcisistas, esquizoides o simbióticos sobre el compañero a la manera de una “inoculación”, b) con la suficiente intensidad para que estos contenidos no “retornen” (evitación de la reintroyección), manteniendo así la ilusión de independencia de uno y dependencia del otro, y c) sin que esta proyección sea tan excesiva que el compañero aparentemente “independiente” quede ahora *atrapado* en la dependencia del otro.

## BIBLIOGRAFÍA



- Berenstein, I. y Puget, J. (1997). *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Campuzano, M. (1993). La pareja humana contemporánea: Subjetividad e intimidad afectiva. *Imagen Psicoanalítica*, 2:135-148.
- Campuzano, M. (2001). *La pareja humana: su psicología, sus conflictos, su tratamiento*. México: Plaza y Valdés/Ampag.
- Kaplan, H. (1979). *Trastornos del deseo sexual*. México: Grijalbo, 1982.
- Lemaire, J. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Lewis, A. y Landis, B. (1970) *Parejas simbióticas en adultos. Algunas nuevas formulaciones*. New York: Cornell University Medical College.
- Mahler, M. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Sirvent, C. (2001). *Las dependencias relacionales: dependencia relacional, codependencia y bidependencia*. Memorias del I Symposium nacional de adicción en la mujer. Madrid: Fundación Instituto Spiral.

## 12. APORTACIONES A LA PSICODINAMIA Y PSICOGÉNESIS DE LOS CELOS PATOLÓGICOS<sup>48</sup>

Con Ana Berenice Alarcón Tinoco, Karla Dinorah Alonso Silva, Susana De La Fuente Payró, Claudia Elizabeth Gómez Acevedo, Norma Olivia Guzmán Lerma y Alejandrina Martínez Bordón

### Introducción

Los celos siempre han sido un tema viejo y usual en las relaciones humanas, captado en el drama, la comedia, la biografía, la literatura, la danza, la escultura y la pintura; “un dilema actuado cada día de la historia” (White y Mullen, 1989). En la cultura occidental los celos son muy comunes y la gente normal los experimenta, pero de hecho, al parecer, no existe ninguna sociedad que se libre de ellos (Griffin y Patton, 1971).

Originalmente, en griego, *ce/los* significaba “emulación” y “rivalidad”; en algunos casos este significado era más positivo que negativo: implicaba una rivalidad cordial. Competir con alguien indicaba una ambición intensa y deseo de realización. Al pasar al cristianismo (y probablemente al sumar significados múltiples) la palabra fue traducida con un sentido negativo y una connotación despectiva.

En la cultura mexicana se emplea el término de celos de manera relativamente indiferenciada, de modo que incluye humillación pública, frustración y hostilidad (Díaz-Loving, Rivera Aragón y Flores Galaz, 1989; Rivera Aragón y Díaz-Loving, 1990). Esta fusión no carece de sentido, dado que la destrucción de una imagen romántica interna, la hostilidad al intruso y el daño por la pérdida de la imagen pública, constituyen una amalgama. Sin embargo, no se puede hacer una distinción absoluta entre la destrucción de la imagen privada y pública, dado que la privada se refiere también a las relaciones sociales (Van, 1988).

Como quiera que sea, es importante señalar que generalmente se considera la conducta celotípica como una falla de la personalidad, una emoción negativa. Para Van (1988), los celos se refieren a algo que uno tiene y (egoístamente) no quiere perder, con la consecuencia de diferentes reacciones “desagradables”. Así, se dice que los celos surgen cuando se considera a la persona amada como una propiedad, por lo que el celoso comete una injusticia al tratar a una persona como si fuera un objeto, reivindicando su propiedad privada sobre ella. Los celos surgirían entonces por la transgresión de

---

<sup>48</sup> Este capítulo fue presentado como conferencia en el V Congreso Estatal y I Jornada del Instituto Mexicano de Psicoterapia: “Psiquiatría y Ciencias Sociales” de la Sociedad Morelense de Salud Mental, A.C. el 6 de diciembre de 1997. Apareció publicado en Sánchez-Escárcega, J. (coord.), et al. (1998). Celos: Psicodinamia y psicogénesis. *Psiquiatría*, 14 (1), 26-32.

ciertas normas de atracción, pertenencia y reciprocidad (Gouldner, 1960, en Flores, Amador, Beltrán Hernández y Pérez, 1990), por lo que se tiende a creer que las personas celosas son responsables tanto de sus acciones como de las insanas relaciones emocionales que generan: no son más que efectos de la posesividad, del amor propio, de la vanidad y de la tendencia excesiva a controlar a la pareja (Díaz-Loving, Andrade, Muñiz y Camacho, 1986).

En contraste, para Constantine y Constantine (1971), son una oportunidad para descubrir nueva información sobre los individuos y sus relaciones.

### **Etiología: dos posturas**

En general puede decirse que existen dos conceptualizaciones teóricas más o menos bien definidas acerca de la génesis de los celos: Una tiende a considerarlos como *unidad emocional básica y simple, innata, diferenciada, relativamente inmutable y autónoma, aunque con manifestaciones diversas*:

“Los celos no sólo están arraigados en la naturaleza humana sino que son la emoción más básica e invasora que afecta al hombre en todos los aspectos de sus relaciones humanas. El origen de esta emoción se encuentra en el pasado de la humanidad, cuando el hombre era silvestre y primitivo. La intensidad y la fuerza de la relación celosa no disminuye con el desarrollo o la sofisticación. Se cree y se quiere probar que los celos son en gran medida autónomos, una unidad psicológica independiente con manifestaciones de enorme variedad” (Sokoloff, 1947, en Clanton y Smith, 1981).

“(…) los celos son una respuesta *innata* de congoja ante la amenaza de la pérdida del amado frente a un rival” (Mathes y Deuger, 1982, nuestras itálicas).

La otra postura sostiene que en las relaciones entre dos personas (o más) existe una gran interdependencia, y cuando ésta se ve amenazada, pueden darse *una serie de sentimientos* que se definen como celos, los cuales se componen de “enojo, dolor, necesidad de poseer, desconfianza e intriga” (Díaz-Loving, Rivera Aragón y Flores Galaz, 1986, Díaz-Loving y Rivera Aragón, 1990), “ansiedad, resentimiento, temor y otras emociones dolorosas con diversas manifestaciones fisiológicas muy evidentes” (Clanton y Smith, 1981), “una forma de dolor” (Durbin, 1977, en Clanton y Smith, 1981), “dolor, temor y miedo” (Bohm, 1967), etcétera. Así, los celos serían *compuestos formados de emociones, pensamientos y acciones* que emergen en la particularidad social del individuo y dependen del autoconcepto que tenga de sí mismo, siendo éste un proceso complejo interpersonal que adopta la persona afectada al imaginar que su pareja tiene mayor atracción por un rival imaginario o real (White y Mullen, 1989). Cualquier individuo ante una experiencia de celos reaccionaría en forma *cognitiva, fisiológica y conductual*, siendo esto un *evento celotípico*, ya que está compuesto *por más de una emoción*, por lo cual no se puede predecir la forma en que un individuo se conducirá ante una situación de celos. Las reacciones pueden tener *varias causas, metas y formas de expresión* en las

que pueden ocurrir diversas respuestas subjetivas o abiertas. Los individuos actuarán de manera que puedan crear, mantener o modificar las circunstancias que son importantes para ellos. Desde el punto de vista cognoscitivo, este proceso puede incluir el sentir emociones, hacer evaluaciones, tomar decisiones, emitir juicios, plantear estrategias de confrontación, etcétera (Hupka, 1981, en Van, 1988).

### **Otras reacciones emocionales**

Los celos, con sus propias complejidades, permiten evaluar comportamientos similares a los que se presentan en la conducta amorosa. Y al igual que en ésta, es probable que la variedad de las reacciones que se presentan en los celos reflejen la diversidad de conductas que constituyen lo que habitualmente denominamos “amor”: principalmente combinaciones diversas de pasión, intimidad y compromiso (Sternberg, 1990). Paralelamente, los celos pueden implicar cólera y daño, alienación y pérdida, indignación y ofensa (Van, 1988).

Bryson (1977, en Van, 1988) distingue, en los celos, las reacciones emocionales de “enojo y dolor”; Durbin (1977, en Clanton y Smith, 1981), las de “susplicia y desconfianza”; Mead (1977), Neil (1977) y Plutchnick y Kellerman (1980, todos en Flores, Amador, Beltrán, Hernández y Pérez, 1990), una combinación variable de las anteriores. Whitehurst (1975, en Van, 1988) encuentra diferencias de género, y afirma que la violencia que llega a presentarse por celos, en el hombre, está parcialmente motivada por el intento de reafirmar su identidad ante la falta de control sobre la relación amenazada, ya que la necesidad de control sobre las relaciones es mayor en hombres que en mujeres, debido a que en nuestra sociedad se da menos importancia a la autonomía, a la iniciativa y a la afirmación de las mujeres que a la del varón.

Van (1988), por su parte, intenta discriminar las diferentes reacciones derivadas de los celos:

1) Resentimiento: Reacción secundaria porque los sentimientos que surgen de una evaluación de la situación dan lugar a la reacción celosa inicial.

2) Conducta taciturna y mártir: Se refiere a actitudes de frialdad, severidad e irritabilidad, acompañadas de ostentación de virtudes y actitudes de mártir. Suele suceder que esta última conducta lleve defensivamente al miembro “culpable” de la pareja a iniciar actitudes de abierto desafío o agresión en contra del compañero “agraviado”; sin embargo éste normalmente persiste en su comportamiento autopunitivo porque suspenderlo significaría admitir su artificialidad, o porque de él deriva un placer privado (inconsciente).

3) Cólera y hostilidad: Normalmente imposible de contener. En otros casos la hostilidad está bajo control y sólo se manifiesta si es supuestamente legítima.

4) Ambivalencia y desvalorización de la pareja: Los sentimientos hostiles están presentes en ciertas relaciones desde su origen, ya que existe el miedo a la dependencia

que experimentan algunos miembros de las parejas; es decir, el miedo de llegar a ser dependientes y de que el otro se vuelva dependiente del primero.

### **Celos: Intentos de clasificación tipológica en la psicología tradicional**

Diversas tipologías de celos se han intentado. Destacan, principalmente, las de autores ligados a la psicología tradicional, no psicodinámica, cuyo principal foco de interés se centra en conductas manifiestas. Mencionaremos –quizás un tanto anecdóticamente– algunos tipos descritos, por ejemplo los de Van (1988):

1) Celos rencorosos: La persona celosa no tiene ningún interés en lo que su pareja puede ofrecerle, sin embargo no tolera las intervenciones. Esto es frecuente en relaciones de larga duración en las que han desaparecido los deseos sexuales y el afecto.

2) Celos retrospectivos: El celoso pretende detalles de la pareja anterior; no sufre por la privación actual o futura surgida de las ganancias de otro, sino por episodios que ya no pueden afectar ni la cantidad ni la duración del acceso a su pareja. Irracionalmente desearía reescribir la historia convirtiéndose a sí mismo en el único objeto de amor.

3) Celos sintomáticos: Basados en el miedo a perder el control, la reputación o la apariencia; el miedo se dirige a un tipo de despojamiento emocional.

4) Celos reactivos: Se refieren a un enojo sin motivo o al hundimiento en la melancolía ante un episodio de pérdida de afecto.

5) Celos preventivos: Referidos a maniobras sociales y personales a las que recurre un individuo para aislar a su compañero de la tentación o de la oportunidad para relacionarse con otros.

6) Celos anormales: Comportamientos extremos como espiar, vigilar, hacer escenas, escribir cartas malignas, tratar de extraer confesiones, negar al cónyuge el derecho a moverse libremente, dudar de la paternidad de los hijos y, en último caso, violencia y asesinato. Oscilan entre estados agudos e incontrolados y periodos de lucidez en los cuales aparece el remordimiento y la depresión, por lo que el suicidio no es infrecuente.

Otra clasificación posible es la de Clanton y Smith (1981):

1) Celos posesivos: La persona posesiva no reconoce el valor de la persona poseída, y el poseedor es también poseído por versiones particulares de la realidad, que requieren orden, seguridad y respeto; una necesidad de control y poder. Todo esto trae consigo un reforzamiento de la prevención, la sumisión y la manipulación, negando la espontaneidad, la verdadera autoestima y la reciprocidad de la relación. Los celos posesivos frecuentemente van acompañados de cólera y rabia, a menudo dando lugar a actos de venganza u homicidio. Al percibir al otro como una simple prolongación de la propia vida, éste se ve privado de dignidad, individualidad y libertad para existir y

desarrollarse íntegramente. Naturalmente, la posesividad puede ser simbiótica, en el sentido de que las dos personas basan en ella sus vidas y se alimentan la una de la otra.

2) Celos excluyentes: Son especialmente intensos cuando una de las partes se siente descuidada en comparación con el tiempo, el interés y el entusiasmo que la otra parte está desarrollando con otra persona o situación.

3) Celos competitivos: Las formas de competición negativa nacen de la falta de seguridad o de autoestima, esto da lugar a los celos por los éxitos de la pareja, de su atractivo, de sus amigos o de su capacidad sexual.

4) Celos egoístas: Son una negación de la libertad de roles. Es el deseo de que la pareja siga siendo exactamente igual que la pareja del padre o la madre; en otras palabras, estas personas han proyectado sobre sus parejas su ideal de persona, sintiendo que ellos mismos no son tan femeninos o masculinos como desearían.

5) Celos de temor: Creados por la inseguridad o duda sobre el compromiso de la pareja. Este tipo de celos viene acompañado de gran preocupación y ansiedad. La persona celosa supone que ella es satisfactoria para su pareja sólo en calidad de producto deseable, y cree que será abandonado cuando su pareja se encuentre en su camino con una mejor persona.

Como es fácil observar, la mayor parte de estos tipos omiten considerar –tanto en su clasificación misma como en el vínculo de pareja en que se manifiestan– los componentes profundos inconscientes, psicodinámicos, que son en realidad, desde una perspectiva amplia, los que mejor permiten un entendimiento claro sobre el origen y funcionamiento de la conducta celotípica. Hablaremos ahora de ellos.

### **Enfoque psicodinámico**

Para un psicoanalista, los celos pueden ser descritos como un estado psicoafectivo normal, frecuente y esperado –al menos en sus formas atenuadas–, por lo cual su ausencia notoria o permanente se debe a complejos mecanismos represivos inconscientes. El motivo de la represión estaría fundamentado en el dolor por la pérdida del objeto amado, la herida narcisista resultante, y la culpa y autoreproches derivados de la agresión y rivalidad contra el rival originario –generalmente uno de los padres o hermanos–.

Sin ser necesariamente el origen psicodinámico más temprano de los celos, el psicoanálisis ha identificado como piedra angular de toda conducta celotípica al complejo de Edipo, normalmente surgido en las relaciones del niño con sus padres alrededor del tercer año de edad (aunque con diversos estadios previos de mayor o menor importancia según los diferentes autores) y reeditado posteriormente en la adolescencia y en la mayoría de las más típicas circunstancias de la vida.

## Complejo de Edipo

El complejo de Edipo se origina en las pulsiones innatas del individuo tanto como en los aspectos relacionales de su entorno. En el caso del niño –como se sabe–, la atracción que siente hacia su madre se encuentra ante un poderoso obstáculo: el padre. Los celos hacen su aparición en cuanto quiere poseer para sí a su madre, eliminando al padre, con la resultante de diversos grados de agresividad y culpa. La situación de competencia se aromoniza cuando el niño finalmente intenta imitar virilmente al padre, igualándolo primero y superándolo después.

En el caso de la niña la situación es más compleja. Al tomar conciencia de su falta de pene, se aleja de la madre a quien siente también “castrada”. La pulsión se dirige entonces hacia el padre, de quien espera obtener el órgano faltante. Comienza a competir con su madre con celos y rivalidad. Se opone agresivamente a ella con miedo, angustia y temor a ser abandonada. Debido a la culpa resultante, poco a poco se identifica con el rol femenino de su madre, y su deseo de un pene se torna en el deseo de un hijo.

Aunque en sentido estricto el término *castración* designa la ablación real de los órganos sexuales masculinos, fantasías similares pueden ser despertadas en el niño, simbólicamente, por las admoniciones de sus padres cuando ven que se interesa por su cuerpo o que practica la masturbación. En el caso de la niña, su comparación con los varones le hacen suponer que ella es un niño “menos alguna cosa”. Típicamente se considera como un ser castrado, “con una herida en el bajo vientre”. Cuando la situación edípica no es resuelta adecuadamente, puede intentar resarcirse de la pérdida apropiándose del pene de su hijo, lamentando ser mujer, reivindicando un pene que no posee: tiene que encontrarlo fuera de sí, en el hijo que se convierte en su más bello “adorno” fálico (“mi hijo soy yo, y su pene compensa mi desilusión por no tenerlo, proporcionándome la sensación de poseer uno”). Todo, naturalmente, sin tener conciencia de ello. En estos casos la madre tiende a rivalizar celosamente con otras mujeres; de hecho, la seguridad de continuar poseyendo el pene del hijo implica que éste no lo tenga más que para ella. Esto es muy frecuentemente el caso de las relaciones madre-hijo en la cultura mexicana: se garantiza –a través de actos desvirilizantes, un autoritarismo dulzón o la tiranía declarada– que el hijo –en toda forma castrado– continuará siendo sólo de su madre.

La angustia de castración es bastante normal en sí, porque es lógico que la afectividad y sensibilidad se dirijan sobre zonas corporales que por sus características o funciones simbolizan o vehiculizan diversos conflictos intrapsíquicos. Así, la angustia de castración cristalizará, en el hombre, la concretización de su personalidad masculina: su pene como expresión de sus funciones simbólicas sociales: penetrar, conseguir, competir, lograr; y en la mujer, la expresión de su ser femenino: la matriz, con sus concomitantes simbólicos: recibir, generar, hacer crecer. Obviamente, tanto en el hombre como en la mujer, el desarrollo exitoso implicará una posibilidad de integrar los componentes psicosociales del otro sexo (c. f. Erikson, 1950).

## Celos, paranoia y homosexualidad en la obra freudiana

Aunque el tema de los celos permea de principio a fin la obra de Freud, especialmente en cuanto se refiere al complejo de Edipo, en 1922 estableció sus relaciones con la paranoia y la homosexualidad (aunque ya antes lo había hecho el caso Schreber). En este trabajo establece tres categorías o niveles:

- 1) Celos de *competencia* o normales
- 2) Celos *proyectados*
- 3) Celos *delirantes*

De los primeros dice que “están compuestos por el duelo, el dolor por el objeto de amor que se cree perdido, y por la afrenta narcisista, en la medida en que esta puede distinguirse de las otras; además, por sentimientos de hostilidad hacia los rivales que han sido preferidos, y por un monto mayor o menor de autocrítica, que quiere hacer responsable al yo propio por la pérdida del amor” (p. 217). Aun cuando se les llame “normales”, brotan del complejo de Edipo o del complejo de los hermanos del primer periodo sexual. En muchas personas son vivenciados bisexualmente, esto es: en el hombre, además del dolor por la mujer amada y el odio hacia los rivales masculinos, adquiere eficacia de refuerzo también un duelo por el hombre al que se ama inconscientemente y un odio hacia la mujer como rival frente a aquél.

Los celos del segundo estrato, o *proyectados*, provienen, así en el hombre como en la mujer, de la propia infidelidad, paracticada de hecho, o de “impulsiones a la infidelidad que han caído bajo la represión” (p. 218). El individuo se procura un alivio, y hasta una absolución de su conciencia moral, proyectando a la otra parte, hacia quien es deudor de fidelidad, sus propias impulsiones a la infidelidad.

Los celos surgidos del tercer estrato, los *delirantes*, también provienen de anhelos de infidelidad reprimidos, pero los objetos de tales fantasías son del mismo sexo. Los celos delirantes corresponden a una homosexualidad fermentada, y con derecho reclaman ser situados entre las formas clásicas de la paranoia. En su calidad de intento de defensa frente a una moción homosexual en extremo poderosa, podrían acotarse (en el caso del hombre) con esta fórmula: “Yo no soy quien lo ama; *ella* lo ama” (p. 219).

Otros autores psicoanalíticos que se han ocupado de los celos son Fenichel (1935), Pao (1969), Seeman (1979) y Coen (1987). Destaca la observación del primero, en el sentido de concebir la celotipia como debida a fijaciones tanto edípicas como oral-sádicas. Las edípicas se traducían en la siguiente fórmula inconsciente: “Quise quedarme con mi padre quitándoselo a mi madre; por lo tanto a mí como a mi madre me lo querrán quitar”.

Fenichel descubrió que la propensión a la celotipia se presenta en personas para las cuales ser amadas es más importante que amar, es decir, que no han alcanzado la



primacía genital; presentan también una particular intolerancia a la pérdida del amor del objeto y sus necesidades eróticas y narcisistas no están suficientemente diferenciadas. Se trata de personas con fijaciones orales, cuya regulación de autoestima continúa siendo dependiente exclusivamente del mundo externo. Consideró también que en algunos casos de celos, el objeto homosexual es en realidad un objeto narcisista.

Estas agudas observaciones por parte de Fenichel respecto al tipo de personalidad propensa a los celos corresponden a lo que posteriormente Kohut (1971) describió en los pacientes que presentan deficiencias en la formación de estructura, y no conflictos entre las estructuras ya consolidadas –como son los conflictos neuróticos–, y encontró que estos pacientes establecen transferencias narcisistas, presentan una autoestima anormalmente lábil y externamente regulada, y sus relaciones de objeto son de tipo narcisista, es decir, se trata de objetos respecto de los cuales no se tiene una total diferenciación y por lo tanto se experimentan como parte del propio self (Oñate Rivadeneyra, 1996).

### **Componentes preedípicos de los celos**

Es necesario señalar, por otro lado, que las conductas de rivalidad y celos están presentes aun desde antes de la aparición del complejo de Edipo. Cuando el niño nace necesita completamente de la madre para la satisfacción de sus pulsiones instintivas más básicas debido a su estado de desvalimiento natural. El riesgo de que un rival –el padre, hermanos y hasta las mismas ocupaciones de la madre– lo priven de esas satisfacciones, con el consecuente temor de verse excluido, constituyen el primer terreno favorable para el florecimiento de los celos. Así, si se considera que las experiencias tenidas desde el momento del nacimiento y durante el crecimiento dejan la huella más profunda en la personalidad, deberá tenerse en cuenta la adecuada o inadecuada resolución de etapas normales del desarrollo tales como la dependencia, el proceso de separación-individuación, el nacimiento de hermanos, la incorporación al medio escolar y social amplio, etcétera, para entender la historia de los comportamientos celotípicos en la vida de una persona.

Circunstancias tales como el abandono (por muerte, divorcio, etcétera), la poca capacidad de maternaje o la falta de sensibilidad y empatía para con las necesidades del niño, la conflictiva neurótica o psicótica de uno de los padres, etcétera, se encuentran muy frecuentemente en la raíz de los celos.

Incluso la misma dotación genética del infante (por ejemplo por un exceso de pulsiones agresivas o un yo débil incapaz de neutralizarlas), determinará hasta cierto punto el desarrollo de una tendencia a experimentar y reaccionar frecuentemente con celos.

Por otro lado, algunos autores posfreudianos han logrado identificar los componentes más tempranos –primeros meses de la vida– de los celos. En especial Melanie Klein (1957) plantea que estos se encuentran presentes desde antes de que el

padre sea considerado como rival sexual u objeto de deseo. La semilla de los celos precedería entonces al conflicto edípico clásico (o para decirlo en su terminología, estaría vinculado a un complejo de Edipo temprano), ya que la intermitente experiencia de aparición y ausencia del pecho nutricional –reforzada por los mecanismos normales de escisión y ambivalencia–, determinarían en el niño el surgimiento de fantasías persecutorias o depresivas en las cuales el pecho es destruido, dañado o alejado (o por el contrario, revivido, recuperado o reparado), con la consecuencia de que el bebé acabaría por intuir la existencia de un “otro” u “otros” (el pene del padre dentro de la madre, múltiples bebés en su vientre) que roban, absorben o destruyen lo que él necesita para sí.

Para Melanie Klein (Segal, 1979), los celos están íntimamente ligados a la *envidia primaria*, un sentimiento derivado de las pulsiones agresivas que el bebé dirige desde el comienzo de la vida hacia el pecho materno con el deseo de apoderarse de los aspectos buenos y protectores que ofrece el objeto nutricional.<sup>49</sup> Klein afirma que los efectos inconscientes de la envidia interfieren intensamente con los procesos de gratitud normal. Ambos, la envidia y la gratitud, constituyen dos factores dinámicos que interactúan normalmente en el psiquismo a partir del nacimiento y determinan en parte las características de las tempranas relaciones de objeto. Por otro lado, Klein también mencionó la existencia de sentimientos envidiosos ligados a la *voracidad*. Se refería a las fantasías de robar, vaciar y destruir el cuerpo de la madre.

La teoría kleiniana rompe con una descripción naturalista de cómo se suceden los fenómenos que relacionan la realidad externa con la interna. Si con nuestro sentido común tendemos a pensar que ante una situación gratificante reaccionamos con buenos sentimientos, Klein nos viene a complejizar esta idea señalando el proceso contrario; la envidia ataca lo que otro nos ofrece porque no podemos tolerar que esas capacidades sean ajenas, aun en el caso de que seamos los beneficiarios.

En el artículo *Las teorías psicoanalíticas de la envidia*, Etchegoyen y Rabih (1981) hacen una clara revisión de los antecedentes de este concepto en psicoanálisis: En primer lugar, destacan la teoría freudiana de la envidia al pene, en la mujer, como fuerza primaria que dirige la evolución de su sexualidad y del complejo de Edipo. Por otro lado, Freud no se refirió a un impulso envidioso equivalente en el hombre. Y en el caso de la mujer, no le asignó a la envidia al pene la cualidad destructiva que tiene la envidia kleiniana. Aun así, Abraham y Eissler hablaron de la envidia como un factor importante de la personalidad vinculado a impulsos destructivos en la etapa oral del desarrollo psicosexual. El exceso de envidia puede acentuar la disociación entre el objeto idealizado y el persecutorio, lo que impide su posterior integración y la elaboración de la posición depresiva.

### **Defensas contra la envidia**

Al considerar algunas de las defensas contra la envidia, Klein menciona:

---

<sup>49</sup> Klein fundamenta la existencia de la envidia, como fuerza endógena, en la acción de la pulsión de muerte sobre el individuo.

1. Los mecanismos tempranos de disociación, omnipotencia y negación que son reforzados por la envidia;
2. La confusión, muchas veces usada de manera defensiva para contrarrestar la persecución y también la culpa por dañar al objeto bueno;
3. La huida desde la madre hacia otras personas que son idealizadas, como una defensa para alejarse de los impulsos envidiosos hacia el objeto primario; si estos son muy intensos, se perturban las sucesivas relaciones;
4. La desvalorización del objeto para disminuir el ataque envidioso, y
5. La desvalorización de la propia persona como forma de negar la envidia.

La envidia puede generar frustración en cuanto impide recibir lo que está disponible. En otras palabras, la relación entre envidia y frustración es de doble vía, ya que la frustración provoca envidia y la envidia conduce a la frustración.

Los impulsos envidiosos pueden ser elaborados y mitigados si la introyección del objeto bueno ha sido adecuada, lo que permite tolerar la culpa por el daño a los objetos, y su reparación.

Para que el bebé se desarrolle favorablemente durante la posición esquizo-paranoide es esencial que las experiencias buenas predominen sobre las malas. Qué experiencia llega a tener realmente el bebé depende tanto de factores externos como internos. La privación externa, física o mental, impide la gratificación; pero aunque el ambiente le proporcione experiencias aparentemente gratificadoras, los factores internos pueden alterarlas e incluso impedir las.

### **Celos, envidia y voracidad**

La misma Klein (1957) señala la importancia de diferenciar entre la envidia, los celos y la voracidad como impulsos que interfieren en la introyección del objeto bueno. Por lo común se llama celos a la envidia. Por otra parte es realmente muy raro que se describa a los celos como envidia. Melanie Klein considera que la envidia es la más temprana, y muestra que es una de las emociones más primitivas y fundamentales. Como ya se mencionó, los celos se basan en el amor, y su objetivo es poseer al objeto amado y excluir al rival. Corresponden a una relación triangular y por consiguiente a una época de la vida en que se reconoce y diferencia claramente a los objetos. La envidia, en cambio, ocurre en una relación de dos partes en que el sujeto envidia al objeto por alguna posesión o cualidad. Los celos implican necesariamente una relación de objeto total; mientras que la envidia se experimenta esencialmente en función de objetos parciales, aunque persista en relaciones de objeto total.

El objetivo de la voracidad es poseer todo lo bueno que pueda extraerse del objeto, pero cuando esto se siente imposible, el objetivo se transforma en arruinar lo

bueno que posee el objeto para suprimir la fuente de envidia. La envidia, aunque surge del amor y la admiración primitivos, tiene un componente libidinal menos intenso que la voracidad. Como ataca a la fuente de vida, se la puede considerar la primera externalización directa de la pulsión de muerte.

La envidia se puede fusionar con la voracidad, constituyendo así otro determinante del deseo de agotar enteramente al objeto, no sólo ya para poseer todo lo bueno que éste tiene, sino también para vaciarlo intencionalmente, a fin de que no contenga nada envidiable. La envidia actúa además utilizando la proyección, y con frecuencia es éste su mecanismo principal. Cuando el bebé se siente lleno de ansiedad y de maldad y siente que el pecho es la fuente de todo lo bueno, quiere por envidia estropearlo proyectándole partes malas y dañinas de sí mismo; en su fantasía, lo ataca escupiéndole, orinándole, defecándole, con flatos, y con la mirada penetrante, proyectiva (el “mal de ojo”). A medida que prosigue el desarrollo, continúan estos ataques, dirigidos ahora al cuerpo de la madre y a sus bebés, y a la relación entre los padres. En casos de desarrollo patológico del complejo de Edipo, la envidia de la relación entre los padres desempeña un papel más importante que los verdaderos sentimientos de celos.

Si la envidia temprana es muy intensa, interfiere con el funcionamiento normal de los mecanismos esquizoides. Como se ataca y arruina al objeto ideal, que es el que origina envidia, no se puede mantener el proceso de escisión en un objeto ideal y un objeto persecutorio, de fundamental importancia durante la posición esquizo-paranoide. Esto conduce a una confusión entre lo bueno y lo malo que interfiere con la escisión. Como no se puede mantener la escisión y no se puede preservar un objeto ideal, quedan gravemente interferidas la introyección del objeto ideal y la identificación con él. Y con esto el desarrollo del yo debe sufrir necesariamente. Cuando la envidia es muy intensa, lleva a la desesperación. Como no se puede encontrar un objeto ideal, no hay ninguna esperanza de recibir amor ni ayuda alguna. Los objetos destruidos son fuente de incesante persecución y posteriormente de culpa. Al mismo tiempo, la falta de una buena introyección priva al yo de su capacidad de crecer y asimilar (lo que disminuiría su sensación de que existe un abismo tremendo entre él y el objeto); surge así un círculo vicioso en que la envidia impide una buena introyección y esto a su vez incrementa la envidia.

La envidia escindida y apartada sigue siendo una fuente constante de culpa inconsciente y una amenaza constante de irrupción de una parte psicótica. En un desarrollo más normal, la envidia se integra mejor. La gratificación que produce el pecho estimula admiración, amor y gratitud, junto con envidia. Estos sentimientos entran en conflicto en cuanto el yo empieza a integrarse y, si la envidia no es abrumadora, la gratitud domina. El pecho ideal introyectado con amor, gratificación y gratitud se hace parte del yo, y el yo mismo se llena más de bondad. De este modo, en un círculo benigno, a medida que aumenta la gratificación, disminuye la envidia; la disminución de la envidia permite mayor gratificación, y esto a su vez estimula la disminución de la envidia. Pero siempre subsisten sentimientos de envidia con relación al primer objeto, aunque debilitados. Algunos de estos sentimientos se desplazan del objeto primario al rival,

fusionándose con los celos. Así, por ejemplo, la envidia del pecho de la madre se desplaza al pene del padre, incrementando la rivalidad con éste. Si el remanente de envidia hacia el objeto primario no es sentido ya como algo destructivo y devastador, puede llegar a estimular una competencia y rivalidad sana, de carácter egosintónico, y que no origina abrumadores sentimientos de culpa y persecución.

### **Detenciones en el proceso de separación-individuación en los celos**

Para Oñate Rivadeneyra (1996), la constante reacción de dolor, de angustia de pérdida del objeto, que se presenta en los celos, hace pensar en detenciones en el desarrollo infantil, particularmente en las etapas de separación-individuación (Mahler, Pine y Bergman, 1975), ya que durante estas etapas se requiere la presencia constante de la madre, empáticamente sintonizada con las necesidades del bebé. De no ser así, se obstaculiza o se impide el logro de las diferenciaciones intrapsíquicas y por lo tanto el logro de la autonomía, persistiendo la necesidad de la madre (o su representante) y la angustia de pérdida del objeto. Así, para el celotípico, el estado de bienestar en el self depende ahora de la posesión y control de la pareja representante de la madre, pareja que también representa, de acuerdo a Winnicott (1951), *la primera posesión no-yo*: un objeto transicional que sirve para tranquilizar las angustias más primarias durante el proceso de separación de la madre; es decir, un objeto que sirve para consolar la soledad, los sentimientos de vulnerabilidad e impotencia durante esta etapa.

Oñate Rivadeneyra (1996) sostiene que en estos pacientes, las demostraciones de afecto que su pareja puede expresarles –de acuerdo a su personalidad e individualidad– pasan inadvertidas, son ignoradas o negadas porque no se adecúan a las demostraciones de afecto específicas que ellos esperan, mecanismo por el cual repiten ahora la sensación de falta de afecto, la falta de bienestar y el dolor del pasado; es decir que lo que les provoca tanto dolor psíquico es el no encontrar correspondencia entre la imagen materna inconsciente necesitada y su pareja en la realidad actual. La reacción de celos puede entenderse, entonces, como un reclamo, como una protesta ante el dolor psíquico; reacción que se presenta fuera de tiempo y hacia la persona equivocada. Se protesta y se reclama el amor, la atención y el bienestar que no se pudo reclamar a la madre.

Por otro lado, en el celotípico, el estilo de la relación con el objeto temprano idealizado, pero abandonante, ha quedado internalizado, por lo que estos sujetos en realidad no necesitan de alguien externo que los compare con otro, ya que inconscientemente perpetúan el sistema de comparaciones con el rival fantaseado, siempre para perder. En su representación del self sienten que siempre les falta algo, cualquier atributo por el cual va a ser invariablemente otro el preferido, el digno de amor, el poseedor del objeto idealizado. Su sensación de valía interna no sólo no se pudo desarrollar por la falta de espejeo, sino que cualquier manifestación y sensación de valor no puede permanecer, ya que es inmediatamente destruida por la comparación inconsciente con el otro, que es el fantasma imaginario que se reencarna en cualquiera y que amenaza con quitar a la pareja (Oñate Rivadeneyra, 1996). De hecho, estos pacientes, al mostrarse celosos, posesivos y controladores, inconscientemente provocan

aquello tan temido: que su pareja se aleje de ellos al sentirse tratada injustamente y agredida con las acusaciones celosas y el control, tendiendo así a repetir la historia infantil de lejanía afectiva y abandono.

Esta autora concluye –nos parece que acertadamente– que *nadie busca compulsivamente al culpable (pareja) a menos que necesite inconscientemente hacer justicia o tomar venganza; venganza que corresponde a las injusticias de la infancia, a las heridas narcisistas provocadas por los padres.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Bohm, E. (1967). *Encyclopedia of sexual behavior*. Nueva York: Hawthorne Books.
- Clanton, G. y Smith, L.G. (Eds.). (1981). *Anatomía de los celos*. Barcelona: Grijalbo.
- Coen, S.J. (1987). Pathological Jealousy. *International Journal of Psychoanalysis*, 68, 99-108.
- Constantine, L. y Contantine, J. (1971). Sexual aspects of multilateral relations. *Journal of sex research*, 2, 27-31.
- Díaz Loving, R., Andrade, P., Muñiz, A. y Camacho, M. (1986). Percepción de aspectos y negativos en la interacción de pareja: reacción y consecuencias. *La psicología social en México*, 1, 367-371.
- Díaz Loving, R. y Rivera Aragón, S. (1990). Celos y autoconcepto. *Psicología social en México*, 2: 144-149.
- Díaz Loving, R. y Rivera Aragón, S. y Flores Galaz, M. (1989) Desarrollo y análisis psicométrico de una medida multidimensional de celos. *Revista Mexicana de Psicología*, 6(2): 111-119.
- Erickson, E. (1950). *Infancia y Sociedad*. Buenos Aires: Hormé, 1966.
- Etchegoyen, H. y Rabih, M. (1981). Las teorías psicoanalíticas de la envidia. *Psicoanálisis*, 3, 359-384.
- Fenichel, O. (1935). A contribution to the psychology of jealousy. En *The collected papers of Otto Fenichel. First series* (pp. 349-362). New York: Norton, 1953.
- Flores, G., Amador, A., Beltrán, H., Hernández, P. y Pérez, B. (1990). El efecto de los celos en las relaciones ante la interacción de la pareja. *Psicología Social en México*, 3, 55-58.

- Freud, S. (1922). Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad. En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Griffin, K. y Patton, B. (1971). *Fundamentals of interpersonal communication*. Nueva York: Harper and Row.
- Klein, M. (1957). Envidia y Gratitude. En *Obras Completas* (Vol. 3). Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Kohut, H. (1971). *The analysis of the self*. New York: International Universities Press.
- Mahler, M., Pine, F. y Bergman, A. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Ed. Marymar, 1977.
- Mathes, E. y Deuger, D. (1982). Jealousy, a creation of human culture. *Psychological Reports*:
- Oñate Rivadeneyra, C. (1996). Algunos elementos psicodinámicos de los celos en la relación de pareja. *Manuscrito no publicado*.
- Pao, P. N. (1969). Pathological jealousy. *Psychoanalytic Quarterly*, 38, 616-638.
- Seeman, M. B. (1979). Pathological jealousy. *Psychiatry*, 42, 351-361.
- Segal, H. (1979). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Sternberg, R. (1990). *El triángulo del amor*. México: Paidós.
- Van, S. (1988). *Los celos*. México: Paidós.
- White, L. y Mullen, E. (1989). *Jealousy: Theory research and clinical strategies*. New York: The Guilford Press.
- Winnicott, D. W. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. Estudio de la primera posesión no-yo. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Ed. Laia, 1981.

### 13. EL PROCESO DE CONVERTIRSE EN PADRES: UNA VISIÓN PSICOANALÍTICA<sup>50</sup>

Con Leticia Oviedo Estrada

#### Introducción

En la actualidad –más que antes– se acepta casi consensualmente como un hecho de sentido común que no es lo mismo ser padre biológico que padre psicológico.<sup>51</sup> Esto es: el simple acto de procrear un hijo no determina o garantiza que una persona puede reclamar para sí el título de “padre”; no por lo menos en lo que a un desarrollo integral se refiere. Queda implícito en esto, también, que igualmente no puede adjudicarse ese título quien sólo se ocupa de los aspectos pecuniarios o de manutención. Esto indudablemente es parte del ser padre, pero por supuesto no lo es todo. Ocurre de hecho que la actuación de un padre puede dividirse en aspectos *formales* e *informales*, siendo los primeros aquellos relacionados con “la casa, vestido y sustento” (y el acto de la procreación) y los segundos con algo que es intangible, subjetivo e inasible y que tiene que ver más bien con el *vínculo emocional*.

Decimos que esta división es hasta cierto punto reciente porque tradicionalmente se ha considerado que una cosa conlleva la otra, y la prueba de ello es que el término *paternidad* incluye por igual a ambos aspectos, el *formal* y el *informal* (además de que el vocablo deja de lado a la madre al provenir de la raíz latina *pater* = padre). Es por esto que algunos autores han preferido diferenciar la *paternidad* y la *maternidad* del *paternaje* y el *maternaje*.

¿Y cómo es que se adquiere este supuesto *paternaje* o *maternaje* (al cual nos referiremos genéricamente con el neologismo *parentaje*)? ¿Cómo es que un hombre o una mujer se vuelven verdaderamente “padres” en el sentido de lo emocional? Consideramos por lo menos cinco determinantes:

#### 1. Rol social

Una buena parte de lo que se considera “ser padre” se adquiere a través de la identificación con las expectativas de la cultura en la cual se inserta una persona. Esto quiere decir que la sociedad establece una serie de roles para cada uno de sus

---

<sup>50</sup> Este capítulo fue originalmente publicado en la *Revista Costarricense de Psicología*, 20: 33-40, 1993b, y posteriormente se publicó una versión definitiva en Sánchez Escárcega, J. y Oviedo Estrada, L. (1994). El parentaje: una visión psicoanalítica. *Psicología Iberoamericana*, 2 (4), 176-186.

<sup>51</sup> “Padre” se utiliza aquí, por supuesto, en un sentido amplio, es decir, incluyendo tanto al padre como a la madre.



integrantes. Establece, por ejemplo, pautas de comportamiento para el hombre y para la mujer, para los viejos y para los jóvenes, para quien está casado y para quien no lo está. Son normas que el individuo debe cumplir o espera cumplir para ser aceptado por el resto de los miembros de esa cultura. De hecho esta división es lo que garantiza el mantenimiento y cohesión de determinado grupo social. En lo referente a los padres, se exige que desempeñen una serie de funciones específicas, que transmitan a través de la educación un conjunto de valores originados en la idiosincracia del grupo en particular. El individuo que se convierte en padre adquiere un nuevo status –generalmente un status superior en el contexto de su sociedad–, busca asemejarse a la imagen ideal que la cultura ha establecido para su rol porque con esto adquiere reconocimiento y aceptación entre sus congéneres. Si profundizamos en este fenómeno, podemos ver que se ha proyectado sobre el grupo social la imagen de un padre, su propio padre, que aprueba o desaprueba su conducta en base a lo que ha sido establecido como adecuado para cada hijo-individuo. La persona “sabe” cómo debe comportarse o por lo menos lo intuye. Se guía por el modelo social, ya sea aceptándolo o rechazándolo, pero siempre en relación a esa expectativa que la sociedad le ha impuesto. *Comportarse como un “buen padre”, en el marco del ideal cultural, es la mejor garantía de que se seguirá siendo un “buen hijo” para esa sociedad.*

## **2. Identificación con los propios padres**

En cierto sentido esto es un corolario de lo anterior. Una persona no sólo se rige por los modelos sociales (“lo esperado”), sino también por los modelos internos (“lo vivido”).<sup>52</sup> El individuo se identifica con aquellas figuras que a su vez ejercieron el rol de padres para él. Se trata de introyectos que hasta entonces habían permanecido adormecidos en su inconsciente, pero que ahora comienzan a ejercer su poder. Un hombre o una mujer, por ejemplo, pueden desear que su actuación como padre o como madre esté basada predominantemente en tal o cual modelo, en tal o cual actitud o en tal o cual teoría, y lograr conseguir algo de su propósito. Sin embargo, la mayor parte de su desempeño –sobre todo el que no es obvio ni dirigido, o sea el que depende sustancialmente de factores inconscientes– será producto de aprendizajes muy tempranos, precisamente aquellos que surgen de la relación con los padres en la infancia. Esto significa que un niño ha ido guardando dentro de sí “recortes” de experiencias vividas cotidianamente en el seno de su familia. Estos “recortes”, al igual que las diversas *tomas* de una filmación, muestran a un determinado número de personajes actuando una y otra vez las mismas escenas apenas con ligeros cambios. Las más tempranas *tomas* o *escenas* se forman a partir de sencillas unidades senso-perceptuales y se ligan intensamente a la actividad emocional: *mamá dando el alimento, mamá acariciando, papá sonriendo, papá trabajando*. Las más tardías incluyen complejos y elaborados sistemas de valores y pensamientos. A partir del conjunto de estos “recortes” cada persona va estableciendo su propio “largometraje emocional”, largometraje al que se recurrirá siempre en cualquier situación vital posterior.

---

<sup>52</sup> La división es arbitraria. También la expectativa social ha sido “vivida” y se lleva “dentro”, como un introyecto más.

El hecho de convertirse en padre o madre implica que una persona se identifica con aquellos introyectos que hasta entonces han permanecido guardados y almacenados en su inconsciente. La mayor parte de las veces sin proponérselo, recurre a esos “recortes” de actuación paterna o materna que experimentó –en aquel entonces en forma pasiva– en la interacción con sus propios padres. Tal como se suele decir, *se actúa en forma activa lo que se vivió en forma pasiva*. Es importante aclarar que con frecuencia las conductas derivadas de estas identificaciones, al ser *inconscientes*, pueden discrepar en mayor o menor medida del rol ideal impuesto por una cultura o incluso de lo que una persona espera *conscientemente* que sea su desempeño como padre. Esto nos remite enseguida a la cuestión de las identificaciones con aquellas *actitudes negativas* de los progenitores (“no hagas lo que yo hago sino lo que yo digo”). Proviene del hecho de que en el inconsciente no existe la lógica racional ni el juicio crítico. Se registra ahí todo lo que con significancia emocional se ha vivido o experimentado, sea frustrante, sea gratificante. Lo bueno y lo malo de los padres, por igual, pasa a formar parte de este bagaje de introyectos. La pregunta que muchos padres se hacen “¿por qué estoy comportándome así, si esto no es lo que yo quería?” es posible que tenga su explicación en esta doble identificación consciente e inconsciente. El caso más dramático se nos muestra en la *identificación con el agresor*, mecanismo que se caracteriza por una aparente incongruencia al repetir determinadas conductas negativas de las que uno mismo fue víctima en otro tiempo. A pesar de haber sido rechazadas antaño, ahora se les repite porque en el inconsciente se obtiene simbólicamente el mismo poder que detentaba quien antes las ejerció sobre nosotros.

Ahora bien, la posibilidad de identificarse con los propios padres depende directamente de la buena relación que se tuvo con ellos. Si una persona fue adecuadamente gratificada por sus padres, en su inconsciente forma una indisoluble liga con ellos, un vínculo de gratitud que lleva a la aceptación e incorporación de sus características parentales. Estamos hablando de un asunto de amor u odio. En el primer caso, el resultado, derivado de las pulsiones libidinales, produce cercanía, proximidad, adhesión, fusión, deseo de *llevar dentro*. En el segundo, cuando las pulsiones agresivas y destructivas predominan, se produce rechazo, alejamiento y expulsión, y por lo tanto la identificación positiva no se logra. El mecanismo de *identificación con el agresor* no es incompatible con lo que acabamos de establecer. Antes al contrario, se explica a partir de la suposición de que en esa relación la agresividad y hostilidad se convirtieron en un valor, en un ideal: Se amaba y se anhelaba la fortaleza y el poder que el *agresor* poseía. Uno quería ser como él.

### **3. Renuncia a los deseos insatisfechos de la propia infancia**

Este es probablemente uno de los determinantes que adquieren mayor peso en el proceso de lograr la capacidad de parentaje. Cuando mencionamos en párrafos anteriores que el verdadero sentido del parentaje involucra por fuerza una renuncia a la propia satisfacción en beneficio de otros (los hijos), nos referíamos justamente a que *todo proceso de maduración se basa en una pérdida*: El niño tiene que abandonar su deseo de seguir siendo niño si desea convertirse en joven, el joven tiene que abandonar ciertas

ventajas inherentes a su estado si desea convertirse en adulto, etcétera. En otras palabras, el crecer, el evolucionar, exige un desasimiento progresivo de las condiciones que caracterizan a la etapa que se está viviendo. Es un aceptar que lo que se es ya no puede seguir siendo, que lo que se tiene debe ser cambiado por algo diferente, que lo que se ha vivido hasta ese momento como presente debe pasar a formar parte ya del pasado. Pero esta renuncia no es fácil. Generalizando un poco podríamos decir que nadie querría hacerla. Sin embargo esta es la historia de cada individuo: una historia de duelos –o *microduelos*, como prefieren llamarlos algunos autores–.

¿Pero qué es lo que determina la posibilidad de esta elaboración? Sabemos, por la teoría psicoanalítica, que el funcionamiento mental se rige en buena medida por el *principio del placer*. Esto es, la satisfacción inmediata de los deseos o necesidades sin demora alguna, sin tolerancia a la frustración. Bajo este *principio del placer* todos querríamos ser cuidados y gratificados como en la infancia, querríamos, por ejemplo, no tener que cuidar de otros, sino más bien ser cuidados y protegidos por los demás. Pero el *principio del placer* se tropieza, se topa, se estrella invariablemente con la realidad. A la gratificación inmediata se le imponen exigencias, condiciones inaplazables que deben ser cumplidas. El *principio del placer* cede su lugar al *principio de realidad*. Someterse a él significa una renuncia, pero a largo plazo garantiza una satisfacción más asegurada. La madre que se levanta a la mitad de la noche a dar de comer a su hijo bien podría no hacerlo. Si actuara exclusivamente en función del *principio del placer* lo más cómodo sería continuar su sueño. Sin embargo, esta satisfacción inmediata de su deseo de dormir eventualmente le acarrearía un perjuicio: se sentiría culpable. Levantarse, en cambio, puede representar aparentemente una falla en el cumplimiento de sus necesidades, pero en realidad no lo es, ya que obtiene un placer más amplio y duradero al comportarse de acuerdo al rol ideal de madre que en su interior lleva.

El proceso de desarrollo requiere que se cumplan cabalmente ciertas etapas, si estas no se satisfacen plenamente quedan ahí como vacíos que algún día deberán ser llenados. No se trata de una satisfacción *absoluta, irrestricta*, porque esta implica tantas escisiones y relaciones parciales como una frustración desmedida o anestésica. Todo progreso sano impone una buena dosis de conflicto, de frustración, pero no una frustración excesiva, sino lo que se denomina una *frustración óptima*, una que conduzca al movimiento y a la acción, no al quietismo y aceptación pasiva de la realidad.

En el caso de los padres se puede plantear lo siguiente: Ellos, que ahora son adultos, alguna vez fueron niños con necesidades de muy diversos tipos; si estas necesidades fueron satisfechas –adecuadamente satisfechas– se produce aquella liga libidinal de la que antes hablábamos y con ello la identificación positiva. *Uno se ha convertido en aquel padre que alguna vez tuvo; uno es, ahora, aquel padre de la fantasía y, de acuerdo a esa fantasía, se comporta.*

Por el contrario, en la medida en que uno se sintió insatisfecho como hijo guarda en su interior el deseo de seguir siendo niño, el deseo de obtener aquello que todavía no se ha recibido, el deseo de completar aquellas etapas que quedaron inconclusas. No hay

infancia perfecta y todo adulto conserva dentro de sí la fantasía de reencontrar a los padres fantásticos en algún lado. Sólo cuando se desiste de esta búsqueda se puede tolerar que otros se beneficien de lo que uno no logró conseguir. De otra manera surge la *envidia*, que significa el deseo de quitar a los demás aquello que uno no pudo disfrutar. Cuando de los hijos se trata, la envidia se manifiesta en la intolerancia a permitir que gocen de los bienes o placeres que el progenitor o los progenitores desean inconscientemente recibir.

Así, hay padres que teniendo la posibilidad de ahorrar a sus hijos ciertas dificultades que ellos se vieron obligados a superar, actúan su enojo inconsciente a través de imponerles los mismos sufrimientos y carencias en aras de una “formación” o “educación de su carácter”. Tal como se mencionó anteriormente, todo proceso de desarrollo exige una renuncia y una frustración, pero la línea divisoria entre lo óptimo y lo excesivo es muy tenue y a simple vista no siempre resulta fácil establecer la diferencia. En sentido estricto, el padre obtiene su satisfacción en el hecho de dar y cuidar, y recibe cuando ve los resultados de su entrega. No es un camino unidireccional, pero la gratificación que se persigue difiere esencialmente de la del niño. Algunos padres no pueden tolerar esta distinción y en lo inconsciente anhelan invertir los roles con sus hijos. Proyectan sobre ellos la figura de sus propios padres y esperan, consecuentemente, que se comporten como adultos y satisfagan sus necesidades.

Trataremos de detallar un poco más este proceso, pero podemos adelantar que el eje central es la *envidia inconsciente hacia los hijos*, y en última instancia, *hacia los propios padres*. Veamos los pasos que se siguen en este proceso:

1) Un niño, en alguna época de su infancia, siente repetitiva o intensamente que algunas de sus necesidades más urgentes –físicas, emocionales o materiales– no están siendo satisfechas correctamente, por lo cual se siente invadido de un sentimiento de desasosiego y frustración que no logra dominar.

2) El origen de este sentimiento es atribuido a la maldad de los padres mediante la siguiente lógica: Si sus padres poseen todo lo que él necesita, entonces pueden gratificarlo o frustrarlo a voluntad. Ahora él se está sintiendo sumamente desdichado, por lo que no puede menos que concluir que sus padres todopoderosos están permitiendo o propiciando esa situación.

3) A consecuencia de lo anterior, el niño experimenta un tipo de odio o resentimiento muy primitivo hacia sus padres, y en su interior no logra identificarlos como figuras buenas, sino únicamente como figuras malas y hostiles. Además, como el niño está inconscientemente convencido de que sus padres guardan en algún lugar las gratificaciones que él tanto necesita, o que si así lo desearan ellos podrían proporcionárselas, no se resigna a abandonar su placer y continúa anhelando, ahora de una manera muy agresiva, quitar, arrancar o despojar a sus padres de aquello que siente que le han negado. Se trata de un genuino sentimiento de envidia hacia ellos o hacia lo

que poseen y que no ha podido ser compensado o *contrabalanceado* por ninguna vivencia de gratificación.

4) Esta complicada red de sentimientos y pensamientos permanece sumergida en el inconsciente debido a la represión.

5) Algunos años después este niño, ahora adulto, se convierte en padre. De entrada descubre que una gran parte de sus placeres y comodidades tienen que ser dejados de lado en beneficio de la gratificación de su hijo (y que a cambio la única compensación que se le ofrece es el placer de ser buen padre).

6) La vivencia de que su hijo tiene todos los placeres y satisfacciones a su alcance, para sí solo y en forma inmediata, y que él tiene en cambio que postergarlos o renunciar a ellos, remueve en el inconsciente aquellos sentimientos primarios de envidia hacia los propios padres (es decir, se produce una regresión).

7) Estos sentimientos resurgen con tanta intensidad que el adulto no puede seguir manteniendo su rol de padre (en parte porque la identificación con los propios padres no quedó firmemente afianzada debido a la hostilidad predominante en el vínculo). Renace dentro de él el niño anhelante y frustrado que alguna vez fue, con lo cual se genera un sentimiento de envidia hacia el hijo.

8) El resultado es la formación de una intensa transferencia patológica sobre el infante y con ello una inversión de roles: El adulto se siente un niño rencoroso que busca su satisfacción y percibe en su hijo al padre de otros tiempos, aquel que sintió que guardaba egoístamente para sí todos los placeres y que se los negaba.

9) El padre (inconscientemente convertido ahora en hijo) exige que le sea retribuido aquello que siente se le debe; se lo exige al niño, a su hijo, ya que en el inconsciente ha transformado a este niño en su propio padre. Además, no sólo espera que este hijo lo compense de las carencias que tuvo, sino que también inconscientemente se siente obligado a impedir que siga gozando de cualquiera de los beneficios incondicionales que otorga la infancia.

Un ejemplo de lo anterior se encuentra en padres que consideran que los hijos deben retribuirles todo lo que han “invertido” en ellos, sea dinero, sean cuidados. No se trata de un sentimiento de apoyo mutuo o solidaridad familiar, sino de una contabilidad de “haber” y “deber”. Profundamente se espera que los hijos se comporten como los padres de sus padres y que recompensen concretamente los esfuerzos y privaciones de sus “hijos”. La forma de pago que se pide puede ser concreta (tal como una retribución monetaria de lo que se gastó en los hijos, o a través de la idea de que deben mantener a sus padres apenas puedan, o en la suposición de que deben, incondicionalmente y *a priori*, cargar con ellos en su vejez), pero también puede ser un pago emocional o afectivo (como en la consigna no verbalizada de que los hijos deben conservar siempre la idealización infantil hacia los padres, o en el no cuestionar ni poner en tela de juicio la actuación de los progenitores; también se puede observar en la renuncia del hijo a formar

una pareja, permaneciendo en el hogar paterno por siempre, o en la idea de que debe adquirir la misma profesión que el padre y continuar “sus esfuerzos”).

En cuanto a la sensación de que se debe impedir que los hijos gocen de los beneficios que su posición les otorga, el caso puede ser el de algunos padres que inconscientemente se rigen por la ley del talión: “ojo por ojo, diente por diente”, a raíz de lo cual consideran que los hijos deben sufrir las mismas penurias o privaciones que ellos hubieron de superar. En otro sentido, el mismo mecanismo se observa en padres que parecen necesitar que sus hijos se comporten como adultos, adelantando etapas. Estos padres critican constantemente las supuestas “comodidades”, “libertades” o “falta de responsabilidad” de sus hijos, sin poder reconocer que en el fondo lo que sienten es una intensa envidia hacia la infancia o adolescencia de ellos.

#### **4. Empatía con las necesidades del hijo**

Precisamente una de las razones por las que algunos padres son capaces de renunciar a su propia satisfacción se encuentra en el hecho de que pueden empatizar con las necesidades de su hijo, es decir, pueden entenderlas, asimilarlas, comprenderlas, *hacerlas suyas* y actuar de acuerdo a ellas. La capacidad de empatía, cuya raíz griega significa “(estar) *en el sentimiento o en la afección* (del otro)”, se origina en una serie de mecanismos no patológicos de identificación proyectiva e introyectiva y en una escisión y regresión moderadas y controladas que conducen a una suerte de *desdoblamiento* de la personalidad, donde una parte puede ser puesta *en la otra persona*, identificándose con sus sentimientos y vivencias. Este mecanismo surge en buena medida de la experiencia temprana de haber sido uno mismo objeto de la empatía de otros (los padres), aunque probablemente tiene algunos elementos innatos. Dado que constantemente se entrelaza al conflicto psíquico, no es poco frecuente que esta capacidad empática quede detenida o atrofiada, a veces en forma permanente.

Sin pretender entrar en los mecanismos internos del proceso de empatía, podemos decir que en el caso de los padres, dicha capacidad se origina en la convicción de que el hijo tiene necesidades que deben ser entendidas y satisfechas. En otras palabras, los padres *toleran o aceptan que el hijo se comporte como tal*. Toleran, también, que requiera de *ellos* para su supervivencia y desarrollo.

Planteamos entonces que si el deseo de gratificar al hijo se encuentra íntimamente relacionado con la empatía, ésta se encuentra ligada a su vez a la capacidad de los padres para renunciar a la satisfacción de las necesidades que quedaron sin cumplir en su propia niñez, tal como se estableció en el apartado anterior. Esto significa que en el largo proceso de convertirse en padre, quien puede resignar su deseo de seguir siendo gratificado como niño, tolera que sea otro el que reciba esas atenciones.<sup>53</sup> Por el contrario, cuando el adulto siente que hay algo que se le adeuda, tendrá la vivencia de que el hijo interfiere con sus posibilidades de lograr la satisfacción. El infante es vivo

---

<sup>53</sup> Como se puede ver, esta es una de las variables que frecuentemente intervienen en los conflictos matrimoniales.

entonces como un rival, como una amenaza, y el padre, en su inconsciente, se retira emocionalmente de él. Lo que sucede es que el adulto quisiera ocupar el lugar del niño, quisiera ser el beneficiario de todo el bienestar que se siente forzado a dar. En esta economía emocional, cada gratificación que el niño recibe representa una gratificación menos en el haber del padre, significa un nuevo aplazamiento en el pago de la deuda. La competencia que se establece con el hijo –más propia de hermanos– origina una *actitud paranoide* hacia el niño, ya que se le vive como un peligroso atacante, como un implacable ladrón, o simplemente como un tirano que debe ser sometido a través de cualquier método de poder, ya que de no hacerlo amenazaría con dominar a los adultos, con explotarlos y manipularlos. Como se puede ver, esta *actitud paranoide* destruye la posibilidad de empatía con el hijo, y de hecho es su opuesto. Para decirlo en palabras sencillas, una persona no puede sentir ningún interés en entender y atender las necesidades de otra cuando la satisfacción de esas necesidades representa un daño o un perjuicio para la primera.

## **5. Relación de pareja gratificante**

Hemos establecido repetidamente que la esencia del proceso de convertirse en padre implica una renuncia al deseo de continuar siendo niño para permitir que otro lo sea. Igualmente hemos dicho que la gratificación del padre está normalmente en saber que ha cumplido adecuadamente su función. Sin embargo, esto no es totalmente exacto. Es necesario aclarar que los padres reciben, *a través de la relación de pareja*, una compensación indirecta, cierta satisfacción moderada de su deseo infantil de ser cuidados y protegidos incondicionalmente. En efecto, si bien es cierto que los padres, por un lado, aparentemente “pierden” al renunciar a sus gratificaciones en beneficio del hijo, por el otro cuentan con un medio excelente para compensarse. Este medio es el vínculo de pareja, siempre y cuando éste sea suficientemente bueno. Así, mientras que por un lado dan, por el otro reciben. Por supuesto no se trata de gratificaciones directas de necesidades regresivas, sino lo que se acostumbra denominar *gratificaciones sustitutivas o sublimadas*. La pareja proporciona esta posibilidad: Uno es en la adultez objeto del amor de otra persona, tal como se experimentó o se deseó haber experimentado en la propia infancia (narcisismo secundario).

Igualmente la pareja sustituye, en el inconsciente, a los padres en su función de aprobación. El padre que se encuentra desempeñando adecuadamente su rol obtiene una buena dosis de satisfacción en el hecho de saber que su pareja reconoce su actuación.

## **Nota final**

Hemos establecido la influencia de por lo menos cinco factores en la adquisición de la capacidad de parentaje: *Rol social, Identificación con los propios padres, Renuncia a los deseos insatisfechos de la propia infancia, Empatía con las necesidades del hijo y Relación de pareja gratificante*. Todos ellos se pueden resumir en una conclusión central: Sólo puede ser padre quien ha renunciado a su deseo inconsciente de seguir siendo hijo. Desde el nacimiento hasta la muerte las necesidades se transforman y con ello los

satisfactores que se requieren. El adulto no renuncia cuantitativamente a ningún placer, sólo cambia el tipo de satisfactor y la forma de obtenerlo. En última instancia, el deseo de ser amado por los padres, en el adulto, se cambia por el deseo de ser amado por los hijos al desempeñar adecuadamente, para ellos, el rol parental.



## IV

### LA PAREJA HUMANA: ENTRE LO SOCIAL Y LO INTRAPSÍQUICO

## 14. EL PROCESO DE DESIDEALIZACIÓN Y EL TRABAJO DE DUELO

### EN LA EVOLUCIÓN DE UNA PAREJA<sup>54</sup>

Con Norma Brown Parra

#### Introducción

Si revisamos la historia del psicoanálisis, podemos ver que como tratamiento psicológico, en sus orígenes, se ocupó tan sólo de la problemática individual. Aun cuando el llamado *psicoanálisis aplicado* desde muy temprano tomó como objeto de estudio a la cultura, el folklore, e incluso la historia de los pueblos –dando lugar posteriormente a la investigación sobre grupos, familias y parejas–, el *psicoanálisis terapéutico*, como sistema teórico y técnico emanado del estudio de casos clínicos, siguió aplicándose principalmente a *un* sujeto. Sin embargo, no podemos dejar de considerar el hecho de que el ser humano siempre se encuentra en relación a un otro. En un sentido amplio este otro es la sociedad, y en un sentido restringido es otro ser humano: madre, padre, hermano, amigo, maestro, pareja conyugal. La problemática individual considerada así, va a surgir, repercutir y reflejarse en la interacción con otra persona a lo largo de la vida. El tratamiento psicoterapéutico se ocupa entonces de todas estas formas de relación, incluida la que se establece entre el paciente y el analista: se trata de una pareja que por lo tanto se ocupa del estudio de éste y otros vínculos humanos. Entre estos adquiere predominancia fundamental (y práctica), en el adulto, la pareja amorosa. Es ahí donde cristalizarán finalmente las relaciones establecidas con los objetos del pasado, principalmente los de la infancia. Y sin embargo, sorprende encontrar que los trabajos científicos sobre problemática de pareja siguen siendo escasos. Una explicación de esto por fuerza debe abarcar una multiplicidad de factores individuales, sociales, culturales, económicos, etcétera, que profundizaremos en el capítulo siguiente.

#### Fenómenos psicológicos de idealización y desidealización de la pareja

En nuestra opinión y la de otros autores (c. f. Lemaire, 1979), una buena parte de los conflictos de pareja tienen su origen en las vicisitudes de los fenómenos de *idealización* y *desidealización* que necesariamente intervienen en toda relación afectiva y en particular en la relación amorosa.

Hemos mencionado a grandes rasgos que desde el inicio de la vida se encuentran operando poderosos mecanismos psíquicos de escisión, idealización y negación en todo ser humano. La mente del bebé, desde muy temprano, tiende a dividir al mundo en

---

<sup>54</sup> Este capítulo apareció publicado originalmente en Brown Parra, N. y Sánchez Escárcega, J. (1996). Desidealización y proceso de duelo en la pareja. *Psiquiatría*, 12 (2), 56-60.

objetos buenos y objetos malos. Los primeros surgen alrededor de todas aquellas experiencias gratificantes y placenteras que son vividas en primera instancia en relación a la madre, y posteriormente extendidas a todas aquellas personas que van pasando a formar parte del mundo psíquico del bebé. Paralelamente, los objetos malos son aquellos que en la vida fantasmática del pequeño han ocasionado o son fuente de displacer y frustración. Junto con esta división (escisión) primitiva del mundo surge automáticamente el deseo de mantener la liga y unión con los objetos buenos y expulsar, e incluso destruir, a los objetos malos que son vividos inconscientemente como una amenaza a la estabilidad psíquica (Klein, 1946).

El proceso de maduración a lo largo de la vida no cambia ni modifica en esencia el funcionamiento de estos mecanismos. La búsqueda del vínculo amoroso en el adolescente y en el adulto reproduce la de los primeros momentos de la existencia, cuando se tendía a mantener, gracias a la actividad fantasmática, el carácter totalmente bueno del objeto y a separar de él las partes que podrían aparecer como malas. El establecimiento de la relación amorosa convoca de igual modo a la escisión y a la idealización para conservar un objeto bueno gratificador.

Así, el mundo de lo amoroso se divide en un objeto totalmente bueno, que pertenece al sujeto, y el resto del mundo en donde se ubica a los objetos malos, perseguidores y amenazantes, tanto con respecto al sujeto como al objeto bueno introyectado.

En la primera parte del enamoramiento se busca suprimir radicalmente, mediante la negación y la proyección, todas las situaciones de disgusto, así como todos los aspectos insatisfactorios del objeto. Con el paso del tiempo, la mayor parte de los seres humanos abandona esta primera fase de absoluta idealización. Sin embargo, la práctica clínica nos muestra que existe un grupo de sujetos que por razones psicopatológicas no pueden soportar sin desintegrarse las intensas angustias persecutorias que esta desidealización conlleva. Rechazan entonces, de manera casi mágica, la penosa realidad interna y externa.

El proceso de idealización no patológica, como componente normal de todo enamoramiento, se observa claramente en el tipo de elección amorosa que establece el adolescente, en donde se inviste a la pareja de cualidades y virtudes que por mucho exceden el más somero examen de la realidad. Por otro lado, los aspectos malos así como todos los defectos son colocados, casi invariablemente, sobre la propia familia, específicamente los padres, quienes ahora adquieren todos los rasgos asociados con incomprensión, frustración y prohibición. En el adolescente, estas experiencias amorosas suelen ser de corta duración y por lo general se repiten varias veces en el transcurso de esa etapa.

Este tipo de elección se perpetúa en algunas personas, a pesar de fracasos repetidos, lo cual permite plantear dudas sobre su capacidad de madurar. Lo que debemos destacar aquí es la dificultad de establecer una relación de carácter ambivalente

con respecto al objeto, y el rechazo total de toda relación con quien, después de haber sido idealizado, muestra alguna falla en la perfección de la imagen que el sujeto se había formado. Parecería que estos sujetos han quedado fijados a la llamada *posición esquizo-paranoide*, en la cual los procesos de escisión predominan y la relación con el objeto es vivida en forma parcial y polarizada: “todo bueno o todo malo” (Lemaire, 1979).

Un mecanismo inherente a la *posición esquizo-paranoide* es la *identificación proyectiva*. Corresponde a una disociación previa de partes del self y a una proyección de algunas de estas partes en el objeto con la finalidad de “enquistarlo” y controlarlo. Ante la presencia excesiva de ansiedades paranoides y persecutorias, el self tiende a disociarse y dividirse en fragmentos que son proyectados en objetos externos. Dicha proyección puede ser tanto de partes malas como buenas de la personalidad. El punto central de este mecanismo radica en que al ser identificadas las partes proyectadas con el objeto, el sujeto intenta tomar control sobre él. Le resulta más fácil controlar lo que se encuentra fuera de sí mismo que lo que se encuentra dentro. Así, el sujeto desarrolla una relación de intensa dependencia con el objeto ya que necesita que éste se comporte de acuerdo a una fantasía interna inconsciente para evitar enfrentar la dolorosa experiencia de la *posición depresiva*, en la que el sujeto forzosamente tiene que hacerse cargo de todas las partes buenas o malas de su personalidad. En el terreno de la relación de pareja, la manifestación clínica de este mecanismo se observa en los intentos constantes y permanentes que un sujeto *inconscientemente* realiza para llevar a su pareja a comportarse de una manera específica (como alguien sin defectos, como un padre perfecto, o por el contrario, como un tirano, como un agresor, etcétera), y cómo hace, *también inconscientemente*, todo cuanto está a su alcance para lograrlo.

El pasaje a la ambivalencia (la llamada *posición depresiva*) se ve impedido en estas personas ya que el abandono de la idealización es vivido como la destrucción del objeto bueno, originando sentimientos de culpa y depresión que no se pueden tolerar.

### **El proceso de duelo**

La posibilidad de realizar *un duelo por el objeto bueno idealizado* no implica la pérdida de la realidad del objeto global externo sino su realidad psíquica interna, tal y como es vivida por la persona. Supone un esfuerzo considerable ya que exige primero la renuncia a la escisión y después la renuncia a la idealización (proyección de objetos o partes buenas) del compañero. Esta renuncia conlleva la aceptación de los sentimientos ambivalentes que la pareja inspira, y por lo tanto, una aceptación de que nacen sentimientos hostiles en el seno mismo de un verdadero apego por el otro. Es decir, la persona se ve llevada a reconocer que existe un componente de odio en él mismo dirigido hacia un objeto que por otro lado es lo bastante satisfactorio como para no rechazarlo. Renunciar a esta primera escisión y reintroyectar los objetos malos es el proceso que conduce a la *posición depresiva*. Así, *el duelo implica la dolorosa aceptación de aspectos insatisfactorios del objeto y la pérdida de una representación totalmente buena e idealizada de sí mismo*, que con el pasaje a la *posición depresiva* se tiene que dar simultáneamente, es decir:

a) *Una desidealización de la pareja* y por lo tanto su percepción y aceptación como una persona real con características buenas y malas;

b) *Una renuncia a su propia idealización* (o cualquier otra forma de autopercepción escindida, sea buena o sea mala) y,

c) *La aceptación de la desidealización de uno mismo en el otro*, o sea, la tolerancia a ser vividos por nuestra pareja en forma más realista y objetiva.

Esta capacidad de vivir el duelo resulta ser el verdadero criterio de madurez en una pareja y es lo que distingue las experiencias amorosas breves y pasajeras de las más duraderas (Lemaire, 1979).

El proceso de crisis en la pareja surge a partir de la decepción en el sujeto frente a una falla que se atribuye al objeto, es decir, cuando el objeto no responde ya a todas las expectativas del sujeto. Esta falla no necesariamente corresponde a una modificación en la realidad del objeto, sino que corresponde a una falla en la imagen interiorizada del sujeto. Esta decepción es directamente proporcional a la proyección que se ha hecho de objetos idealizados en el otro, y por lo tanto puede tener características ilimitadas o extraordinarias que son más propias de la vida psíquica de fantasía.

### **Defensas contra la desidealización**

El proceso de desidealización que es inherente al duelo de la *posición depresiva* conlleva la aceptación de que el otro es un ser con vida y existencia propias, separado de la vida, del control y de los deseos de uno. Surge entonces la conciencia de perder al otro, derivándose de aquí todas las ansiedades, fantasías y culpas propias de la *posición depresiva*.

Dado que para algunas personas esta toma de conciencia resulta insoportable, principalmente debido a que la predominancia de impulsos hostiles en el sujeto ejerce una imperiosa necesidad de mantener a toda costa la existencia de un objeto idealizado y omnipotente que no destruya ni se deje destruir, son utilizados una serie de mecanismos psicológicos *para defender al sujeto de la desidealización*. Pero no sólo esto, también son utilizados mecanismos de defensa para *impedir la desidealización de uno mismo*, y la *desidealización de uno mismo en el otro*. Veamos algunos de estos mecanismos.

#### **1. Negación**

Ocurre en la situación más extrema, cuando el sujeto rechaza inconscientemente la percepción de cualquier defecto en el otro. La negación puede ir desde formas muy sutiles, apenas discernibles, incluso para los demás, hasta formas extremas y bizarras más propias de la patología psicótica. El primer caso, bastante común por cierto, puede sintetizarse en la siguiente frase: "Mi marido es maravilloso", pero no dicho esto metafóricamente ni como una exageración consciente en la cual, en el fondo, sin verbalizarlo, se está aceptando la realidad del objeto total. En los extremos psicóticos

encontramos distorsiones de tal magnitud que la prueba de realidad queda sensiblemente afectada. Tal es el caso de algunas *folie á deux* donde uno de los miembros de la pareja coparticipa, complementa y alimenta el delirio psicótico (megalomaniaco, mesiánico, paranoide, etcétera) del otro.

## 2. Escisión y proyección

Como mencionamos en párrafos anteriores, las pulsiones agresivas que se dirigen inconscientemente hacia un objeto crean en la mente del sujeto la imagen de un objeto destruido, que coexiste junto a la imagen de uno ideal y perfecto surgido de la proyección de los objetos buenos internos y de las pulsiones libidinales que les dan forma. Así, la relación del sujeto con el objeto es *divalente*. Al igual que en la *posición esquizo-paranoide*, los mecanismos de proyección e introyección son muy intensos, generalmente tendiendo a colocar al objeto malo fuera del sujeto o, en este caso, fuera de la relación de pareja, o en una parte perfectamente circunscrita del objeto y que por lo tanto puede ser más fácilmente controlable.

Encontramos aquí varias modalidades de escisión (c. f. Lemaire, 1979):

### 2.1 Proyección del objeto malo fuera de la relación de pareja

#### a) Sobre personas ajenas a la relación

En este caso el sujeto tiende a colocar su propio objeto interno malo en familiares, amigos, compañeros de trabajo, etcétera, con la finalidad de preservar a la pareja como objeto bueno (es decir para preservarla como depositaria de las partes buenas del sujeto) y evitar la confrontación con las propias partes malas (defectos, incapacidades, debilidades, y principalmente, la agresión). Así, la pareja sigue siendo perfecta, los “malos” son los otros. En algunos casos esta situación puede dar lugar a un comportamiento ultraposesivo hacia el objeto. Se intenta “rescatarlo” de la “mala influencia” de sus amigos, de la familia política o incluso de los hijos. La tan conocida crítica a la suegra entra en esta categoría. La verbalización puede ser la siguiente: “Mi pareja es muy buena, el problema es mi suegra que todo el tiempo le está metiendo ideas”, pero igualmente puede ser: “Si no fuera porque su jefe es un neurótico, llegaría de mejor humor a la casa” o “La verdad todo empezó a cambiar desde que nacieron los niños”.

#### b) Sobre situaciones ajenas a la relación

En este caso el mecanismo es el mismo, sólo que la proyección se hace sobre el medio ambiente, la situación política, económica, educacional, religiosa, etcétera. Aquí la verbalización puede ser la siguiente: “Todo el problema vino desde la crisis económica” o “¿quién puede estar de buen humor con este tráfico?” o “si no fuera por la educación religiosa que recibió, ella funcionaría mejor en la cama”.

### 2.2 Proyección del objeto malo sobre aspectos circunscritos del cónyuge

En esta situación el sujeto tiende a proyectar su objeto malo interno o partes malas de sí mismo en alguna característica de personalidad, bastante delimitada, del compañero amoroso, con la finalidad de tener ubicadas y controladas las supuestas causas de la crisis y evitar que la imagen del objeto se “contamine” en la mente del sujeto. Aquí lo importante no es que el objeto tenga realmente esos “defectos”, sino que al sujeto le sirven para colocar en ellos aspectos inconscientemente rechazados de su propia personalidad. El sujeto puede decir, por ejemplo: “Es muy buen esposo y padre, es muy cariñoso, el único problema es que toma a veces mucho” o “lo único malo que tiene es que le falta carácter”. En esta modalidad el sujeto intenta desligarse de cualquier responsabilidad o participación en el origen de la crisis.

Una variante ocurre cuando conscientemente se atribuye el origen de la crisis a un defecto localizado de la otra persona, tal como sucede en el caso anterior, sólo que paradójicamente y en un nivel inconsciente este defecto resulta necesario y por lo tanto ideal para mantener la proyección y existencia de objetos internos de la vida emocional del sujeto. A diferencia del caso anterior, en donde lo que prevalece es la proyección, aquí interviene principalmente la identificación proyectiva, que como ya mencionamos se caracteriza por el intento de llevar al objeto a actuar un rol, a comportarse como una figura determinada que el sujeto inconscientemente necesita. Un ejemplo de esto podría ser el caso de una mujer que se queja de que su marido la golpea, pero que por lo demás todo está bien. Pudiera ser que en el inconsciente de esta mujer aquello que parece un defecto es en realidad algo que está necesitando porque quizás, en su infancia, tuvo un padre cuya única forma de acercamiento era a través de los golpes y la violencia. Así, podemos suponer que esta persona necesita los golpes, y que incluso inconscientemente provoca e incita al marido a golpearla para sentirse amada. De esta manera, la pareja es ideal y depositaria de un objeto idealizado. *Ideal*, para el inconsciente, no significa *bueno*, en términos morales, éticos o consensuales, sino simplemente *satisfactor de necesidades pulsionales*.

### 2.3 Proyección del objeto bueno sobre aspectos circunscritos del cónyuge

En este caso, para mantener su autoestima, el sujeto proyecta masivamente sus objetos malos y partes malas internas en el cónyuge, pero, al “cargarse” el objeto de todos los aspectos rechazados, se vuelve persecutorio. En un segundo momento y con la finalidad de neutralizar esa persecución, el sujeto hace una proyección selectiva de algunos objetos buenos, con lo cual logra, de cierta manera, preservar la existencia de un objeto ideal. Un ejemplo que ilustra la anterior situación sería el de aquellas personas que a pesar de tener una pésima relación de pareja, donde encuentran un sinfín de defectos en el cónyuge, afirman que sin embargo cierto aspecto, por ejemplo el sexo, es “maravilloso” o “lo que los mantiene unidos son las vacaciones”.

### 2.4 Proyección del objeto bueno sobre terceros

Aquí, los pasos son los mismos que en caso anterior, sólo que la proyección del objeto bueno se realiza sobre terceros, generalmente una pareja extraconyugal. Así, el

sujeto puede sentir que la relación con su cónyuge es francamente mala, pero que se “compensa” un poco porque encuentra en un amante las gratificaciones que le son necesarias. El sujeto ha hecho aquí una clara escisión entre objeto bueno y objeto malo, ambos correspondiendo a objetos de su interior. Esta escisión es lo que le permite seguir conviviendo con la pareja original, ya que la presencia del objeto bueno extraconyugal de alguna manera sirve como atenuante del objeto perseguidor.

Una variedad de este fenómeno, donde la escisión no es tan tajante, se encuentra en personas que mantienen una relación extraconyugal, sea permanente u ocasional, sea abierta o clandestina, y en donde se observa una complicada red de proyecciones, ya que por un lado, a la vez que se valoran ciertos aspectos del (la) amante, por ejemplo el sexo, simultáneamente se le devalúa al no considerarlo(a) “digno(a)” de un reconocimiento público y oficial. La misma situación ocurre respecto a la pareja original, ya que se le devalúa al considerar que es incapaz de satisfacer justamente aquellas necesidades que la pareja extraconyugal gratifica, pero se le considera de gran valor, por ejemplo, por ser “una persona decente”.

## 2.5 Proyección masiva del objeto malo sobre el cónyuge y autoidealización del sujeto

En el intento de encontrar en el cónyuge un objeto bueno idealizado, existe una situación que por sus características resulta sumamente paradójica. El objeto malo es proyectado en su totalidad en el otro, pero el sujeto, expuesto entonces a la maldad y destrucción de la pareja, adopta una actitud que podría denominarse “pedagógica” y que se caracteriza por la fantasía inconsciente de “ayudar” al otro “a volver a ser bueno”, a regresar a ser ideal. En otras palabras, el sujeto se dedicará a encontrar toda clase de defectos en su pareja (proyección de su propio mundo interno malo) con la finalidad de “reparar” ahí, en el otro, lo que se supone es causante de la crisis conyugal. De esta manera el sujeto se identifica con un objeto bueno, rescatador, casi mesiánico, que asume la tarea de neutralizar la maldad y los defectos de la pareja. El sujeto, mediante este mecanismo, se aferra a la fantasía de que la pareja debe responder al rol de figura ideal. El prototipo de esta situación se encuentra en el mito de Pigmalión. Como se recordará, Pigmalión fue un rey chipriota que se enamoró de una estatua de marfil que representaba a una mujer. Se decía que la había esculpido él mismo. Era tal el amor que sentía por su “obra” que logró convencer a Afrodita para que la transformara en una mujer real.

## 2.6 Distanciamiento sin ruptura

Melanie Klein, al estudiar el mecanismo de los procesos esquizoides, descubrió que un objeto sumamente idealizado eventualmente se torna persecutorio debido a que con la proyección de todos los aspectos buenos el sujeto acaba por sentirse vacío y miserable junto a tan “maravillosa” persona. En estos casos los montantes de envidia hacia el objeto se incrementan al punto de volverse intolerables, produciéndose entonces una corriente de odio y un deseo de vaciar de todo contenido envidiable al objeto. Así,



puede suceder que el sujeto, para protegerse de la temida retaliación, tenga que alejarse, manteniendo una distancia que le resulte segura y poco amenazadora.

En las situaciones de conflicto de pareja podemos observar este mecanismo en sujetos que han depositado toda la idealización en su cónyuge, de tal forma que inconscientemente se sienten amenazados en su autoestima por lo que se distancian sin llegar a una ruptura (Lemaire, 1979). Se trata de personas con un self frágil y poco cohesivo que, por un lado, en la cercanía sienten la amenaza de perder su personalidad, su individualidad y su autonomía frente a un objeto cargado de todas las “excelencias”, y por el otro, en la distancia total (ruptura) sienten que han perdido todo lo bueno e ideal que consideran vital para su existencia. El resultado es un distanciamiento sin ruptura que les permite una doble ventaja: *ni ser absorbidos, ni perder al objeto*. Aquí, los procesos de crisis aparecen como tentativas de lograr un distanciamiento necesario para la supervivencia psíquica de los compañeros. La pareja es vivida hasta cierto punto, a través de las satisfacciones que le aporta a cada uno, como amenazadora para la identidad personal, como una invasión a la que se debe poner fin, o al menos limitar. Tenemos entonces que considerar que algunas crisis de pareja no pueden interpretarse necesariamente como originadas por una falla del objeto de amor, y menos aún como una descalificación de éste, sino como una tentativa de escape a una excesiva invasión por parte de la pareja.

Como ejemplo de esto tenemos el caso de algunas personas que al formalizar la fecha de matrimonio, y ante el compromiso que esto les representa, comienzan a sentir la necesidad de tener relaciones sexuales con otra persona<sup>55</sup> o empiezan a presentar fallas en su desempeño sexual.

### 3. Defensas contra la desidealización de uno mismo en el otro

Hasta aquí hemos mencionado los mecanismos que el sujeto utiliza para mantener en su mente la imagen de un objeto ideal. Sin embargo, debemos anotar que dicho objeto ideal no sólo es necesario *per se*, desvinculado del objeto, sino que incluye una fantasía recíproca y dinámica, en la que el objeto se encuentra en una relación específica con el sujeto. En otras palabras, el objeto es ideal *justamente porque me ama, porque se encuentra en una relación de idealización respecto de mí*. Esta es la finalidad última de todos los mecanismos de defensa que hemos enumerado: *lograr mantener o recuperar la idea de que uno es amado (idealmente) por el objeto ideal*.

Entonces, si bien esta finalidad está presente en todos los mecanismos mencionados anteriormente, podemos identificar una serie de conductas encaminadas a evitar en específico *la desidealización de uno mismo en el otro*. El sometimiento a la pareja, por ejemplo, puede ser una de ellas. El sujeto trata de evitar por todos los medios, incluso a costa de su propia anulación, que el objeto deje de amarlo. Tolerará cualquier

---

<sup>55</sup> La costumbre, común en ciertos grupos, de llevar al novio a un prostíbulo para su “despedida de soltero”, bien probablemente esté más relacionada con esta hipótesis que con la de un rito de iniciación sexual.

injurias, abuso o desprecio con tal de mantener cerca de sí al objeto ideal. En el caso del mencionado mecanismo de *distanciamiento sin ruptura* puede suceder que el sujeto se aleje del objeto ideal no sólo por el temor a “perderse dentro de él”, sino también para evitar que en una estrecha convivencia, el objeto “descubra” los defectos del sujeto y lo deje de amar, es decir, que el sujeto deje de ser ideal para su pareja.

### Notas finales

Hemos visto a lo largo de este trabajo que en toda pareja se da un proceso de idealización normal, pero que en ciertos casos puede volverse patológico, o ya desde su origen presentaba características patológicas. El anhelo de un objeto ideal se encuentra presente en todos nosotros siempre, desde la infancia hasta el final de la vida, y la situación de pareja, cuyo objetivo es, por lo menos conscientemente, la obtención de placer en diferentes áreas vitales, se vuelve un medio idóneo para que estas fantasías de idealización, normales y patológicas, encuentren expresión.

Estas fantasías de idealización se ven confrontadas día a día con la realidad externa e interna del sujeto y el objeto. En una situación no patológica, dicha realidad, ya sea placentera o displacentera, se incorpora y asimila a la idealización originaria, dando lugar a una rectificación tanto de la imagen inconsciente del sujeto y el objeto, así como de la pareja como unidad. Como ha quedado asentado, es sólo a través del proceso de duelo que dicha rectificación puede llevarse a cabo (c. f. Lemaire, 1979). Aquellas parejas que lo logran son las que crecen y evolucionan por su tolerancia al cambio. Las que no, debido a la utilización excesiva de los mecanismos de defensa a que hemos hecho mención, y cuya finalidad es mantener a toda costa la idealización, sufren un proceso de anquilosamiento y detención en su desarrollo que eventualmente podrá llevar sólo a dos resultados:

1) La formación de una *pseudo-pareja*, en donde uno o ambos cónyuges permanecen unidos a una imagen fantástica e idealizada del otro (aunque esto no resulte obvio, ni para los participantes ni para un observador externo, ya que se trata de imágenes internas e inconscientes);

2) En otros casos, cuando la idealización no puede preservarse, ya sea porque es excesiva y el objeto no puede llenarla por más cualidades que posea, o porque el objeto, debido a sus múltiples limitaciones reales no alcanza a llenar las expectativas “normales” del sujeto, sobreviene un proceso de desidealización masiva del objeto real (que se origina en la negativa a abandonar la idealización del objeto fantaseado) y que generalmente culmina con la ruptura de la relación de pareja.

### BIBLIOGRAFIA

Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras Completas*, Vol. 3. Buenos Aires: Paidós, 1987.

Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

## 15. LA ELECCIÓN DE PAREJA: DIVERSOS NIVELES DE VINCULACIÓN<sup>56</sup>

Con Leticia Oviedo Estrada

### Introducción

Probablemente sea la relación de pareja conyugal la situación donde más frecuentemente se ponen a prueba todas las capacidades adaptativas del individuo así como los logros y dificultades derivados de su proceso de desarrollo. Esto es entendible si consideramos que es ahí donde deben conciliarse exigencias de la más diversa naturaleza. El compartir el goce sexual, la administración del dinero, los espacios y la convivencia bajo un mismo techo, los acuerdos sobre la educación de los hijos o la administración del tiempo libre, son sólo algunos de los sectores de la relación que, por sus características concretas y esenciales, más fácilmente se prestan a ser la pantalla de proyección de conflictos individuales. Si a esto añadimos que se trata de dos sujetos, que participan en la unión aportando sus propias y diferentes personalidades y, por lo tanto, depositando sobre la relación matrimonial sus particulares conflictos, el asunto es, entonces, doblemente complicado. Lo es más aún si consideramos que entre estos dos individuos existe una interacción, un vínculo, es decir que la conducta de uno se articula, se entrecruza y se apoya en la del otro. Hablamos de una interdependencia recíproca, que complementa o retroalimenta a cada uno de los miembros de la pareja. El problema, así, puede ser enfocado desde dos niveles: El *intrapersonal*, si tomamos por separado a los dos individuos incluidos en la relación y el *interpersonal*, si lo que decidimos analizar es la interrelación entre ambos. Es justamente a este último nivel a donde queremos enfocar nuestro trabajo: al nivel *díadico* del conflicto matrimonial (aunque por supuesto mucho de lo que estudiaremos será posible aplicarlo a toda clase de parejas amorosas, aun cuando no se hayan constituido todavía en matrimonio).

No siempre resulta fácil visualizar las relaciones de pareja como una *interdependencia vincular*. Ciertamente la mayor parte de los pacientes no lo hacen. Aun cuando muchas de las horas de sus tratamientos son dedicadas al análisis de las dificultades de pareja, la modalidad es casi siempre de tipo proyectivo: se tiende a colocar en el otro el origen y solución de todos los problemas.<sup>57</sup> Generalmente lo que sucede es que en el paciente están operando fuertes mecanismos de escisión y de identificación proyectiva: ha proyectado sus propias partes inaceptables o las de los objetos significativos de su pasado y ha identificado a su pareja con estas partes. El otro, la

---

<sup>56</sup> Este capítulo apareció originalmente publicado en Sánchez Escárcega, J. y Oviedo Estrada, L. (1992). Psicoanálisis y conflicto matrimonial. *Neurología, Neurocirugía, Psiquiatría*, 32 (3), 59-64.

<sup>57</sup> Aunque es menos frecuente la otra modalidad, la de asumir toda la responsabilidad de los conflictos, el mecanismo sobre el que se basan las dos es en esencia el mismo.

pareja, es vivido en consecuencia como siendo verdaderamente todo aquello que se proyectó en él.

Pero no sólo se proyecta lo malo. También puede suceder que se coloquen en la pareja todos los aspectos buenos e idealizados. El otro entonces es vivido como siendo el poseedor de toda la bondad, toda la sabiduría o todo lo que podríamos denominar “bienestar”. El caso puede ser, por ejemplo, el de un hombre o una mujer que establece una relación de dependencia en donde espera ser cuidado o protegido de la misma forma en que en la infancia la madre lo hace con el niño. Este hipotético paciente no sólo no sabría que ésta es la razón por la que siente angustia de ser abandonado o por lo que se somete pasivamente a su pareja, sino que, de hecho, tampoco estaría siendo consciente de que por debajo de los roles e interacción observables ha construido *redes inconscientes de intercambio* con su pareja y que su conducta está teniendo eminentemente un carácter *inductivo*, promoviendo una *contraactuación* en el otro, que por supuesto en mucho dependerá de la propia personalidad e identificaciones proyectivas del cónyuge.

### **Dos tipos de contraactuación**

Pensamos que esta *contraactuación* puede ser de dos tipos: *concordante* o *complementaria*.

Denominamos *concordante* a la conducta que se promueve en la pareja y que tiene características equivalentes, parecidas o similares a la propia. En otras palabras, despertamos en el otro una conducta igual a la nuestra. El supuesto paciente que hemos mencionado hace un momento podría estar forzando inconscientemente a su pareja a comportarse también de manera dependiente o sumisa. Tenemos muchos ejemplos de esta *contraactuación*: Un paciente alcohólico puede despertar en su pareja una conducta alcohólica que se encontraba latente; un paciente agresivo puede eventualmente promover una actitud correspondientemente agresiva en su cónyuge, etcétera.

Representamos la *contraactuación concordante* mediante el símbolo:  $A \rightarrow : B \rightarrow$

Una *contraactuación complementaria* sería aquella conducta que una persona provoca en su pareja con la finalidad de terminar, equilibrar o completar una necesidad o deseo, generalmente inconscientes. El modelo más primitivo de esta relación se encuentra en la díada básica madre-hijo donde el desvalimiento del infante *obliga* o *induce* al adulto a asumir el rol de cuidado y protección que el niño espera (en sentido contrario también podemos decir que las actitudes de la madre generan determinados comportamientos complementarios en su hijo). En el caso de nuestro paciente imaginario, su dependencia y pasividad estarían encaminadas a provocar en su pareja una respuesta de atención y reaseguramiento. Otro ejemplo puede ser el del paciente masoquista que constantemente incita a su cónyuge a actuar sádicamente. Un caso concreto donde hemos podido observar lo anterior es el de personas que cuando niños fueron muy golpeados por sus padres. Ahora, en su adultez y en una relación conyugal,

inconscientemente ocasionan a través de los más diversos métodos que su pareja los maltrate, aunque no necesariamente en lo corporal. La fantasía que subyace a este comportamiento pudiera ser: “Sé mi padre golpeador, yo seré tu hijo golpeado” (debemos anotar de paso que por el mecanismo psicológico de identificación con el agresor la fantasía se puede invertir: “Yo soy mi padre golpeador, tú eres el niño golpeado que fui yo en mi infancia”).

Representamos esta *contraactuación complementaria* mediante el símbolo:  $A \rightarrow : \leftarrow B$

Debemos recalcar dos aspectos: Primero, que las *contraactuaciones concordantes* y *complementarias* pueden coexistir simultáneamente en planos diferentes. Pongamos por caso a una pareja que decidió tener un aborto y que esto los llena de culpa. Este sentimiento ocasiona que uno de los miembros de la pareja comience a tener actitudes de enjuiciamiento hacia el otro. En una *contraactuación concordante*, el segundo miembro de la pareja puede responder también con una actitud de enjuiciamiento. En el sentido *complementario*, el segundo miembro asume el rol de culpable y responde así a la necesidad del primero de constituirse en el acusador. Si nos situamos en la perspectiva de este segundo individuo vemos que también inducirá *contraactuaciones concordantes* y *complementarias* en el otro. Se trata de una interdependencia recíproca, o como preferimos nombrarlo, de un *acuerdo o “acomodo” de pareja*.

El otro aspecto que deseamos enfatizar es que la *contraactuación*, cualquiera que sea su modalidad, dependerá en última instancia de la gama de comportamientos que puede desplegar el cónyuge a consecuencia de sus propias identificaciones proyectivas y fantasías inconscientes. Esto significa que una persona no podrá reaccionar, por ejemplo, con una conducta abandonante ante la petición inconsciente de su pareja de ser abandonado, a menos que lleve dentro de sí, por su propia historia, una necesidad inconsciente de abandonar.

La tendencia a pensar a la pareja por separado frecuentemente lleva a formulaciones que no pueden ser calificadas de menos que ingenuas. Un ejemplo nos lo proporciona involuntariamente Wilhelm Stekel en su libro *La mujer frígida* (1941), donde insiste mucho en la conducta del hombre frente a la mujer durante su primera experiencia sexual. Dice haber visto perturbaciones graves en mujeres “hasta entonces totalmente normales, por los procedimientos de hombres neuróticos”. Stekel reporta el caso de una mujer de 19 años, quien había enfermado de psicosis. Esta joven, que provenía de un ambiente muy estricto y moralista, trabajaba como empleada en una oficina. Ahí se enamora del encargado de su sección, pero, siguiendo el mal consejo de una compañera, se entrega a otro hombre a quien no quiere, enloqueciendo. Stekel culpa del desenlace a la amiga y sostiene que la joven no hubiera enfermado si se hubiera entregado al hombre que amaba y en el matrimonio. Langer (1987), en el análisis que hace de este caso, acertadamente concluye que es una ingenuidad el suponer que una mujer “hasta entonces enteramente normal” eligiera como primer compañero a un hombre de conducta tan inadecuada que pudiera perjudicarla para toda la vida. Fue justamente la propia

neurosis de la joven lo que la llevó a tomar esa decisión y no el consejo de la compañera, quien sólo podría haber tenido tal peso sobre su amiga si previamente existiera una situación de dependencia muy neurótica hacia ella.

Podemos ver que “el problema teórico que constantemente nos sale al paso es que nos resulta más fácil pensar en cada una de las personas de una diada por separado, o en una a la vez, antes que en las dos conjuntamente” (Laing, Philipson y Lee, 1973).

Un paralelismo de este problema lo encontramos en la historia evolutiva del psicoanálisis, donde originalmente se tendía a ver las asociaciones del paciente como producciones separadas de la persona del analista o sin relación con la misma situación de tratamiento. En la actualidad el énfasis está puesto en privilegiar el interjuego transferencia-contratransferencia en el vínculo. Esto significa que lo que nos interesa observar ahora es cómo se desarrolla una parte de la vida del paciente en relación a nosotros y frente a nosotros, tanto como la manera en que reaccionamos a ello.

### **Acuerdos de pareja**

Mencionamos más arriba la existencia de un *acuerdo* o “*acomodo*” conyugal. Este ocurre siempre en dos planos, el *consciente* y el *inconsciente*. En cualquiera de los dos niveles, pero especialmente en el segundo, pueden quedar involucrados aspectos patológicos de la más diversa índole acerca de los cuales la pareja tratará de lograr justamente un *acuerdo*. Si éste logra darse, el matrimonio puede llegar a durar, por supuesto funcionando dentro de su misma patología. Cuando no se logra el *acuerdo* o “*acomodo*” sobreviene la ruptura.

Entre los *acuerdos conscientes* de pareja podemos incluir todos aquellos vinculados con la expectativa racional de llevar a buen término un matrimonio. La pareja establece una distribución consciente de los papeles que en lo sucesivo van a desempeñar y cada uno de los miembros cree saber lo que espera de sí mismo y del otro, así como las consecuencias del cumplimiento o incumplimiento de los acuerdos. Entran en este nivel criterios de elección y comportamiento amoroso pautados y determinados socialmente (que variarán en mayor o menor grado dependiendo de la pertenencia a una clase o subgrupo social, tanto como de la personalidad particular de los cónyuges). Lo cierto es que la pareja trata de no dejar librados al azar los roles frente a terceros (los hijos, la familia política, las amistades, etcétera), así como, dentro de la pareja, el conjunto de derechos y obligaciones que se consideran indispensables para su propia existencia.

Los *acuerdos inconscientes* –los más importantes para el mantenimiento o destrucción de un matrimonio– surgen a partir de los sectores no conocidos de la pareja, es decir, de lo que ambos no conocen de ellos mismos ni del otro. Esto que no se conoce son, básicamente, *deseos* o *temores*. Tomando como ejemplo el caso de los *deseos inconscientes*, podemos imaginar una pareja donde el miembro A desea, *inconscientemente*, que el miembro B se comporte de cierta manera. No sólo eso. También supone, *inconscientemente*, que B sabe exactamente cómo desea A que se

comporte. A su vez el miembro B desea *inconscientemente* que A actúe de una u otra manera y también supone *inconscientemente* que A lo sabe. Pero sucede que en realidad ninguno de los dos tiene conocimiento de su propio deseo ni del otro porque son *deseos inconscientes*. Lo mismo ocurre en cuanto a los *temores inconscientes*: A teme que B se comporte de cierta manera y supone que B..., etcétera.

Todo esto que ninguno de los miembros de la pareja sabe es precisamente lo que se llega a saber en un proceso terapéutico.

Tenemos que decir que estos *acuerdos sobre deseos o temores inconscientes* se originan en las *relaciones tempranas de objeto*, o sea, en las vivencias satisfactorias, frustrantes, amenazantes o dolorosas que resultaron de la interacción con los primeros objetos significativos (principalmente los padres) en las etapas cruciales de la infancia. Lo más importante aquí es señalar que estas *relaciones tempranas de objeto* han quedado asentadas en el inconsciente a la manera de un troquel, determinando en lo sucesivo la forma particular de actuación frente a todas las relaciones posteriores de la vida. Esto significa que las personas que se involucran en un matrimonio por fuerza llevan a él su pasado individual: inevitablemente su conducta estará basada más en este pasado que en sus deseos o propósitos actuales.

El grado de funcionamiento o fracaso de una pareja estará dado, entonces, por la distancia que medie entre la realidad consciente e inconsciente de lo que cada uno desea o teme de sí mismo (ideal del yo) y de lo que cada uno desea o teme del otro (ideal de objeto), así como del grado de acuerdo o desacuerdo que se establece consecuentemente entre ambos miembros de la pareja respecto a estos deseos o temores.

### **Elección inconsciente de pareja**

En base a las *relaciones tempranas de objeto* podemos identificar los siguientes tipos de elección *inconsciente* de pareja. Nótese que estamos dejando de lado propositivamente las modalidades de elección *consciente*. Así, tenemos entonces que:

a) Una persona A puede escoger una pareja B básicamente *parecida* (incluso *idéntica*) o *diferente* (incluso *opuesta*) al progenitor sobre el cual recayó su elección de objeto *heterosexual*, si ésta fue la que predominó. Debemos aclarar que el hecho de que se elija a alguien con características similares o diferentes al objeto tiene que ver con el grado de satisfacción o frustración que *inconscientemente* se obtuvo en la infancia con dicho progenitor. Por ejemplo, una mujer puede buscar a un esposo que sea alcohólico como el padre porque aprendió en su infancia que un padre totalmente alcoholizado generalmente estaba nulificado, lo cual le daba a ella la oportunidad de actuar con plena libertad. O sea que inconscientemente obtenía una satisfacción en el alcoholismo del progenitor por más que conscientemente reprobara esta conducta. Sin embargo puede también elegir a un hombre que no sea alcohólico, incluso abstemio, es decir, que sea *diferente* u *opuesto* al padre. En ambos casos la elección está hecha en función del



modelo paterno: en el primero por identidad o semejanza, en el segundo por diferencia u oposición.

b) Una persona A puede escoger una pareja B básicamente *parecida* (incluso *idéntica*) o *diferente* (incluso *opuesta*) al progenitor sobre el cual recayó su elección de objeto *homosexual*, si ésta fue la que predominó. Por ejemplo, una mujer puede buscar a un esposo con características similares o diferentes a las de *su madre*, siempre y cuando, por lo satisfactorio o por lo frustrante, la relación con ella haya sido la más significativa. Tenemos que aclarar antes de proseguir que la elección de pareja no se hace sobre un solo aspecto sino sobre varios. Así, en este ejemplo, la mujer puede inconscientemente haber seleccionado a un marido que en ciertos rasgos es idéntico o parecido a su madre, mientras que en otros puede ser diferente o incluso opuesto a ella. Lo que hará que predomine uno u otro tipo de elección (por identidad, por diferencia, por oposición, etcétera) será justamente la satisfacción o frustración que se vivió al interaccionar con los diferentes rasgos de la personalidad del progenitor. De hecho esta satisfacción o frustración será lo que determine que se elija sobre el modelo del padre del mismo sexo o sobre el modelo del padre del sexo contrario. Todas estas redes afectivas inconscientes parecen bastante complicadas y seguramente lo son, pero desentrañarlas nos da la única posibilidad de establecer las razones por las que una persona desea recuperar o teme reencontrar en la pareja aspectos que en realidad corresponden a sus objetos tempranos.

c) Una persona A puede escoger una pareja B que básicamente coincida o sea opuesto a lo que uno de sus padres *esperaba inconscientemente* tener en el otro. Entramos de nuevo al terreno del deseo. Por ejemplo, un sujeto cuya madre fue poco hogareña puede haber captado a lo largo de su vida el deseo de su padre de haber tenido una esposa dedicada a la casa. Este sujeto puede posteriormente buscar una mujer con esas características, cumpliendo así el deseo de su padre, que por identificación, se ha convertido en su propio deseo. Otro ejemplo: Una mujer puede haber percibido inconscientemente que su padre esperaba, también inconscientemente, que su esposa “llevara los pantalones en la casa”. Esto puede ser así porque el padre, quizás por debilidad por haber tenido una madre sumamente dominante, sentía que así debía de ser la relación. La mujer que mencionamos puede elegir eventualmente un marido que la controle, digamos, en el dinero. Debemos suponer que si su madre efectivamente fue dominante y sometidora, la elección se hace desde dos ángulos: desde la expectativa inconsciente del padre y desde la relación real con el objeto materno.

d) Una persona A puede escoger una pareja B básicamente *parecida* (incluso *idéntica*) o *diferente* (incluso *opuesta*) a lo que uno o ambos padres de A *inconscientemente deseaban que A hubiera sido*. Esto se refiere a aspectos tan concretos como la profesión o tan sutiles como rasgos de personalidad. De esta forma un padre o ambos padres de una persona pueden desear inconscientemente que su hijo se convierta en médico, empresario, artista, etcétera, ya sea porque quizás uno de los padres lo era o justamente porque no lo pudo ser. Lo mismo ocurre respecto al deseo inconsciente de que el hijo sea sumiso, servicial, agresivo, impulsivo, infantil, etcétera. En estos casos, si el hijo no cumple con las expectativas inconscientes de sus padres, puede buscar una

pareja que sí lo haga. Aunque también se puede dar el caso de que busque a alguien que sea diferente u opuesto a lo que los padres esperaban. Lo importante es que la elección de la pareja gira en torno a la expectativa parental. De paso diremos que cuando este deseo, casi mandato, no es cumplido por la pareja elegida, suele transferirse, como una deuda, a alguno de los hijos del matrimonio A-B.

e) Una persona A puede escoger una pareja B con la expectativa inconsciente de formar un matrimonio como el que tuvieron (o percibió A que tenían) sus padres o como el que deseó hubieran tenido. Esto significa que, por ejemplo, un sujeto que tuvo padres con una relación simbiótica, puede, sin ser consciente de ello, elegir un cónyuge con el cual reproducir esa relación. Cabe la posibilidad de que por el contrario elija a alguien con quien formar una pareja no simbiótica, precisamente por haber deseado que sus padres no lo fueran. Nos hemos encontrado con frecuencia pacientes que reportan que tenían y disfrutaban plenamente de sus relaciones sexuales mientras eran novios pero que al casarse inexplicablemente perdieron interés en el sexo, tornándoseles monótono y aburrido. Ellos intentaban justificarlo diciendo que antes tenían un atractivo en lo prohibido, en el riesgo de ser descubiertos, o que el matrimonio les había traído una serie de responsabilidades y cargas que los dejaban sin energía. Esto pudo haber contribuido, pero en nuestro trabajo llegamos a descubrir que, a) generalmente sus padres tenían grandes represiones o culpas sexuales y por consiguiente parecían sentirse obligados a transmitir a sus hijos que no había ninguna relación íntima entre ellos; o bien, b) este era el deseo del hijo, es decir que por angustia, por envidia o por temor a ser excluidos de la relación de los padres habían construido en su mente la imagen de una pareja parental asexual. Así, al identificarse necesariamente con ellos al momento de casarse, reproducían en su matrimonio *lo que habían percibido o deseaban que hubiera sucedido*. Paradójicamente el derecho a la relación y al placer sexual no era de los padres, sino del hijo. Hemos encontrado también que un problema similar de pérdida de interés sexual se presenta en ciertos hombres y mujeres al momento de tener un hijo. Las causas son las mismas. En algunas de estas mujeres generalmente era muy fuerte la fantasía infantil universal de que los padres no tienen (o no debieran tener) vida sexual, por lo que sentían que debían excluir de su nuevo rol de madres todo placer “impuro”.<sup>58</sup> En los hombres lo que frecuentemente sucedía era que, debido a conflictos edípicos no resueltos, tendían a ver en sus esposas (ahora convertidas en madres) la imagen de su propia madre, con lo cual la relación sexual se transformaba para su inconsciente en un incesto, en algo prohibido y rechazable.

### Ejemplo clínico

---

<sup>58</sup> La negación del coito entre los padres se encuentra, de hecho, en el fondo del mito de la Inmaculada Concepción. En la misma línea quizás debieramos colocar el siguiente dato curioso: La moda para mujeres embarazadas, que hasta hace poco —y aún hoy es posible observarlo en ciertos círculos de mujeres— parecía incluir casi siempre vestimentas asexuadas, o más bien, infantilizadas. Podemos suponer que el origen de esto se encuentra en la necesidad de idealizar y “purificar” la maternidad, excluyendo todo elemento sexual de ella.

Un ejemplo tomado de la práctica clínica nos permitirá observar claramente algunas de las modalidades de elección de pareja que hemos identificado.

Se trata de una joven muy atractiva con serios problemas en su matrimonio. Es hija de una mujer que en su tiempo fue muy bella y solicitada, y de un hombre extranjero que proviene de una familia de renombre. La madre de la paciente esperaba al casarse ver cumplidos todos sus anhelos económicos y de prestigio, pero sucedió lo contrario: el esposo resultó ser bastante pasivo y mediocre. Eventualmente la madre se ha transformado en una alcohólica. Sin embargo permanentemente ha transmitido a la hija el mensaje inconsciente de que debe aprovechar su belleza para conseguir un marido de la más alta posición económica. A lo largo de varios noviazgos la hija trató de cumplir este deseo, pero finalmente se unió a un hombre pobre, mediocre y alcohólico. Sin profundizar demasiado en el caso podemos conjeturar que la joven, durante sus primeros noviazgos, intentaba satisfacer, a) lo que la madre deseaba conscientemente haber encontrado en un esposo y, b) lo que la madre deseaba inconscientemente que la hija fuera y que ella no pudo ser, o sea, que fuera la esposa de un hombre rico. Al casarse con un hombre con las características ya mencionadas, la paciente hizo las siguientes elecciones de objeto: a) Sobre el modelo heterosexual, se unió a un hombre tan mediocre como el padre; b) Sobre el modelo homosexual, se unió a un hombre con el alcoholismo de la madre; c) Aun cuando con su elección no cumplió el deseo consciente de su madre respecto a lo que ésta esperaba del esposo, sí lo hizo en cuanto al deseo inconsciente, que como se pudo averiguar después era el de tener un marido pasivo y nulificado; d) En el mismo sentido, la joven eligió un marido totalmente opuesto a lo que la madre deseaba inconscientemente que fuera la hija, es decir, una mujer rica, y e) La paciente eligió un hombre con el cual acabó repitiendo inconscientemente la relación insatisfactoria y frustrante que vivió en sus padres.

Si quisieramos completar adecuadamente el caso, tendríamos que identificar cada una de las modalidades de elección inconsciente de pareja que a su vez realizó el marido de esta joven. Y luego todavía identificar los *acuerdos* o *“acomodos” de pareja* que se dieron entre ambos, tanto en el nivel *consciente* como en el *inconsciente*. Por último tendríamos que señalar los sectores de la relación donde nunca se alcanzó un *acuerdo* o *“acomodo”*, incluso patológico, y que son la causa del fracaso de este matrimonio.

Con tantos elementos involucrados parecería prácticamente imposible que una persona encontrara, no una satisfacción matrimonial, sino simplemente una pareja; una con la que se pudiera coincidir siquiera en algo. Y sin embargo esto sucede, y a veces sucede muy bien. Pero así como hay personas que logran alcanzar un cierto grado de felicidad en su matrimonio también hay las que nunca lo logran, son las personas que participan en matrimonios rotos o mal avenidos. A este grupo también pertenecen los eternos solteros: son generalmente los miembros de matrimonios que se divorciaron antes de siquiera empezar una relación.

## BIBLIOGRAFÍA

Laing, P., Philipson, H. y Lee, A. H. (1973). *Percepción intrapersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.

Langer, M. (1987). *Maternidad y sexo*. México: Paidós.

Stekel, W. (1941). *La mujer frígida*. Buenos Aires: Imán.

## 16. “DIOS LOS HACE Y...”. MECANISMOS DEFENSIVOS BÁSICOS EN LA FORMACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE UNA RELACIÓN DE PAREJA<sup>59</sup>

### Introducción

Si tuviéramos que decidir acerca de cuál nos parece el aspecto más esencial de una relación de pareja, el mecanismo central y básico –y por lo tanto el originador de mayor conflictiva–, tal vez diríamos que la *identificación proyectiva*.<sup>60</sup> En efecto: *relación de pareja es sinónimo de identificación proyectiva*; ese mecanismo que los psicoanalistas utilizan constantemente para entender el funcionamiento de un paciente en sus diversas vinculaciones y que nos permite tener un informe de primera mano acerca del deseo latente del individuo, en específico acerca de su fantasía básica inconsciente y lo que hace para poder darle alguna salida válida. Ya hemos hecho mención a este mecanismo, pero consideramos que debe recalcar su importancia en el entendimiento de los fenómenos de formación, establecimiento, consolidación o disolución de una pareja. No pretendemos dar aquí una definición muy amplia de este mecanismo; diremos, tan sólo, que se caracteriza (a diferencia del mecanismo clásico de proyección), porque en la identificación proyectiva la persona hace un intento *propositivo aunque inconsciente* de forzar dentro del otro partes de sí mismo –partes de su psiquismo–, tratando de llevar, *activamente*, a la otra persona a comportarse de determinada manera, es decir, se trata del mecanismo interpersonal más básico.<sup>61</sup>

Cuando mencionamos que en una pareja predomina la identificación proyectiva, estamos suponiendo que el sujeto A intenta inconscientemente que el sujeto B –que es su pareja– se comporte de una cierta forma, una que de alguna manera encaje en las necesidades inconscientes de A, que complemente aspectos de su personalidad. Igualmente, que B pretende que A se comporte de determinada manera, y hace todo lo posible por crear condiciones para que se ajuste a un determinado rol que B necesita.

### Ejemplo clínico (I)

Utilicemos un ejemplo: Supongamos una persona con tendencias sádicas; es decir, una que por alguna razón disfruta causando dolor a otros (no sólo físicamente). De

---

<sup>59</sup> Antecedentes de este capítulo fueron presentados como conferencia en la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A.C. el 25 de agosto de 1994; posteriormente apareció publicado en Sánchez Escárcega, J. (1995). “Dios los hace y...”. *Psicoanálisis y pareja. Imagen Psicoanalítica*, 5, 85-96.

<sup>60</sup> Junto a este –más a la par que a la zaga– podríamos añadir la *escisión*, la *colusión* y la *materialización del deseo*; todos mecanismos psicológicos privilegiados en el común de las situaciones amorosas.

<sup>61</sup> En otro trabajo (Sánchez-Escárcega, 1998a), aunque referido a la terapia grupal, nos hemos ocupado ampliamente de las principales características del mecanismo de identificación proyectiva.

momento no importa la razón de su sadismo, pero el hecho es que necesita lastimar a alguien, o mejor dicho, necesita que alguien se deje lastimar. Obviamente, mientras más lo pueda hacer, “mejor” se sentirá. Y bien, ahora resulta que esta persona está tratando de formar una pareja. Lógicamente le interesa que en la otra persona se dé algo que la haga aceptar, pasivamente, algún tipo de sufrimiento, aunque de ninguna manera es consciente de ello, porque se trata de una necesidad inconsciente. Lo más probable es que se diga a sí misma que está buscando una pareja respetable, que tenga una buena autoestima, que sepa defender sus derechos, que le interese una relación de igualdad. Eso es lo que –por lo menos conscientemente– cree. Pero sabemos que lo que se cree conscientemente no necesariamente corresponde a lo que se desea en el inconsciente. Eso es lo que enseña el psicoanálisis: que a veces los deseos conscientes difieren radicalmente de los deseos inconscientes. La dificultad para aceptar el psicoanálisis es precisamente esa: asimilar que una parte de nosotros puede desear algo, y sin embargo otra parte puede desear lo contrario.

Pero en fin, decíamos que en este caso la persona con tendencias sádicas necesita lastimar a través de ejercer algún tipo de dolor sobre otra persona, aunque ninguno de las dos partes se da cuenta de ello. Este sujeto hipotético, al buscar y encontrar pareja, estará necesitando que ésta se ajuste a su deseo. Aquí interviene la identificación proyectiva: tratará –activamente, aunque de manera inconsciente– de elaborar, “armar”, establecer situaciones o formas de relación que hagan que la pareja acepte ser agredida, lastimada, rebajada u ofendida. Así, digamos que puede suceder que el sujeto, por ejemplo, sutilmente comience a permitir que se acumulen una serie de daños en su contra –tal vez fracasos laborales, pequeños o grandes accidentes, errores de cálculo financiero, ingenuidad al depositar confianza en ideales o personas que a todas luces habrán de ser perjudiciales, etcétera–, por supuesto no en un caso aislado, sino en varias ocasiones, de tal manera que poco a poco *comenzará a crear un rol en la relación de pareja*, por ejemplo, el de “víctima de la vida”; con lo cual encontrará justificaciones para hacer sentir culpable de sus goces o éxitos a la otra parte. Es posible que tales eventos que le resultaron perjudiciales tal vez hubieran podido ser evitados, pero inconscientemente no lo hizo así porque en el fondo lo que interesaba era tener un motivo, una salida para sus quejas y ofensas. Deseamos enfatizar esto último: Tal vez podía evitar esa situación, pero no lo hizo. *Lo que quería era que ocurriera.*

Pero, ¿qué sucede si la pareja tiene efectivamente ciertas tendencias masoquistas –como también es lógico suponer si se trata de la pareja de un sádico–, si ésta por alguna razón viene cargando algunas culpas inconscientes que le exigen algún tipo de expiación? Entonces, probablemente, en el fondo no hará nada para evitar las acusaciones o chantajes, porque inconscientemente necesita ser castigada de alguna manera para satisfacer su tendencia masoquista. Así es como se dan los “acuerdos” de pareja: tal vez tuvimos oportunidad de conocer en nuestra vida amorosa previa a otras personas, pero dados los fenómenos que acabamos de mencionar, finalmente nos ligamos a una pareja que encajaba dentro de nuestras necesidades inconscientes. Por su parte, ésta seguramente podría contar la misma historia.

## Ejemplos clínicos (II)

Otro ejemplo sencillo: Una mujer que a lo largo de toda su infancia tuvo que lidiar con una madre que constantemente la desvalorizaba –le decía que era inservible, que jamás llegaría a ser nada bueno en la vida– se liga a un hombre inseguro, semi-alcohólico, que para mantener su autoestima constantemente la tiene que estar rebajando, que día a día la juzga, la critica, la insulta. Esto aparentemente le molesta a ella, y sin embargo, en su inconsciente lo necesita. ¿Por qué? Porque en su fuero interno cada vez que se encuentra desvalorizada por su pareja, (re)encuentra a su madre agresiva, recupera a la que, después de todo, es la fuente prototípica de vínculo y seguridad.

Como puede verse, este tipo de enganches es lo que ha llevado a algunos psicoanalistas a afirmar que *todo encuentro es en realidad un (re)encuentro*. El pasado siempre se reactualiza encontrando nuevos escenarios. En psicoanálisis a esto se le llama *compulsión a la repetición* o *compulsión de repetir*. Como dice el poeta Marco Antonio Montes de Oca:

*El pasado no muere con los muertos (...) / Rueda hipnotizada (...) / Tio vivo que me  
ciñe / Como un abrigo de cristal cortado (...).*

Probablemente los ejemplos que acabamos de exponer suenen demasiado dramáticos, pero lo importante es que esto sucede en cada relación de pareja que ha existido: uno de los miembros de la pareja intenta que el otro se comporte, de manera sutil aunque inequívoca, de acuerdo a una serie de necesidades inconscientes. El otro desea lo mismo. El interjuego o rejuego de proyecciones mutuas dará la tónica de la pareja, su carácter, y con ello por supuesto, su grado de ajuste. Esto es lo que llamamos *acomodos* o *acuerdos de pareja*, o también, *redes vinculantes*. El mecanismo de identificación proyectiva significa precisamente eso: que una persona *proyecta* aspectos o partes de sus necesidades en otro, y lo *identifica* con ellas.

¿De dónde surgen estos aspectos o partes que van a ser proyectadas e identificadas con y en el otro? Ya hemos dado un adelanto al decir que se originan principalmente en la infancia, en las modalidades de relación que se han vivido con diversas personas significativas del entorno y formación (padres, hermanos, etcétera). Debemos recalcar una vez más, a riesgo de parecer reiterativos, que todo esto ocurre a nivel inconsciente. Pero por otro lado no es difícil entender por qué sucede así. Si crecemos –durante buena parte de nuestra vida– insertados en una determinada modalidad de relación, aprendemos a desempeñarnos sólo ahí, y eventualmente aprendemos a provocar, a *convocar* modalidades similares. Es más: dicha situación ni siquiera tiene que ocurrir por mucho tiempo. Puede tratarse de un evento que ocurra una sola vez, pero que tiene la fuerza suficiente para dejar una huella perdurable (por ejemplo la muerte o el abandono de un padre, etcétera). La situación puede incluso no haber ocurrido sino sólo en la fantasía; sigue siendo *real* de todas formas, en términos del psiquismo inconsciente.

### Ejemplos clínicos (III)

Vamos a poner otro ejemplo más. Ya lo hemos mencionado en los capítulos 8 y 15. Se trata del caso estudiado por Stekel en su libro *La mujer frígida* (1941), la joven que enloquece al entregarse a un hombre al que no ama. ¿Cuáles habrán sido las necesidades inconscientes de esta joven? ¿Qué habrá necesitado encontrar en este compañero que supuestamente le causó tanto daño? ¿Y él, qué habrá necesitado encontrar en ella? ¿Cuáles habrán sido sus historias? Nada sabemos de esto, pero sí podemos estar seguros de algo: su elección de pareja no fue casual. En este sentido podemos afirmar que *en parejas, no hay elección inocente*.

Tampoco es inocente que hayamos elegido este caso analizado a principios de los 40s. Lo hemos hecho para mostrar una manera muy tradicional de ver las relaciones de pareja, y que desafortunadamente prevalece hasta nuestros días en la mayoría de las personas; una postura que enfatiza la idea de que las elecciones amorosas son, más que nada, voluntarias y optativas. Pero, para parafrasear a Lemaire (1979), *lo difícil no es entender cómo se eligieron uno al otro, sino entender que no se podrían haber dejado de elegir ambos*.

### Tres enfoques tradicionales sobre las relaciones de pareja

En realidad lo que sucede es que tendemos a ver las relaciones humanas, en particular las de pareja, bajo tres enfoques bastante limitados:

a) un enfoque lineal, de causa-efecto (opuesto a un enfoque integral e interdependiente).

b) un enfoque ahistórico y situacional (opuesto a una visión histórica y de continuidad).

c) un enfoque consciente (opuesto a una perspectiva desde lo inconsciente).

Respecto del primero podemos decir que nuestra tendencia es a suponer que son las conductas de un individuo las que ocasionan los comportamientos del otro, y que éste, cuando mucho, reacciona al estímulo del primero. Esta visión sólo es cierta parcialmente. Así, por ejemplo, una persona afirma que su pareja no lo estimula sexualmente y que por eso es abandonante, y ésta última afirma que como su pareja es abandonante no lo estimula sexualmente. Ambas posturas resultan un tanto limitadas. Lo que debemos preguntarnos en este caso es por qué *en este sistema de pareja se requiere de una dinámica en donde uno de los dos es abandonante y el otro no estimula sexualmente*. Una respuesta probable: porque a ambos la cercanía emocional les resulta peligrosa. Así, cada uno de los dos requiere y promueve la conducta del otro, ya que en la medida en la que ésta ocurre, ambos encuentran razones para justificar su propio distanciamiento.

El segundo enfoque nos lleva a suponer que estas conductas son actuales y surgieron con la pareja, se crearon dentro de ella. El error consiste en olvidar que cada



comportamiento presente es básicamente el resultado de una serie de dinámicas y experiencias que se fueron acumulando a lo largo de la vida y que surgieron en otras relaciones, incluso anteriores a la misma pareja. Así, en el ejemplo mencionado podemos hipotetizar que la evitación de la cercanía por parte de los miembros de la pareja en realidad tiene como finalidad proteger a ambos de la vivencia de atrapamiento que experimentaron a lo largo de su infancia en la relación con padres que posiblemente fueron controladores, autoritarios, dominantes, simbióticos o seductores.

Por último, el tercer enfoque que tradicionalmente utilizamos nos hace creer que la modalidad de relación final en una pareja es el resultado de eventos que ocurren principalmente en el terreno de las decisiones conscientes y propositivas. Esto tampoco es del todo cierto y ya hemos hablado de ello. Son principalmente las motivaciones y dinámicas de personalidad inconscientes las que llevan a las parejas a unirse y desunirse. En el ejemplo que hemos venido utilizando podríamos suponer que esas relaciones infantiles probables, y las huellas inconscientes que han dejado, son las que ahora determinan la necesidad de evitar la cercanía emocional y sexual.

Así es que nuevamente debemos recurrir a la observación de Laing y colaboradores (1973) en el sentido de que *“el problema teórico que constantemente nos sale al paso es que nos resulta más fácil pensar en cada una de las personas de una diada por separado, o en una a la vez, antes que en las dos conjuntamente”*. En todo caso, es más acertado tratar de entender una relación de pareja como *una interdependencia vincular* de carácter esforzante, es decir, que genera un esfuerzo, una tendencia a provocar o crear una situación que es inconscientemente necesaria para ambos.

¿Pero cómo es esto posible? ¿Cómo es que una relación puede estar tan aparentemente fuera del control voluntario de sus miembros, o cómo puede ser que funcione tan increíblemente articulada –aun dentro de lo patológico– cuando al momento de elegir pareja uno en realidad apenas y conoce una mínima parte de la personalidad del otro? La gente a veces puede decir: “juro que cuando nos conocimos jamás me imaginé que él/ella acabaría siendo así”.

A la primera parte de la pregunta podemos responder con lo siguiente: el control voluntario de una relación funciona sólo en dos de tres niveles posibles de vinculación (Sager, 1976). El primero es el nivel de lo *verbalizado consciente*, que incluye todos aquellos acuerdos a los que de manera explícita llega una pareja (por ejemplo, cuántos hijos tendrán, las prioridades que habrá al momento de distribuir el dinero, los intereses mutuos que tratarán de satisfacer, la frecuencia de las visitas a los familiares, etcétera). Un segundo nivel incluye lo *no hablado consciente*, es decir, lo que no se dice pero se asume tácitamente por ambos (por ejemplo, que se prometen respeto mutuo, que vivirán bajo el mismo techo, que habrá fidelidad, que habrá vida sexual y que tratarán de que sea mutuamente satisfactoria, etcétera). Por supuesto estas son situaciones que algunas parejas sí verbalizan, pero lo importante es que en toda pareja existen acuerdos que no se han mencionado nunca pero que ambos asumen de manera implícita como

fundamento de la relación. En estos dos niveles las voluntades conscientes tienen un peso determinante. Sin embargo existe un tercer nivel, el de lo *no verbalizado inconsciente* que, como hemos mencionado, queda fuera del ámbito propositivo de las personas. Aun a riesgo de caer en un simplismo, diremos que si es inconsciente es porque por definición *está fuera de la conciencia; no puede ser conocido normalmente*. Es el psicoanálisis el que precisamente tiene como finalidad hacer consciente lo inconsciente. En este nivel –ya lo dijimos– caen todas esas modalidades de relación, con los deseos y temores que se han instalado en el psiquismo a partir de lo vivido mayoritariamente en las primeras relaciones emocionales de la vida.

Respecto a la otra parte de la pregunta, la que se refiere a cómo es posible que podamos detectar al principio, con lo poco que conocemos de una persona, que ésta posee los ingredientes psicológicos inconscientes necesarios para encajar dentro de nuestras modalidades igualmente inconscientes (y que a su vez también es dueña de un “aparato detector” similar), diremos que en realidad el asunto no es tan complicado y que además es bastante lógico. Para explicarlo nos serviremos de otro ejemplo tomado de la práctica clínica:

#### **Ejemplos clínicos (IV)**

Se trata de una pareja joven que, aunque se aman profundamente, constantemente tienen desavenencias que no pueden explicar y que ya en varias ocasiones han puesto en peligro la continuidad de la relación.

Juan y Ma. Luisa, dentro de sus muchos reclamos, se centran en la idea de que él es un hombre muy poco afectuoso, en exceso centrado en su trabajo, sumamente controlador, que siempre le dice a ella lo que tiene que hacer y cómo hacerlo, que nada parece llenarlo, que no le reconoce sus esfuerzos por superarse y que la minimiza y devalúa en cada área de su relación, mientras que él se queja de que ella es una mujer agresiva, impulsiva, poco dispuesta sexualmente, que rivaliza con él a toda hora, que se defiende y lo ataca como si él fuera “un dictador”. Han permanecido juntos durante siete años, además de uno de noviazgo, y ambos afirman que sus problemas comenzaron de unos años para acá, coincidiendo, eso sí, en que sus respectivos comportamientos no son tan graves como el otro afirma y que en definitiva, si ocurren, es como respuesta natural al comportamiento de su cónyuge. Su frase preferida pudiera ser: “yo estoy dispuesto al cambio, si él (o ella) cambiara un poco. Entonces yo sería diferente”.

Su situación puede sonar grave, y sin embargo podemos mencionar dos elementos a su favor: se quieren genuinamente y están buscando ayuda para mejorar la relación.

Respecto a su historia personal mencionaremos someramente los siguientes datos: Juan es el mayor de tres hijos y siempre fue un niño sumamente exigido. Para el padre él era “un fracasado” que nunca llegaría a nada en la vida. Por otro lado era el preferido de la madre, aunque frecuentemente lo comparaba con sus otros hermanos.

Juan aprendió a ser eficiente, esforzado, siempre el primero en todo. Con esto logró disimular su profunda inseguridad.

Ma. Luisa en cambio tiene otra historia: Sus padres se divorciaron siendo ella apenas una niña pequeña. El padre, un político sumamente exitoso, casó nuevamente y fue a radicar a otro país. La madre nunca pudo rehacer su vida. La mayor parte del tiempo se encontraba deprimida, a veces comportándose como una hija más. Ma. Luisa, siendo la primogénita, muchas veces tuvo que hacerse cargo de la organización familiar. Creció oyendo las quejas de su madre, especialmente hacia el padre, pero a la vez con la idea de que éste era tan poderoso como para haber creado la más grande desgracia en su vida, la de su madre y la de todos los hermanos.

Así es como llegan a la relación los dos. Por cierto que es interesante mencionar cómo se conocieron. Entre paréntesis, con el tiempo hemos aprendido que *el primer encuentro y las circunstancias en las que se da*, frecuentemente contienen, encapsulada, una síntesis de lo que a la larga será el sello de la relación. La historia de Ma. Luisa y Juan es la siguiente: se conocieron cuando a ella se le averió el auto en una avenida. Sin saber qué hacer, más por desesperación que por convicción, se bajó y abrió el cofre. Juan pasaba en ese momento por ahí. La vió, le gustó, y decidió ayudarla. De entre las primeras frases que cruzaron, Juan le dijo con buen humor: “Tú siéntate aquí, que ahorita te arreglo yo todo, *hasta tu vida si quieres*”. Seguramente ninguno de los dos sabía cuán cierta iba a ser esta frase. De cualquier forma a Ma. Luisa le pareció muy divertida y Juan muy atento, aunque no dejó de notar sus aires de autosuficiencia. Comenzaron a salir. De entre las primeras anécdotas de su noviazgo se encuentra una en la que Ma. Luisa tenía dificultades con un jefe de su trabajo. Juan, sin decírselo, movió “cielo, mar y tierra” para entablar una relación comercial con la empresa donde ella trabajaba, contactando a su jefe y presionándolo sutilmente, de tal forma que finalmente a éste no le quedó otra opción que volverse más respetuoso con María e incluso la promovió. Cuando Ma. Luisa se enteró, decidió que quería casarse.

Ahora bien, ¿cuál es el enganche de ambos? Intentaremos hacer un pequeño resumen psicodinámico. En nuestra opinión, esta capacidad de Juan para tomar el control de las situaciones hizo que Ma. Luisa sintiera la posibilidad de recuperar al padre fuerte e idealizado que siempre imaginó o deseó tener. En otras palabras, Ma. Luisa proyectó sobre Juan la figura de su propio padre y lo identificó con él, llevando a Juan, mediante una serie de conductas pasivas, a continuar con ese rol, el cual a su vez Juan aceptó gustoso porque entraba en colusión con su necesidad de reafirmarse dominando. Una de las primeras cosas que llaman la atención es que Ma. Luisa, que decía haber sido siempre una mujer independiente y autónoma, hubiera interrumpido sus estudios y hubiera renunciado a un buen trabajo al momento de casarse. Asimismo dejaba que Juan eligiera su ropa, sus lecturas, sus amistades, etcétera, con lo que resulta que silenciosamente “invitaba” a Juan a comportarse de la misma manera que ella decía no soportar.

¿Pero qué hacía Juan mientras tanto? Nos parece que él, correspondientemente, intentaba inconscientemente anular las iniciativas de su pareja porque de esta forma ella cargaba con la parte insegura, débil, siempre equivocada, de la relación (y que no era más que la propia parte insegura de Juan, deprimida por las devaluaciones y comparaciones de su padre y su madre, y que quedaba coludida con la impotencia infantil de Ma. Luisa). Es como si Juan dijera: “En la medida en la que tú no puedes, yo me siento potente porque puedo actuar con fortaleza”. María podría decir también: “En la medida en la que tú seas mi padre fuerte, me siento protegida y ya no soy más la niña desamparada que fui”. Ambos intentaban deshacerse de sus propias partes deprimidas. ¿Tenía razón Rubén Darío al decir en uno de sus poemas:

*Yo triste, tú triste...*

*¿No has de ser entonces,*

*Mía hasta la muerte...?*

Claro que en el fondo cada uno repetía puntualmente su historia: Juan acababa provocando en Ma. Luisa un comportamiento similar al de su padre: ella lo rechazaba, lo devaluaba y competía con él. Ma. Luisa también reencontraba al padre que la abandonaba y a la madre que la llenaba de quejas y sensaciones de impotencia.

Vemos en este ejemplo cómo funciona el mecanismo de identificación proyectiva al que hemos venido haciendo referencia a lo largo de este capítulo. Tanto Ma. Luisa como Juan proyectaban *dentro* del otro (la expresión no puede ser más correcta) aspectos desagradables de su personalidad, con el fin de poder preservar dentro de sí otros menos molestos. Claro que en otro momento se rebelaban contra la situación que ellos mismos habían provocado. Ma. Luisa, después de todo, tenía partes muy autónomas que no deseaba ver sometidas, y Juan, en el fondo, no deseaba ser visto como “un dictador”. Esto es lo que ocasionaba sus constantes fricciones.

### **El “radar” inconsciente**

Pero aún no hemos contestado la cuestión de cómo es posible que ambos tuvieran esta especie de “radar” inconsciente que los llevó a detectar aspectos de la personalidad del otro, que se encontraban por lo pronto bastante ocultos, y que además, de haberlos conocido, seguramente no los hubieran aceptado. ¿Cómo funciona en todos nosotros este “radar”?

Hemos dicho que esto no es difícil de entender, y es que normalmente a lo largo de las relaciones que tenemos en nuestra vida nos sentimos atraídos o inclinados hacia determinadas personas que poseen ciertos rasgos manifiestos que son, *por fuerza, parte de un cuadro de personalidad completo*. Ma. Luisa se sintió halagada cuando Juan actuó con tanta autoridad, y a él le agradó que ella, con admiración, lo dejara operar a sus anchas en ese primer momento y en los posteriores. Sólo que alguien que es un tanto autoritario y decidido, generalmente tiende a tomar el control en todos los otros aspectos

de la relación (¿o no le dijo Juan a Ma. Luisa que si ella quería él podría arreglarle la vida?). La gente que tiende a tener una gran admiración hacia otros, por fuerza debe tener ciertas partes dependientes que tarde o temprano saldrán a la luz. Además hay que decir que las personas sumamente dependientes, eventualmente intentan invertir los roles con aquellos que viven como opresores, como una forma de recuperar su autoestima. Probablemente esto es lo que sucedió con Ma. Luisa.

Y así podríamos analizar cualquier otro caso. ¿A qué cuadro de personalidad pertenecen todos esos rasgos o comportamientos que en un momento dado o bajo ciertas circunstancias le resultan a una persona llamativos? ¿Existe una conexión inesperada entre estos y aquellas conductas que a la larga le molestarán? Un alcoholico no sólo es alcoholico cuando toma, y una mujer anorgásmica no sólo es fría en la cama. Los obsesivos lo son de “tiempo completo”, y los paranoicos también. Los depresivos pueden ser en otros contextos sumamente sensibles y tiernos, pero también pueden pedir constantemente que se les castigue. Los fóbicos pueden dejar mucho espacio para que uno actúe, pero también pueden ser muy abandonantes y sexualmente inactivos.

Por supuesto no debe considerarse que todo es tan esquemático como aquí lo exponemos, pero invita a reflexionar en estos términos. ¿Qué podríamos decir de los adictos, los abandonantes, los sometidos, los culpígenos? ¿Estarán emparentados con los dedicados, los respetuosos, los cuestionados, los tenaces, los sociables? Pensemos en alguna de estas posibles combinaciones. Es seguro que a nadie le agrada tener a un alcoholico como pareja, pero un alcoholico es un adicto, y si una persona tiene un gran temor al abandono puede ser que se sienta atraída hacia un sujeto que muestra gran fidelidad, apasionado interés, que busca y no suelta, *aunque jamás se le haya visto tomar una copa de más*. Sin embargo la conducta adictiva ya estaba ahí, *desde el principio*, y eventualmente puede devenir, por ejemplo, en un alcoholismo, en una molesta posesividad o en una profunda celotipia.

La sabiduría popular es profunda, y aquí podemos aplicar el significado de esas viejas frases: “*En la forma de ensillar, se conoce la forma de montar*”, “*Como se es en una, se es el la otra*”, “*Genio y figura, hasta la sepultura*”. Quizás a nadie agrada tener una pareja excesivamente recatada en la cama, pero una persona así posiblemente también sea sumamente controlada, “centrada”, “decente” o “cerebral”. Y si un hombre –por ejemplo– nos reporta quejas de este tipo sobre el desempeño sexual de su compañera, tendríamos que comenzar por preguntarnos qué tanto él está requiriendo una liga con alguien así porque en el fondo puede proyectar sobre ella su propio temor a parecer “descontrolado”, o porque la frialdad de su mujer le permite actuar el rol de “hombre pasional”, ocultando así sus propios miedos a quedar exhibido como alguien sexualmente ineficaz. Y que ella acepta y promueve ese trato por sus propias razones.

Lo que queremos decir con esto es que aquellos aspectos que pueden resultar molestos en el comportamiento del otro, muy frecuentemente forman parte, en el fondo, de un cuadro de personalidad más amplio que en otras de sus manifestaciones resultan preferidos o incluso necesarios.

## La función defensiva de la pareja

Esto es lo que ha llevado a autores como Lemaire (1979) a hablar de la *función defensiva de la pareja*, es decir, que durante el periodo de búsqueda, consolidación o ruptura de la pareja, la relación va a ocurrir alrededor de dos ejes:

1) la lucha de cada uno de los participantes por conseguir a través de la relación con *el otro el mayor grado de expresión a las necesidades, deseos y fantasías inconscientes propias* y,

2) el intento de hacer esto con el *mínimo grado posible de confrontación con los propios miedos, temores y ansiedades*.

Entender este doble juego en la relación es el primer paso para intentar mejorar un vínculo de pareja. Implica asumir, de entrada, la propia participación del sujeto en la formación de una dinámica, de un interjuego emocional inconsciente con el otro participante de la relación, caracterizado por esa *interdependencia vincular* de carácter esforzante, que se fundamenta en esencia sobre el mecanismo psicológico de *identificación proyectiva*. Sólo la toma de conciencia de esta realidad puede hacer surgir todo tipo de soluciones y caminos, incluso el de la separación definitiva, para algunos, pero también para otros el de la continuación basada en nuevos acuerdos. Entender estos procesos, ligas, acuerdos, acomodos y redes psicológicas significa, al final, entender que en cuestiones de pareja “Dios los hace... y sus patologías los juntan”.

## BIBLIOGRAFIA

Laing, P., Philipson, H. y Lee, A. H. (1973). *Percepción intrapersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

Sager, C. (1976). *Contrato matrimonial*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.

Sánchez Escárcega, J. (1998a). “Fantasía grupal” e identificación proyectiva en los grupos. *Imagen Psicoanalítica*, 10: 115-128.

Stekel, W. (1941). *La mujer frígida*. Buenos Aires: Imán.

## 17. ENODIAMIENTO, VIOLENCIA Y AGRESIÓN EN EL VÍNCULO DE PAREJA.

### APORTES DESDE LA TEORÍA DE LA COLUSIÓN<sup>62</sup>

*I love you, hate you, love you, hate you,  
but I don't want to tell the world to stop turning*

(de una canción de Shirley Bassey)

No nos referiremos necesariamente a la violencia física en la relación de pareja, sino al vínculo agresivo –que puede traducirse en actos violentos– que frecuentemente es el sello de muchísimas relaciones amorosas. El término *enodiamiento* lo hemos tomado prestado de Ortega y Gasset. Uno similar lo escuchamos de la fallecida Dra. Dolores Sandoval al referirse a los *orgasmos de odio* que tienen ciertas parejas en momentos en los que dan la impresión de haber defusionado a tal punto sus pulsiones agresivas y libidinales, que parecen gozar intensamente el hecho de herirse y humillarse mutuamente hasta la saciedad. Hernán Solís les ha llamado *Los como perros y gatos* (1979, 1995) y un modelo práctico que ejemplifica este vínculo se encuentra en la película *La guerra de los Roses*, que parodia en el título a la guerra civil inglesa, mejor conocida como *The Wars of the Roses* (Ross, 1976). Sin embargo, debemos decir que no es necesario ir al cine para encontrar a estas parejas.

El vínculo agresivo, la conducta agresiva, la indiferencia o el desamor son en realidad los síntomas resultantes de los enganches patológicos de cualquier pareja que ha fracasado en sus intentos de lograr una buena unión (c. f. Bobé y Pérez Testor, 1994), pero en algunas de ellas el odio y la auto y heteroagresión son exactamente los vértices sobre los que se sostiene la relación. A estas parejas es a las que nos referiremos. Para ello utilizaremos como marco referencial la teoría de la colusión (Dicks, 1970; Willi, 1975; Bobé y Pérez Testor, 1994), con énfasis en el concepto básico kleiniano de *identificación proyectiva* (Klein, 1946, 1955; Bion, 1959; Kernberg, 1987; Hinshelwood, 1989).

#### Teoría de la colusión

Se identifican al menos cuatro momentos o enfoques teóricos sobre las relaciones de pareja (Willi, 1975): a) el punto de vista psicoanalítico tradicional, b) la terapia familiar tradicional, c) la terapia sistémica, y d) la teoría de la colusión.<sup>63</sup>

---

<sup>62</sup> Una primera versión del presente capítulo apareció publicada en Sánchez-Escárcega, J. (1995). El *enodiamiento* y la violencia en el vínculo de pareja. Nuevos aportes desde la teoría de la colusión. *Imagen Psicoanalítica*, 6, 77-86.

a) *El punto de vista psicoanalítico tradicional.* Podemos considerar este enfoque como unidireccional, lineal e histórico. Desde la famosa frase de Freud en el sentido de que el paciente “repite para no recordar” (1914), estamos suponiendo que el peso principal de todo proceder humano está en su historia olvidada, es decir reprimida, la cual se reactualiza constantemente en los objetos externos. Estos objetos, entonces, son sólo el medio a través del cual se expresa el pasado por medio de la transferencia. Lo importante no es el objeto real como tal, sino esencialmente la forma en la que encaja en la dinámica interna del paciente. Siendo el psicoanálisis básicamente una terapia individual, al ocurrir el pasaje a otras formas de tratamiento como la terapia familiar, grupal y de pareja, el énfasis en el mundo interno fue transportado a ellas. Así, lo importante para un psicoanalista era identificar el tipo de elección hecha por el paciente, basándose en el tipo de pulsión que satisface (oral, anal, fálica, etcétera) y el tipo de conflicto que se origina con los objetos externos al tratar de dar expresión a dicha pulsión (es decir, la pulsión como buscadora de descarga y no como buscadora de objeto: Fairbairn, 1962). El resultado es una visión de las relaciones interpersonales (por ejemplo las de pareja) donde el paciente percibe a su cónyuge<sup>64</sup> a través del cristal distorsionado de su transferencia. Kubie (1956), por ejemplo, afirma: “El propósito inconsciente más frecuente en el matrimonio es encontrarse con una pareja que representa a uno de los progenitores, sea éste el padre o la madre”. El analista típicamente diría: “usted percibe a su esposa como si fuera su madre, controlándolo y sometiéndolo siempre”, etcétera, sin preguntarse *cómo es en realidad esa esposa*. En la terapia de parejas (es decir, donde los dos asisten con el mismo terapeuta en la misma época, aunque no necesariamente ambos a la misma hora), iniciada por Oberndorf (1938)<sup>65</sup>, las interpretaciones de su transferencia se hacían por partida doble, pero aún así, difícilmente se consideraba el vínculo que los unía.

b) *La terapia familiar tradicional.* Al iniciarse los tratamientos de familias completas, especialmente en el caso de esquizofrénicos, los terapeutas se enfrentaron con un hecho novedoso que era difícil de observar en el tratamiento individual: la resistencia de los familiares al cambio, o incluso los francos intentos de sabotear el tratamiento. Bateson, Jackson, Haley y Weakland (1956, 1963) coincidieron en señalar que la esquizofrenia del niño era la única reacción posible en el concepto interurbano insoportable que sus padres le ofrecían. Searles (1965) incluso llegó a afirmar que el niño se convierte en esquizofrénico porque está expuesto “a un prolongado esfuerzo de sus padres por

---

<sup>63</sup> Debido a la brevedad del espacio, dejaremos para un trabajo posterior el mencionar otros aportes de la terapia psicoanalítica: los supuestos básicos de Bion (1961) aplicados a la pareja, la teoría del vínculo de Pichón Riviére (1985) y la de las relaciones vinculares de Bernard y cols. (1990, 1995a, 1995b).

<sup>64</sup> Recordemos que al hablar de “cónyuge”, o más adelante de “matrimonio”, por supuesto no nos referimos sólo a las relaciones formales sancionadas legal, social o religiosamente. En primera instancia consideramos a toda unión heterosexual formulada sobre la creencia de un compromiso “para siempre” (Lemaire, 1979), lo puedan cumplir o no (Puget y Berenstein, 1989), pero en sentido amplio los conceptos expresados aquí son aplicables a otras formas de vinculación, como por ejemplo la relación de noviazgo.

<sup>65</sup> Fue el mismo Freud el primero en analizar a una pareja por separado, en épocas diferentes: los Strachey, Alix y James, traductores de su obra.



volverlo loco". El niño es el enfermo que representa a los padres y a la familia. Estos proyectan en él su propia parte enferma, con lo cual se convierte en el realizador de ciertos papeles que le endosan sus familiares. "Por lo tanto, no es el paciente el enfermo, sino que los familiares, clínicamente sanos, son los que se encuentran verdaderamente afectados, pero saben transplantarle su enfermedad" (Willi, 1975). Así, cuando de parejas hubo de hablarse, se consideró que era en realidad el cónyuge aparentemente sano, pero afectado por los problemas del otro, el que en realidad portaba la enfermedad mental más grave, pero había sabido ingeniárselas para hacer que el otro la actuara. Esta visión resulta nuevamente unidireccional, lineal y ahistórica, sólo que del otro lado de la pareja.

De cualquier forma, esto permitió comprender desde una perspectiva novedosa, por ejemplo, la relación de una esposa con un marido alcohólico, y cómo era ella quien primeramente estaba interesada en sabotear los intentos de su cónyuge por lograr un estado de abstinencia. En el caso de las disfunciones sexuales resultó todavía más iluminador: no se debía considerar sólo al miembro que sufría la disfunción a partir de las ansiedades y conflictos infantiles que proyectaba en su compañero (visión psicoanalítica tradicional), sino que había que enfocar la situación desde los intentos del otro miembro de la pareja por reforzar la problemática del cónyuge. El terapeuta de parejas podría decir en un supuesto caso: "Es usted señor, quien con sus reproches y descalificaciones, promueve que su mujer no responda adecuadamente en la cama, ya que de otra forma quedaría al descubierto su propio temor a fracasar sexualmente".

c) *La terapia sistémica*. Derivada de la teoría general de los sistemas (Von Bertalanffy, 1952, 1956), e íntimamente ligada a la teoría de la comunicación (Watzlawick, Beavin, Herlmick y Jackson, 1967), este tratamiento intenta visualizar las formas de relación como un sistema integral, como un organismo total. El enfoque ya no es unidireccional ni lineal, pero sí ahistórico. Las premisas de esta teoría se basan en la intuición de que un sistema en su conjunto es cualitativamente diferente de la suma de sus elementos individuales y se comporta de un modo distinto. En el marco de la terapia familiar, la aplicación del término *sistema* es idéntica a su aplicación en el campo de la cibernética. Se tienen en cuenta características del sistema como la retroalimentación, procesamiento, acumulación de información, la adaptabilidad, la capacidad de autoorganización y la formulación de estrategias para la conducta propia del sistema. En cuanto a la comunicación, se considera el efecto que ésta tiene sobre el receptor, así como el efecto que la reacción del receptor tiene sobre el emisor.

Todo sistema de pareja está formado por estructuras que desempeñan las tres siguientes funciones:

- a) mantenimiento de una totalidad;
- b) capacidad de autorregulación frente a perturbaciones ambientales; y
- c) capacidad de lograr autotransformaciones progresivas hacia niveles más altos de adaptación.

Bajo este modelo, la pareja, los miembros individuales de la pareja, y aun las estructuras de personalidad internas de los miembros de la pareja, son considerados como elementos de la población de sistemas. Como tales, cada uno de ellos está jerárquicamente relacionado con el otro, es isomórfico en su estructura subyacente; la pareja y cada miembro de la pareja se autorregulan y se autotransforman, y son capaces de abrir y cerrar selectivamente sus propios límites. En la terapia de parejas, las maneras de relación de los cónyuges en conflicto dependen una de otra en forma circular. El terapeuta de parejas renuncia a investigar el temperamento complejo del individuo o la motivación infantil para una determinada forma de comportamiento (visión psicoanalítica tradicional), y mucho menos intenta determinar las situaciones en términos de causa-efecto, acción-reacción en función de que el comportamiento de un cónyuge “sano” refuerza la conducta del otro “enfermo” (terapia familiar tradicional), por la simple razón de que en una circularidad no hay principio ni fin. Por cierto que el terapeuta de la escuela de la comunicación también renuncia a formular interpretaciones, y más bien trataría la problemática de la pareja en base a situaciones de comunicación absolutamente concretas. Identificaría, por ejemplo, en el caso de un marido que fracasa sistemáticamente en el trabajo, cómo cuanto más exigente es la mujer, más inseguro se vuelve el marido; y cómo, cuanto más inseguro se vuelve el hombre, más exigente se torna la mujer, con lo cual intentaría implementar prácticas de comunicación y alternativas de conducta que facilitarían, en una atmósfera de menor exigencia, que confiaran más en el desempeño laboral de él, sin sentirse ambos bajo la presión del temor al fracaso. Esto en sí representa un gran logro en términos de tratamiento de pareja, pero deja de lado la cuestión de cómo el síntoma laboral puede estar siendo el vehículo mediante el cual se expresa un conflicto más profundo o inconsciente (por ejemplo el miedo al éxito en él, debido a una conflictiva edípica no resuelta; o la envidia de la mujer hacia el papel activo del hombre, que la lleva a satisfacer su deseo inconsciente de ser ella quien “lleva los pantalones” al verlo fracasar). En otras palabras, la resolución de la conflictiva específica, si bien puede aportar una gran mejoría al matrimonio, no garantiza necesariamente que sane totalmente la relación ni mucho menos que no surjan eventualmente otros conflictos similares en otras áreas de su vida de pareja.

d) *La teoría de la colusión*. Fundamentada en las conceptualizaciones de Dicks (1970) y posteriormente desarrollada por Willi (1975) y otros autores (Bobé y Pérez Testor, 1994), se considera una colusión como “un proceso simbiótico en el que los dos elementos de la pareja se atribuyen inconsciente y mutuamente sentimientos compartidos. En el nivel profundo, hay actitudes hacia el otro como si fuese parte de uno mismo y se le trata según se valora este aspecto de uno mismo; en esta situación, los límites entre las partes del yo, el objeto externo y el objeto interno, son confusos” (Armant, 1994, p.33).

Desde este enfoque, “la conducta matrimonial de un individuo está notablemente determinada por su prehistoria personal (aspecto genético del psicoanálisis) pero, al manifestarse, el comportamiento conyugal se halla también sustancialmente determinado por la actitud vigorizante o amortiguadora del cónyuge (teoría de la comunicación), y esa actitud que vigoriza o atenúa, a su vez se encuentra motivada por el fondo personal

(aspecto de la antigua terapia de la familia). (...) *Esto quiere decir que se puede comprobar en ambos esposos una perturbación fundamental respecto al conflicto conyugal, aunque actúa en papeles distintos*" (Willi, 1975, p. 63).

Para este autor, la teoría de la colusión puede resumirse en los siguientes puntos:

1) Colusión significa el juego conjunto no confesado, oculto recíprocamente, de dos o más compañeros a causa de un conflicto fundamental similar no superado.

2) El conflicto fundamental no superado actúa en distintos papeles, lo que permite tener la impresión de que uno de los miembros es lo contrario del otro, pero se trata meramente de *variantes polarizadas de lo mismo*. (nuestras itálicas).

3) La conexión en el conflicto fundamental similar favorece, en las relaciones de pareja, los intentos de curación individual, progresiva (sobrecompensadora) en un consorte y regresiva en el otro.

4) Este comportamiento de defensa progresivo y regresivo produce, en parte importante, la atracción y aferramiento díadico de los cónyuges. Cada uno de ellos espera que el otro le libere de su propio conflicto. Ambos creen estar asegurados por el consorte en la defensa contra sus propias angustias, hasta tal punto que creen posible y accesible una satisfacción de la necesidad en medida no alcanzada hasta entonces.

5) En una larga simbiosis fracasa este intento colusivo de curación individual a causa de la vuelta de lo desplazado [retorno de lo reprimido] que tiene lugar en ambos consortes. Las porciones (delegadas o externalizadas) transferidas al otro cónyuge vuelven, incrementadas, al propio yo.

Desde la teoría de la colusión suponemos, entonces, *que ambos miembros de la pareja comparten el mismo conflicto básico*, un inconsciente común, que deriva, esencialmente, de sus propias historias personales, y que en la relación encuentran no sólo un objeto que les permite expresar esta conflictiva, sino también, que ambos realizan intentos propositivos aunque inconscientes por llevar al otro a actuar una parte de ese conflicto. La forma en la que realizan esto debe ser entendida a la luz del mecanismo de identificación proyectiva patológica, en cuanto que no sólo se proyectan objetos internos y partes del yo en el cónyuge, sino que además cada miembro del binomio intenta *forzar* sutilmente dichas partes en o dentro del compañero, llevándolo a comportarse de acuerdo al rol necesitado, con la *complicidad* de ambos. Esto último nos ha permitido señalar el vínculo *activo* de toda relación de pareja, definiéndola entonces como una *interdependencia vincular* de carácter esforzante (c. f. capítulos 15 y 16). Desde esta perspectiva, el terapeuta de parejas intenta mostrar a los cónyuges *cómo ambos se encuentran coludidos en el mantenimiento de una determinada sintomatología*, pero también cómo, a partir de los conflictos irresueltos de la infancia particular de ambos, realizan esfuerzos activos por deshacerse de dicha conflictiva proyectándola en el otro, con lo cual en realidad, de fondo, *pretenden mantenerla intacta*.

## La violencia en el vínculo

Mencionamos al principio de este trabajo que intentaríamos mostrar algunos de los enganches patológicos del *enodiamiento*, esa especie de amor a la inversa que caracteriza a algunas parejas que aparentemente están unidas intensamente por sus afanes sistemáticos de destrucción mutua, con frecuentes ataques de agresión verbal, y a veces física. No olvidamos aquí la frase de Dicks (1970) en el sentido de que “lo contrario del amor no es el odio. Estos dos sentimientos siempre coexisten mientras hay una relación viva. Lo contrario del amor es la indiferencia”. Es precisamente esta conceptualización lo que nos lleva a considerar que en dichas parejas lo que prevalece es un vínculo formado a partir del odio y el rencor, y no una falta de vínculo o la disolución de éste.

Pero, ¿cómo puede ser que lo que une a estas parejas sea un sentimiento de hostilidad, cuando lo que debiera ocupar ese lugar naturalmente sería el amor? Quizás la respuesta se encuentra en el hecho de que ambos se encuentran coludidos en la formación de una *simbiosis hostil*, es decir, la pérdida de límites entre el self y el objeto de tal manera que el otro representa una parte odiada de cada uno de los sujetos. En otras palabras, la pareja es mantenida a partir de la posibilidad de destruir en el afuera lo que en realidad corresponde al “adentro”, al mundo interno de ambos.

La pérdida de la pareja (la disolución del vínculo) es temida porque implica la reintroyección de aspectos propios odiados que han sido colocados en el compañero. Con toda razón se dice, entonces, que detrás de todo suicida se encuentra un homicida. En este caso, la autoagresión ha sido transformada en heteroagresión, con la consecuencia de que el cónyuge es requerido precisamente porque permite ser odiado y atacado. Si consideramos el mecanismo de identificación proyectiva patológica que domina estos vínculos, comprenderemos cómo, mediante movimientos muy sutiles pero inequívocos, cada miembro de la relación se encarga de forzar dentro del otro aspectos persecutorios de su self, de los cuales intenta deshacerse. Sin embargo, lo expulsado retorna a través de los ataques recibidos por parte del consorte. La ganancia, pues, podría decirse que es doble: mientras que por un lado se ubica en el compañero la propia parte odiada intentando controlarla en el afuera, por otro lado se reciben esos mismos ataques al ser actuados por la pareja.

## Ciclo culpa-venganza

A veces sucede que a los ojos de un observador externo sólo uno de los miembros de la relación ejerce el papel agresivo, mientras que el otro parece más bien identificarse con el rol pasivo-masquista (Stream, 1980). Sin embargo, esta perspectiva es del todo falsa. En realidad ambos ejercen tanto el papel activo como su contraparte. Una persona que constantemente se deja maltratar o humillar, eventualmente crea una sensación de culpa lacerante en el cónyuge, o una irritante desesperación por su pasividad. Ya en otro trabajo (Sánchez Escárcega, 1995) intentamos identificar un cierto ciclo de conductas y sentimientos intercambiables en algunas de estas parejas. Denominamos *posición de*

*culpa y posición de venganza* a los dos polos de esta situación. La secuencia ocurre más o menos así:

“Uno de los miembros inicia una situación de agresión hacia el otro, pero después de haber descargado su frustración o enojo se ve invadido por sentimientos conscientes o inconscientes de culpa y remordimiento, con lo cual, sutilmente intenta acercarse al compañero en busca de una reconciliación y también un castigo. A su vez, el otro, siente la imperiosa necesidad de devolver la ofensa, justo cuando el primer miembro se encuentra más receptivo a aceptarla. Los roles se han invertido, ya que el miembro que inició la agresión pasa a la ‘posición de culpa’, mientras que el segundo, que se considera ofendido de manera injusta, pasa a la ‘posición de venganza’. A continuación de nuevo se invierten los roles: el primer miembro siente que se le ha rechazado y vuelve a sentir la necesidad de defenderse atacando; el segundo siente que se ha excedido y ahora busca una reconciliación. Se reinicia el ciclo. La imposibilidad de romper este círculo vicioso ocasiona que dichas parejas vivan constantemente resentidas y frustradas: resentidas porque se viven permanentemente atacadas; frustradas porque sienten que sus intentos de aproximación son siempre rechazados”.

Desde la perspectiva psicoanalítica tradicional consideramos la historia individual de cada uno de los cónyuges, así como la elección inconsciente de pareja (es decir, cómo reactualizan o reeditan sus vínculos tempranos en una nueva relación). Desde el enfoque de la terapia tradicional de familia consideramos cómo cada miembro intenta llevar al otro a actuar el rol de agresor o víctima, así como sus intentos por sabotear el rompimiento del enganche. También consideramos desde la teoría de la comunicación y la terapia sistémica, cómo la pareja se convierte en un sistema cerrado donde la agresión de uno condiciona la sumisión del otro, y cómo, a su vez, la sumisión de este miembro condiciona la agresión del primero. Finalmente, desde el enfoque de la colusión con énfasis en la identificación proyectiva patológica, suponemos un acuerdo inconsciente de los miembros para perpetuar una unión destructiva donde el rol de agresor o víctima de cada miembro es experimentado como propio (pérdida de los límites entre el self y el objeto) por el compañero contrario, y cómo de una manera propositiva aunque inconsciente, cada miembro intenta ubicar y controlar en el otro aspectos de su propia personalidad, manteniendo con estos, de cualquier forma, un vínculo inconsciente (así, por ejemplo, el dolor por la humillación en el cónyuge ofendido es vivido también, por extensión, como dolor a través de la culpa en el cónyuge ofensor).

### **Alcances de la terapia**

Prácticamente todos los autores parecen coincidir en el hecho de que el terapeuta de parejas –incluso el que toma por separado a uno de los miembros– debe dejar en claro que el tratamiento no tiene como finalidad mantener o disolver el vínculo que ellos forman (o formaron), sino poner al descubierto el significado de las maneras en las que se han relacionado y que han ocasionado las dificultades por las que atraviesan, y que aun cuando decidieran separarse, el conocimiento sobre estos estilos de relación puede

eventualmente traer un beneficio tanto para la disolución de la relación como para el inicio o mantenimiento de posteriores vínculos (Dicks, 1970; Gear y Liendo, 1974; Teruel, 1974; Willi, 1975; Bobé y Pérez Testor, 1994).

Esta consigna debe quedar más que nunca en claro en el caso de parejas unidas por el *enodiamiento* o *simbiosis hostil* que hemos descrito. Por supuesto el pronóstico favorable depende de los mismos factores que son considerados en el tratamiento de un paciente individual: áreas libres de conflicto, capacidad de insight, flexibilidad de las estructuras y las defensas, ganancia primaria y secundaria del síntoma, puntos de fijación y regresión, disposición al cambio, y también, el grado de sufrimiento que logra ser traducido en motor de desarrollo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Armant, C. (1994). Fundamentos teóricos. En A. Bobé y C. Pérez Testor (Eds.), *Conflictos de pareja. Diagnóstico y tratamiento*. Barcelona: Paidós.
- Bateson, G., Jackson, D.D., Haley, J. y Weakland, J. (1956). Towards a theory of schizophrenia. *Behavioral Science*, 1: 251-264.
- Bateson, G., Jackson, D.D., Haley, J. y Weakland, J. (1963). Note on the double bind. *Family Press*, 2: 154-161.
- Bernard, M. (1990). La interpretación en psicoanálisis grupal. En Mesa redonda sobre interpretación en encuadres multipersonales. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 13 (1-1): 25-34.
- Bernard, M. (1995a). Los grupos internos. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Bernard, M. (1995b). La organización del grupo. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Bion, W.R. (1959). Attacks on linking. *International Journal of Psycho-Analysis*, 40: 308-315.
- Bion, W.R. (1961). *Experiencias en grupos*. México: Paidós, 1990.
- Bobé, A. y Pérez Testor, C. (Eds.). (1994). *Conflictos de pareja. Diagnóstico y tratamiento*. Barcelona: Paidós.
- Dicks, H.V. (1970). *Tensiones matrimoniales*. Buenos Aires: Hormé.

- Fairbairn, W.R.D. (1962). *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Hormé, 1970.
- Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 12). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Gear, M.C. y Liendo, E.C. (1974). *Psicoterapia estructural de la pareja y del grupo familiar*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hinshelwood, R.D. (1989). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kernberg, O. (1987). Projection and projective identification: Developmental and clinical aspects. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 35 (4): 795-819.
- Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras Completas* (Vol. 3). Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Klein, M. (1955). Sobre la identificación. En: *Obras Completas*, 3. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Kubie, L.S. (1956). Psychoanalysis and marriage. En V.W. Eisenstein (Ed.), *Neurotic interaction in marriage*. New York: Basic Books.
- Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Oberndorf, C.P. (1938). Psychoanalysis of married couples. *Psychoanalytic Review*, 25, 453-475.
- Pichón Riviére, E. (1985). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Ross, Ch. (1976). *The Wars of the Roses*. London: Thames and Hudson.
- Sánchez Escárcega, J. (1995). Ni contigo ni sin ti. Vínculos de pareja en mujeres contemporáneas. *Memorias del X Simposio de Psicología "Las mujeres en los albores del siglo XXI"*. México: Universidad Intercontinental.
- Searles, H.F. (1965). *Collected Papers on Schizophrenia and Related Subjects*. Nueva York: International Universities Press.
- Solís, G., H. (1979). Dios los crea y Freud los junta. Retrato hablado de algunas parejas. *Cuadernos de psicoanálisis*, 12 (1-4).

- Solís, G., H. (1995). Las tres generaciones en una pareja del mundo *psi*. En *Memorias del V Congreso Nacional "Los grupos psicoanalíticos: diversidad de teorías y aplicaciones"*. México: Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo, A.C.
- Stream, H.S. (1982). *La pareja infiel*. México: Pax-México, 1986.
- Teruel, G. (1974). *Diagnóstico y tratamiento de parejas en conflicto*. Buenos Aires: Paidós.
- Von Bertalanffy, L. (1952). *Problems of Life*. Nueva York: Wiley.
- Von Bertalanffy, L. (1956). General Systems Theory. *General Systems*, 1, 1.
- Watzlawick, P., Beavin, J., Herlmick, J. y Jackson, D. (1967). *Pragmatics of Human Communication. A study of international patterns, pathologies and paradoxes*. New York: Norton, 1972.
- Willi, J. (1975). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.



## 18. APUNTES PARA LA COMPRENSIÓN Y EL TRATAMIENTO PSICOANALÍTICO DE PAREJAS<sup>66</sup>

### Introducción

Comenzaremos por establecer una fórmula tajante y un tanto dramática –pero no por ello menos cierta– que nos señale un punto de partida para los desarrollos que aquí intentamos presentar. Consideramos así que, *en materia de relaciones amorosas, no existen parejas dispares*, por lo menos en el terreno de lo inconsciente (y como se verá enseguida, también normalmente en el social). Nuestra fórmula es ciertamente conclusiva y general, pero intenta dar cuenta del hecho de que la gran mayoría de las parejas que de común podemos analizar se encuentran determinadas y signadas por una intrincada red invisible de elementos culturales e intrapsíquicos que *condicionan y limitan* las posibilidades de su unión e interacción.<sup>67</sup> Tal vez sean precisamente las parejas que no cumplen esta fórmula las que eventualmente llegan a una ruptura; pero incluso en estos casos, en los que la unión aparentemente se ha disuelto, podemos observar a veces una dinámica relacional que no deja lugar a dudas: permanecen intrapsíquicamente unidos, vincularmente relacionados, en un equilibrio de fuerzas, ganancias y conflictos que llevan a pensar que el rompimiento o la distancia es parte necesaria en la continuidad de la unión, que esto es justamente la precondition de su *emparejamiento*. Volveremos más adelante sobre este tema.

Estos dos niveles componentes de toda relación –el cultural y el intrapsíquico–, han sido señalados por Lemaire (1971, 1979) como niveles *institucional* e *instintual* de la pareja. El primero hace referencia a los elementos socioeconómicos, y el segundo, a los de tipo bio-psicológico.

En el nivel *institucional* aparece la búsqueda de *homogamia*, un mecanismo social tendiente a la unión por identidad, semejanza o mantenimiento del *statu quo* entre los compañeros amorosos.

“En su nivel más conservador y primario da lugar a la simple alianza de linajes (en casos extremos aun sin la participación decisoria de los cónyuges) que busca

---

<sup>66</sup> El presente trabajo fue originalmente presentado en el VII Congreso Nacional de AMPAG en Xalapa, Ver. El día 28 de mayo de 1999. Se publicó en Sánchez Escárcega, J. (2001). Un modelo conceptual para la comprensión y el tratamiento psicoanalítico de parejas. *Imagen Psicoanalítica*, 12: 125-155.

<sup>67</sup> No consideramos, por supuesto, otros factores que popularmente son considerados a veces como intervinientes o condicionantes de una relación amorosa (pero que hasta el momento no han sido probados científicamente): es decir, elementos neurológicos, hormonales, instintivos, etcétera, que supuestamente influyen y determinan no sólo la elección, sino el tipo de vínculo que dos personas establecen.

mantener o incrementar el status social y la fortuna económica. Por ende se suele elegir semejanza en características tales como origen de clase, raza y credo religioso, status social, nivel económico, nivel escolar y cultural, belleza física, etcétera. Los factores ideológicos tienen aquí un ámbito privilegiado de acción, dada su capacidad encubridora de las motivaciones reales de ciertas acciones individuales, familiares y sociales” (Campuzano, 1997, p. 139).

El nivel *instintual* hace referencia principalmente a los factores inconscientes que determinan en forma importante la elección y mantenimiento de una pareja. Estos factores están muy influidos por la matriz familiar de origen, por la evolución psicosexual de cada cónyuge y, consecuentemente, por el grado de resolución de los pasajes preedípico y edípico.

Dentro de este nivel es importante mencionar el papel desempeñado en la elección de objeto por la organización defensiva, especialmente por el conjunto de los mecanismos de defensa organizados contra las pulsiones peor integradas en el conjunto pulsional. Las características personales del compañero se eligen en vistas a reforzar los mecanismos de defensa destinados a cerrarle el paso a las pulsiones parciales, y principalmente a las que son extrañas al conjunto pulsional. Tal como lo describe Lemaire (1979),

*“En la elección de pareja, el elemento más importante corresponde a la defensa contra la pulsión aislada, como si inconscientemente el sujeto percibiese un peligro más vivo en este plano. Él asocia su elección de amor principal con esta defensa contra una eventual claudicación, al elegir en su pareja aquellas características que no despertarán la pulsión y aun las que contribuirán a reprimirla mejor. Esta es sin duda la característica más destacable que en el plano de los procesos inconscientes establece una distinción entre la elección de objeto en la relación de tipo conyugal y en las otras formas de vida amorosa: la aventura pasajera, el coqueteo, el inicio de las primeras relaciones o los primeros sueños de amor de la adolescencia, y en cierta medida algunos tipos de relación poco duradera. (...) En estos casos, el aspecto hedonista y la búsqueda de satisfacciones pulsionales directas es exclusiva o ampliamente prioritaria: lo que se le pide entonces al objeto es fundamentalmente que sea el medio de una satisfacción, y si el objeto no responde a ello, la relación cesa inmediatamente. (...) En la relación presumiblemente duradera, por el contrario, aunque el aspecto hedonista y la búsqueda de satisfacción siguen siendo importantes, no son sin embargo los únicos que motivan la elección de pareja; y su característica más notable es que el compañero sigue siendo el elegido aun cuando, pasajeramente o de modo duradero, no brinde satisfacciones en estos planos elementales. Por el contrario, el elegido debe poder contribuir a mantener en el sujeto una cierta seguridad interior, para contribuir así a su organización defensiva”.* (p. 67, itálicas del autor).

La existencia de una *función defensiva de la pareja* significa que durante el periodo de búsqueda, consolidación o ruptura de la pareja, la relación va a ocurrir alrededor de

dos ejes: 1) la lucha de cada uno de los participantes por conseguir a través de la relación con el otro el mayor grado de expresión de las necesidades, deseos y fantasías inconscientes propias y, b) el intento de hacer esto con el mínimo grado posible de confrontación con los propios miedos, temores y ansiedades.

En resumen, estos niveles *intitucional* e *instintual* establecen, así, varias funciones (Campuzano, 1997, p. 140):

- 1) Logro de un lugar, un status y una apoyatura en la red social amplia (nivel institucional).
- 2) Apoyo e incremento de fuerza al unirse a un compañero, incluyendo lo económico (nivel institucional).
- 3) “Colmamiento” narcisista en el enamoramiento y formación de un sistema de confirmación e identidad externos en la pareja.
- 4) Establecimiento de un sistema defensivo interpersonal (complementario al intrapsíquico y muy ligado a éste) mediante la elección de la pareja.

#### Más sobre homogamia

El tema de la homogamia en la pareja (la tendencia a la unión de personas similares) ha sido tradicionalmente terreno de los psicólogos sociales, pero no por ello deja de interesar al psicoanalista. Así, por ejemplo, Burgess y Wallin (1953), en un estudio clásico, descubrieron que la mayor parte de las parejas comprometidas eran bastante similares en características tales como apariencia física, salud mental, salud física, antecedentes familiares (incluyendo raza, religión, status de los padres, nivel educacional e ingresos), solidez familiar (es decir, grado de felicidad en el matrimonio de los padres) y popularidad. Plantearon también que en los casos en los que aparentemente no se cumplía este parecido, había habido una especie de “intercambio” de estos “bienes” (por ejemplo, belleza a cambio de ingresos económicos, poder social a cambio de juventud, etcétera). La resultante final, “la suma vectorial”, tendía a ser bastante pareja en todos los casos. Silverman (1971), por su parte, encontró que el atractivo físico entre las parejas (al ser calificadas por observadores externos en escalas de medio punto), tendía a coincidir en un 85% de los casos con diferencia de menos de 1 punto (60% con diferencias de medio punto). Berscheid, Walster y Bohrnstedt (1972), en una encuesta realizada con 62,000 personas, encontraron que cuando los sujetos consideraban ser físicamente más atractivos que sus parejas, o que éstas lo eran más que ellos/ellas, invariablemente consideraban como factores “compensatorios” otros tales como la riqueza, el nivel cultural, la personalidad, etcétera. Bajo la idea de que las personas involucradas en relaciones equitativas tienden a sentirse más satisfechas y felices que las otras parejas, Walster, Walster y Traupmann (1978) estudiaron el comportamiento sexual de parejas de novios. Encontraron que el grado de consentimiento a las relaciones sexuales, y la satisfacción en éstas (a diferencia de la sensación de haber sido “forzados”), estaba directamente relacionado con el nivel de “equidad” considerado en el vínculo. Silverman

(1971), por último, formuló la hipótesis de que, mientras más similares fueran dos personas, más satisfechas estarían una con la otra, lo cual se reflejaría en su nivel de contacto físico. En su estudio social, el 60% de las parejas altamente similares tendían a tocarse en situaciones públicas, mientras que las parejas aparentemente distintas sólo lo hacían en el 22% de los casos.

### **Diversos niveles de análisis de la relación de pareja**

El análisis del vínculo de pareja basado en la idea de una correlación *institucional* e *instintual*, que a su vez determina un grado de emparejamiento, identificación u homologación de la relación entre dos compañeros amorosos (“a cada quien, su cada cual”), establece también consecuencias teóricas y técnicas que pueden agruparse como diferentes “momentos” o etapas evolutivas en el nivel de la terapéutica de parejas. Mencionaremos a continuación cuatro grandes divisiones (Willi, 1975), para posteriormente señalar una objeción o laguna que creemos haber encontrado en nuestra investigación con parejas, así como el intento de solución que hemos pretendido darle (y que en realidad consideramos todavía inacabado).

Los cuatro enfoques teórico-clínicos mencionados son: a) el punto de vista psicoanalítico tradicional, b) la terapia familiar tradicional, c) la terapia sistémica, y d) la teoría de la colusión.

a) *El punto de vista psicoanalítico tradicional*. Obviamente, el primer enfoque psicoterapéutico. Se basa en la idea freudiana de que el paciente “repita para no recordar” (Freud, 1914), por lo cual reactualiza constantemente su historia olvidada y reprimida a través de la transferencia. El objeto externo actual es sólo un medio para vehiculizar la relación de objeto temprana, por lo cual se minimizan las características reales del objeto y su efecto directo en el sujeto. Para el psicoanalista tradicional lo importante es identificar el tipo de pulsión y la relación de objeto que intenta satisfacer o repetir el *partenaire* “causante del problema”. El centro del tratamiento es el análisis de su distorsión transferencial, típicamente basada en la figura de alguno de sus progenitores. El analista trata de identificar al compañero “problema”, y cuando más, intenta “repartir culpas” señalando la distorsión que hacen ambos. El énfasis está puesto en la transferencia y la elección inconsciente de objeto. Este enfoque es *unidireccional, lineal, transferencial, histórico e inconsciente*.

Ejemplo 1: “En la situación que me relatan, parecería que el origen del problema está en que usted José (paciente A) está constantemente esperando que Claudia (paciente B) reaccione como una madre totalmente complaciente y tolerante; creo que no está pudiendo reconocer que ella es una persona con necesidades de otro tipo”.

Ejemplo 2: “Me parece Claudia que usted en el fondo espera que José, tarde o temprano, la abandone como lo hizo su padre. Tal vez por eso constantemente lo está celando”.

b) *La terapia familiar tradicional*. Se inicia con el tratamiento de familias por parte de Bateson, Jackson, Haley y Weakland (1956, 1963). Particularmente se interesan en la resistencia de los familiares al cambio de uno de sus miembros, incluso llegando al sabotaje del tratamiento. Suponen que la familia, toda ella enferma, intenta ubicar de manera defensiva en cada uno de sus miembros determinados roles o papeles (el enfermo, el sano, etcétera). Al considerarse el vínculo de pareja, el terapeuta descubre una asignación similar de roles, de hecho establece que el compañero identificado como “problema” en realidad ha sido llevado por el otro a actuar su propia patología. El énfasis está puesto en el síntoma y la defensa contra éste. Este enfoque es *unidireccional, lineal, defensivo, histórico e inconsciente*. El valor de este modelo estriba en que comienza a identificar una cierta *relación vincular inconsciente* entre los dos miembros de la pareja.

Ejemplo 1: “Por lo que ustedes me relatan me doy cuenta de que usted, Joséé, con su insistencia en la falta de iniciativa sexual de Claudia, intenta establecer una situación donde ella es la del problema. Me pregunto si de esta forma usted no estará tratando de ser reconocido por ambos como el activo sexual. Si esto es así, me parece que en realidad no está interesado en que ella tome inciativas, ya que posiblemente sentiría amenazado su rol”.

Ejemplo 2: “Creo que resulta obvio que usted Claudia también tiene bastantes conductas adictivas y dependientes. Supongo que en el fondo le conviene, y hasta fomenta, el alcoholismo de José; de esa forma su propio problema queda opacado por el de él”.

c) *La terapia sistémica*. Su antecedente más temprano es la *Teoría general de los sistemas* de Von Bertalanffy (1952, 1956), aunque sus principales aplicaciones a la psicología las desarrolla Watzlawick (1967). Intenta visualizar las formas de relación como un sistema integral, como un organismo total. Considera que el total es diferente a la suma de sus partes, es decir, que el sistema (familia, pareja), como conjunto, tiene comportamientos distintos a los de sus miembros individuales por separado. Un sistema de pareja incluye estructuras individuales (personas) que intentan mantener la totalidad funcional, que se autorregulan mutuamente ante los cambios, y que tratan de alcanzar cada vez más un nivel de funcionalidad mayor. Cada miembro está jerárquicamente relacionado con el otro y es isomórfico en su estructura subyacente. Esto quiere decir que las parejas se autorregulan y se autotransforman “circularmente” en función de mantener el sistema. El terapeuta de parejas propositivamente deja de lado el pasado y cualquier explicación causa-efecto, ya que considera la relación como un sistema actual, autorregulado, mutuamente interdependiente. El énfasis está puesto en la comunicación y los mensajes circulares entre los miembros de la pareja. Este enfoque es *díadico, circular, sistémico, actual y no inconsciente*. La consideración al vínculo díadico es completa.

Ejemplo 1: “Me parece que ustedes están funcionando en un círculo vicioso: Usted Claudia quiere que José sea más proveedor y por eso lo presiona constantemente; pero toda esa presión lo inhibe y lo paraliza a él. Por supuesto esto hace que usted se sienta

molesta y trate de forzarlo más, con lo cual lo único que consigue es que José se sienta más inhibido”.

Ejemplo 2: “Me llama la atención cómo cada vez que José amenaza con abandonarla, usted Claudia intenta retenerlo; y cómo, cuando desiste de hacerlo, usted José empieza a tratar de recuperar la relación. Me parece que puede decirse correctamente que el acercamiento de uno provoca inmediatamente el alejamiento del otro”.

d) *La teoría de la colusión*. Se inicia con las ideas de Dicks (1970) y es desarrollada por diversos autores como Willi (1975). Se considera una colusión como “Un proceso simbiótico en el que los dos elementos de la pareja se atribuyen inconsciente y mutuamente sentimientos compartidos. *“Esto quiere decir que se puede comprobar en ambos esposos una perturbación fundamental respecto al conflicto conyugal, aunque actúa en papeles distintos”* (Willi, 1975, p. 63). La teoría de la colusión puede resumirse en los siguientes puntos: 1) Se trata de un juego conjunto no confesado, oculto recíprocamente, de dos o más compañeros a causa de un conflicto fundamental similar no superado; 2) El conflicto fundamental no superado actúa en distintos papeles, lo que permite tener la impresión de que uno de los miembros es lo contrario del otro, pero se trata meramente de variantes polarizadas de lo mismo; 3) La conexión en el conflicto fundamental similar favorece, en las relaciones de pareja, los intentos de curación individual, progresiva (supercompensadora) en un consorte y regresiva en el otro; 4) Este comportamiento de defensa progresivo y regresivo produce, en parte importante, la atracción y aferramiento díadico de los cónyuges. Cada uno de ellos espera que el otro le libere de su propio conflicto. Ambos creen estar asegurados por el consorte en la defensa contra sus propias angustias, hasta tal punto que creen posible y accesible una satisfacción de la necesidad en medida no alcanzada hasta entonces; 5) En una larga simbiosis fracasa este intento colusivo de curación individual a causa de la vuelta de lo desplazado [retorno de lo reprimido] que tiene lugar en ambos consortes. Las porciones (delegadas o externalizadas) transferidas al otro cónyuge vuelven, incrementadas, al propio yo (Willi, 1975). Desde la teoría de la colusión suponemos, entonces, *que ambos miembros de la pareja comparten el mismo conflicto básico, es decir, se encuentran coludidos en el mantenimiento de una determinada sintomatología, la cual, en el fondo, pretenden mantener intacta*. La forma en la que realizan esto debe ser entendida a la luz del mecanismo de identificación proyectiva patológica, en cuanto que no sólo se proyectan objetos internos y partes del yo en el cónyuge, sino que además cada miembro del binomio intenta *forzar* sutilmente dichas partes en o dentro del compañero, llevándolo a comportarse de acuerdo al rol necesitado, con la *complicidad* de ambos. El énfasis está puesto en el síntoma mutuamente compartido y en la tendencia inconsciente a mantenerlo inalterado. Este enfoque es *díadico, bidireccional, colusivo, histórico e inconsciente*.

Ejemplo 1: “Bien, así que tenemos que usted Claudia es ‘la cariñosa’ y usted José es ‘el frío’. Me parece, sin embargo, por lo que hemos visto, que ambos tienen partes ‘cariñosas’ y partes ‘frías’ que únicamente han estado tratando de dividirse en la relación”.

Ejemplo 2: “Ustedes me han relatado cómo José siempre la trata como a una niña, Claudia, mientras que él funciona como el ‘papá’ de la relación. Sin embargo, dado que a veces parecen invertirse los papeles, tengo la impresión de que ambos necesitan que haya siempre un ‘adulto’ y un ‘niño’ De hecho creo que constantemente intentan colocar sus propias partes infantiles en el otro para no tener que asumirlas. Esto quizás es lo que determina que nunca puedan encontrarse en el mismo plano”.

En resumen, podemos clasificar esquemáticamente estos cuatro enfoques de la siguiente manera:

|                                                 | <b>TERAPIA<br/>PSICOANALÍTICA<br/>TRADICIONAL</b> | <b>TERAPIA<br/>FAMILIAR<br/>TRADICIONAL</b> | <b>TERAPIA<br/>SISTÉMICA</b> | <b>TEORÍA DE LA<br/>COLUSIÓN</b> |
|-------------------------------------------------|---------------------------------------------------|---------------------------------------------|------------------------------|----------------------------------|
| <b>RELACIÓN<br/>SUJETO/OBJETO</b>               | SUJETO                                            | OBJETO                                      | DÍADA                        | DÍADA                            |
| <b>RELACIÓN<br/>CAUSA/EFFECTO<br/>(SÍNTOMA)</b> | LINEAL                                            | LINEAL                                      | ESPIRAL                      | UNIDAD<br>INCONSCIENTE           |
| <b>ÉNFASIS<br/>PUESTO EN</b>                    | TRANSFERENCIA                                     | DEFENSA                                     | SISTEMA<br>COMUNICATIVO      | COLUSIÓN                         |
| <b>EXPLICACIÓN<br/>HISTÓRICA</b>                | SÍ                                                | SÍ                                          | NO                           | SÍ                               |
| <b>EXPLICACIÓN<br/>INCONSCIENTE</b>             | SÍ                                                | SÍ                                          | NO                           | SÍ                               |

### **Una objeción a la teoría de la colusión**

Durante un periodo amplio de tiempo, el modelo colusivo nos ha resultado el más idóneo para entender teórica y técnicamente una relación de pareja. Sin embargo, poco a

poco ha ido mostrando algunas insuficiencias explicativas, particularmente en lo referente a la aportación individual que cada uno de los *partenaires* hace a la relación. Esto es, la forma en que cada uno de los compañeros interviene –desde su propia problemática individual, pulsional, transferencial, infantil– a la colusión que se forma entre ambos para sostener el mismo síntoma. Si bien es cierto que tiene la ventaja de considerar a la díada (tal como lo hace, por ejemplo, la teoría sistémica), así como el plano inconsciente involucrado en la relación (tal como lo hace, por ejemplo, la terapia psicoanalítica tradicional y la terapia familiar tradicional), y el aspecto histórico infantil (es decir, la relación pasado/presente, tal como lo hacen estas dos formas de terapia), nuestra opinión actual es que este enfoque enfatiza excesivamente el aspecto díadico del vínculo *como un sola unidad*, con una minimización de los aportes individuales, personales, de cada uno de los miembros involucrados.

En este sentido encontramos un paralelismo con los diversos cambios históricos que ha sufrido el psicoanálisis grupal, desde lo que ahora se denomina “análisis *en* grupo”, hasta lo que parece la tendencia más actual en esta forma de psicoterapia (el “análisis *a través del grupo*”), pasando por una etapa intermedia denominada “análisis *del* grupo” (etapa que en nuestra opinión bien puede asimilarse a lo que en terapia de parejas corresponde actualmente a la teoría de la colusión).

#### Comparación entre las terapias de pareja y las grupales

Intentaremos clarificar estos conceptos con una breve digresión sobre los cambios que ha sufrido el análisis grupal. De manera muy sintética y parcial, los grandes cambios son:

a) Análisis *en* grupo: En cierta forma es un análisis individual, realizado sobre distintos miembros, frente a un grupo presente, que se beneficia en la medida en que se encuentra identificado con cada uno de los problemas individuales discutidos. En otras palabras, “la interpretación realizada a uno de sus integrantes debería ser válida para la mayoría de los mismos” (Fernández, 1989).

En términos de la terapia de parejas correspondería, a grandes rasgos, a la terapia psicoanalítica tradicional y a la terapia familiar tradicional en cuanto que el terapeuta interpreta a cada miembro por separado, aún cuando en su intervención haga referencia a ambos. Y esto es así porque al considerarse fundamentalmente los aspectos reactualizados del psiquismo infantil, la interpretación por fuerza se centra en el mundo interno personal, o sea, en el grupo interno y su externalización sobre el compañero; pero la razón principal es que, al tratarse de una interpretación centrada en el pasado reprimido, éste –el pasado olvidado–, por fuerza es individual.

b) Análisis *del* grupo: Esta corriente toma al grupo como fenómeno central y punto de partida de toda interpretación. Está basada en lo que fue el primer dispositivo analítico *propriadamente grupal*, el de W. R. Bion (1961). La aportación de éste a comienzos de la década de los 40s no sólo translada el encuadre y la teoría psicoanalítica al dispositivo



grupal, sino que deviene un modelo original para la comprensión de los procesos grupales. Esas producciones imaginarias (dependencia, ataque-fuga y emparejamiento) con que los integrantes del grupo se unen delimitando posiciones a un liderazgo, creando cierta atmósfera emocional denominada *supuestos básicos*, son el primer acercamiento teórico a lo que más tarde será conceptualizado como uno de los organizadores del proceso grupal, de la dinámica del grupo (Cao y L'Hoste, 1995), cuando el conjunto de personas que lo integran, al entrar en regresión, pierden su singularidad, dando paso a la suposición, a la creencia, de que “el grupo existe como algo distinto a un agregado de individuos” (Bion, 1961, p. 115), en otras palabras, *una representación del grupo que opera como una fantasía*.

A partir de Bion, un grupo de analistas (Grinberg, Langer y Rodrigué, 1957) trasladan el concepto de fantasía inconsciente al de *fantasía inconsciente grupal* y, bajo la influencia kleiniana, consideran al grupo *como un solo yo, como una totalidad dividida en yos parciales, ya que cada integrante actúa en función de los demás*.

“Esta teoría cree encontrar una *fantasía inconsciente común* del grupo, a la que postula como la quintaesencia de la dinámica y la comprensión psicoanalítica de lo grupal. Esto llevaría a pensar al grupo en términos de una intencionalidad, deslizándose sin solución de continuidad hacia una antropomorfismo, que se veía expresado en las intervenciones que los coordinadores dirigían a un único interlocutor (‘El grupo me dice...; el grupo piensa...’).” (Cao y L'Hoste, 1995, p. 37).

En otras palabras, el grupo es sólo *un gran individuo*. En términos de la terapia de parejas correspondería, a grandes rasgos, a algunos de los desarrollos realizados por la teoría de la colusión (y en otro contexto más general, a algunos aspectos de la terapia sistémica), en cuanto que la pareja es vista como un conjunto, una totalidad amalgamada, hasta cierto punto indiferenciada (o mutuamente interdependiente, en la terapia sistémica). En particular, en la teoría colusiva, la pareja tiende a ser vista como compartiendo una misma fantasía inconsciente, un conflicto fundamental oculto al que contribuyen con su actuación ambos participantes, porque en realidad es un conflicto que es propiedad de los dos, es decir, ambos lo poseen previamente, y la dinámica de la relación es el espacio idóneo para modelar o conformar un campo de distribución o reparto de esa problemática común.

Una forma esquemática de clasificar los desarrollos paralelos entre la terapia de grupo y la de parejas sería la siguiente:

| MODELO EVOLUTIVO EN EL ANÁLISIS GRUPAL | MODELO EVOLUTIVO EN LA TERAPIA DE PAREJAS | CARACTERÍSTICAS Y DIFERENCIAS PRINCIPALES |
|----------------------------------------|-------------------------------------------|-------------------------------------------|
| Análisis <i>en grupo</i>               | Terapia psicoanalítica                    | Se considera únicamente                   |

|                                                                |                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                                                  |
|----------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
|                                                                | tradicional y terapia familiar tradicional                        | el aporte individual, transferencial. El grupo o la pareja es el depositario de la proyección inconsciente. No se toma en cuenta el aspecto vincular, interpersonal del objeto (grupo, cónyuge) sobre el sujeto.                                                                 |
| Análisis <i>del</i> grupo                                      | Terapia sistémica (en términos generales) y teoría de la colusión | Se considera a la díada como sistema o como grupo con un equilibrio sistémico o inconsciente (colusión). En la terapia sistémica no se considera la relación pasado/presente ni la causalidad inconsciente del síntoma o la dinámica relacional.                                 |
| Análisis <i>a través</i> del grupo (y desarrollos posteriores) | [Nuevas terapias relacionales e intersubjetivas]                  | Se considera el interjuego dialéctico en las relaciones cambiantes individuo-grupo). La interpretación se dirige al grupo o al individuo, pero también a las subagrupaciones, “incluyendo, además, el ‘aquí y ahora’ contemporáneo como el ‘allá y entonces’ histórico-genético” |

Y aquí viene la gran objeción que nos interesa resaltar en términos de la teoría colusiva de Dicks, que tan buenos servicios nos ha prestado. Dicha objeción, como ya se mencionó, básicamente ocurre alrededor del concepto de “fantasía común grupal”, que en la terapia psicoanalítica de parejas queda compendiada en la idea de un “fenómeno colusivo díadico”. La consideración de un concepto de esta naturaleza por fuerza implica plantear una respuesta a la siguiente pregunta: ¿Cómo es que se constituye una “fantasía común grupal” (o un “fenómeno colusivo díadico”)? En el análisis grupal terapéutico, un grupo de individuos no constituyen un “gran individuo” con una fantasía única y propia. Más bien pareciera ser que se trata de una colección de sujetos que mutuamente intentan

atribuirse defensivamente, en la medida de su regresión y cercanía emocional, determinadas fantasías individuales por vía de la identificación proyectiva. Esta afirmación es congruente con la crítica de Anzieu (1993) en el sentido de que “sólo hay *fantasías individuales*, y constituye un abuso del lenguaje (...) hablar de una fantasía de grupo o una fantasía común” (p. 203). La misma opinión externa Ana Ma. Fernández (1989) cuando dice que “si bien es necesario considerar que los grupos construyen sus propias figuraciones imaginarias, es importante diferenciarlas de *supuestas fantasías grupales de igual categoría inconsciente que las fantasías investigadas por el psicoanálisis*” (p. 92, sus *itálicas*). Bernard (1993) también expresa “serios reparos teóricos” a la formulación clásica de la interpretación en la cual el analista afirma: “a través de X el grupo me dice que...”, y se pregunta “¿*quién* es el grupo? (...) ¿desde *dónde* dice? (...) ¿cómo puede transferenciar pulsiones si carece de un cuerpo físico?”. Kaës (1993) también considera que “decir ‘el grupo piensa’ no es necesariamente describir un pensamiento o una actividad de pensamiento del nivel del grupo” (p. 101), y más adelante afirma, al hablar de “fantasía colectiva”:

“¿Cómo explicar esta calificación de la fantasía?, ¿por su origen?, ¿su función?, ¿su estructura? ¿Las fantasías, en grupo, se manifiestan de preferencia en tanto formación transindividual, como las fantasías originarias? Si se considera que estas fantasías son comunes a todos los miembros del grupo, tal comunidad no explica por sí sola el modo en que liga a esos miembros entre sí, ni el hecho de que se actualice en el grupo a punto tal de organizar los procesos inconscientes, la convicción y la esperanza, también ellas inconscientes, ‘del grupo’” (p. 225).

### **Un intento de solución**

Volviendo al terreno de la teoría de los vínculos de parejas, parece necesario reconsiderar con más detalle las relaciones individuo/pareja en la génesis de los fenómenos clínicos de pareja, particularmente en lo referente al estatus metapsicológico que debe otorgarse a la “fantasía inconsciente de pareja” o “representación vincular de la pareja” o “mentalidad de pareja”.

En este sentido Anzieu (1993) formula –en relación al grupo– el concepto de *resonancia fantasmática* para explicar el “reagrupamiento de algunos participantes en torno a uno de ellos que, a través de su manera de ser, sus actos, sus ideas, *ha hecho ver o ha dado a entender* una de sus fantasías individuales inconscientes. Reagrupamiento quiere decir no tanto acuerdo como interés, convergencia, eco y *estimulación mutua*” (p. 204-205, mis *itálicas*).

Por otro lado, Bernard (1993) propone, en el sentido de su teoría de las configuraciones vinculares, que:

“Cada uno de los integrantes [de un grupo] transfiere (y recordemos que la transferencia es, estrictamente hablando, un fenómeno intrapsíquico) y a partir de allí propone un nuevo patrón de organización a la estructura de roles en la que

está incluido, que refleje y sirva de soporte a la fantasía que la situación ha desencadenado en él. La regresión superpone su grupo interno (la estructura de su mundo fantasmático) con el grupo externo, lo confunde, lo fusiona. El proceso secundario, que permitía la palabra, cede lugar a la escenificación de una fantasía, prototipo de la *dramática*. La distorsión de la estructura de roles que esta dramática promueve no puede dejar de afectar a los otros del grupo, que intentan a su vez, desde su posición, conseguir una manipulación de la estructura manifiesta que permita un apuntalamiento de su propio mundo fantasmático. (...) *lo compartido no es una fantasía –que siempre es intrapsíquica y por lo tanto intransferible como tal– sino una escena*".

Esta escena, esta *dramática* de Bernard, necesariamente se fundamenta no sólo en mecanismos interpersonales sino intrapsíquicos. La *propuesta* del sujeto al resto de los miembros del grupo implica la doble fase del mecanismo de identificación proyectiva. Implica tanto el "vaciamiento" de contenidos mentales inconscientes por parte del sujeto, como la adjudicación y el "posicionamiento" de estos contenidos sobre o *dentro* del objeto, junto con el despliegue de toda una serie de técnicas verbales y no verbales encaminadas a lograr o forzar su aceptación –y ejercitación– por parte del otro.

### **Propuestas para trabajar en un nuevo modelo: self de pareja y espacio psíquico de la pareja**

Buena parte de las siguientes ideas surgen de nuestro trabajo con parejas a lo largo de los últimos años (particularmente Sánchez-Escárcega, 1997, 1998), que a su vez se fundamentan (no exclusivamente) en las aportaciones seminales de Kaës (1976, 1993), Anzieu (1993), Bernard (1993, 1995a, 1995b) y Kernberg (1995), aplicadas a las relaciones de pareja.

1. Suponemos, en primer lugar, que el objeto-pareja elegido, al ser soporte de las proyecciones del ideal del yo, es de alguna manera "apropiado" y reintroyectado en el yo del sujeto pasando a formar parte de su estructura de objetos internos. Esta fusión desempeña un papel de importancia para la estructuración de la díada, ya que a través de la elaboración de sus relaciones internas genera una *identidad de pareja*, o sea, *conciencia de pertenecer al grupo-pareja*. Una frase de Lemaire (1979) lo sintetiza: "*Desde que aparece entre los miembros la percepción implícita de un 'nosotros' colectivo, la pareja funciona de hecho como grupo*".

2. Parafraseando a Pontalis (1963), Anzieu (1993) y Cao y L'Hoste (1995), una pareja es un objeto de catexia pulsional, un lugar de fomento de imágenes, una puesta en común de las imágenes interiores y de las angustias de los participantes; imágenes que trasuntan en sentimientos y emociones que excitan o paralizan la actividad de la pareja (y sus funciones), sea cuales fueren, y que generan fenómenos de unidad, de disgregación, de defensa, apatía o resignación.

3. La experiencia y el mantenimiento de una relación amorosa exclusiva con otra persona, relación que integra la ternura y el erotismo junto con valores profundos y compartidos, está siempre en oposición abierta o secreta al grupo social circundante. Dicha oposición, a la vez que libera a la pareja adulta de la participación en las convenciones del grupo social, crea una experiencia de intimidad sexual que es eminentemente privada, y establece un escenario en el que las mutuas ambivalencias se integran en la relación amorosa, enriqueciéndola y amenazándola al mismo tiempo (Kernberg, 1995, p. 303).

4. Sin embargo, la pareja, a pesar de su relativa oposición al grupo, necesita de éste para su sobrevivencia. En el caso extremo de aislamiento, la misma estructura de pareja se vuelve depositaria de proyecciones de “relaciones objetales internalizadas, conflictivas, reprimidas o disociadas, que son reescenificadas por la pareja a través de la experiencia proyectiva de lo peor del pasado inconsciente, la ruptura de la unión y el retorno de ambos participantes al grupo, en una búsqueda final, desesperada, de libertad individual” (Kernberg, 1995, p. 304).

5. En otro sentido, los esfuerzos inconscientes de uno o ambos miembros por mezclarse o disolverse en el grupo, pueden ser un modo de preservar la existencia de la pareja, con riesgo de invasión y deterioro de su intimidad. Esta situación puede presentarse de manera atenuada en el establecimiento de relaciones triangulares estables (sean personas, sean actividades fuertemente investidas libidinalmente), que a la vez que representan la probable escenificación de conflictos edípicos no resueltos (Stream, 1980), implican la dificultad para impedir –o el deseo inconsciente de aceptar– la invasión de la pareja por parte del grupo. En el caso extremo, el colapso de la intimidad sexual (por ejemplo en el sexo grupal) representa la destrucción de uno de los principales soportes de la relación amorosa en su diferenciación y oposición al grupo (Berenstein y Puget, 1989; Kernberg, 1995).

6. Consideramos el *principio de deslinde* de Willi (1975), que plantea la existencia de una delimitación de la pareja respecto del interior y exterior de la relación, y en donde el punto óptimo ocurre en un término medio entre la *fusión* y el *deslinde rígido*, es decir, una pareja con límites intradídicos y extradídicos claros y franqueables, en donde la relación de los cónyuges se diferencia de otras relaciones de amistad. La díada se deslinda con claridad respecto al exterior y los cónyuges se perciben como pareja, pero son capaces de exigirse espacio y tiempo propios a la par de llevar una vida conyugal. Hacia adentro de la pareja, los cónyuges se distinguen entre sí y respetan los claros límites entre ellos.

7. Así pues, debemos considerar la existencia no sólo de un límite invisible entre la pareja y el grupo (y por supuesto entre los dos *partenaires*), sino que este límite tiene una cara que mira hacia afuera y otra que mira hacia adentro. En este mismo sentido, Anzieu (1993) habla del grupo como una envoltura gracias a la cual los individuos se mantienen juntos. En la pareja, en tanto grupo, dicha fantasía de envoltura es vivida con mayor fuerza dada la intensidad de la proyección del ideal del yo sobre ella. Pero, ¿cuál es la

naturaleza de esa envoltura psíquica de la pareja? En buena parte está constituida por un entramado de reglas explícitas e implícitas, por costumbres, aniversarios, ritos, actos y hechos; por la asignación de lugares, por sobreentendidos del lenguaje. Todo ello la lleva a constituirse como un espacio interno cuya “superficie” contiene y constriñe los intercambios actuales, pero que al mismo tiempo opera en una dimensión temporal (un pasado en el que se establece su origen y un futuro en el que se proyectan imágenes ideales o catastróficas) (c. f. Berenstein y Puget, 1989; Sánchez Escárcega, 1997).

8. Pero no sólo de esto está constituida su “materia”:

“Una envoltura viva como la epidermis, que se regenera rodeando el cuerpo y como el yo que se esfuerza en englobar el psiquismo, es una membrana que presenta dos caras. Una mira hacia la realidad externa física y social y, fundamentalmente, hacia otros grupos parecidos, diferentes o antitéticos en cuanto a sus sistemas de reglas y que serán considerados como aliados, competidores o neutros. Gracias a esta cara, la envoltura grupal edifica una barrera protectora contra el exterior. (...) La otra cara mira hacia la realidad interna de los miembros del grupo. Aunque no existe más realidad interna inconsciente que la individual, *la envoltura grupal se constituye dentro del movimiento por el que los individuos proyectan sobre ella sus fantasías, sus imagos, su tópica subjetiva (es decir, la forma como se articula el funcionamiento de los subsistemas dentro del aparato psíquico: ello, yo, superyó e ideal del yo). Y gracias a su cara interna, la envoltura grupal permite el establecimiento de un estado psíquico transindividual que propongo llamar un self de grupo: el grupo tiene un self propio. Mejor aún, él es el self. Este self es imaginario. Es el continente en el interior del cual va a activarse una circulación fantasmática e identificatoria entre las personas. Él es el que hace que el grupo viva.*” (Anzieu, 1993, p. 13-14, nuestras itálicas).

9. La noción de un self *de pareja* parece ser entonces el concepto-puente que nos permite articular algunas de las observaciones hechas a lo largo de este trabajo, en torno al funcionamiento de los grupos-pareja; *un funcionamiento que se caracteriza no sólo por la investidura libidinal de los cónyuges o compañeros (tanto de sí mismos como del otro), sino también por la investidura de un tercer objeto (más correctamente un espacio imaginario), al que podemos denominar espacio psíquico de la pareja, es decir, el lugar – el locus– de los fenómenos de la pareja.* Tales fenómenos ocurren como formaciones y procesos regidos por una lógica específica y por instancias propias hasta cierto punto irreductibles a los aportes de los miembros individuales.

10. Entre estos fenómenos encontramos, por ejemplo:

#### 10.1 Espacio.

Siguiendo una observación de Kaës (1993) en el sentido de que en los grupos algunas formaciones y procesos generales adquieren una especificidad de

funcionamiento relativamente independiente de la situación particular en que se encuentra el conjunto (número de integrantes, ubicación del grupo, etcétera), es decir, formaciones y procesos universales que operan en un nivel diferente al de los individuos solos (por ejemplo la *ilusión grupal* de Anzieu), puede pensarse igualmente en un funcionamiento exclusivo *del nivel de la pareja*, que sólo se produce ahí o en conjuntos similares (aunque restaría establecer las diferencias entre éste y otros agrupamientos y formas subjetivas de la grupalidad). Aun así, es esta misma observación la que nos permite pensar un *espacio psíquico de la pareja*, con sus “continentes, superficies, escenas, depósitos, enclaves, límites y fronteras” (p. 101), *producidos por los aportes de los dos miembros de la pareja, por la ligazón de esos aportes, y por aquello que se crea o se suscita en la pareja con independencia de sus constituyentes singulares.*

### 10.2 *Cuerpo.*

El espacio psíquico de la pareja contendría un *cuerpo imaginario* o representación corporal en el vínculo (Berenstein y Puget, 1989); de hecho, lo corporal está incluido como parámetro definitorio primordial de la relación y opera desde el inicio mismo, sea como cuerpo erotizado, negado, escindido, agresivizado, etcétera. La representación corporal de un vínculo dado se refiere a un cuerpo simbolizado por –y simbolizante de– la relación interpersonal. Berenstein y Puget le han llamado *cuerpo vincular* y han estudiado, por ejemplo, los fenómenos somáticos de extrañamiento corporal y fantasías de partes faltantes (del tipo del “miembro fantasma”) producidos por una pérdida o separación del compañero, etcétera:

### 10.3 *Tiempo y memoria.*

Dicho espacio psíquico contendría, como ya se mencionó, un *tiempo psíquico de la pareja*, marcado no sólo por la ilusión de inmortalidad, los mitos de origen y una memoria de pareja; memoria que, como hemos podido observar en nuestro trabajo clínico y de investigación:

- a) funciona como depositaria de aspectos parciales del self de la pareja,
- b) se constituye de manera relativamente diferente a la memoria individual o del grupo pequeño,
- c) sirve a la vez como eslabón de enlace y diferenciador de momentos, periodos, fases o etapas de la relación, y
- d) es “escrita” o codificada en un *tempo* afectivo dictado por las vicisitudes del vínculo.

### 10.4 *Mecanismos defensivos.*

Finalmente, señalaremos que junto con un espacio y un tiempo específicos, existen también *mecanismos de defensa propios de la pareja*, que son utilizados por los cónyuges para reforzar sus propias defensas o suplir las faltantes.

11. El concepto “pareja”, el self de pareja, su espacio psíquico ubicado en el punto de entrecruzamiento del ideal de dos yos, no puede existir más que evidentemente en el interior del psiquismo de cada cónyuge o compañero: “modo de presencia determinado esencialmente por las identificaciones, la organización de las relaciones de objeto, por la actividad de fantasmización” (Kaës, 1993, p. 154). En el campo intrapsíquico de la pareja, los grupos internos constituyen los verdaderos organizadores de la actividad mental de representación de la díada; aparecen ahí como configuraciones de vínculos entre elementos psíquicos (entre pulsiones y sus representantes-representaciones, entre objetos, entre representaciones de palabras o cosas, entre instancias, imagos o personajes internos). En otras palabras, lo que ocurre en el “afuera” de la pareja moviliza también la red de relaciones objetales internalizadas, las fantasías primarias y secundarias, la imagen del cuerpo, el yo, las redes identificatorias, los complejos familiares, el sistema de representación de las instancias y los sistemas del aparato psíquico (Bernard, 1995). El grupo interno es susceptible de ser proyectado sobre el grupo externo; de hecho, es la base de los fenómenos transferenciales y de las distorsiones que se producen en la percepción de los vínculos en los que participa el sujeto (por ejemplo, la pareja).

12. Los fenómenos específicos del espacio psíquico de la pareja –sus formaciones y procesos– son conjuntamente producidos y regidos por las dinámicas intrapsíquicas de los individuos (su arreglo particular); es decir:

12.1 La realidad psíquica del espacio de la pareja se apoya y se modela sobre las estructuras de la realidad psíquica individual (sobre las formaciones de la grupalidad intrapsíquica, diría Kaës), sobre lo que cada compañero inviste, proyecta, rechaza o dispone en la relación; en otras palabras, sobre los grupos internos, las relaciones objetales internalizadas, las fantasías inconscientes, etcétera.

12.2 Dichas estructuras son a su vez transformadas, dispuestas y reorganizadas por la estructura díadica del vínculo; por sus fenómenos únicos y diferentes.

12.3 De todo ello resulta un orden o funcionamiento que puede considerarse que estrictamente ocurre en un nivel diferente al de los individuos: *el nivel de la pareja, el espacio psíquico de la pareja*. Comparte con los fenómenos del grupo todo aquello que –como han señalado Anzieu y Kaës, entre otros– es propio de las formaciones pluripsíquicas grupales, de las formaciones de *más-de-uno*.



13. Se diferencia, por el contrario, por lo menos en las siguientes zonas de oposición:

13.1 *Corporalidad*. La inclusión del cuerpo real –sexualizado, negado, escindido, proyectado– en la relación de pareja es un requisito del vínculo. Lo corporal (zonas erógenas, cavidades, protuberancias, la superficie de la piel, los órganos internos) funciona como depositario de identificaciones y relaciones objetales internalizadas. El self *corporal de pareja* se diferencia del grupal en cuanto que éste último es siempre imaginario, una metáfora. Aquél, aunque evidentemente implica una actividad similar de fantasía, introduce un registro somático real y distinto, tanto en la individualidad de los *partenaires*, como en la situación del espacio de la pareja. La pareja, como tal, carece de un cuerpo tangible, pero involucra elementos de la fantasía que se originan o repercuten en lo somático con mucho mayor frecuencia que en los grupos artificiales (por ejemplo, los hijos, cuando los hay, atestiguan, recuerdan o delatan el vínculo de pareja; funcionan como registro somático del cuerpo de la pareja). En otras palabras, lo corpóreo está incluido en estos vínculos al menos en dos dimensiones:

a) el cuerpo de cada uno de los compañeros, junto con su representación mental;

b) el cuerpo de la pareja, básicamente imaginario y representado psíquicamente (aunque con elementos que lo colocan más cerca de lo real que en otras formaciones grupales).

13.2 *Tiempo eterno*. El pequeño grupo, el grupo amplio, el grupo terapéutico, etcétera, pueden establecer por momentos una ilusión de eternidad y continuidad, con aparente ausencia de su origen o terminación (por ejemplo, el fenómeno de la *ilusión grupal*), pero generalmente en algún momento adquieren conciencia de sus límites, de un corte. En este sentido, planteamos la diferencia con la pareja, en cuanto que ésta sí establece como principio y criterio fundante *un tiempo eterno* que de hecho funciona como parámetro definitorio (Berenstein y Puget, 1989); eternidad que en ocasiones se supone trasciende los límites de la existencia: seguir más allá de la muerte. Este criterio introduce, de entrada, una serie de lógicas intra y extrapsíquicas que harán a la pareja diferente de cualquier otra forma de grupalidad.

13.3 *Regresión*. Si el individuo entra al grupo como quien entra a un sueño, según Anzieu (1993), en la pareja la intensidad de la regresión es aun mayor. Dicha regresión ocurre en sus dimensiones tópica, temporal y formal (Laplanche y Pontalis, 1968): *tópicamente*, porque al ocurrir una escisión entre los objetos buenos y malos que son proyectados sobre la pareja se produce un debilitamiento de la barrera represiva del yo, con el consecuente distanciamiento de la realidad y un afloramiento de pulsiones, fantasías y contenidos cada vez más cargados hacia

el polo de lo inconsciente; *temporalmente*, porque dichos contenidos inconscientes tienden a promover un retroceso hacia pulsiones parciales características de etapas más tempranas del desarrollo; y *formalmente*, por el surgimiento de modos de expresión y comportamiento generalmente más tempranos y de nivel inferior desde el punto de vista de la complejidad, de la estructuración y de la diferenciación.

13.4 *Transferencia*. La multiplicidad de miembros en el grupo hace que por lo menos, por momentos, parte de las transferencias se diluyan o se dispersen en los compañeros, además de en el líder, el afuera y el grupo mismo (tal como ha señalado correctamente Bejarano, 1972). Así, la sospecha, la paranoia, la fusión simbiótica, la voracidad, la rivalidad edípica, el sadismo, las alianzas a favor o en contra, etcétera, pueden ser disociados en el grupo –incluso por eso mismo– con cierta facilidad e intensidad. El efecto del grupo, como tal, equivaldría al martillo que golpea una gota de mercurio (en el clásico ejemplo de Rosenfeld, 1964) cuyas partículas saldrían impulsadas hacia todos lados, impregnando los objetos a su alrededor. En la pareja, en cambio, principalmente por los fenómenos de regresión y escisión que ya se han mencionado, por la tendencia inconsciente a recuperar la relación idealizada con un objeto único pre-ambivalente (la fantasía de una unión narcisista, el estado de yo-placer puro, incluso cuando defensivamente se niegue este deseo), se intensifica la concentración de múltiples transferencias parciales de objeto sobre un mismo compañero.

13.5 *Función defensiva*. Puede mencionarse también que, hasta cierto punto, muchos de los grupos que apuntalan o sostienen externamente la red de relaciones intersubjetivas de un sujeto no fueron elegidos voluntariamente. Grupos laborales, grupos escolares, grupos terapéuticos, grupos amplios y pequeños, etcétera, “estaban ahí”, la mayor parte de las veces, cuando el sujeto llegó a ellos. La pareja, en cambio, es constituida precisamente a partir de una *elección defensiva* previa (a tal punto que consideramos ésta como uno de los parámetros definitorios que la delimitan).

14. En la elección de pareja, por lo tanto, y a diferencia de lo que normalmente sucede en el grupo, el elemento más importante en la *constitución* del vínculo o agrupamiento es la defensa contra la pulsión parcial aislada. Esto no significa que el grupo constituido no cumpla eventualmente funciones similares para el sujeto, o que de hecho parte de su posibilidad de integración al conjunto tenga que ver con el establecimiento, por proyección o desplazamiento, de un sistema defensivo surgido o reforzado por la grupalidad. Sin embargo, en la pareja, *la función defensiva es uno de los principales motivos de su constitución*. Y dado que ocurre por ambas partes, es en el espacio psíquico de la pareja donde se generan (y se observan) los fenómenos resultantes de esa función. En este sentido, es ahí donde los *partenaires* se constituyen a la vez uno al otro, y no preexisten, por ejemplo, los sujetos al objeto. Es en esta dimensión imaginaria intermedia donde ocurre, entonces, más que la relación, *la interrelación de la pareja*.

15. El concepto de *estar-en-pareja*, o mejor dicho, el concepto de ***ser-en-pareja***, es novedoso en términos de nuestro desarrollo cultural. Las configuraciones vinculares responden al espíritu de la época, y así cada cultura específica constituye subjetividades y modalidades vinculares acordes con sus valores, ideales y significaciones predominantes. En este sentido la pareja funciona como correa de transmisión o grupo intermediario entre sujeto y macrocontexto social (c. f. Rojas y Sternbach, 1994). Ella regula, da orden eficaz, organiza y da sentido a las relaciones sociales observables. Al decrecer su papel de transmisora esencial de la especie (función reproductiva), la pareja se vuelve depositaria de un nuevo valor social, el de “realización” y “dicha placentera”, redefiniendo consecuentemente roles (masculino-femenino), distribución del poder (sexual, económico), proyecto vital (creencia en el futuro “eterno”) y prácticas (monogamia, fidelidad, etcétera).

16. Estos valores, junto con otros aquí no mencionados, aparecen o se ubican tanto en el espacio interpersonal de la pareja como en el intrapsíquico de cada uno de los participantes.<sup>68</sup> Así, el concepto mismo de “pareja” cambia, desde uno “mecanicista-estático” hasta uno dinámico en el cual ésta es, a la vez, “objeto, vínculo y espacio” (Caillé, 1991, p. 14).

“Cada pareja crea su propio modelo único, específico, original, (...) el absoluto de esa pareja, puesto que define la existencia de la pareja y marca sus límites. [Así], uno más uno sumarán por tanto tres: los dos componentes de la pareja y su modelo específico, absoluto, evidente e indiscutible para ellos, sin el cual serían unos extraños el uno para el otro. (...) Este modelo, representación actual de su absoluto, interviene constantemente como tercer protagonista de la relación” (Caillé, 1991, p. 15).

17. Ya hemos dicho que este self *de pareja* funciona como envoltura psíquica, con límites internos y externos y, consecuentemente, con una “superficie” que contiene y constriñe los intercambios vinculares, tanto hacia adentro como hacia afuera de la pareja. Representa, de hecho, el *locus* de los *fenómenos de pareja*. Como tal, hace referencia también a:

17.1 *Una permanencia temporal*, (que aun como dimensión evolutiva y cambiante, conserva una cierta identidad a pesar del paso del tiempo).

17.2 *Un grado de cohesividad* (la tendencia a la unidad de los diferentes elementos constituyentes aun bajo condiciones de presión).

17.3 *Un cierto coloreo afectivo estable* (diferentes grados de bienestar o malestar en la relación) (c. f. Michaca, 1987).

---

<sup>68</sup> De hecho, como ya se mencionó, en términos de Kaës (1993) debiéramos considerar la existencia de fenómenos *intersubjetivos*, *intrasubjetivos* y *transsubjetivos* de la pareja.

18. Esta representación del self de pareja estable presupone que no hay manera de confundirse con otras parejas, ni confundir a éstas con la propia pareja. Se constituye en lo que comúnmente llamamos *identidad*; es decir, *una identidad propia de la pareja* (adicional a la identidad de cada uno de los miembros), en la cual –ya lo hemos mencionado antes– se activan las funciones superyoicas conscientes e inconscientes de ambos compañeros, de lo que resulta, con el tiempo, un sistema supeyoico propio, además del de sus constituyentes singulares (Kernberg, 1995, p. 171).

19. Al igual que el self individual, el de pareja se encuentra formado por un conjunto de representaciones, de carácter consciente e inconsciente, que incluyen (c. f. Michaca, 1987):

- a) una imagen corporal,
- b) pulsiones representadas en forma de deseos,
- c) una imagen dual propia y un autoconcepto,
- d) la valoración que la pareja tiene de sí misma (autoestima),
- e) un conjunto de expectativas (ideal del self) y
- f) las limitaciones del grupo [social]-pareja.

20. Entre los fenómenos del espacio psíquico de la pareja, destacamos dos: *la identidad y el vínculo*.

20.1 *Identidad*. Ella comprende no sólo límites intra y extradíadicos, tal como se ha mencionado, sino que se erige como relación intersubjetiva estable entre un yo y otro yo, donde tiene cabida el mundo intrasubjetivo de cada uno y donde el vínculo a su vez ocupa un área diferenciada de la estructura objetal (Berenstein y Puget, 1989, p. 32).

20.2 *Vínculo*. El vínculo de pareja corresponde a dos objetos, pero también significa unión o atadura entre estos objetos. En la relación de pareja típica, esa atadura es asociada normalmente a la fantasía de una relación estable en el tiempo y el espacio. Hace referencia a lugares y a quienes ocupan dichos lugares, tanto como a los elementos encargados de lograr dicha unión. Por lo tanto, tenemos que “vínculo es una estructura de tres términos, los dos yos y un conector”(…) “Cualquier par de yos dispuestos a establecerse en el marco de pareja deberán llenar esos espacios de algunas de manera” (Berenstein y Puget, 1989, p. 34).

“Postulamos la existencia de un tipo de conector como condición necesaria para explicar por qué dos personas mantienen establemente una relación

de pareja y entender aquello que las une, como luego de su fracaso, aquello que las separa” (ibid., p. 35).

21. La disposición a construir un vínculo se basa en tres modalidades de contacto con el otro (Berenstein y Puget, 1989):

21.1 Mediante una manera de representarse el mundo sobre un modelo corporal, previo a la palabra y que nunca podrá ser traducido en comunicación hablada. Es una base que sostiene toda relación con un otro y permite representarse un acompañante permanente en presencia y ausencia del otro. Se realiza en el contacto cuerpo a cuerpo establecido primariamente a través de los órganos sensoriales, sin el cual no podría sostenerse vínculo alguno. Este componente, podría expresarse como un compuesto de imagen-emoción-sentimiento, como recortes especiales realizados por la mente cuando mira, oye o siente la presencia un otro externo a su propio yo y hace suya la imagen.

21.2 Otra modalidad se da con reconocimiento de la existencia de un otro, pero su presencia está teñida de lo que el yo desea que el otro sea. Es una construcción basada en las fantasías, o nivel fantasmático. Es equivalente a construir al otro como bueno o malo dependiendo de la investidura fantasmática vigente en el aparato psíquico de cada uno.

21.3 El tercer nivel de modalidad vincular es el de las palabras intercambiadas, que estarán sujetas a un bien-entendido o malentendido. Es la construcción del objeto imaginado. En el caso de la pareja, el yo construye una representación de objeto-pareja compartida, mezcla de las dos modalidades anteriores y de los objeto-pareja de cada uno de los miembros. En los diferentes intercambios habrá predominio de una u otra modalidad individual que imprimirá su sello al objeto-pareja compartido.

22. La consolidación de una pareja involucra invariablemente un proceso de duelo. Así, Kernberg (1995) afirma: “Estar enamorado también representa un proceso de duelo relacionado con el crecimiento y la independencia, con la experiencia de dejar atrás los objetos reales de la infancia” (p. 111). Esta desilusión está dada por la renuncia a prolongar los vínculos familiares ya conocidos, en primer término, la fantasía de retorno o reunión con el objeto onnipotentemente satisfactor, siempre presente, representado por la madre de la más temprana infancia, o más correctamente, por el pecho bueno idealizado de la posición esquizo-paranoide, con la consecuente aceptación e integración de los aspectos frustrantes escindidos (posición depresiva).

23. La posibilidad de realizar *un duelo por el objeto bueno idealizado* no implica la pérdida de la realidad del objeto global externo sino su realidad psíquica interna, tal y como es vivida por la persona. Supone un esfuerzo considerable ya que exige primero la renuncia a la escisión y después la renuncia a la idealización (proyección de objetos o partes buenas) del compañero. Esta renuncia conlleva la aceptación de los sentimientos

ambivalentes que la pareja inspira, y por lo tanto, una aceptación de que nacen sentimientos hostiles en el seno mismo de un verdadero apego por el otro. Es decir, la persona se ve llevada a reconocer que existe un componente de odio en él mismo dirigido hacia un objeto que por otro lado es lo bastante satisfactorio como para no rechazarlo. Renunciar a esta primera escisión y reintroyectar los objetos malos es el proceso que conduce a la *posición depresiva* (c. f. Lemaire, 1979).

24. Así, el duelo implica la dolorosa aceptación de aspectos insatisfactorios del objeto y la pérdida de una representación totalmente buena e idealizada de sí mismo, en otras palabras, que con el pasaje a la *posición depresiva* se tienen que dar simultáneamente:

- a) *Una desidealización de la pareja* y por lo tanto su percepción y aceptación como una persona real con características buenas y malas;
- b) Por otro lado, también exige que se de en el sujeto *una renuncia a su propia idealización* (o cualquier otra forma de autopercepción escindida, sea buena o sea mala) y,
- c) Junto con esta renuncia se origina una tercera situación: *la aceptación de la desidealización de uno mismo en el otro*, o sea, la posibilidad de ser vividos por la pareja en forma real y objetiva” (Sánchez-Escárcega y Brown, 1996).

25. Uno de los resultados de la elaboración de este duelo es la capacidad de gratitud (Klein, 1957; Lemaire, 1979; Kernberg, 1995). La capacidad de gratitud aportada tanto por el yo como por el superyó es básica para la reciprocidad en las relaciones humanas; se origina en el placer del infante ante la reaparición en la realidad externa de la imagen del cuidador que gratifica. La aptitud para tolerar la ambivalencia, que indica el pasaje desde la fase de aproximación a la fase de constancia del objeto (Mahler, 1975), está también signada por el aumento de la capacidad de gratitud. El logro de la constancia de objeto también acrecienta la capacidad para experimentar culpa por la propia agresión (c. f. Kernberg, 1995, p. 175).

26. En la pareja (al igual que en el individuo), la secuenciación temporal está ligada al recuerdo, a la memoria. Los eventos son almacenados en forma de huellas mnémicas teñidas por el coloreo afectivo de la relación. Así, éstas son obturadas, negadas, privilegiadas, escindidas, proyectadas u ordenadas en función de los aspectos emocionales a los cuales están ligadas (operan, por ejemplo, con la misma lógica inconsciente de los *recuerdos encubridores*). De hecho, como parte componente del self de pareja, estructuran una red de continentes para la relación: una malla o “piel” psicológica que se apoya y se modela sobre la realidad psíquica tanto individual como del conjunto. Sirven de vehículo, en la relación, a las pulsiones individuales, a los grupos internos, a las relaciones objetales internalizadas y a las fantasías inconscientes. Al tratarse al mismo tiempo de un orden o funcionamiento que ocurre en un nivel diferente al de los

individuos (el nivel de pareja), expresa también los fenómenos del self de pareja. La *memoria de pareja* cumple, entre otras, las siguientes funciones (no excluyentes entre sí):

#### *27.1 Como registro de la secuencia evolutiva de la pareja:*

Puede considerarse la función más básica y cercana a la conciencia. Establece, para la pareja, una serie de registros o “momentos” cruciales de la relación que señalan, definen, enmarcan y clasifican su historia o desarrollo. En la dimensión temporal, se relaciona principalmente con el pasado y la evolución de la pareja. El recuerdo funciona como archivo de lo vivido. En primer término, determina el *primer encuentro* (o hasta dónde puede remontarse la relación); también, por supuesto, el *inicio* del vínculo; y así sucesivamente con cada etapa de la relación. Retomando el símil de Freud en el cual compara las grandes fases del desarrollo psicosexual con las ciudades que aparecen marcadas en las guías ferroviarias, en el sentido de que no por hacerse mención sólo a las de mayor importancia, por eso dejan de existir todos los otros pequeños poblados situados entre una y otra ciudad mayor, y en los cuales también se desarrolla la vida, podríamos decir igualmente de las parejas que éstas mantienen un listado de eventos “mayores” (buenos o malos), pero que también en el medio mantienen un registro de sucesos “menores” que en su conjunto van definiendo el carácter de la relación. Este registro, por cierto, aparece invariablemente en los momentos coyunturales o de crisis de la pareja.

#### *27.2 Como contraste con el ideal del yo de la pareja:*

Aquí la dimensión temporal hace referencia al presente (o a un futuro más bien inespecífico), y compara el estado actual de la relación con el ideal del yo que la pareja mantiene permanentemente. La pareja contrasta lo vivido con lo deseado, con lo que ha alcanzado o, precisamente, con lo que no ha podido lograr. Directamente se relaciona con el grado de satisfacción y placer que los miembros de la pareja tienen respecto a su participación en ella. En la medida en que operan poderosos mecanismos de escisión en contra de la integración de los aspectos contradictorios de cada uno de los miembros (y de la vivencia que tienen del compañero), tiende a incrementarse el grado de exigencia e inconformidad por parte del ideal superyoico, así como la presencia de culpa (persecutoria) en el sujeto, debido a la descarga no neutralizada de pulsiones parciales agresivas en contra del objeto y de la propia persona.

#### *27.3 Como expresión de la fantasía básica dual inconsciente:*

Los dos puntos anteriores parecen suponer la existencia de un registro de eventos fiel a los hechos “objetivos”. Sin embargo debemos mencionar nuevamente que en cada uno de los conjuntos mnémicos secuenciados, la imagen del self se mantiene vinculada a las circunstancias emocionales representadas en el mundo interno y externo de la persona. La memoria de la pareja sufre ajustes,

recortes, desplazamientos, omisiones y sobreinclusiones relacionadas con la fantasía básica dual inconsciente. El concepto de “historia vivida” se relaciona íntimamente con el de “historia a vivir”, en un nivel que va más allá de las dinámicas individuales. Como tal, está vinculada al ideal de pareja mencionado en el punto anterior (sin que por esto deba obviarse la contribución que realizan los mundos pulsionales y fantasmáticos de sus integrantes, considerados por separado). Este nivel se relaciona evidentemente con la distorsión y con el malentendido, con los *recuerdos encubridores de pareja* y el *retorno de lo reprimido*. También, con el recuerdo vinculado a la función defensiva, con los *acuerdos de pareja*, y con los efectos sobre el sujeto que persigue el mecanismo de identificación proyectiva. De esta manera puede observarse cómo la pareja forma diferentes compromisos entre los diversos rasgos de personalidad de los miembros constituyentes, así como entre las diferentes tareas o fines que consciente e inconscientemente han sido depositados en la formación del vínculo, y cómo el resultado se muestra en la selectividad y distorsión de los eventos vividos a lo largo de la relación.

#### 27.4 Como muestra de los mecanismos defensivos de la pareja:

Si el punto anterior hace referencia al *resultado* de los complejos mecanismos y dinámicas que se producen en la situación dual, en este apartado consideramos que la memoria de la pareja refleja, en sí misma, el *tipo* de mecanismos defensivos que operan en el vínculo. Ya hemos mencionado que estos mecanismos no son reductibles a los de la persona individual, y que de hecho pueden llegar a suplir o reforzar las defensas faltantes. Consideramos aquí una gama que va desde típicos mecanismos de funcionamiento neurótico, hasta complejos mecanismos psicóticos (como en la *folie à deux*), con grados variables de alteración de la realidad en función de “la historia que la pareja tiene que contarse a sí misma”.

#### 27.5 Como expresión de una memoria del cuerpo.

En un orden diferente de ideas, consideramos una “inscripción” o registro del vínculo de pareja en un nivel corporal. Una *memoria somática*, ubicada tanto en el interior del cuerpo (sensaciones internas, por ejemplo, de “aleteo” en el estómago, etcétera), como en la superficie de la piel y aun en otros órganos sensoriales propio y exteroceptivos. Por supuesto, una *memoria somática de pareja* presupone un *nivel somático de vinculación* en la pareja. Consideramos que este nivel existe en tanto aceptamos que la inclusión del cuerpo (y consecuentemente del erotismo y la sexualidad genital –sea ésta actuada, postergada, escindida o parcializada–) es uno de los principales parámetros definitorios de la relación de pareja. Al considerar este nivel estamos implicando la noción de que el cuerpo de cada uno de los miembros de la pareja registra y a la vez contribuye a la producción de fantasías vinculares (sin que por ello se tenga necesariamente que hablar de un “cuerpo” real de la pareja, del cual obviamente



carece). En este nivel se incluyen diferentes fenómenos clínicos observados en parejas, tales como el mencionado Síndrome de la Couvade (la mimetización que algunos hombres hacen de los cambios corporales en la mujer durante el embarazo y parto); fenómenos del tipo “miembro fantasma” que ciertas personas registran en el cuerpo ante la ausencia del compañero (sensaciones de presión o “vacío” sobre la piel; diversas reacciones dermatológicas); distorsiones perceptuales visuales, auditivas u olfatorias cuando se ha perdido a la pareja (tener la impresión de que se le ha visto en la calle, que se ha oído su voz o que la propia piel conserva el olor del compañero); el “diálogo de órganos” que muchas veces se produce entre compañeros amorosos, generalmente en ausencia de una conversación verbal (borgorismos, contagio de bostezo); “intuiciones” registradas en el cuerpo y que son experimentadas por ambos compañeros al mismo tiempo, etcétera.

#### *27.6 Como “puesta al día” o actualización de la identidad de pareja.*

Se relaciona con la necesidad de mantener una *cohesión* entre los diversos elementos involucrados en la formación del self de pareja. Es resultado de una tendencia a la integración y el orden en “la historia que la pareja se cuenta a sí misma”, y que a su vez es producto de las formaciones intermedias que surgen en el *espacio psíquico de la pareja*. Refleja algunas características de la función yoica sintético-integrativa, así como de la “elaboración secundaria” y “el miramiento por la realidad” identificados por Freud en el trabajo del sueño (Freud, 1900 [1899]). Observacionalmente lo podemos encontrar en la necesidad constante de las parejas de relatar su propia historia, regresando una y otra vez a momentos cruciales del vínculo (“el origen”, “el inicio”, y las diferentes situaciones que a lo largo del tiempo van “signando” la relación), y consecuentemente haciendo los ajustes necesarios de acuerdo a los eventos y “climas emocionales” posteriores.

#### *27.7 En relación al establecimiento de un “mito fundante”.*

Compartimos la opinión de Caillé (1991) en el sentido de que “la noción del tiempo tiene un sentido distinto para la institución recién creada y para sus miembros” (p. 48). No sólo se observa en la concepción social, litúrgica, de un tiempo futuro eterno, tan sólo *suspendido* (temporalmente) por la muerte de los cónyuges (es decir que el “hasta que la muerte nos separe” normalmente esconde una ilusión atemporal mayor: el “para toda la eternidad”). Sin embargo, nuestro interés en este punto se centra en el inicio del vínculo. Ahí encontramos también un desfase entre un tiempo consensual, objetivo, y un tiempo emocional, subjetivo. Este tiempo emocional no sólo está marcado por el coloreo afectivo del individuo (o en este caso, de la pareja), sino que funciona también como receptáculo de las necesidades y fantasías básicas inconscientes de la pareja. Identificamos una muestra de esta actividad fantasmática en la creación, en toda pareja, de un *mito fundante* que a nivel inconsciente sintetiza y encapsula tanto *el origen como el destino imaginario de la relación*. Cumple exactamente el mismo fin

que los mitos de origen en las diferentes culturas y religiones del mundo. Desde el punto de vista clínico, la identificación de este *mito fundante* es de particular importancia para esclarecer el nivel psicodinámico más profundo y silencioso de la relación.

### **Nota final**

Cuando una pareja utiliza la frase “algo entre nosotros”, la frase indica la expresión vivencial de un vínculo (“algo”) que está *entre* ellos (y que no son ellos), pero que, al mismo tiempo, es producido por ellos. La frase contiene, de hecho tres términos: “*algo*” (lo contrario de “nada”), que hace referencia a los contenidos de la relación (emocionales, conductuales, presentes, pasados, etcétera); “*entre*”, que hace referencia al vínculo, a la unión; una situación en medio de dos, dentro de, un estado intermedio; y “*nosotros*”, que hace referencia a los miembros del conjunto, pero también al conjunto mismo (c. f. Cincunegui y M. de Chebar, 1996).

Ese “algo-entre-nosotros” implica, en psicoanálisis de parejas, la tarea de identificar la red vincular que le da origen, y de la que cual a su vez es productor. Implica superar una visión dilemática, para pasar a una binaria; pero implica también superar varias oposiciones: determinismo/azar, acontecimiento/estructura, aparato psíquico abierto/cerrado o modernidad/posmodernidad (Puget, 1996).

Ese “algo-entre-nosotros” se juega en un espacio psíquico (“encuadre” le llaman Cincunegui y M. de Chebar, 1996) y posee diversas características fundamentales, entre ellas, un marco de *legalidad* (normas consensuadas, variables fijas y otras que se van generando en la relación, etcétera); una *puesta en escena argumental* (la pareja juega distintos personajes de su historia encarnados *en* y *con* el otro); y un grado de *repetición* y *creación* (la imposibilidad o posibilidad de “jugar” de distinta manera y de elegir cómo hacerlo) (ibid.).

Nos interesa destacar aquí el aspecto que ha sido tratado primordialmente a lo largo del presente trabajo: la dualidad *individuo/grupo* (*separación/ fusión*) en la creación de una fantasía vincular de pareja. En este sentido,

“Suponemos un estado fundacional del vínculo de pareja caracterizado por la fusión, el borramiento de límites, entretejido narcisista que contradice la separatividad de dos cuerpos que, funcionando a la manera de la experiencia con el objeto primordial, *posee una actividad representacional que le es propia*” (Cincunegui y M. de Chebar, 1996, p. 35, nuestras itálicas).

Esta representación vincular de la pareja estará modelada por el accionar conjunto de los dos sujetos de la pareja, haciendo y eligiendo su particular manera de fusionarse, instalando el modo singular de pertenencia a ese vínculo único. Los efectos del inconsciente vincular se verán plasmados en aquellos elementos de la *escena conyugal* que sirven de fondo mudo a los intercambios de la pareja (ibid.).

La pareja, como constructo dinámico investido por afectos, tiene que ser definida por una topografía referida a la relación entre los individuos que la componen. La dualidad individuo/pareja significa oposición, pero también complementariedad. Quizás la clave esté dada por el *nivel de regresión* dado en la pareja, tanto en su constitución como en su funcionamiento normal y durante los periodos críticos. Siguiendo una idea de Lamoureux y Debanne (1997) proveniente de su trabajo con grupos, podemos considerar que, a mayor regresión, mayor predominio de los mecanismos proyectivos de los miembros constituyentes; es decir, mayor externalización de los objetos parciales internalizados sobre un espacio psíquico vincular, que a su vez progresivamente se conformará como “mentalidad grupal” en el sentido bioniano del término. Por el contrario, cuanto menor sea la regresión, más operarán los mecanismos introyectivos personales (consolidación estructural), con predominio del mundo interno de cada miembro en lo individual, por encima de una “mentalidad de pareja”.

La pérdida de la “individualidad” en la pareja, así, debe ser considerada en términos de la regresión topográfica, temporal y formal del vínculo (Debanne, de Careful, Bienvenu y Piper, 1986). El grado de regresión revela el fracaso del individuo para confrontar sus deseos, ansiedades y frustraciones al ingresar a una situación de pareja. Las pulsiones institutuales y las relaciones objetales totales tenderán a ser fragmentadas por el yo. Defensivamente, cada miembro de la pareja contribuirá, como parte de esa regresión, a crear una realidad ilusoria, fusional, indiferenciada: la fantasía vincular inconsciente de la pareja como unidad simbiótica, como totalidad, con sus elementos y requerimientos, con su ilusión de completud que en última instancia se dirige a negar la ausencia, la falta y la carencia.

Por último, en términos de un tratamiento psicoanalítico, algunos puntos a tomar en cuenta son:

- El o la terapeuta tiene, como tarea importantísima, la de identificar cuál es el *self de la pareja*, su *espacio psíquico*, la envoltura mental que recubre a los dos miembros: sus límites intra y extradiádicos, sus puntos de contacto y ruptura, su cohesión y congruencia, el valor superyoico (ideales) colocados en el objeto “pareja”, su coloreo afectivo, la sensibilidad de su “piel” psíquica, etcétera.
- Debe señalarse, en la mayor parte de los casos que sea posible, el funcionamiento colusivo de la relación.
- Nunca hay de perder de vista que, aun cuando no sea aparente la parte complementaria en alguno de los miembros, generalmente ésta aparecerá.
- Las parejas son “parejas”, es decir, tienden a mantener equilibrios simétricos, más correctamente, isomórficos.
- Las parejas son “circulares”; poco importa –a la larga– dónde sitúan los miembros de la pareja los orígenes del conflicto.

- Las parejas tienen áreas “sanas” y áreas “enfermas” (o involucradas en el conflicto). En buena medida éstas dictan el pronóstico.
- El cuerpo engaña poco: sexualidad, alimentación y enfermedades suelen ser particularmente buenos indicadores pronósticos.
- El o la terapeuta que toma partido pierde el caso.
- La crisis de pareja sólo indica que la pareja, en su forma actual, no está funcionando correctamente. En este sentido la crisis debe ser considerada en su original acepción griega, como *opción, disyuntiva*, no en su sentido médico, como *enfermedad*.
- Las parejas casi siempre intentan regresar al nivel previo de funcionamiento, donde las cosas aparentemente marchaban mejor, de tal forma que las parejas generalmente se encuentran con una resistencia al cambio.
- Uno de los mecanismos más utilizados –y peligrosos– para el tratamiento y el terapeuta es la proyección que algunas parejas suelen hacer de su parte enferma o “mala” sobre el analista, muy frecuentemente “actuando” de manera sádica y cruel contra éste o ésta.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anzieu, D. (1993). *El grupo y el inconsciente*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bateson, G., Jackson, D.D., Haley, J. y Weakland, J. (1956). Towards a theory of schizophrenia. *Behavioral Science*, 1, 251-264.
- Bateson, G., Jackson, D.D., Haley, J. y Weakland, J. (1963). Note on the double bind. *Family Process*, 2, 154-161.
- Bejarano, A. (1972). Resistencia y transferencia en los grupos. En D. Anzieu, A. Bejarano, R. Kaës, A. Misenard y J.-B. Pontalis (Eds.) *El trabajo psicoanalítico en los grupos*. México: Siglo XXI, 1978.
- Bernard, M. (1990). La interpretación en psicoanálisis grupal. En: Mesa redonda sobre interpretación en encuadres multipersonales. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 13 (1-1), 25-34.
- Bernard, M. (1995) Los grupos internos. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Berscheid, E., Walster, E. y Bohrnstedt, G. (1972). The body image report. *Psychology Today*, 7, 119-131.

- Bion, W. R. (1961). *Experiencias en grupos*. México: Paidós, 1990.
- Burgess, E. W. y Wallin, P. (1953). *Engagment and marriage*. Philadelphia: Lippincott.
- Caillé, P. (1991). *Uno más uno son tres. La pareja revelada a sí misma*. Barcelona: Paidós.
- Campuzano, M. (1997). Conflictos culturales en las parejas contemporáneas. *Imagen Psicoanalítica*, 9: 139-148.
- Cao, M. L. y L'Hoste, M. (1995). El imaginario grupal. En Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. *Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Cincunegui, S. y M. de Chebar, N. (1996). El encuadre de la parejas matrimonial. En J. Puget (Eds.), *La pareja. Encuentros, desencuentros y reencuentros*. Buenos Aires: Paidós.
- Debbane, E. G., de Carufel, F. L., Bienvenu, J. P. y Piper, W. E. (1986). Structures in interpretations: A group psychoanalytic perspective. *Int. J. Group Psychother.*, 36 (4), 517-532.
- Dicks, H.V. (1970). *Tensiones matrimoniales*. Buenos Aires: Hormé.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía de lo grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1900 [1899]). La interpretación de los sueños. En: *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vols. 4-5). Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 1976.
- Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar (nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En *Obras Completas de Sigmund Freud* (Vol. 12). Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Grinberg, L., Langer, M. y Rodrigué, E. (1957). *Psicoterapia del grupo*. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- Kernberg, O. (1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y Patología*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1957). Envidia y gratitud. En *Obras completas de Melanie Klein* (Vol. 3). Buenos Aires: Paidós, 1988.
- Lamoureux, P. y Debanne, E. G. (1997). The psychoanalytic group situation. *Int. J. of Group Psychotherapy*, 47 (1), 47-69.

- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1968) *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1979.
- Lemaire, J. (1971). *Terapia de parejas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- Lemaire, J. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Mahler, M. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Michaca, P. (1987). *Desarrollo de la personalidad. Teorías de las relaciones objetales*. México: Pax-México.
- Pontalis, J.-B. (1963). Le petit groupe comme objet. En *Après Freud*. París: Gallimard, 1968.
- Puget, J. (comp.) (1996). Introducción. En *La pareja. Encuentros, desencuentros y reencuentros*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1989). *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires: Paidós.
- Rojas, M. C., y Sternbach, S. (1994). *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Sánchez-Escárcega, J. (1997a). Ni contigo ni sin ti. Vínculos de pareja en mujeres contemporáneas. *Revista Intercontinental de Psicoanálisis Contemporáneo*, 2 (2): 33-39.
- Sánchez-Escárcega, J. (1997). El espacio psíquico de la pareja. *Revista Intercontinental de Psicoanálisis Contemporáneo*, 2 (1), 9-20.
- Sánchez-Escárcega, J. (1998). Identidad y memoria en la pareja. *Subjetividad y Cultura*, 10: 50-61.
- Sánchez-Escárcega, J. (1996). Desidealización y proceso de duelo en la pareja. *Psiquiatría*, 12 (2), 56-60.
- Silverman, I. (1971). Physical attractiveness and courtship, I. *Sexual Behaviour (sept.)*: 22-25.
- Stream, H. (1980). *La pareja infiel. Un enfoque psicológico*. México: Pax-México, 1986.
- Von Bertalanffy, L. (1952). *Problems of Life*. Nueva York: Wiley.
- Von Bertalanffy, L. (1956). General Systems Theory. *General Systems*, 1: 1.

Walster, E., Walster, G. W. y Traupmann, J. (1978). Equity and premarital sex. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 82-92.

Watzlawick, P., Beavin, J., Herlmick, J. y Jackson, D. (1967). *Pragmatics of Human Communication. A Study of International Patterns, Pathologies and Paradoxes*. New York: Norton, 1972.

Willi, J. (1975). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.

## **19. EL ESTILO DE PAREJA: ALGUNOS FACTORES RELACIONADOS CON EL NIVEL DE DESEMPEÑO DE UNA RELACIÓN AMOROSA<sup>69</sup>**

Con Ericka Abascal, Olivia Armendáriz, Paola Colunga, Adriana Espinosa, Irma Espinosa, Elisa Espinosa, Renata Legorreta, Fabiola Mendoza, Deborah Meza, Cristina Ramos y Claudia Winckelmann

### **Introducción**

A lo largo de un año un grupo de alumnos de la Facultad de Psicología de la Universidad Intercontinental formó un equipo de investigación con la finalidad de estudiar teórica y clínicamente, con un encuadre psicodinámico, algunos de los factores que intervienen en el desempeño de una relación de pareja. Su primera labor consistió en aislar estos factores y formular una propuesta teórica. Algunos de los factores identificados fueron:

1) El balance existente entre la búsqueda de intimidad y el mantenimiento de la autonomía de cada participante, con el establecimiento de límites claros pero flexibles.

2) El logro temprano de una identidad y constancia de objeto y del self por parte de cada uno de los miembros de la pareja, y a su vez, los dos en conjunto.

3) La relativa solución de los conflictos psicosexuales infantiles (especialmente los que se relacionan con el proceso de separación-individuación, rebeldía-sumisión, identidad sexual y competencia fálico-edípica, así como la integración al grupo social) y adolescentes (en particular la relación con un compañero íntimo del mismo sexo, la afirmación de una identidad de género y la separación emocional de los padres), tanto en lo individual, como en su negociación en la pareja.

---

<sup>69</sup> Este apartado fue presentado originalmente como: Sánchez-Escárcega, J. (coord.), Abascal, E., Armendáriz, O., Colunga, P., Espinosa, A., Espinosa, I., Espinosa, E., Legorreta, R., Mendoza, F., Meza, D., Ramos, C. y Winckelmann, C. (1995). Reporte de investigación: *Algunos factores psicodinámicos de éxito o fracaso en la relación de pareja*. México: Facultad de Psicología de la Universidad Intercontinental.

4) Un cierto grado de introspección sobre la propia tendencia a la compulsión de repetición y, consecuentemente, un decremento en la utilización del mecanismo de identificación proyectiva patológica. En otras palabras, un incremento en la capacidad de empatía y la tolerancia a la alteridad.

5) La elaboración de un duelo por la pérdida de la idealización de la pareja (con su contraparte, la disminución de mecanismos dirigidos a negar y evitar la desidealización del compañero).

6) La constitución en el superyó de un valor o ideal que abarca tanto al compañero como a la relación misma, con sus derivados más significativos: capacidad para involucrarse y preocuparse por el otro, capacidad de gratitud, y empatía. Este valor se constituye en un ideal conjunto de pareja.

Evidentemente estos seis factores se sobreponen unos a otros, pero representan un intento de definir aquellos aspectos que de alguna manera determinan la posibilidad de constituir y acrecentar una relación amorosa.

A continuación se presentan estos factores en forma detallada:

### **1. Balance entre intimidad y autonomía con límites claros pero flexibles.**

Vivimos en una cultura que enfatiza la importancia de las relaciones de pareja; comenzando por los medios de comunicación, pasando por la educación en los hogares y llegando finalmente a cada individuo. El mensaje parece ser: “conoce y establécete en pareja”. Hablamos de una pareja cuyo modelo ideal ha ido cambiando en sus roles y expectativas de vida en hombres y mujeres. Dada la gran atención que la pareja recibe, es importante comprender los procesos que la elección, consolidación y desarrollo de la misma implican, así como los factores psicodinámicos que son determinantes en su bienestar o fracaso.

Uno de los factores que nos han parecido más relevantes es la capacidad de *intimidad*. Nos parece importante comenzar por recordar la crisis de intimidad vs. aislamiento que estudió Erickson. Dicho autor considera que esta crisis se presenta en el adulto joven entre los 19 y 25 años de edad. La virtud lograda en la resolución de esta fase es el amor y el radio de relaciones significativas, los compañeros de amistad, de sexo, de competencia, de cooperación, así como el establecimiento de parejas amorosas. El fracaso en dicha crisis llevaría a un estado de aislamiento donde es imposible lograr la intimidad con otro, siendo imposible formar un “nosotros” sin perder el “yo”. Parece obvio mencionar que para poder llegar al establecimiento de la intimidad, primero debe tenerse un sentido de identidad. Sólo sabiéndose *uno mismo*, es posible abrirse y compartirse con otro. Sólo sabiéndose dueño del propio ser, es posible ligarse íntimamente con otro, sin miedo a perderse en el proceso. Además, con el logro de la *identidad* comienza el ejercicio de la *intimidad* y aceptación de uno mismo, sentando las bases para la aceptación del otro. Desde otra teoría, Fromm (1963) —al igual que Freud— hace



hincapié en que la capacidad de amar a otro comienza con la capacidad de amarse a uno mismo.

Stenberg (1990) señala tres pilares básicos para las relaciones amorosas: la *pasión*, el *compromiso* y la *intimidad*. La pasión sería el componente motivacional; el compromiso sería el componente cognitivo, y la intimidad el componente emotivo. Estos factores cambian a través del tiempo al igual que la pareja.

Con respecto a la *intimidad* encontramos factores como la cercanía, la capacidad de compartir, la comunicación y el apoyo. Por otro lado, la *pasión* abarca la excitación psicológica y el intenso deseo de unirse al ser amado. El *compromiso* es tanto la decisión a corto plazo de amar a otro, así como a largo plazo, el deseo de dicho amor (Finkelstein, 1988).

Desde esta perspectiva, la *intimidad* se expresa a través de la posibilidad de comunicación de sentimientos profundos, compartiendo con el otro las pertenencias, el tiempo y a uno mismo, así como por el ofrecimiento de apoyo emocional (Pagaza Arroyo, 1995).

Willi (1975) nos ofrece una perspectiva interesante sobre el desarrollo de la capacidad de intimidad en la pareja. Considera un *Principio de deslinde*, que delimita a la pareja respecto del interior y exterior de la relación, y en donde el punto óptimo ocurre en un término medio entre la *fusión* y el *deslinde rígido*.

Una pareja que ha alcanzado este punto óptimo contaría idealmente con límites intradiádicos y extradiádicos claros y franqueables, en donde la relación de los cónyuges se diferencia de otras relaciones de amistad. La díada se deslinda con claridad respecto al exterior y los cónyuges se perciben como pareja, pero son capaces de exigirse espacio y tiempo propios a la par de llevar una vida conyugal. Hacia adentro de la pareja, los cónyuges se distinguen entre sí y respetan los claros límites entre ellos.

Por otro lado están las parejas más cercanas al campo de lo patológico: Aquéllas cuyos límites intradiádicos son rígidos y los extradiádicos son difusos; en este tipo de relación los cónyuges se deslindan uno del otro por miedo a perder su individualidad; así se alejan de manera rígida y temen la intimidad, pero mantienen límites externos difusos, lo que permite la continua presencia de terceras personas que los protegen contra aquéllo que temen.

También consideramos a las parejas cuyos límites intradiádicos son difusos y los extradiádicos son rígidos. Estas parejas funcionan como una unidad simbiótica y viven una fase de enamoramiento continuo. Se quisiera ser uno totalmente con el otro, estar de acuerdo en todo, nunca tener problemas, etcétera, llegando a la pérdida de límites del yo. En relación al exterior, mantienen límites rígidos, como murallas que evitan el contacto con los demás, protegiéndolos de la ruptura de su “burbuja de amor”. Este tipo de parejas anhela el “retorno al paraíso perdido” en búsqueda del objeto infantil idealizado, siéndoles

muy difícil el proceso de desidealización y el logro de confianza y aceptación del objeto total (véase el capítulo 14).

El logro de la intimidad presupone un proceso de desidealización, tanto de uno mismo como del otro y de la relación de pareja (ibid.). Este proceso implica contacto con la realidad y exige asumir tanto eventos agradables como desagradables; pero a la larga, esto es lo que puede brindar una mayor satisfacción: una pareja donde se respete y se ame libremente al otro, se acepte la realidad de la relación y de sus miembros, y en consecuencia, el verdadero amor y la verdadera intimidad sean posibles.

Otto Kernberg (1980) plantea la importancia de la intimidad en la experiencia sexual de la pareja. También plantea cómo se requiere de la capacidad de relacionarse profundamente con el propio ser para posteriormente relacionarse íntimamente con otros; esto presupone el logro de la integración del self y de las relaciones de objeto. Considera que las parejas se forman dentro de un grupo social, y en el caso de romperse, cada miembro regresa a formar parte nuevamente de dicho grupo. La pareja y el grupo mantienen una dinámica constante entre los límites de la pareja. Algunas parejas con dificultades para el establecimiento de la intimidad buscan romper los límites invitando a miembros del grupo a la relación, como en el caso de los matrimonios abiertos o con aceptación de otras parejas sexuales, dejando a un lado la intimidad proveniente de la relación sexual exclusiva (Kernberg, 1980).

La terapéutica familiar también considera como básico la consolidación de la intimidad de la pareja y de su relación con el medio social en el que se halla insertada. Mediante el trabajo con los límites intra y extradíadicos que se lleva a cabo en el subsistema marital, se hace posible el sano desarrollo y crecimiento de la pareja, permitiendo los cambios en la misma a través del tiempo, haciéndola un sistema flexible y dinámico (Estrada Inda, 1987).

Otro factor importante para comprender el desarrollo de la intimidad consiste en recordar que los modelos de relación de la edad adulta están ampliamente determinados por aquellos vividos en la infancia. Si el niño fue capaz de vivir su independencia e intimidad con los padres, le será más sencillo llevar a cabo el mismo tipo de relación en la edad adulta. El desarrollo de la intimidad en la edad adulta tiene sus más tiernas raíces en la infancia, desde donde comienza la verdadera educación en cuanto a la pareja (véase el capítulo 7).

## **2. El logro temprano de una identidad y constancia de objeto y del self por parte de ambos participantes.**

Se considera que la meta de la adolescencia se cumple al quedar establecida la identidad. Describir los procesos psíquicos del adolescente, en particular los referentes a la adquisición de la identidad, siempre implica una consideración al aspecto social, pues sin éste no existe la vida psíquica. Se puede decir que los componentes del medio ambiente son experimentados de modo diferente por cada adolescente y esto, junto con

la historia personal, hace que el individuo tenga diferentes criterios para la elección de su pareja.

Las necesidades biológicas y las condiciones sociales son complementarias: las primeras permanecen relativamente estáticas y conservadoras mientras que las segundas aparecen cambiantes y fluidas. Por lo tanto se puede decir que la formación de la identidad no puede desligarse del medio, del grupo, de la familia, de la sociedad o de la cultura.

Y no sólo eso, sino que una parte de la consolidación de la identidad depende de la presencia de objetos externos o medioambientales, del grado en que saben dar su consistencia, su estabilidad, su mismidad personal, su continuidad histórica, su bondad, su tolerancia y su respeto. Sólo con esto y no con otra cosa aparecerá un día la voz interna que puede decir “este soy realmente yo”. Una afirmación que manifiesta una unidad de identidad personal y cultural. El proceso es complicado y uno comienza a entender aquí a Erickson (1977) cuando dice que el problema de explicar y captar lo que es identidad “se debe a que estamos considerando un proceso ubicado en el núcleo del individuo y sin embargo también en el núcleo de su cultura comunal, un proceso que establece, de hecho, la identidad de esas dos identidades”.

Consideramos la identidad como un factor determinante en el éxito de la pareja debido a que como dice Erickson: “el establecimiento de la identidad es lo más importante para todas las demás etapas”. En la etapa de *identidad vs. difusión de rol* se adquiere lealtad. Por su parte, el adolescente tiene que restablecer la identidad del yo a la luz de sus experiencias anteriores y aceptar que los nuevos cambios corporales y sentimientos libidinales son parte de sí mismo. Si la identidad del yo no se restablece satisfactoriamente existe el riesgo de que el papel a desempeñar se le aparezca difuso.

En el enamoramiento, el adolescente trata de proyectar su imagen en otro yo aún difuso e indiferenciado, con el propósito de aclarar y descubrir el concepto de sí mismo y la propia identidad del yo. La consolidación de la identidad en el adolescente implica, por lo tanto *identidad sexual, identidad de rol, identidad vocacional e identidad laboral*.

Casi siempre, en el apasionado amor del adolescente, el yo se hace cada vez menos exigente y más modesto, y al objeto cada vez más se le mira como magnífico y precioso, apoderándose entonces de todo el amor que el yo sentía por sí mismo. Este proceso lleva a un sacrificio voluntario y complejo del yo: *el objeto devora al yo*.

La diferencia entre la identificación y el enamoramiento es que, en la primera, el yo se enriquece con las cualidades del objeto, se le “introyecta”, mientras que en el enamoramiento, el yo se empobrece, entregándose al objeto y sustituyendo con él su más importante componente.

En la pareja hay elementos narcisistas muy fuertes que ocasionan una gran necesidad de amor y admiración, y en donde se detecta una curiosa contradicción entre un concepto muy elevado de sí mismo y la desmedida necesidad de recibir el tributo del

otro como una manera de alimentar la autoestima; por ello se tiende a idealizar al compañero, del cual se esperan gratificaciones narcisistas: se “depende” de la pareja debido a la gran necesidad de recibir el tributo y el amor de ésta (Kernberg, 1994).

Se considera importante el logro de un adecuado balance narcisista; este logro es asegurado sólo si las necesidades instintivas y los intereses yoicos, con su naturaleza frecuentemente contradictoria y sus satisfacciones inestables, han logrado un balance armonioso dentro de los miembros de la pareja. Esto se alcanza cuando el yo tiene éxito en su función sintética.

La autoestima, el autoconcepto, la imagen corporal, los ideales y valores y la identidad son factores de gran importancia para que una relación de pareja tenga éxito. La capacidad de autoestima en una persona le permite reconocer y admirar al objeto (pareja). La autoestima se forma desde la infancia. Los padres, que a su vez son receptores de las imágenes idealizadas de sus propios padres, dan la autoestima a través de la atención, cariño y cumplimiento de las peticiones infantiles. Los padres son un espejo en el que nos vemos reflejados, y así, al sentirnos queridos y atendidos, se irá formando un buen self con los requisitos para una buena identidad.

Los padres narcisistas no pueden funcionar como imágenes ideales, ocasionando entonces que los hijos tengan que crear por sí mismos la imagen que no pudieron ver en sus progenitores, lo cual resulta difícil si no se tiene el equipo somatopsíquico necesario para ello. Por lo tanto, a lo largo de su desarrollo, estos hijos tendrán dificultades para formar una buena identidad y un self suficientemente fuerte y cohesionado.

Por otro lado, los padres con baja autoestima no podrán servir como espejo para la formación de un buen self en los hijos, ya que no pueden responder a sus peticiones; a su vez, estos hijos no se sentirán ni protegidos ni queridos, con las consecuentes repercusiones al llegar el momento de formar una pareja.

En el caso particular de mujeres con padres narcisistas, comúnmente estarán resentidas con los hombres y no podrán reconocer nada bueno en ellos; se mantendrán con aquella imagen del padre omnipotente que nunca dio crédito a lo que hacían. A su vez, sus parejas típicamente necesitarán que se les refuerce su narcisismo y omnipotencia, originando esto un juego de poder en la pareja en el que frecuentemente se llega al fracaso de la misma.

### *2.1 Identidad e idealización.*

En el momento de establecer el vínculo de pareja, el proceso de idealización tan fundamental parece encontrar su fuente originaria en los primeros momentos de la existencia psíquica del bebé, y corresponde a una actividad imaginativa ligada al proceso de escisión.

La búsqueda amorosa de la adolescencia o de la edad adulta repite este proceso; los cambios de la evolución no impiden que persista la nostalgia del pecho bueno, del

objeto bueno, y el establecimiento de la relación amorosa convoca de la misma forma a la idealización para encontrar un objeto bueno y gratificador. Así, el mundo de lo amoroso se divide en un objeto totalmente bueno, que pertenece al sujeto, y el resto del mundo en cuyo interior aparecen los objetos malos, perseguidores y amenazantes, tanto con respecto al sujeto como al objeto introyectado (Lemaire, 1979).

La estrategia amorosa reproduce la de los primeros momentos de la existencia, cuando se tiende a mantener el carácter totalmente bueno del objeto y apartar de él las que podrían aparecer como partes malas. Estos procesos encuentran un lugar en la elección de pareja, a la cual no se le puede disociar de un tipo de relaciones que nostálgicamente se espera que sean totalmente satisfactorias.

Entonces sigue funcionando una especie de “todo o nada”, como si estos sujetos hubieran quedado fijados a los primeros periodos de su existencia, en esa posición esquizo-paranoide en la cual los procesos de escisión son indispensables para el funcionamiento psíquico del sujeto: *o el objeto es totalmente bueno, o si no lo es, ahora forma parte de los objetos malos que deben ser inmediatamente rechazados* (ibid.)

En conclusión, esto nos habla de una problemática para la elección de pareja, debido a la cual numerosas personas limitan su relación amorosa a un solo aspecto, como si tendieran ante todo a idealizar y mantener así su relación con el objeto que han elegido; porque el encontrar a ese objeto en otras circunstancias, en otro lugar o en otro tiempo, supondría correr el riesgo de perder esta imagen idealizada; tales individuos se comportan tratando de evitar a cualquier precio esta circunstancia, aunque tengan que reducir su relación a un aspecto completamente limitado y parcial.

Es por esto que reconocemos a la adolescencia como un periodo importantísimo en términos de una buena relación de pareja. Este desarrollo tiene una crisis normativa en la adolescencia, que es la etapa terminal de la quinta fase del desarrollo psicosexual, la fase genital, que había sido interrumpida por el periodo de latencia. En la adolescencia presenciamos un segundo paso en la individuación, aunque mucho más compleja, que lleva en su etapa final a un sentido de identidad. Es por esto que al examinar la identidad no podemos separar la crisis de identidad de la vida individual y las crisis contemporáneas en el desarrollo histórico, porque unas y otras contribuyen a definirse recíprocamente y están relacionadas entre sí (Erikson, 1977).

En términos del desarrollo del yo y de la organización de impulsos, la estructura psíquica ha adquirido al final de la adolescencia tardía una fijación que permite al post-adolescente volver al problema de armonizar las partes componentes de la personalidad. La integración va de la mano con la actividad del rol social, con el enamoramiento, el matrimonio, la paternidad y la maternidad. Podemos resumir aquí, y decir, que el periodo que sigue al clímax de la adolescencia como tal es caracterizado por procesos integrativos. Al final de la adolescencia estos procesos llevan a una delimitación de metas definibles como tareas de la vida (Blos, 1969).

De esta manera, se va experimentando el sentido de identidad como una verdadera experiencia de autoconocimiento (Grinberg, 1961, citado en Lemaire, 1979). Para lograr dicho autoconocimiento es necesario que el joven dé continuidad a sus experiencias pasadas y a lo que hay internalizado dentro de la personalidad, para que se establezca la búsqueda de un nuevo sentimiento de mismidad y continuidad (Erikson, 1977).

Lograr la intimidad es superar el aislamiento, es decir, autoabandonarse y fundir la identidad con los demás. Dentro de esta etapa se encuentran varios retos; el primero de estos es el decidir a quién se le va a compartir la identidad lograda, sin que dicho sentido de intimidad se vea amenazado por el otro (la pareja). El segundo reto es establecer cómo el individuo va a compartir el éxito que pueda obtener en las áreas tanto profesional como económica, de manera interna, ya que si esto es experimentado de manera externa, la relación fracasará. Por ello, quien ha logrado establecer su intimidad experimentará el deseo de fundirla con alguien.

Para Sorenson (citado en Aberastury, 1993), la identidad es la creación de un sentimiento interno de mismidad y continuidad, una unidad de la personalidad sentida por el individuo y reconocida por otro, que es el *saber quién soy*; y al saber “quién soy”, el individuo puede relacionarse con otro manteniendo una relación basada en el amor y la comprensión de las carencias de uno con las que se identifica el otro y viceversa, y finalmente, tener por lo menos la intención de adquirir un conocimiento más profundo del compañero.

### **3. Relativa solución de los conflictos psicosexuales infantiles y adolescentes de ambos participantes.**

La formación de la pareja es el proceso al que cada individuo llevará una dotación genética exclusiva, una capacidad intelectual, una educación, un nivel socioeconómico, unos valores, y por ende, una historia particular, que le dará características únicas y una identidad futura. Lo anterior condiciona que la elección de pareja se de en una u otra forma acorde a lo aprendido a lo largo de la vida.

A continuación haremos una breve revisión de las etapas del desarrollo psicosexual desde el punto de vista de Mahler (1975). Es desde este desarrollo, a partir del primer año de vida, que se establecen las bases para la formación de una pareja.

#### **3.1 Fases del desarrollo de acuerdo a Mahler.**

##### **3.1.1 Autismo Normal.**

Es un estado indiferenciado; Mahler lo llama *estado somnífero*, con ausencia relativa de investidura de estímulos externos. Es el periodo de barrera contra los estímulos. Aquí el maternaje es lo que promueve el contacto del bebé con el ambiente. En un principio se asemeja al narcisismo primario absoluto (falta de conciencia de un agente maternante), fase de omnipotencia alucinatoria. La tarea de la fase autística es el logro

del equilibrio homeostático del organismo dentro del nuevo ambiente extrauterino a través de mecanismos predominantemente somatopsíquicos.

### 3.1.2 Simbiosis.

Es por la percepción por contacto que el niño diferencia las instancias psíquicas, principalmente la instancia del yo. Para Mahler el tercer mes marca el inicio completo de la fase simbiótica en donde el bebé siente que él y la madre funcionan en un conjunto. La fase simbiótica implica confianza que le permite la autonomía.

Una fijación en esta fase determinará dificultades para llegar a concretar una relación de pareja, ya que no se tiene conciencia de que existe “otro afuera”. Mahler señala que con las secuencias de placer y dolor, el bebé va remarcando la representación de su yo corporal, a partir de lo cual surge la imagen corporal. El bebé echa “fuera de sí” todo lo que no es placentero y deja el placer dentro, lo que le permite marcar límites. Las sensaciones internas del infante constituyen el núcleo de sí mismo. El objeto total comienza a surgir cuando ya se integra a la madre como buena y mala. Mahler en este sentido enfatiza la importancia de las condiciones de la madre: compatibilidad, las pautas de descarga de la madre y del niño, sus pautas de interacción conductualmente discernibles por las señales mutuas que emiten, y también el más temprano moldeamiento adaptativo del infante y sus capacidades receptivas, con una conducta de sostenimiento suficientemente buena por parte de su madre simbiótica.

### 3.1.3 Primera subfase: La diferenciación y el desarrollo de la imagen corporal.

De los 5 a los 8 meses, la sonrisa se transforma en la respuesta específica a la madre, lo que marca el comienzo de un vínculo emocional con ella.

Freud decía que eran más importantes las percepciones internas que las externas, es decir que a través de estas respuestas a las sensaciones internas el bebé puede ir formando sus límites; a esto le ayuda el contacto con la madre, es decir, se va dando la diferenciación a través del contacto con la superficie de la piel de la madre, con diferenciación entre sus límites y el mundo externo y la consecuente salida de la órbita simbiótica. A los seis meses comienza “la ruptura del cascarón”. El bebé empieza a explorar visual, manual y táctilmente el rostro de la madre. A los siete meses el bebé tiene preferencia insistente por un objeto, empieza a tener un juguete favorito (lo que Winnicott, 1951 llama *objetos transicionales*). Comienza a investir objetos; estos objetos generalmente tienen características de la madre. Una buena parte de la patología se genera en este periodo de ruptura, en donde el infante pasa de ser un bebé de brazos a un niño que deambula.

La diferenciación activa implica estar levemente separado de la madre. Hay madres que actúan sus propias necesidades simbióticas y no permiten la diferenciación del niño que lo empuja a estar con otros. Durante esta fase de diferenciación existe una búsqueda de distancia con respecto a la madre, a la vez que ya hay una conciencia de que la madre es una persona especial. Si en esta subfase se presenta algún conflicto

significativo, se pueden estar sentando las bases para el establecimiento de una pareja en la cual uno de los miembros depende del otro totalmente, en donde se busca toda la calidez emocional y la confianza que no se tuvo en la infancia.

#### 3.1.4 La segunda subfase: Ejercitación locomotriz.

Va de los 9 a los 15 meses aproximadamente. Hay dos momentos básicos: a) cuando el bebé empieza a gatear y a pararse con ayuda, y b) cuando ya camina. En esta etapa empieza a reconocer objetos inanimados, pero el interés por la madre precede a la exploración de objetos; al empezar a separarse toma un objeto transicional que representa a la madre. El niño empieza a medir su cercanía con la madre y se expone a un segmento más amplio de la realidad.

Al año y medio de edad, al poderse parar, el niño descubre su pene como otra parte de su cuerpo. La madre debe renunciar al hecho de tener sólo para sí (o engolfar) al niño. Debe permitir la autonomía y la locomoción del hijo, y estimularlo. La consecuencia de la separación de la madre con el niño es la “bajada de tono” que consiste en una forma de depresión en el niño. El niño disminuye la movilidad y reduce su interés en el ambiente.

#### 3.1.5 La tercera subfase: Acercamiento.

En este periodo el niño se vuelve más consciente de su separación física. A medida que se desarrolla la conciencia de separación estimulada por su capacidad maduracionalmente adquirida de alejarse de su madre, y por su desarrollo cognitivo, éste parece tener una necesidad mayor, un deseo de que la madre comparta con él todas sus nuevas habilidades y experiencias, así como una gran necesidad de amor objetal.

Una de las características de esta etapa es el temor de ser seguido por la madre (o una forma de sobreprotección), con la consecuente necesidad de huir de esta situación.

Tal como puede observarse cotidianamente, en la pareja hay una etapa en la que los miembros quieren estar únicamente uno con el otro, pero también hay un momento en el que la relación exige separación. En algunos casos esto es vivido persecutoriamente y con gran temor, no permitiéndose esta ruptura.

#### 3.1.6 La cuarta subfase: La consolidación de la individualidad y los comienzos de la constancia objetal emocional.

Aquí Mahler señala principalmente dos puntos: *el logro de la individualidad definida* (y en ciertos aspectos vitalicia), y *el logro de un cierto grado de constancia objetal*.

El establecimiento de la constancia objetal afectiva depende de la gradual internalización de una imagen constante, positivamente investida, de la madre, el



mantenimiento de la representación del objeto de amor ausente, la unificación del objeto bueno y malo, la fusión de los impulsos agresivo y libidinal, y la moderación del odio por el objeto cuando la agresión es intensa.

Cuando hay una buena internalización, el objeto de amor permite que la pareja no presente dudas acerca de lo que siente el uno por el otro; lo que permite una cierta dosis de confianza y una buena estabilidad emocional en la relación.

En resumen, el individuo utiliza a lo largo de su desarrollo temprano diferentes mecanismos o métodos para resolver sus frustraciones, sus conflictos y sus angustias, que más tarde se reflejarán en su personalidad y en la elección de una pareja.

Cada individuo va formando su propia personalidad, una estructura muy compleja en la cual las personas significativas del mundo externo se van instalando en el mundo interno del individuo formando objetos y estilos de relación inconscientes. Esta nueva estructura refleja los principales conflictos infantiles y sus defensas.

Así, cada individuo realizará su elección de pareja influido por estos procesos, muchas veces conflictivos, de su mundo interno. Su búsqueda y elección estará determinada por la estructura de estos procesos internos, llevándolo a una elección particular y *nada casual*.

#### **4. Un cierto grado de introspección sobre la propia tendencia a la compulsión de repetición, y un decremento de la utilización de la identificación proyectiva patológica.**

Ilustraremos estos fenómenos planteando el caso de una mujer (Raquel), haciendo hincapié, básicamente, en su dinámica como pareja, esto es, la forma en que escoge a quien será su compañero, la manera como se relaciona con él, la tendencia a repetir modelos del pasado –obviamente según su experiencia de vida–, de tal suerte que se logre crear una idea general de la estructura de Raquel, de sus relaciones personales con los padres y la misma relación de los padres como pareja.

Con el mismo fin se intentará resaltar la importancia que la historia pasada representa en relación con la historia actual, es decir, qué tanto y en qué forma las experiencias de Raquel a lo largo de su vida, tanto en relaciones familiares como sentimentales, han influido en ella para adoptar cierto patrón de conducta que hoy día rige su vida sentimental.

Añadido a lo anterior se presenta un factor de gran importancia para el desenvolvimiento de Raquel en el terreno sentimental; este factor corresponde a los mecanismos de defensa que utiliza para adaptarse a su propia situación con el fin de buscar el placer y evitar el miedo y la angustia que su estado conlleva.

Se mencionarán en este apartado principalmente el fenómeno psicológico de *identificación proyectiva*, aunque evidentemente, en cuanto a mecanismos defensivos,

Raquel utiliza otros además del que aquí se enfatiza, pero en este caso no compete analizarlos.

Al hablar de *identificación proyectiva* se entiende por él un mecanismo complejo, que combina aspectos de la proyección y de la identificación. En su definición original se le concebía como una fantasía onnipotente, albergada tanto por el lactante como por el paciente gravemente perturbado, de que era posible desprenderse de partes de sí mismo –fueran éstos aspectos del self o de los objetos internos–, y proyectarlas dentro de un objeto. El objeto quedaba así transformado en su esencia, pero el sujeto retenía una conexión empática con el mismo (es decir, una identificación), que le permitía gozar “por poder”, de las actividades emocionales y pulsionales atribuidas al objeto.

El *Diccionario de psicoanálisis* (Laplanche y Pontalis, 1968) describe “Compulsión a la repetición” como “un proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas repitiendo así experiencias antiguas sin recordar el prototipo de ellas, sino al contrario, con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual.”

#### *Historial clínico*<sup>70</sup>

Raquel es la segunda hija de una familia formada por seis miembros; sus padres contrajeron matrimonio a la edad de 23 años el padre, y 21 años la madre. Desde que se casaron, a la fecha (35 años), la madre se ha dedicado al hogar ya que detuvo sus estudios al finalizar la secundaria; el padre ejerce su carrera de ingeniero en una fábrica de la cual es socio. Raquel reporta que su madre no quería contraer matrimonio pero no suspendió el compromiso debido a que ya estaban arreglados todos los preparativos para el festejo.

La relación entre los padres ha sido distante y superficial; de igual manera para con los hijos. El padre es quien ha dirigido la casa, actividades, permisos, etcétera, a pesar de su ausencia física durante el día. La madre acata las órdenes de su esposo sin protestar y no permite que los hijos las cuestionen.

El nivel socioeconómico de la familia es medio-bajo. Raquel refiere que esta situación es aparente, ya que el padre les negaba dinero, pero con el tiempo se enteraron que la causa era que había formado otra familia; es importante tener en cuenta que cuando Raquel se enteró tenía 24 años de edad. La madre de Raquel se percató de la existencia de la otra familia ya que la amante del esposo se presentó en su casa con la intención de aclarar su situación y la de su familia. Los padres de Raquel no se han divorciado “porque la madre teme dar una mala imagen a los hijos y porque no sabe trabajar”.

---

<sup>70</sup> Los datos contenidos en este trabajo, que pudieran descubrir la identidad de la paciente, han sido cambiados en su totalidad.

Raquel nació hace 31 años, estudió la carrera técnica de Educadora; se casó por primera vez a los 19 años “para salir de su casa porque no soportaba que su padre fuera tan estricto”. Su primer esposo contaba con 21 años cuando contrajo matrimonio con Raquel.

Ella narra haber regresado virgen de la luna de miel puesto que él siempre estaba cansado o ebrio. El matrimonio transcurre con grandes problemas ya que él llegaba de viaje con las camisas pintadas y perfumadas, además de permanecer poco tiempo en casa —y el que estaba dormía, pues se encontraba agotado del viaje—. Ella salía de vacaciones y a fiestas sin él, pues carecía de tiempo para estar con ella; generalmente un amigo de él y su novia la acompañaban.

Se embaraza dos años más tarde “porque le falló el método”. Su esposo, al enterarse, se enoja, pues no consideraba sólida la relación. Cuenta que después de tres meses de nacida aceptó a su hija.

A los 24 años se divorcia al darse cuenta de que “él era mujeriego, irresponsable y ausente”. Cuatro años más tarde Raquel contrae matrimonio por segunda ocasión con un hombre de la misma edad, divorciado y sin hijos, quedando embarazada a los tres meses de relación. Sin embargo, al poco tiempo se da cuenta de que su esposo ingiere alcohol en exceso y alucina cada vez que está en estado de ebriedad, “aparte de ser fiestero, presuntuoso y mentiroso, nunca trabajó ni aportó dinero a la casa”. Además de que la agredía, golpeaba, violaba y maltrataba moralmente, le provoca un aborto del segundo hijo por creer que no es de él.

Esta relación duró tres años, terminando debido a que una noche él llegó ebrio y quiso abusar sexualmente de la hija del primer matrimonio. Esta razón fue la causa del rompimiento definitivo.

Desde ese suceso a la fecha, Raquel permanece soltera y mantiene la esperanza de encontrar un buen marido y padre para sus dos hijos.

El caso anterior nos remite a la relación *Buscando a papá y mamá*, en donde la pareja no necesariamente se lleva muchos años de diferencia, y generalmente está formada por personas con fuertes conflictos psicosexuales, con culpa e inhibiciones sexuales, todo ello causado por una situación edípica y preedípica resuelta inadecuadamente, en donde la problemática se complica si la interacción despierta un núcleo sadomasoquista amo-esclavo que con el tiempo hace emerger la rebelión, tornándose el anterior “esclavo” en una persona demandante, oral, pasiva, alcohólica en potencia o declaradamente. En muchos casos este miembro será el soporte económico de la casa, y quien sorteará todo tipo de crisis. Otra de las alternativas de “solución” de este miembro de la pareja consiste en permanecer en el vínculo de manera abnegada, perdonando al “hijo” que se fue “de putas” (Solís, 1979).

Se puede observar que la madre de Raquel optó por tomar la segunda opción de solución ante la situación que vivía, es decir, “perdonar y tolerar”. Por otra parte, Raquel decidió tolerar por un tiempo su situación, pero finalmente logró rebelarse.

Es claramente notorio el surgimiento de núcleos masoquistas en Raquel por haber tolerado la dependencia oral, en este caso el alcoholismo en sus dos ex-maridos.

Raquel no se explica el porqué del establecimiento de relaciones de pareja con este tipo de hombres, ya que ella “jamás recibió ese ejemplo en su casa”, es decir, la relación de sus padres fue conflictiva, pero no con esta clase de problemas; y de la otra familia del padre, ella se enteró “cuando ya tenía edad suficiente para superarlo, aunque siempre resintió la ausencia de su padre.”

A pesar de tener presente cuáles fueron las complicaciones de los padres en su relación y tratar de no cometer los mismos errores, Raquel repite el mismo patrón de comportamiento de su madre al ser sumisa y “perdonar” a su pareja (aunque finalmente llega a alcanzar una aparente rebelión y se separa definitivamente de la pareja que la maltrata).

Melanie Klein (1946), describe el mecanismo de identificación proyectiva como la “escisión y apartamiento de las partes del yo y de los objetos internos que se proyectan en el objeto externo, por lo que estos objetos quedan poseídos y controlados por las partes proyectadas e identificadas con ellos”.

Este mecanismo tiene varios propósitos: se le puede dirigir hacia el objeto ideal para evitar la separación, o hacia el objeto malo para obtener control de la fuente de peligro. También se proyecta el yo en varias partes: se pueden proyectar partes malas del yo tanto para librarse de ellas como para atacar y destruir al objeto; se pueden proyectar partes buenas para evitar la separación o para mantenerlas a salvo de la realidad interna, o para mejorar al objeto externo a través de una especie de primitiva reparación proyectiva.

La identificación proyectiva comienza en cuanto se instala la posición esquizoparanoide en relación con el pecho, “pero persiste y muy a menudo se intensifica cuando se percibe a la madre como objeto total y la identificación proyectiva penetra en todo su cuerpo” (Segal, 1979).

Raquel provocó que sus ex maridos actuaran la agresión de sus propios núcleos sádicos para no tener el peligro de actuarlos ella, ya que esto resultaría peligroso para su estructura; la relación se mantuvo mientras Raquel proyectaba sus propias partes buenas en sus parejas; esto la hacía sentir que sus parejas robaban lo bueno de ella y por esto se sentía controlada, pero invariablemente hubo un suceso que rompió bruscamente con esta sensación de “me debo dejar controlar”, y la relación llegaba a su fin.

En otro lugar (capítulo 16 de esta obra) planteamos que “las personas hacen un intento propositivo aunque inconsciente de forzar dentro del otro partes de sí mismo –

partes de su psiquismo— tratando de llevar activamente a la otra persona a comportarse de determinada manera. El interjuego o rejuego de proyecciones mutuas dará la tónica de la pareja, su carácter, y con ello por supuesto su buen o mal funcionamiento, ya que las personas proyectan aspectos o partes de sus necesidades en el otro y las identifican con ellos”.

En la persona de Raquel se puede notar que debido a sus núcleos sádicos, buscaba a través de la sumisión que alguien la agrediera, y este “alguien” fue su pareja, quien llegaba hasta la agresión moral, física y sexual actuando los requerimientos de Raquel (que se aunaban a los núcleos psicopáticos de cada uno de sus compañeros).

A partir de lo analizado e interpretado en el caso de Raquel, se puede concluir la importancia básica y radical tanto de la identificación proyectiva como de la compulsión a la repetición como mecanismos de protección ante el miedo y la angustia, y su prioridad como factores determinantes en la elección de pareja.

Básicamente, se debe resaltar la importancia de la identificación proyectiva como una forma de “captar inconscientemente” los deseos y necesidades de otros, principalmente de la pareja, para el “funcionamiento” de la relación y la identificación patológica.

Es básico hacer notar la importancia de los tempranos modelos de pareja como factor fundamental en la futura búsqueda de la propia relación, y al mismo tiempo tener presente que la gente que actualmente está en vías de formar una pareja, o que ya la ha formado, será modelo de sus propios hijos, con las consecuencias positivas o negativas que sus actuaciones en pro o contra de la vida psíquica tendrán sobre de ellos.

## **5. Duelo por la pérdida de la idealización de la pareja.**

Este apartado es tratado con toda amplitud en el capítulo 14 de esta obra, por lo que remitimos al lector a esa sección.

## **6. Constitución en el superyó de un valor o ideal que abarca tanto al compañero como a la relación misma.**

Ubicándonos dentro de la teoría psicoanalítica, y a sabiendas que dentro de nuestro aparato psíquico se encuentran tres instancias (ello, yo y superyó) que conforman un determinado modelo de personalidad, nos referiremos al tercero de estos como tema del presente apartado, para poder comprender su participación o papel en el nivel de desempeño de las relaciones de pareja.

El superyó evolutivamente es el último componente que aparece después del ello y el yo, quedando establecido normalmente al final de la resolución del complejo de Edipo (fase fálica). Representa las demandas interiorizadas del mundo exterior (la introyección de las figuras paternas y la asimilación de las normas sociales) que se configuran en un sistema de valores, actitudes e ideales propios. Ejerce la función de conciencia moral,

derivada de prohibiciones familiares y sociales, que generan sentimientos de culpabilidad. También actúa como ideal para premiar la propia conducta y entonces origina sentimientos de orgullo o autoestima.

“Como subestructura del superyó se encuentra el ideal del yo que deriva de la propia idealización del yo debido al narcisismo, y de las identificaciones con los padres, las figuras de autoridad y los ideales colectivos: lo que el hombre proyecta ante sí como su ideal. Actúa como un modelo al que el hombre intenta ajustarse y que le sirve de referencia para valorar sus realizaciones; representa el objetivo por el que lucha el yo”<sup>71</sup>

Freud introduce el concepto de narcisismo como un estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor objetal. Para explicarlo debemos incluir los conceptos de libido como energía psíquica capaz de cargar, “catectizar” un objeto determinado y que tiene la posibilidad de desplazarse; de ahí, si la libido se coloca sobre el mismo sujeto la denomina libido del yo o narcisista, y si se coloca en un objeto externo al sujeto, se denomina libido objetal; ésta libido puede desplazarse de un objeto a otro (Miranda Arce, 1994).

Posteriormente, Freud describió la elección narcisista de objeto, basada en la relación del sujeto consigo mismo, donde amamos la imagen de lo que quisiéramos ver, o sea, del ideal del yo.

Por consiguiente, el objeto elegido, soporte de las proyecciones del ideal del yo, es de alguna manera “apropiado” y reintroyectado en el yo del sujeto. Es también gracias a la proyección del superyó sobre el elegido, que se atenúa el temor constante a las críticas y agresiones provenientes de esta instancia, al menos de sus aspectos inconscientes.

Así, los límites que separan a los sujetos se atenúan, si es que no se borran, mientras que tienden a erigirse progresivamente las fronteras que separan al grupo amoroso del resto del mundo. Esta simbiosis o fusión desempeña un papel estructurador muy importante para la díada, ya que mediante la elaboración de sus relaciones internas se dará como resultado un especie de identidad de pareja, o sea, se introduce una toma de conciencia del proceso de grupo, conciencia de pertenecer al grupo-pareja. Hay que tener presente que son las necesidades expresadas por la díada las que imponen la distribución de los papeles dentro del grupo-pareja, mucho más que las necesidades individuales de uno de los miembros. Quien induce es el grupo-pareja, es decir, el conjunto de las necesidades colectivas inconscientes agrupadas alrededor de una problemática común de los integrantes de la pareja.<sup>72</sup>

---

<sup>71</sup> *Diccionario enciclopédico de educación especial*, 1985.

<sup>72</sup> Esta afirmación, que enfatiza la visión de “la-pareja-como-un-todo”, no pretende descartar —como en alguna época de la historia del psicoanálisis se hizo— la contribución de cada uno de los miembros constituyentes.

Desde que aparece entre los miembros la percepción implícita de un “nosotros” colectivo, la pareja funciona de hecho como grupo (Lemaire, 1979).

Es importante distinguir el tipo de valoración que un individuo presenta tanto para con su compañero –en la relación con el otro como objeto–, como la valoración que se le da al concepto de pareja incluyendo tanto al compañero como al propio individuo (relación diádica), ya que estas dos valoraciones pueden no siempre presentarse a la par o ser congruentes entre sí, dándose el caso de un individuo que manifieste una valoración acrecentada por su pareja, pero que la idea de pareja en sí esté sumamente disminuida o devaluada, y así en el caso contrario. Estas valoraciones provenientes de la instancia superyoica contribuyen grandemente al desarrollo ya sea positivo o negativo de las relaciones de pareja.

Como ha sido señalado, consideramos importante el estudio del desarrollo de las relaciones objetales, ya que los objetos dan a la energía libidinal su contenido, y los conforman dos polos:

- a) La creación de la imagen del sujeto o representación mental del sí mismo.
- b) La imagen del otro u “objeto” propiamente dicho como objeto de amor.

Estas imágenes tienen un desarrollo y crean verdaderos escenarios en el mundo interno de cada individuo, determinan modos de relación que al manifestarse definen las relaciones con los “otros” reales. El desarrollo marca predominios de las adquisiciones en tanto modos y modalidades de relación y funcionamiento, dependiendo de la gratificación obtenida en cada una de las fases, de la frustración y del cuidado que se haya tenido del mundo externo, de la bondad o no de los objetos primarios; ello permite una construcción completa y estable o no, de los escenarios del mundo interno de sus objetos y de los afectos que los conectan; estos van de la gama del odio al amor idealizado, pasando por envidia, sadismo, deseos de destrucción, rabia, explotación, preocupación, gratitud, amor y respeto. La resolución de los conflictos específicos de cada fase del desarrollo marcará las características de la relación de pareja. Se da una regresión que revive dichos conflictos; así la historia del amor a la pareja está sobrepuesta al amor al padre, que a su vez se sobrepone al amor a la madre, que va junto con el amor a sí mismo (Von Wobeser, 1994).

Otro aspecto de gran importancia es la estructura psíquica con la que cuenta cada individuo, incluyéndose por un lado la estabilidad y grado de desarrollo de las estructuras mentales en tanto representación mental de las imágenes del self y del otro “objeto”, y por otro lado, de manera concomitante, los mecanismos de defensa utilizados por el individuo como modo de funcionamiento (Kernberg, 1993).

Aquí creemos interesante comparar una estructura neurótica con una de personalidad normal para entender el nivel de desarrollo alcanzado, ya que las personas buscan y encuentran objetos amorosos con un nivel de desarrollo semejante y similar a su propia conflictiva. En las estructuras neuróticas el individuo está a merced de necesidades

infantiles de afecto erotizado sobre figuras prohibidas –generalmente los padres–, que mantiene reprimidas impidiendo su expresión. Por lo tanto, lo que se manifiesta externamente son inhibiciones y limitaciones especialmente en la esfera amorosa. En pareja, se repiten los aspectos neuróticos de inseguridad y desconfianza hacia el otro. Desconfianza de la continuidad y estabilidad de los sentimientos, de la sinceridad de las expresiones amorosas del objeto y sentimientos de culpa concomitantes en el sujeto por romper con las prohibiciones internalizadas neuróticamente.

En las personas con una estructura de la personalidad normal se encuentra un pasaje gradual del enamoramiento al amor real basado en características reales del sujeto y del objeto, que permitirán el establecimiento y conservación de la pareja con autonomía y satisfacción mutuas, con capacidad para tener experiencias individuales separadas de la pareja y, a su vez, para apoyarse cuando sea necesario. Los mecanismos psíquicos promueven y mantienen el crecimiento de las potencialidades de cada individuo (Miranda Arce, 1994).

Por último, otros aspectos que no sólo influyen, sino que conforman a la estructura superyoica en gran medida, son los factores socio-culturales, en los cuales la sociedad marca para sus integrantes roles que incluyen derechos y obligaciones, exigen responder a expectativas sociales y de alguna manera determinan las pautas de conducta. El niño introyecta estas normas sociales y las adopta como suyas de manera inconsciente al pasar los años. Estos aspectos sociales hacen de la elección del enamorado y las características deseables una verdadera elección de grupo, aunque el individuo crea que él hizo su propia elección y son suyos los factores que dan la “forma” a la pareja; estos factores engloban a las familias de origen y sus influencias étnicas, raciales y religiosas, clases sociales, comunidad, trabajo, e incluso la proximidad en tiempo y lugar.

### **Nota final**

Creemos importante recalcar, entonces, antes que nada, que el enamoramiento no es un factor crucial para entablar una vinculación amorosa o relación de pareja, sino que hay una gran variedad de factores que determinan este suceso.

Es relevante el diferenciar el enamoramiento del amor real, ya que el primero aporta poco para la construcción y durabilidad armónica de la pareja (cargado de la historia infantil en forma de deseos insatisfechos, de expectativas que ilusoriamente se cumplen), mientras que el segundo se basa en posibilidades y características tangibles que conllevan una relación gratificante en la realidad.

Cuando el objeto de amor es la creación ilusoria del sujeto, y no el encuentro y selección de una pareja adecuada, las posibilidades de que sea una relación gratificante en la realidad se minimizan, y ahí es cuando se echan a andar mecanismos psíquicos creadores de un equilibrio entre la pareja, que si no se disuelve –debido a la desilusión y frustración–, se estaciona en una relación de apego o costumbre no satisfactorias. Estos mecanismos de interacción se ven influidos por las historias del desarrollo, los



mecanismos defensivos, las estructuras psíquicas, valoraciones superiores y los factores socio-culturales a que se ve sometido cada individuo.

La manera en como cada uno de nosotros definimos el amor determina nuestras expectativas y experiencias particulares acerca del mismo. Es claro que los miembros de la pareja no siempre aman de la misma manera y, debido a esto, se produce una serie de conflictos que dañan la satisfacción que debiera brindar la relación de pareja en sí. A veces el amor experimentado y el deseado no coinciden y generan insatisfacción y culpa hacia uno mismo o hacia el cónyuge, por lo que la importancia o el valor que le damos a nuestro compañero, así como la importancia o el valor que tenemos del concepto de pareja en sí, viene a ser fundamental para el éxito o fracaso de las relaciones.<sup>73</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

Aberastury, A. (1993). *La adolescencia normal*. Buenos Aires: Paidós.

Blos, P. (1969). *Psicoanálisis de la adolescencia*. México: Joaquín Mortiz.

*Diccionario Enciclopédico de Educación Especial* (1985, Vols. 3 y 4). Madrid: Diagonal/Santillana.

Erikson, E.H. (1977). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

Estrada Inda (1987). *El ciclo vital de la familia*. México: Posada.

Finkelstein, L. (1988). Psychoanalysis, marital therapy, and object-relations theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 36 (4), 905-929.

Fromm, E. (1963). *El Arte de Amar*. México: Paidós, 1991.

Kernberg, O. (1980). Love, the couple, and the group: A psychoanalytic frame. *The Psychoanalytic Quarterly*, 49 (1), 78-107.

Kernberg, O. (1993). The couple's constructive and destructive superego functions. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 41 (3), 653-670.

---

<sup>73</sup> Los fenómenos derivados de la valoración psíquica de la pareja a través de un “nosotros”, íntimamente relacionado a la instancia superyoica, han derivado en el estudio de lo que hemos llamado *El espacio psíquico de la pareja*, para lo cual referimos al lector a los capítulos 6-9. Otros trabajos surgidos del seminario de investigación *Psicoanálisis de las relaciones de pareja* se han ocupado de ampliar algunos de los seis factores aquí ennumerados. Particularmente, como ya se mencionó, sobre el apartado “Elaboración de un duelo por la idealización de la pareja”, remitimos al lector al capítulo 14. Los capítulos 3, 4, 11 y 17 siguen de cerca aspectos relacionados con la “Conciencia sobre la propia tendencia a la compulsión de repetición y disminución de la identificación proyectiva patológica”. Se encontrará que otros capítulos tocan, aunque sea de manera tangencial, otros factores que se mencionan en esta clasificación.

- Kernberg, O. (1994). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Paidós.
- Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Obras completas*, vol. 3. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.B. (1968). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1979.
- Lemaire, J. (1979). *La pareja humana: Su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Mahler, M. (1975). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Miranda Arce, R. (1994). El enamoramiento: Una visión psicoanalítica. En *Antología de la sexualidad humana*. México: Porrúa.
- Pagaza Arroyo, A. (1995) El Amor tiene forma. *Diálogo*, 4 (9), 7-9.
- Segal, H. (1979). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Solís, H. (1979). Dios los crea y Freud los junta. Retrato hablado de algunas parejas. *Cuadernos de psicoanálisis*, 12 (1-4).
- Sternberg, R. (1990). *El triángulo del amor. Intimidad, amor y compromiso*. México: Paidós.
- Von Wobeser, Y. (1994). Psicología del amor. En *Antología de la sexualidad humana*. México: Porrúa.
- Willi, J. (1975). *La pareja humana: Relación y conflicto*. Madrid: Morata, 1993.
- Winnicott, D. W. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. Estudio de la primera posesión no-yo. En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1981.

## 20. “Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE...”

### ¿PREVENCIÓN EN PAREJA?<sup>74</sup>

¿Es posible hablar de algún tipo de prevención o educación preventiva en cuestiones de pareja? Tenemos la impresión de que la mayor parte de las personas considera inútil o imposible una labor así, lo cual resulta paradójico si tomamos en cuenta la importancia que damos en nuestras vidas a esta forma de relación. Películas, música, anuncios de bebidas, viajes, etcétera, parecen decirnos constantemente que la única opción válida de existencia es la de *dos que se aman*. Vivimos en una cultura que rinde culto constante a la pareja, y tal vez por eso, precisamente –como lo hemos mencionado–, al menos un 50% de los pacientes que consultan a un psicoanalista lo hacen por problemas específicos en el área de las relaciones amorosas, y el resto, eventualmente, con mayor o menor grado de insatisfacción, incluyen esos vínculos en el análisis.

Así pues, ¿qué nos hace considerar que la relación de pareja es algo que se da natural y perfectamente en cada uno de nosotros, y para lo cual nos encontramos preparados desde el nacimiento? Se trata, pues, de un mecanismo de negación fundamentado en una fantasía de control mágico-omnipotente (de la cual ya hemos hablado en capítulos anteriores), y que en su esencia se construye alrededor de la idea de libre determinación al elegir compañero, equiparándolo con la idea de libre determinación y dominio sobre el futuro de la relación.

Ya hemos dicho que el peso que el *placer y la mutua satisfacción emocional* tienen en la elección es lo que tal vez ha cambiado. Esto en realidad tan sólo refleja el pasaje que a lo largo del tiempo se ha ido dando de un nivel a otro en una jerarquía de valores motivacionales: desde las necesidades básicas hasta las necesidades de trascendencia, pasando por las de afiliación, grupo, etcétera. Sin embargo es posible plantear que los individuos (o por lo menos ciertos grupos sociales) no han tenido todavía el tiempo suficiente para efectuar los ajustes necesarios en el terreno de la convivencia de pareja en función de las nuevas formas de vinculación a las que nos estamos enfrentando (cambios en los roles de hombres y mujeres, ejercicio sexual, disminución del valor de las instituciones religiosas, sociales y políticas, mayor expectativa de vida, etcétera). En otras palabras, suponemos que la idea de que la pareja surge y se consolida naturalmente en cada persona, y que por lo tanto queda librada al azar o la buena disposición de los participantes, es el resultado de nuestra dificultad para tomar conciencia de los

---

<sup>74</sup> Algunas notas de este capítulo fueron presentadas originalmente como conferencia en la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A.C. el 28 de septiembre de 1995 y en el Hospital Schriners para Niños, A.C. el 11 de octubre de 1995. Apareció publicado en Sánchez Escárcega, J. (2007). Y vivieron felices para siempre... ¿Prevención en pareja? *Mente sana* [En línea]. <http://www.psicoterapeutasdeenlace.com:80/>.

vertiginosos cambios que se han producido en las formas de relación humana en las últimas décadas: las formas de pareja contemporáneas no son las mismas de antes y no podemos esperar que se desarrollen en base a los mismos elementos de unión que antaño resultaron funcionales.

### **Y vivieron felices... ¿para siempre?**

Sin embargo, mencionamos que existe una fantasía inherente al desarrollo evolutivo de la psique humana a la cual puede atribuirse la principal causa por la que comúnmente rechazamos toda posibilidad de aprendizaje, labor preventiva o incluso tratamiento psicoterapéutico de las relaciones de pareja. En parte surge de la creencia en que el problema principal –o el único– de los vínculos amorosos es el de formarlos, es decir, establecer la pareja. Lo demás vendrá por sí solo. Hemos denominado a este fenómeno *Fantasía del cuento de hadas*, ya que al igual que en las historias infantiles, la trama central transcurre alrededor de la conquista: el héroe tiene que salvar obstáculos, vencer a un monstruo, luchar contra algún ser maligno, derrotar a un tirano o hada malvada, etcétera, para, una vez logrado esto, conseguir la mano de alguna princesa o heroína. La historia termina ahí, con el “...y vivieron felices para siempre” que tantas veces disfrutamos cuando niños. Pareciera ser que lo que ocurre después ya no importa. Nunca nos enteramos si el príncipe fue infiel, si acostumbraba salir hasta tarde con sus amigos o si toleraba escuchar los problemas de su mujer; jamás sabremos si la flamante novia se convirtió en una esposa huraña, si se dejó absorber neuróticamente por los hijos o si logró adaptarse rápidamente a la vida sexual, y por supuesto no tenemos noticias de cómo se manejaban ante las dificultades económicas –si es que las tenían– o cómo reaccionaban ante las respectivas familias políticas o si había desacuerdos por cuestiones tan aparentemente triviales como la educación de los hijos, el tipo de valores familiares, las vacaciones o el tiempo libre. No, por supuesto que esto no se cuenta y en realidad no nos interesa porque, después de todo, tan sólo se trata de un hermoso cuento de hadas y estos tienen siempre finales felices. Quizás eso es en realidad lo que disfrutamos.

Y sin embargo, en forma similar, también nosotros contruimos historias parecidas: los padres se congratulan cuando “ya salieron de hijos”, cuando “ya casaron” a todos; las novias lucen orgullosas frente a familiares y amigos la sortija de compromiso, y los novios afirman –entre satisfechos y ruborizados, o entre bromas condescendientes– que finalmente *han decidido* sentar cabeza. Asistimos a despedidas de solteros y solteras, otorgamos regalos y parabienes a los nuevos esposos, compartimos banquetes y después nos olvidamos. Pareciera ser, entonces, que todo consiste en realizar una buena elección de compañero, cuando en realidad debieramos considerar que justamente es ahí donde comienza la labor de pareja. El problema no es la *elección*, sino la *consolidación* de esa elección, o para decirlo en otras palabras, *la conquista no es un final, sino el principio de la pareja*.

Pero, ¿qué es lo que nos hace suponer que *elección* y *consolidación* son sinónimas? Seguramente debe ser algo más que la mera costumbre de pensar a la pareja siempre en los mismos términos. Ningún empresario supone que por el mero hecho de

formar una sociedad mercantil ésta le otorgará automáticamente dividendos. La razón tal vez estriba en la negación mágico-omnipotente a la que hemos aludido. Esta negación surge de un hecho del desarrollo: recordemos que desde el momento del nacimiento nos vemos enfrentados a la frustración y por consiguiente a la pérdida del objeto omnipotentemente satisfactor que inicialmente es la madre o una parte de ella (por ejemplo el pecho). La tendencia innata de las pulsiones por lograr su descarga y mantener el nivel de tensión en su punto más bajo presiona al infante a hacer una escisión entre objetos buenos satisfactores y objetos malos frustrantes, eliminando consecuentemente de la mente a los segundos para conservar una unión idealizada con los primeros. La maduración emocional y los efectos de la realidad sobre la mente obligan al bebé a integrar gradualmente los aspectos negativos de los objetos malos junto a los aspectos positivos de los más placenteros, dando lugar a lo que se conoce como relación de objeto total (opuesta a una relación de objeto parcial). Sin embargo, el deseo de recuperar la relación con un objeto idealizado, libre de toda frustración posible, permanece inalterado en el inconsciente a lo largo de la vida. Tal como hemos mencionado, el hecho de que en la mayor parte de las religiones exista la idea de un “paraíso perdido”, del cual ha salido o ha sido expulsado el hombre, pero al cual puede regresar mediante el cumplimiento de diversos actos o rituales, debe ser considerado como la elaboración cultural y simbólica de ese deseo infantil de retornar al estado de máximo placer posible que alguna vez se tuvo o se imaginó tener. La relación de pareja, por sus características regresivas y altamente idealizantes se presta muy bien en el psiquismo de la mayoría de las personas para cumplir u ocupar el papel de paraíso terrenal, ése en el cual el dolor, la frustración, el esfuerzo o la falta de gratificaciones no existen.

Así nos encontramos con que para el grueso de la humanidad la pareja adquiere el valor de depositaria de todo lo ideal, de lo largamente deseado, de lo perdido. No es de extrañar que el enamoramiento sea, por definición, igual a idealización: el compañero posee virtudes que nadie más tiene, es capaz de provocar estados inigualables y sus atractivos son insuperados. Los defectos se hacen a un lado, las objeciones se minimizan, todo en aras de preservar la relación fantaseada con el objeto bueno del inconsciente. Sin embargo, este estado de cosas tarde o temprano cede su lugar a la realidad. La *luna de miel psicológica* (Lemaire, 1979) que se da durante la fase de enamoramiento –y que no tiene nada que ver con el popular viaje que acostumbran la mayoría de las parejas después de su unión– va dando paso a un estado más objetivo (en un desarrollo adecuado) que se caracteriza por la posibilidad de integrar las partes menos idealizadas, pero reales, del compañero. Este proceso de *desidealización*, que estudiamos ampliamente en el capítulo 14, y que de hecho es propiamente la *consolidación* de la relación, no se efectúa de una vez y para siempre, sino que constituye la vida misma de pareja a lo largo de los años. La desidealización no significa *resignación*, es decir, el sometimiento pasivo a las características de personalidad del otro (y que no es más que otra forma de auto-idealización), sino la toma de conciencia de que las virtudes y los defectos son inherentes completamente a la persona del compañero, no son “agregados”, sino su esencia misma. Esta toma de conciencia implica, por lo pronto, que nos movemos

ahora en el terreno de la realidad, con lo cual quedan asentadas las bases para posibles negociaciones, acuerdos, transacciones... o renunciaciones.

Algo más: el proceso de desidealización que mencionamos implica igualmente que uno se asume como ser real, también con virtudes y defectos que no pueden desaparecer o ser creados a voluntad y de un día para otro. Aquí ya no entran “los buenos deseos” acompañados de un “¿por qué yo?”, o del “*querer es poder*”, que muy frecuentemente tiene más visos de conjuro que de realidad. Las ficciones desaparecen, y con ello, la imagen de una unión perfecta cuyo único soporte es la imperiosa necesidad inconsciente de compensar todo aquello que la vida nos ha negado. Ya dijimos que este doble proceso de desidealización, *hacia el otro y hacia uno mismo*, requiere de una buena capacidad para tolerar la frustración, para soportar el contacto con la realidad y para mantener la relación de confianza con un objeto total. Por supuesto nada de esto es fácil, pero lo contrario conduce inevitablemente a la desesperación, al rencor y a las represalias del inconsciente (a través del retorno de lo reprimido).

### **“La pareja perfecta”**

Una de las fantasías más comunes que hemos podido encontrar en nuestro estudio sobre parejas es la de que la relación debe ser *perfecta e inmutable*. Encontramos esta creencia nuevamente fundamentada en dos factores paralelos pero interrelacionados. El primero de ellos tiene que ver precisamente con el mecanismo inconsciente que hemos venido mencionando, es decir, la tendencia natural del infante a desear recuperar a toda costa la unión perfecta con el objeto omnipotentemente satisfactor, proceso que permanece oculto en la mente a lo largo de toda la vida. Lo que importa aquí es resaltar la lógica de la escisión: en el enamoramiento idealizamos; por lo tanto, si el objeto es ideal, entonces es perfecto; si es perfecto, entonces debe satisfacer todas nuestras necesidades. Para decirlo en otras palabras –y es que nos interesa recalcar el punto central de esta fantasía–: un compañero perfecto *debe comportarse como tal*; lo hemos elegido pensando que se acoplaría bastante bien a lo que esperamos de una pareja (y nos ha dado pruebas de ello); no queremos que cambie; no queremos, en realidad, *que traicione nuestra expectativa*. Nos aferramos a que la pareja continúe como la conocimos en el periodo de máxima idealización (el noviazgo), deseamos que se ajuste a toda costa a la imagen ideal de una pareja perfecta: *una que se aproxime lo más posible a nuestro ideal inconsciente*.

Como consecuencia de lo anterior, una parte inconsciente de nosotros tiene una resistencia intrínsecamente natural para aceptar la evolución de la relación y el cambio. Si retomamos la creencia no verbalizada de que la pareja se consolida cuando se ha establecido o formalizado la unión, podemos ver que incluso socialmente se espera que la (buena) relación se mantenga inalterada, es decir, inmutable, lo cual se opone directamente a la realidad de las parejas. Este es el segundo factor que fundamenta la fantasía del amor “perfecto”. De hecho hemos podido observar que, en muchos casos, socialmente se tolera más fácilmente un rompimiento que una crisis. La gente tiende a mostrarse más reacia a escuchar a familiares o amigos decir que están teniendo

“altibajos”, “ajustes” o “problemas”, que a oír que han decidido terminar, lo cual en algunos círculos sociales actualmente es bastante bien comprendido, ya que se considera como la oportunidad de iniciar una nueva relación más satisfactoria y con el sello invariable de lo *ideal*, y esto a pesar de que intelectualmente sabemos que toda relación (no sólo de pareja) tiene momentos críticos.

El asunto de las *crisis* merece todo un apartado especial. De entrada podemos referirlo a la historia de las relaciones amorosas: en el pasado, debido a la diferente conceptualización del significado de la palabra *amor*, y en particular debido a la expectativa de vida conyugal (de 15 a 20 años en el siglo XIX), así como también a la intervención de otros factores, las parejas tenían menos posibilidades de vivir los cambios naturales del desarrollo a los que hoy en día se ven enfrentadas la mayor parte de las uniones amorosas (adolescencia de los hijos, jubilación, etapa de rencuentro, síndrome del “nido vacío”, vejez, etcétera). De ahí que la frase *crisis de pareja* haya acabado por tener una connotación negativa.<sup>75</sup> Sin embargo una crisis también representa la oportunidad de crecimiento y reajuste (Lemaire, 1979; Willi, 1975). Significa, antes que nada, la toma de conciencia de la necesidad de un cambio y la puesta en práctica de medidas para implementarlo. Pero nuevamente debemos enfatizar que es el mecanismo de negación mágico-omnipotente –a nivel individual y social– lo que más se opone a la movilización de las potencialidades de cada uno de los miembros de la unión.

### **“Más vale prevenir que lamentar”**

En nuestro trabajo con parejas hemos llegado a considerar como uno de los principales problemas (junto con la negativa a tolerar la desidealización del compañero y la relación, y la incidencia maligna del mecanismo de identificación proyectiva patológica), la dificultad para elaborar negociaciones realistas y acuerdos maduros de pareja. Los tres problemas tienen su origen en la infancia, por lo cual debemos considerar que es ahí donde tenemos la oportunidad de hacer una verdadera labor preventiva. Puntualizaremos tan sólo los siguientes aspectos de crianza infantil que tarde o temprano contribuirán a nuestros problemas adultos de relación de pareja:

a) Desde niños –sobre todo en los modelos tradicionales de educación– difícilmente aprendemos a realizar negociaciones de cualquier clase con nuestros padres, hermanos y maestros. Por alguna razón asumimos que los hijos no deben o no están capacitados para opinar o decidir sobre su vida, incluso en los aspectos más cotidianos. Estamos hablando de algo que podemos conceptualizar como una parte pocas veces mencionada de los derechos humanos en la infancia. La relación padre-hijo implica generalmente juegos de poder; y el peligro en estos es la tentación de hacer *en forma activa lo que se sufrió en forma pasiva*, es decir, la inclinación a invertir roles, sometiendo, dominando o imponiendo de la misma manera en que uno fue sometido.<sup>76</sup> Justificamos lo

---

<sup>75</sup> *Crisis*, en griego, significa “decisión, juicio, momento decisivo”, pero nunca “problema” (en el sentido negativo de la palabra).

<sup>76</sup> Muchas otras relaciones se prestan a la realización de este deseo inconsciente, por ejemplo, la relación maestro-alumno (C. f. Sánchez-Escárcega y Oviedo Estrada, 1993).

anterior con la idea racionalizada de que un niño no es capaz de cuidarse a sí mismo o que desconoce lo que es mejor para él, o simplemente con el pensamiento de que necesita una guía para su desarrollo; todo lo cual es absolutamente cierto, pero que sin embargo no implica una minimización sistemática de su persona, opiniones y desacuerdos. En nuestro trabajo con padres de familia frecuentemente escuchamos que “si uno se deja, los hijos se te trepan a la cabeza”, y también que “los hijos deben adaptarse a las necesidades de los padres y no al revés”, como si la única opción posible fuera *someter o ser sometido*. Vemos en esto el origen de lo que tiempo después, en la adultez, se convertirá en la dificultad para tomar en cuenta las necesidades de la pareja, para considerar como válidos sus requerimientos emocionales, físicos, económicos, sexuales, de espacio, privacidad y libertad, de información, etcétera, y por supuesto, para realizar negociaciones sobre ellos. Nuestra opinión es concluyente en este rubro: debemos aprender a negociar con nuestros hijos para enseñarles a hacerlo cuando a su vez sean adultos.

b) En buena parte determinado por los mecanismos de negación e idealización que hemos venido mencionando a lo largo de este trabajo, consideramos que en mayor o menor medida tendemos a desestimar y evitar un hecho perfectamente natural de toda relación humana: *la ambivalencia de sentimientos*. Creemos y transmitimos la idea de que el enojo, el desacuerdo, la molestia y la discrepancia de opiniones deben ser evitados en todos los casos. Ya hemos mencionado algo de esto en el párrafo anterior, pero aquí enfatizamos la valoración negativa que damos a una amplísima gama de sentimientos y actitudes que por fuerza surgen en la convivencia profunda con personas que al mismo tiempo queremos y respetamos. La idea de que “es malo” enojarse crea frecuentemente una discrepancia entre lo que un niño siente u observa y lo que ha aprendido que debe suceder (por ejemplo cuando percibe que sus padres están molestos pero oye que “están cansados” o que “no se sienten bien físicamente”, o cuando repetidamente escucha que “los hermanos no se pelean”). Podemos decir que en un tipo de educación así, que es la que tradicionalmente ejercemos, el *vacío conceptual* que se crea en la mente del niño no puede ser llenado con explicaciones, procedimientos, “técnicas” o aprendizajes acerca de cómo se negocian los conflictos porque, por principio de cuentas, no se admite la existencia de ellos.

c) En relación al tema del “ocultamiento”, mencionaremos brevemente el aspecto de la sexualidad, que si bien no en todas las parejas es un área de conflicto, sí involucra factores educacionales preventivos desde el mismo momento en que tendemos a restringirla a la mera relación coital-genital, cuando en realidad es un fenómeno más amplio con implicaciones bio-psico-sociales. Sin entrar a discutir cómo es que identificamos *educación de la sexualidad* con *información sobre las relaciones sexuales*, y cómo minimizamos el valor de la otra educación, la *informal* (hacer referencia a las partes del cuerpo por su nombre correcto, valorar positiva o negativamente el ser hombre o mujer, ocultar o no funciones corporales como la defecación, la menstruación, etcétera), y el efecto que esto tiene en las posteriores actividades sexuales en la vida de pareja, mencionaremos simplemente el aprendizaje que hemos recibido acerca de que la ternura es un componente eminentemente *sexualizado* de las relaciones adultas. Con esto nos



referimos al hecho de que no sólo tendemos a negar la agresión en las diversas formas de convivencia, sino también a considerar la ternura y sus manifestaciones (besos, caricias, abrazos y otras formas de contacto físico) como ligados a la sexualidad, con lo cual evitamos mostrarla públicamente o incluso frente a los hijos, restringiéndola exclusivamente a la intimidad y en función de un contexto coital. Nuevamente vemos aquí algo que a la larga cobrará su precio en la edad adulta: primero, la reticencia a realizar demostraciones de afecto, reconocimiento y aprecio a través de ternura física por considerar que esto implica una erotización de la relación (por ejemplo con los hijos); segundo, lo inverso: la dificultad para considerar que la relación erótica con la pareja puede tener otras formas de expresión además de las manifestaciones corporales (por ejemplo a través de palabras, cumplidos, etcétera).

d) Aceptando que de ninguna manera hemos agotado el tema, por último mencionaremos un factor que es relativamente ajeno al ámbito de las relaciones internas familiares, es decir que su principal fuente se sitúa en los modos de vida cotidiana modernos. Nos referimos al hecho de que los desarrollos tecnológicos, la vida social-política y económica de nuestro mundo, así como la dolorosa realidad medioambiental en la que nos encontramos insertados, nos demuestran a cada instante y de manera sostenida que aquello que comienza a deteriorarse no tiene posibilidades de ser reparado. No sólo se trata de objetos concretos de nuestro entorno –por ejemplo juguetes, aparatos domésticos, etcétera–, los cuales nos hemos acostumbrado a usar y desechar, sino también a aspectos más complejos de la existencia como las injusticias del mundo, la pobreza, el ecocidio, etcétera. Todos ellos actualmente están dejando en los niños un aprendizaje que nuevamente será pagado con insatisfacción en la edad adulta y en las relaciones de pareja: *la idea de que luchar por lo que se quiere o se ama o se necesita resulta inútil, absurdo o estéril*. La esperanza realista, el interés, la tenacidad, el diálogo, la tolerancia –todos–, son aprendizajes que se realizan en la infancia, pero requieren de buenos instructores capacitados para la transmisión de estos conocimientos. A su vez, ellos mismos debieron haber recibido este legado de sus propios educadores. Normalmente no sucede así. La posibilidad de la prevención (por ejemplo en cuestiones de pareja) se encuentra precisamente ahí, en ese pequeño margen que la inercia a repetir lo vivido deja a la observación, a la honestidad y al deseo de cambio. Todo ello implica la necesidad de realizar un duelo (en mayor o menor medida, pero siempre un duelo) por lo que no se tuvo, por lo que se deseó tener o por lo que en definitiva y para siempre se perdió. Generalmente, si es que se puede hacer, este proceso toma toda una vida.

## BIBLIOGRAFÍA

- Lemaire, J.-G. (1979). *La pareja humana: su vida, su muerte, su estructura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Sánchez Escárcega, J. y Oviedo Estrada, L. (1993). Algunas notas psicoanalíticas sobre la relación maestro-alumno. *Didac*, 21, 2-4.

Willi, J. (1975). *La pareja humana: relación y conflicto*. Madrid: Morata.

## 21. A MANERA DE CONCLUSIÓN

1. ¿Qué aportaciones podemos añadir, desde el punto de vista de la *casuística psicopatológica*, a la comprensión de los fenómenos narcisistas de pareja?, es decir, ¿cómo podemos entender el vínculo de los miembros de una pareja para con ellos mismos en tanto pareja?

A partir de algunas de las observaciones propuestas en los capítulos previos, pudimos identificar elementos mentales, afectivos, vinculares, clínicos y culturales que intervienen en la relación de una pareja para consigo misma.

En particular, en el caso de los vínculos narcisistas, encontramos dos niveles de funcionamiento en una pareja con esta modalidad:

- *Parejas narcisistas malignas o sociopáticas*. Se organizan alrededor de una mezcla de componentes genitales y pregenitales sumamente poderosos e intensos, que incluyen una sexualidad primitiva fusionada con oralidad, sadismo-masochismo, necesidades de vaciar al otro destruyéndolo, y tendencias narcisistas malignas y frecuentemente sociopáticas. Como vínculo relacional, estas parejas narcisistas primitivas “puras” operan alrededor de un self colusivo indiferenciado en el que la agresión oral predomina. El otro es utilizado para obtener vida, con muy poco miramiento por sus necesidades. La modalidad del vínculo es “Quién acaba primero con quién”.
- *Parejas narcisistas simbióticas*. Existe otra modalidad de vínculo narcisista entre parejas, menos primitivo que el anterior, también con un formato colusivo narcisista, pero centrado en la fusión de los compañeros amorosos, cada uno ocupando su respectivo sitio en el juego admirativo y devaluatorio que se establece (el otro es sólo unos ojos que miran o admiran; o que no lo hacen; desde el otro lado, la pareja es un objeto a ser admirado).

2. Desde una *perspectiva clínico-terapéutica*, ¿qué podemos aportar al entendimiento de fenómenos de relación de pareja como los que surgen en una infidelidad? ¿Hasta qué punto la estructura de una relación amorosa triangular permite observar los efectos de mecanismos inconscientes que involucran a los tres interesados, los convocan o los organizan alrededor de una cadena de fantasías particulares, a la vez compartidas?

- *Fenómenos de coalescencia:* Establecidos alrededor de fantasías inconscientes compartidas por dos o más personas). Se fundamentan en tres “puntos de apoyo”:
  - a) Características más o menos reales, tangibles, de la otra persona, del vínculo o de la historia de la pareja.
  - b) Percepción distorsionada, escindida, parcializada de determinados rasgos de la relación o de lo sucedido.
  - c) Identificación proyectiva simultánea entre los miembros de la relación, a través de la cual intentan que el otro (o los otros) se asemejen a los modelos internos que cada uno posee en su interior en forma de fantasías inconscientes.
- *Etapas en el desarrollo de una infidelidad:*
  - a) Una escisión que comienza dentro de uno, y seguramente al mismo tiempo en los dos miembros de la pareja.
  - b) Una *proyección* sobre personas o situaciones externas a la relación, intentando ubicar fuera del vínculo lo que de hecho no se puede integrar más adentro. Entre los depositarios de estos aspectos escindidos, se encuentra a veces una relación extramarital.
  - c) Una unión, mezcla, adición de fantasías, en la que tomando aspectos de la realidad, distorsionando otros y forzando comportamientos y roles en la pareja, se da una fusión o *coalescencia* de fantasías inconscientes entre dos y hasta tres personas que, de una manera u otra, están comunicadas e interactuando entre sí, aunque no se conozcan.
  - d) Una *negación* de este escenario o situación, mantenida inconscientemente por la persona engañada, y propositivamente por quien engaña, que eventualmente redunda en una *colusión* inconsciente entre ambos.
  - e) Un regreso de lo negado y evacuado cuando finalmente se descubre la infidelidad (*retorno de lo reprimido*).

3. Desde una *perspectiva metapsicológica*, ¿cómo explicamos la vinculación entre dos personas? ¿Dónde debemos situar mentalmente el interés y el cuidado *del otro*? ¿En qué punto se realiza el entrecruzamiento de dos *yos*? ¿Qué fenómenos psicodinámicos se generan a partir de la idea de un “*nosotros*”?

Los desarrollos teóricos realizados a partir de la presente investigación permitieron ofrecer explicaciones originales sobre el vínculo amoroso entre dos participantes; pueden

identificar el “lugar” psíquico donde se sitúa el interés y el cuidado del compañero amoroso, el punto donde se entrecruzan dos yos, con sus características y condiciones particulares.

- Concepto de *espacio psíquico*, caracterizándolo como poseedor de:
  - a) Espacio.
  - b) Cuerpo.
  - c) Tiempo y memoria.
  - d) Mecanismos defensivos.
- Concepto de *tiempo y memoria*: el tiempo funciona en las parejas a manera de *recuerdo encubridor*, y que, en cuanto a la memoria, ésta cumple al menos las siguientes funciones en la relación:
  - a) Como registro de la secuencia evolutiva de la pareja.
  - b) Como contraste con el ideal del yo de la pareja.
  - c) Como expresión de la fantasía básica dual inconsciente.
  - d) Como muestra de los mecanismos defensivos de la pareja.
  - e) Como expresión de una memoria del cuerpo.
  - f) Como “puesta al día” o actualización de la identidad de pareja.
  - g) En relación al establecimiento de un “mito fundante”.

4. ¿Qué aportaciones podemos realizar al estudio del *desarrollo y constitución del self individual y de pareja*, qué elementos incluyen estos fenómenos psíquicos?

- Planteamos que existe una entidad no sólo fenomenológica sino clínica denominada self, que incluye:
  - a) al cuerpo con todas sus partes,
  - b) la estructura psíquica con todas sus partes,
  - c) el vínculo con los objetos externos e internos
  - d) al sujeto como opuesto al mundo de los objetos.

Este self comprende al yo como parte de la estructura psíquica, pero también contiene a las otras instancias a través de autorepresentaciones. De hecho, este self está constituido primordialmente de imágenes de sí mismo.

- a) El yo, como estructura, contiene a su vez una *autorepresentación del self* como parte de sus funciones (el mundo representacional, el establecimiento de relaciones de objeto).
- b) Existe también una *representación del otro*.
- c) Aparece una representación de *uno mismo unido al otro*, en relación con el otro, donde se combinan diversas imágenes como, por ejemplo, la creencia en una representación que el otro posee de nosotros, o sea, una imagen del sí mismo en el psiquismo del otro, en su mirada.
- d) En el intejuego entre las representaciones narcisistas del sí mismo y las representaciones del otro, aparece una representación *del otro unido al self*, una imagen dual vincular, una representación de la unión, del espacio entre las dos personas, de los registros mnémicos que constituyen “su memoria”, signo infaltable en toda autorepresentación de un vínculo.

5. En cuanto al concepto de self de pareja y espacio psíquico vincular, y desde una *óptica descriptiva*, ¿qué elementos constituyen o conforman este self (individual primero y luego de pareja)?

El *self de pareja* está formado por una serie de representaciones mentales, conscientes, preconscientes e inconscientes, entre las que se incluyen:

- *Imagen corporal* representada por la unión imaginaria del cuerpo de ambos, la manera en que ambos miembros de la pareja se representan ante sí mismos y ante los demás en su imagen y valoración física y estética (la noción de sexualidad es clave).
- *Representación espacial* de la pareja, con sus límites, espacios, territorios y enclaves, inscrita en torno a la cotidianidad de la pareja, su rutina.
- *Registro temporal* de la pareja en términos de las sutiles o grandes variaciones sufridas a lo largo de días o de años; un sentido de mismidad y continuidad a lo largo del tiempo, desde sus inicios hasta la fecha. El registro no es unívoco e invariable, sino que sufre las distorsiones de los diferentes estados afectivos de la pareja, es decir, que la “memoria” de la pareja siempre va a estar sujeta a las condiciones emocionales del vínculo.
- Representación, registro o inscripción del *estado afectivo* producido por la pareja, por el conjunto; su “coloreo” emocional.

- *Representación narcisista* de la pareja compartida en mayor o menor medida por ambos miembros; de hecho, normalmente bajo los efectos de fenómenos tales como la colusión defensiva y patológica en el nivel de la autovaloración del vínculo.
- Pulsiones, relaciones y vínculos representados en forma de *escenas* de deseos, ansiedades y defensas (es decir como fantasías inconscientes acerca del otro en tanto objeto, y acerca de ambos como conjunto, como vínculo); de esta última se deriva una *representación mental dual propia* de la pareja.
- Conjunto de expectativas e imágenes de atracción (ideal del yo) que incluye a ambos miembros en forma de autorepresentación idealizada de la pareja; una proyección de la imagen ideal de ambos que funciona como tensión entre un *self conjunto real* y uno *ideal*.
- *Representación social* de la pareja, es decir, las relaciones de la pareja hacia el exterior del vínculo; una representación que es a la vez un límite, el delineamiento del contorno de la pareja, su extensión “geográfica”.

6. Desde una *perspectiva representacional*, ¿podemos considerar a la pareja como una neoformación psíquica dentro de la propia relación?

- La pareja es una *neoformación psíquica* que origina y es influida por la circulación de elementos relacionales (pulsiones, relaciones objetales, mecanismos de defensa, roles, fantasías conjuntas, acuerdos en diversos niveles de conciencia, influencias sociales, culturales e históricas transmitidas por los diferentes grupos y subgrupos que operan desde los individuos, mezclándose, combinándose, y buscando un acomodo, de tal forma que acaban por construir un estilo de pareja, un sello particular que distingue a esa pareja de las otras, y a éstas de aquella, y que no puede reconducirse a las dos personas por separado.

7. Desde una *perspectiva estructural, organizativa y clínica*, ¿podemos identificar algunos núcleos particulares alrededor de los cuales se conforman estos vínculos entre dos personas?

La relación de pareja se forma alrededor de núcleos organizadores psicodinámicos (aquellos que se crean en la unión e interacción de dos que se aman), entre los que se cuenta principalmente *el Edipo*, es decir, la *organización genital del vínculo*. Utilizamos aquí el término “organizadores” en el mismo sentido que lo hace Spitz (1969), es decir, como “momentos organizadores del psiquismo del infante”.

- Cada pareja, en su punto de mayor progresión, se estructura progresiva y secuencialmente alrededor de un *núcleo organizador psicodinámico primario* que es el Edipo y la genitalidad (con sus ansiedades y fantasías de castración

y envidia, con su renuncia a las fantasías grandiosas y omnipotentes, negadoras de la realidad).

- Alrededor de este núcleo se sitúan jerárquicamente los demás *núcleos organizadores pregenitales* (analidad, oralidad, narcisismo) que se funden en condensaciones y mezclas.

8. Desde la *perspectiva sintomática*, ¿cuáles son las ansiedades surgidas en las diferentes modalidades de relación que se dan en una pareja a partir del reconocimiento de ambos en una zona vincular de contacto?

- La pareja se expresa a través de los acuerdos, pactos y reglas que se establecen entre ambos yos, y provoca formas de comportamiento y negociación de la representación mental del espacio vincular que se forma entre el yo de un sujeto y el del otro. No sólo se caracteriza por las formas en las que cada sujeto se apropia del otro, sino muy importantemente, *por las formas en que cada sujeto se deja apropiar*. Aquí nos encontramos con diversas posibilidades:
  - a) *No reconocimiento* (ligado a ansiedades de no-asignación),
  - b) *Vínculo de rechazo* (ligado a ansiedades de exclusión),
  - c) *Vínculo de fusión narcisista* (ligado a fantasías de unión omnipotente con el objeto idealizado y ansiedades relacionadas con la pérdida de la propia identidad),
  - d) *Vínculo depresivo* (ligado a la pérdida de la relación anaclítica),
  - e) *Vínculo paranoide* (ligado a fantasías de pérdida de un espacio no compatible y a las ansiedades de hipervigilancia por parte del otro).
- Estas diferentes formas de vinculación pueden también traducirse en diversos afectos y temores particulares: *ser ignorado, ser rechazo, depender totalmente del otro, que éste no cumpla las expectativas y no poder quitárselo de encima*.

9. Desde una *perspectiva comportamental*, ¿qué formas de vinculación colusiva son las principales que organizan la relación de una pareja, sus temas centrales o formas *vinculares colusivas*?

- a) El centro de los fenómenos de la pareja gira alrededor del tema “ser ignorado”.
- b) El centro de las dinámicas de la relación se establece alrededor del tema “rechazar-ser rechazado”.

- c) El centro de los fenómenos de pareja ocurre alrededor del tema “idealizar-ser idealizado” (admirar-ser admirado).
- d) El centro de los fenómenos de pareja gira alrededor del tema “poseer-perder al objeto”.
- e) El centro de los fenómenos de pareja ocurren alrededor del tema “no poder librarse del otro” (pérdida del espacio no compartible; el otro como un ojo persecutor; lo opuesto del vínculo de dependencia; la principal ansiedad no consiste en perder al otro, sino en no poder escapar de él).

10. ¿Qué aportaciones podemos realizar, desde la *perspectiva clínica*, a la comprensión de algunas situaciones típicas de conflicto relacionadas con las vinculaciones amorosas contemporáneas, tales como disfunciones sexuales, celos, paternidad, etcétera?

Nuestro trabajo terapéutico posibilita ofrecer explicaciones suficientes para comprender algunas de las transformaciones y cambios que se presentan en las relaciones de pareja en cuanto a fenómenos particulares actuales tales como los mencionados. En particular se estudiaron:

- La importancia que tiene el uso de los sueños postcoitales en el tratamiento de disfunciones sexuales.
- Los componentes narcisistas que intervienen en los celos, además de los clásicos libidinales edípicos.
- Los diferentes cambios que se producen en la pareja al momento de convertirse en padres, identificando entre ellos a los siguientes:
  - a) Rol social.
  - b) Identificación con los propios padres.
  - c) Renuncia a los deseos insatisfechos de la propia infancia.
  - d) Empatía con las necesidades del hijo.
  - e) Relación de pareja gratificante.

11. ¿Qué factores intervienen en la *elección, idealización, desidealización, proceso de duelo y consolidación* de una pareja amorosa? ¿Cuáles son los principales elementos que influyen, desde una *perspectiva evolutiva*, en la relación de pareja? ¿Qué *mecanismos psicológicos defensivos* intervienen en estos procesos?

Por otra parte, también señalamos la importancia del proceso de desidealización en la consolidación del vínculo de pareja. Mencionamos que el duelo implica la dolorosa



aceptación de aspectos insatisfactorios del objeto y la pérdida de una representación totalmente buena e idealizada de sí mismo, en otras palabras:

- Una desidealización de la pareja
- Una renuncia a la propia idealización
- La aceptación de la desidealización de uno mismo en el otro.

Por otro lado, establecimos algunas hipótesis referentes a las defensas que utilizan las parejas para evitar el proceso de disidealización:

- a) Negación
- b) Escisión y proyección
  - Proyección del objeto malo fuera de la relación de pareja.
  - Proyección del objeto malo sobre aspectos circunscritos del cónyuge.
  - Proyección del objeto bueno sobre aspectos circunscritos del cónyuge.
  - Proyección del objeto bueno sobre terceros.
  - Proyección masiva del objeto malo sobre el cónyuge y autoidealización del sujeto.
  - Distanciamiento sin ruptura.
- c) Defensas contra la desidealización de uno mismo en el otro.

La investigación realizada permitió identificar los principales elementos del desarrollo psicosexual que, sumados unos a otros a la manera de *líneas de desarrollo* (Anna Freud), condicionan o posibilitan los procesos psicológicos que intervienen en la formación y consolidación de una relación amorosa (*elección, idealización, desidealización, proceso de duelo y consolidación* de la relación). Entre ellos se señalaron:

- a) Autismo Normal.
- b) Simbiosis.
- c) Primera subfase: La diferenciación y el desarrollo de la imagen corporal.
- d) La segunda subfase: Ejercitación locomotriz.
- e) La tercera subfase: Acercamiento.

- f) La cuarta subfase: La consolidación de la individualidad y los comienzos de la constancia objetual emocional.

Igualmente señalamos la importancia y vinculación que existe entre las diferentes etapas del desarrollo evolutivo de una pareja y las 8 etapas del hombre planteadas por Erikson:

- a) Confianza básica vs desconfianza básica.
- b) Autonomía vs. vergüenza y duda.
- c) Iniciativa vs. culpa.
- d) Industria vs. inferioridad.
- e) Identidad vs. confusión de rol.
- f) Intimidad vs. aislamiento.
- g) Generatividad vs. estancamiento.
- h) Integridad del yo vs. desesperación.

12. Desde una *perspectiva psicopatológica*, ¿qué aportaciones podemos hacer al entendimiento de los vínculos destructivos, agresivos, sádicos o masoquistas que caracterizan a ciertas parejas en conflicto?

El trabajo psicoanalítico realizado permitió dar cuenta de los principales elementos que intervienen en la formación de estos vínculos. En particular se trató de ampliar el concepto de *colusión*, identificándolo como un modelo más explicativo que el psicoanalítico clásico, el de la terapia familiar tradicional y el sistémico. Se validó la definición de *colusión* como “Un proceso simbiótico en el que los dos elementos de la pareja se atribuyen inconsciente y mutuamente sentimientos compartidos. En el nivel profundo, hay actitudes hacia el otro como si fuese parte de uno mismo y se le trata según se valora este aspecto de uno mismo; en esta situación, los límites entre las partes del yo, el objeto externo y el objeto interno, son confusos” (Armant, 1994, p.33).

Igualmente pudimos identificar un ciclo de acciones y respuestas más o menos definidas que dan lugar a las luchas entre los miembros de una pareja sadomasoquista. Denominamos *posición de culpa* y *posición de venganza* a los dos polos de esta situación. La secuencia ocurre más o menos así:

- a) Uno de los miembros inicia una situación de agresión hacia el otro.
- b) Después de haber descargado su frustración o enojo se ve invadido por sentimientos conscientes o inconscientes de culpa y remordimiento.

- c) Con lo cual, sutilmente intenta acercarse al compañero en busca de una reconciliación y también un castigo.
- d) A su vez, el otro, siente la imperiosa necesidad de devolver la ofensa, justo cuando el primer miembro se encuentra más receptivo a aceptarla. Los roles se han invertido, ya que el miembro que inició la agresión pasa a la “posición de culpa”, mientras que el segundo, que se considera ofendido de manera injusta, pasa a la “posición de venganza”.

13. Desde la *perspectiva de la teoría psicoanalítica de la cura*, ¿existen elementos psicodinámicos que podamos considerar como determinantes de una “suficientemente buena” (Winnicott) relación de pareja” 19? ¿Qué elementos del *estilo de pareja* intervienen en su mejor desempeño?

El presente estudio psicoanalítico permitió identificar una serie de elementos mínimos necesarios que influyen o condicionan el “mejor o peor” desempeño de una relación. En particular, se señalaron:

- a) El balance existente entre la búsqueda de intimidad y el mantenimiento de la autonomía de cada participante, con el establecimiento de límites claros pero flexibles.
- b) El logro temprano de una identidad y constancia de objeto y del self por parte de cada uno de los miembros de la pareja.
- c) La relativa solución de los conflictos psicosexuales infantiles (especialmente los que se relacionan con el proceso de separación-individuación, rebeldía-sumisión, identidad sexual y competencia fálico-edípica, así como la integración al grupo social) y adolescentes (en particular la relación con un compañero íntimo del mismo sexo, la afirmación de una identidad de género y la separación emocional de los padres).
- d) Un cierto grado de introspección sobre la propia tendencia a la compulsión de repetición y, consecuentemente, un decremento en la utilización del mecanismo de identificación proyectiva patológica.
- e) La elaboración de un duelo por la pérdida de la idealización de la pareja (con su contraparte, la disminución de mecanismos dirigidos a negar y evitar la desidealización del compañero).
- f) La constitución en el superyó de un valor o ideal que abarca tanto al compañero como a la relación misma, con sus derivados más significativos: capacidad para involucrarse y preocuparse por el otro, capacidad de gratitud, y empatía.

14. Desde una *perspectiva evolutiva y psico-emocional*, ¿cuáles son los ejes, polos o vértices fundamentales sobre los que se apoyan los vínculos de pareja, y cuáles son los comportamientos que se derivan de cada uno de ellos?

- *Polo esquizoide*: Todos aquellos desarrollos psicológicos vinculados a la integración del objeto interno. De este polo se derivan particularidades de los vínculos afectivos como: relación parcial o total de objeto; tolerancia a la frustración; aspectos de la identidad, control y regulación de agresión y sexualidad; manejo y diferenciación de realidad y fantasía; diversos tipos de ansiedades de pareja, fantasías retaliativas, etcétera.
- *Polo narcisista*: Núcleos crecientes de imágenes de representaciones narcisistas, tanto *de sí mismo* como del *objeto*. De la primera se derivan estructuras psicológicas complejas que son la base del narcisismo sano y autoestima; de las segundas, se derivan representaciones objetales vinculadas con la apreciación realista del otro y la capacidad de admiración. En términos de la pareja: necesidad de reconocimiento externo; el otro como apoyo de la propia autoestima; sentimientos de vacío e inferioridad compartidos y sus defensas sobrecompensadoras, la devaluación defensiva del otro y algunos aspectos narcisistas relacionados con la envidia, mecanismos maníacos de denigración, desprecio y auto-exaltación, incapacidad para el reconocimiento diferenciado y valorado del otro género (hombre/mujer), o tolerancia y satisfacción compartida ante las diferencias, crecimiento y realización del compañero.
- *Polo simbiótico*: Vinculado al proceso de separación-individuación mahleriano y la diferenciación entre el sí mismo y el objeto. Vinculado a derivados psicológicos como: capacidad para la intimidad; temor a la fusión simbiótica; fantasías de atrapamiento; ansiedades de abandono; y temores propios de toda vincularidad grupal tales como fantasías de no asignación o masificación.

15. Desde la *perspectiva de la clínica de trastornos de conducta*, ¿qué elementos podemos establecer como característicos de una dependencia relacional en las parejas?

Cuando decimos que en una pareja con dependencia emocional, “cada uno depende de la dependencia del otro”, esencialmente nos estamos refiriendo a un complicado interjuego colusivo de la pareja y al forzamiento inconsciente de elementos simbióticos, narcisistas o esquizoides en el compañero; se intenta modelarlo o estructurarlo como “el dependiente” o “el necesitado” de la relación, mientras que uno queda liberado de esa preocupación o ansiedad. Sin embargo, las parejas dependientes secundariamente sufren otro tipo de ansiedades generadas ahora de la *excesiva dependencia del compañero*, es decir, que se busca que el otro sea dependiente, pero no demasiado. En este sentido consideramos que la “danza” emocional dependiente de la pareja está fundamentada en dos términos consecuentes:

- a) Una *negociación inconsciente de la distancia emocional*, cuyo resultado es,
- b) el intento de obtener un *equilibrio óptimo de la dependencia vincular de la pareja*.

16. Desde una *perspectiva preventiva*, ¿podemos identificar factores generales que contribuyan al mejor desempeño futuro de una relación de pareja **20**?

A través del presente trabajo de investigación resultó posible identificar un mínimo de elementos relacionados con la crianza y la educación que contribuyen al mejor desempeño de una relación de pareja adulta. Entre ellos se señalaron:

- a) La actitud frente a los derechos de los niños (la enseñanza de la negociación).
- b) La tendencia a mantener escindidos algunos sentimientos y afectos (tolerancia a la ambivalencia).
- c) Educación sexual formal e informal.
- d) Influencia del ambiente (tolerancia a la frustración).

17. Por último, ¿qué aportaciones podemos hacer, desde una *perspectiva terapéutica*, al tratamiento psicoanalítico de parejas? ¿Cuáles son las aplicaciones prácticas que se derivan de la comprensión psicodinámica de los vínculos amorosos en términos de su *origen, elección, evolución, mantenimiento, patología e interacción* en un momento dado?

El enfoque que hemos tratado de desarrollar a lo largo de los capítulos anteriores puede ofrecer un modelo conceptual diferente para el tratamiento de parejas en conflicto. En particular, se considera conceptualizar a la pareja desde la óptica de un self conjunto, un self *de pareja* que funciona como envoltura psíquica, con límites internos y externos y, consecuentemente, con una “superficie” que contiene y constriñe los intercambios vinculares, tanto hacia adentro como hacia afuera de la pareja, y que representa, de hecho, el *locus* de los *fenómenos de pareja*.

Esta representación del self de pareja constituye lo que comúnmente llamamos *identidad*, es decir, *una identidad propia de la pareja* (adicional a la identidad de cada uno de los miembros), en la cual se activan las funciones superyoicas conscientes e inconscientes de ambos compañeros, de lo que resulta, con el tiempo, un sistema superyoico propio, además del de sus constituyentes singulares. Dicho de otra manera, un vínculo de pareja corresponde a dos objetos, pero también significa unión o atadura entre estos objetos. En la relación de pareja típica, esa atadura es asociada normalmente a la fantasía de una relación estable en el tiempo y el espacio. El conector puede crecer, ser funcional o deteriorarse, regresar o ser disfuncional. El objeto pareja se construye desde el nacimiento, desde donde el yo infantil va tomando diferentes posiciones en los sucesivos vínculos. Sin embargo, ninguno de estos vínculos permite al niño conocer una

representación en la que él sea el verdadero *partenaire* amoroso. Para ocupar esa posición, tendrá que vivir una experiencia de renuncia a participar plenamente en la relación amorosa de sus padres, elaborando el duelo correspondiente. En otras palabras, abandonar el puesto de hijo para ocupar el de adulto sexual. La negativa a realizar este duelo corresponde al intento de preservarse en el rol de hijo. Clínicamente hablando, la principal fuente de conflictos en una pareja corresponde a la dificultad de uno o – generalmente– ambos miembros para realizar el duelo por la idealización anhelada. A esta meta debieran dirigirse la mayor parte de los esfuerzos interpretativos del tratamiento psicoanalítico de parejas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Armant, C. (1994). Fundamentos teóricos. En A. Bobé y C. Pérez Testor (eds.) *Conflictos de pareja. Diagnóstico y tratamiento*. Barcelona: Paidós.
- Spitz, R. (1969). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.